STAR WARS

YODA:

ENCUENTRO OSCURO

Sean Stewart

Título original: Star Wars. Clone Wars. Yoda. Dark Rendezvous.
Traducción: Lorenzo F. Díaz

Para Caitilin y Rose, tan listas y valientes como cualquier padawan, y para Christine, mi compañera de aventuras y guía en esta galaxia, y en todas las demás.

CAPITULO 1

El sol se ponía en Coruscant. Las sombras se desplazaban como aguas negras, llenando los callejones para luego trepar por los edificios como una marea de tinieblas, buscando ahogar la capital. A medida que el sol se deslizaba bajo el horizonte, la penumbra del atardecer se propagaba por distritos comerciales y centros médicos, reptando como una mancha oscura por los muros de la residencia del Canciller. Muy pronto, sólo los tejados brillarían dorados con la última luz amarilla del día, antes de ser conquistados por las sombras que barrerían los pináculos del edificio del Senado y las torres del Templo Jedi. El largo día de la República había llegado a su fin.

El crepúsculo había llegado a Coruscant.

Una noche sin luna de un millón de años estándar antes, antes incluso de la aparición de los seres inteligentes, la llegada del atardecer habría significado la llegada de la oscuridad absoluta, dejando aparte la lejana incandescencia de las estrellas. Pero no ahora. Ni siquiera en medio de una guerra galáctica dejaba Coruscant de ser el ardiente corazón de la mayor civilización de la historia de la galaxia. A medida que el sol se retiraba, la gran ciudad se iluminaba con innumerables luces. Los deslizadores se desplazaban entre altas torres como lucierno-moscas revoloteando por prados de transpariacero. En las calles cobraban vida carteles luminosos que guiñaban promesas a los viandantes de la noche. Las luces se asomaban a las ventanas de apartamentos, tiendas y oficinas.

La vida continúa pese a la oscuridad reinante, pensó la senadora Padmé Anúdala, mirando por la ventana. *Cada vida individual arde valientemente, como una vela alzada para ahuyentar la noche.* Mantuvo la mirada fija en la plataforma de aterrizaje del espaciopuerto del Templo Jedi.

—No es un lujo —dijo.

Una doncella se volvió y la miró, desconcertada.

— ¿Perdón?

—La esperanza. No es un lujo. Es nuestro deber —dijo Padmé.

La doncella empezó a tartamudear una réplica, pero Padmé la interrumpió en seco.

—Está aterrizando alguien.

Una nave correo se posó como una libélula en la plataforma más cercana al Templo, con luces ardiendo en la cola y la punta de las alas. Padmé cogió unos macrobinoculares y los graduó en visión nocturna, intentando leer la designación en el costado marcado por el combate. Buscando a la figura encapuchada que descendía de la cabina.

— ¿Señora?

Padmé bajó despacio los macrobinoculares.

—No es él —dijo.

El técnico jefe Boz Addle sentía cariño por todas las naves que tenía a su cargo, pero sentía un afecto especial por los esbeltos correos. Pasó una mano enguantada por el

flanco metálico del veloz correo Hoersch-Kessel clase Seltaya llamado *Límites de la Visión,* que acababa de volver a la base.

—Chispazos eléctricos, marcas de meteoritos, quemaduras de cañón láser —murmuró. Su mano se detuvo ante un feo corte donde se había quemado y desprendido parte del laminado protector, descubriendo una masa de cables fundidos acribillados de metralla—. Y, si no me equivoco, encima recibiste unas cuantas descargas de protones.

El Maestro Jedi Jai Maruk bajó de la cabina. Tenía el rostro demacrado, cosido por cortes de metralla y marcado por una fea quemadura cuya carne chamuscada le atravesaba la mejilla en línea recta. La piel medio curada en el frenético viaje de vuelta tenía ampollas y estaba tensa, tirando de una comisura de la boca. El técnico jefe le miró con seriedad.

—Prometió devolverme la nave sin un arañazo, Maestro Maruk.

—Mentí —repuso con una desagradable sonrisa.

El médico de servicio se acercó, afanoso.

—Deje que le examine. —Se interrumpió, mirando fijamente la quemadura en la mejilla del Jedi—. ¡Maestro Maruk! ¿Cómo...?

—Ahora no hay tiempo para eso. Debo hablar enseguida con el Consejo Jedi... o, al menos, con los miembros que queden de él...

—Pero Maestro Maruk...

El Jedi lo rechazó con un gesto.

—Perdona, médico, pero no es el momento. Tengo que entregar un mensaje que no puede esperar, y me han dejado, a propósito, en un estado lo bastante bueno como para entregarlo.

Volvió a sonreír de forma desagradable y se alejó dando zancadas y parándose sólo en las puertas del hangar.

—Jefe Boz —dijo con más amabilidad.

— ¿Sí, Maestro?

—Siento lo de la nave.

El médico y el técnico jefe estaban uno al lado del otro, en la plataforma de descenso, y vieron cómo se alejaba.

— ¿Es una quemadura de sable láser? —preguntó Boz. El médico asintió con ojos muy abiertos. El técnico jefe escupió pensativo al suelo. —Me lo había parecido.

Como si fueran una poderosa mano, las Guerras Clon habían arrojado a los Jedi por toda la galaxia, así que en el Templo sólo podían encontrarse a unos pocos Caballeros Jedi veteranos. Por supuesto, Yoda, como Maestro de la Orden y consejero militar del Canciller, estaba casi siempre en Coruscant. Esta noche, sólo dos más se unieron a él para oír la historia de Jai Maruk: la Maestra Ilena Xan, amiga íntima de Jai Maruk y apodada *Mano de Hierro* por los estudiantes a los que enseñaba combate cuerpo a cuerpo, cuya especialidad eran las llaves en las articulaciones; y Mace Windu, miembro del Consejo Jedi y demasiado intimidador como para tener apodos.

—Estábamos haciendo un reconocimiento por el Borde Exterior —dijo Jai—. Creíamos que pasaba algo raro en las cercanías de la Vía Hydiana. No paraban de pasar pequeños transportes anónimos, dejando un rastro intermitente que entraba y salía de la región Wayland. Eso no era del todo anormal, ya que la región está controlada por la Federación de Comercio..., pero las entradas eran en coordenadas extrañas. En trayectorias desde el espacio profundo, y no de tráfico local. Tuve un presentimiento, y disfracé un transporte clon con colores piratas y lo envié a interceptarlas. Resultó que la pequeña lanzadera comercial tenía tantas sorpresas como un jakrab neimoidiano. Disparó una descarga de plasma y saltó al hiperespacio un instante después.

El arrugado ceño del Maestro Yoda se alisó.

—Con piel de nerf este dragón krayt se ocultaba.

—Exacto.

El Maestro Jai Maruk se miró la mano derecha, que le temblaba. Una fea quemadura le atravesaba la palma. Miró con firmeza la mano. El temblor se detuvo.

Una joven pádawan, una chica pelirroja de unos catorce años, entró en la sala con una jarra de agua y vasos sobre una bandeja. Hizo una reverencia y los colocó en una mesita baja. La Maestra Xan llenó un vaso de agua y se lo entregó a Jai. Éste miró la piel cristalina y rezumante de la palma de su mano quemada, la forzó a cerrarse sobre el vaso y bebió.

—La Federación de Comercio transportaba algo importante a la Vía Hydiana —continuó Jai—. ¿El qué? No era maquinaria nueva; en la zona no había concentraciones de tropas importantes. ¿Y a qué venía tanto disimulo? Podían llevar con orgullo los colores de su flota, ya que espantarían a cualquier pirata o bucanero casual, como los que fingieron ser mis pobres soldados clon.

—Será algo cuya presencia no quieren que conozcamos —dijo Ilena.

Mace estudió la quemadura de sable láser de la mejilla de Maruk.

—O alguien.

Yoda golpeó el suelo de la Cámara del Consejo con su bastón.

—A uno de esos krayt seguiste.

—Pero te capturaron —dijo Mace.

El rostro de Jai se tensó.

—Lo seguí hasta su cita en Vjun.

El Maestro Yoda se agitó y negó con la cabeza. Los otros le miraron.

—Grande en el Lado Oscuro Vjun es —murmuró—. ¿Las historias conocéis?

Todos le miraron inexpresivos.

Las comisuras de la boca de Yoda se torcieron hacia abajo.

—Prueba de la vejez recordar es qué cosa a qué jóvenes oídos se ha dicho. Pero él lo sabe; recuerdo que de ello le hablé cuando sólo un pádawan era...

Los otros Jedi le miraron.

— ¿Quién lo sabe? —preguntó la Maestra Xan.

Yoda descartó la pregunta con un agitar de su bastón.

—Eso no importa. Continúa, Maestro Maruk.

Jai tomó otro sorbo de agua.

—Al principio me mantuve junto al sol, ocultándome de mi krayt, pero cuando permaneció en la superficie más tiempo del necesario para reponer combustible me arriesgué a seguirlo. Hice un aterrizaje a muchos kilómetros de distancia y os aseguro que manteniendo bajas las signaturas calóricas e IR... —Guardó silencio. La mano volvía a temblarle—. Dio igual. Ella me capturó.

— ¿Ella? —preguntó la Maestra Xan.

—Asajj Ventress.

La pádawan que había llevado el agua profirió una exclamación. Yoda la miró, frunciendo el rostro en una masa de severas arrugas. Sólo quienes le conocían bien habrían podido detectar el brillo de diversión en sus ojos.

— ¡Jarras pequeñas traes y orejas grandes tienes! ¿Deberes por hacer no tienes, *Exploradora?*

—La verdad es que no —dijo ella—. Hemos acabado de cenar y no tengo nada urgente que hacer antes de mañana. Quiero decir que pretendía practicar en la sala de entrenamiento, pero eso puede...

La chica se sonrojó y tartamudeó hasta callarse ante la mirada conjunta de los Maestros Jedi.

—Pádawan *Exploradora,* me sorprende oírla decir que tiene tanto tiempo libre, dada la cercanía del Torneo de Aprendices —dijo Mace Windu deliberadamente—. No quisiera pensar que igual le aburres. ¿Quieres que le busque algo que hacer?

La chica tragó saliva.

—No, Maestro. No es necesario. Como usted dice, la práctica, debo... —Hizo una reverencia y salió de la sala de espaldas, deslizando la puerta hasta casi cerrarla para que sólo se pudiera ver uno de sus ojos verdes—. Pero en caso de necesitar ustedes alguna cosa, no duden en...

— ¡*Exploradora!*

— ¡Sí!

Y la puerta se cerró del todo con un chasquido.

Mace Windu meneó la *cabeza.*

—La Fuerza es débil en ella. No sé...

La Maestra Xan alzó la mano, y Mace guardó silencio. Los dedos de Xan eran realmente como el hierro, enfundados en músculo, con articulaciones nudosas por años de entrenamiento en el combate cuerpo a cuerpo. Agitó la mano en dirección a la

puerta con un suave empujón de la Fuerza. La puerta tembló, y oyeron un chillido ahogado. Un momento después, unos pasos avergonzados se alejaban por el pasillo.

Mace Windu negó con la cabeza, impaciente.

—No sé lo que vio Chankar en ella.

—Ya no lo sabremos nunca —dijo Jai Maruk.

Todos callaron un momento para recordar a Chankar Kim, otra Jedi caída en el circo de Geonosis. Al principio se celebraron ceremonias y vigilias en memoria de aquella horrible matanza, pero el tiempo y la guerra habían hecho sangrar al Templo por más de una herida. Cada una o dos semanas llegaba otro informe hablando de otro camarada perdido en una batalla en Thustra, o que había volado en mil pedazos en el espacio de Wayland, o asesinado en una misión diplomática a Devaron.

—La verdad es que me sorprendió que llegaran a elegirla para pádawan —dijo Mace.

La punta del bastón de Yoda trazó lentos círculos en el suelo de la cámara, como si agitase el fondo de un estanque visible sólo para sus ojos.

— ¿A los Cuerpos Agrícolas se la debe enviar, crees?

—La verdad es que sí lo creo. —Una nota de simpatía asomó a la voz de Mace Windu—. No hay deshonor en ello. Cuando veo lo mucho que debe esforzarse para estar a la altura de niños varios años más jóvenes que ella... Quizá sería más bondadoso hacerla trabajar en su propio nivel.

Yoda inclinó la cabeza y le miró con curiosidad.

—Luchar la veo yo también, pero si la paras, te digo que "bondadosa" ella no será.

—Quizá no —dijo Jai Maruk con seriedad—, pero los niños no siempre quieren lo que es mejor para ellos.

—Ni los Maestros Jedi —dijo Yoda secamente.

El Jedi quemado continuó hablando.

—Seamos honestos. Admito que no todos los emparejamientos de Caballero Jedi y pádawan son como Obi-Wan y Anakin, pero la realidad es que estamos en guerra. Enviar a un Jedi al combate con un pádawan que no se sabe si puede defenderse solo es arriesgar innecesariamente dos vidas. Vidas que la República no puede permitirse malgastar.

—La Fuerza no es tan grande en *Exploradora* como debería serlo —concedió Ilena —, pero hace años que la tengo en mis clases. Su técnica es buena. Es lista y es leal. Lo intenta.

—No vale con intentarlo —dijo el Maestro Maruk, haciendo inconscientemente una imitación de Yoda por la que, hace toda una vida, fue muy popular entre los jóvenes del Templo Jedi—. Hay que hacerlo.

Los otros tres Jedi de la sala miraron a Yoda con aire culpable. Éste lanzó un bufido, pero alrededor de sus ojos se formaron arrugas de risa.

—Mmmm. En estudiantes pienso. Entonces mejor es ir al combate con aquel en quien la Fuerza sea más fuerte, ¿mmm? Con el joven Skywalker, ¿creéis?

—Está sin pulir —dijo Ilena.

—Y es demasiado impulsivo —añadió Mace.

—Mmmm. —Yoda volvió a hacer girar su bastón—. Entonces mejor sería con el estudiante más fuerte, ¿no? ¿Con el más sabio? ¿Con quien mejor domine los caminos de la Fuerza? —Asintió con la cabeza—. ¡El mejor Dooku sería! —Sus ojos se clavaron en los otros Jedi, y todos, uno a uno, apartaron la mirada—. ¡Nuestro mejor estudiante! —Las orejas de Yoda se irguieron antes de caer—. Nuestro mayor fracaso.

El anciano Maestro cojeó hasta la bandeja y se sirvió un vaso de agua.

—Basta ya. El resto de tu historia cuéntanos, Maestro Maruk.

—Ventress me encontró. Luchamos. Perdí —dijo Jai. La mano quemada volvía a temblarle—. Me quitó el sable láser. Me preparé para el golpe de gracia, pero en vez de eso me cogió prisionero. Me vendó los ojos y me metió en un deslizador para un corto viaje de no más de una hora. El Conde Dooku me esperaba cuando llegamos.

— ¡Ah! —Mace Windu se inclinó hacia delante—. ¡Así que Dooku está en Vjun!

— ¡Escapaste con vida de Dooku y Ventress! —dijo Ilena.

Una sonrisa sin alegría tiró de la mejilla quemada de Jai Maruk.

—No te confundas, estoy aquí porque Dooku ha querido que lo esté. Ventress me habría matado de poder hacerlo, y ella me lo dejó muy claro, pero Dooku quería un mensajero. Uno en quien pudiese "confiar" —dijo el Jedi, con voz cargada de ironía—. Uno que se presentara primero aquí, y no ante el Senado. Fue muy preciso en esto; debía entregar mi mensaje al Maestro Yoda, y sólo en el Templo, lejos de otros oídos.

— ¿Y cuál era ese mensaje tan urgente? —dijo Mace Windu.

—Dice que quiere paz.

Jai Maruk miró las incrédulas caras de los Jedi y se encogió de hombros.

— ¡Paz! —escupió la Maestra Xan—. ¡En Honoghr hay bioarmas masacrando inocentes por millones y él quiere paz! ¡La República se desintegra como los troncos en una fogata y él quiere paz! Puedo imaginarme con precisión qué clase de paz quiere.

—Dooku previo que podríamos mostrarnos, bueno, desconfiados —Jai Maruk buscó en un bolsillo bajo la capa—. Dijo que me enviaría de regreso con una ofrenda y una pregunta para el Maestro Yoda. La ofrenda era mi vida. Pero la pregunta era esto...

Sacó la mano del bolsillo y la abrió. En su temblorosa palma había una concha, una única y vulgar concha, como la que podía encontrar un niño en las playas de un centenar de mundos.

Los Jedi la miraron desconcertados, pero Yoda, por una vez, no se mostró tan sereno. Respiró hondo y frunció el ceño.

— ¿Maestro? —Jai Maruk apartó la mirada de la concha en su mano temblorosa—. He llevado esta concha por media galaxia. Pero, ¿qué significa?

Sesenta y tres años estándar antes. Es por la tarde y el cielo es azul oscuro sobre el extenso complejo del Templo Jedi. El cielo del crepúsculo se refleja en el ornamentado estanque que hay dentro de los amurallados jardines del Templo. El mejor estudiante de Yoda se sienta en una roca al borde del estanque, mirando al agua. En una mano sostiene una concha, y acaricia una y otra vez con el dedo la superficie lisa como el hueso. Ante él, insectos patinadores bailan sobre la superficie del agua con pies ligeros.

La atención del aprendiz se desplaza con ellos, bailando también en la superficie del silencio, patinando en la interminable profundidad de la Fuerza. Siempre había sido de pies ligeros, y la Fuerza cede ante él, sosteniéndolo sin esfuerzo. Pero, por algún motivo, esta noche se siente triste y extrañamente poco ligero, como dándose cuenta por primera vez de lo fácil que le resultaría ver a su pie atravesar ese gran poder y hundirse en sus oscuras profundidades, ahogarse en ellas.

Tick, tick, tchack. Tick, tick, tchack. Pasos acercándose; uno, dos, y luego el golpeteo de un bastón sobre el camino de guijarros blancos. Una brillante linterna se acerca desde los aposentos de los Maestros, un borrón de luz moviéndose por entre la maraña de hojas y lianas del jardín. La presencia es familiar, y el estudiante puede sentir a Yoda y su vieja mente, tan cálida y luminosa como esa luz brillante, mucho antes de que la silueta del anciano doble el último recodo, y el gran Maestro de la Orden Jedi cojee lentamente hasta ponerse a su lado.

El estudiante sonríe e inclina la cabeza. Cuántas veces le había dicho Yoda, en las interminables horas de meditación o entrenamiento con el sable láser, que aunque no fuera necesario desplegar la forma externa de una posición o un ataque, siempre hay que sentir la intención de la misma en cada célula. Por tanto, esa leve inclinación de cabeza, tan casual, conlleva toda una vida de gratitud y respeto. También de miedo. Y de culpa.

El Gran Maestro de la Orden Jedi deja la linterna y cojea con esfuerzo hasta una roca, buscando un asidero con el que subirse a ella y sentarse resoplando junto a su estudiante, como un desgraciado gnomo de jardín. La sonrisa del estudiante se ensancha, pero sabe bien que no debe ofrecer su ayuda.

Yoda se aposenta en la piedra con una serie de gruñidos y movimientos, ajustándose el faldón de los ajados ropajes Jedi, dejando que sus pies cuelguen sobre la superficie del estanque. Los insectos patinadores corren bajo sus viejos dedos verdes, ajenos a la grandeza ligeramente peluda que pende sobre ellos.

— ¿Pensativo estás, Dooku?

El estudiante no intenta negarlo.

— ¿Miedo por la misión no tendrás?

—No, Maestro. —El estudiante se corrigió—. Al menos no por la misión.

—Confiado debes estar. Listo estás.

—Lo sé.

Yoda parece querer recuperar la linterna que ha dejado en el suelo. Mueve el bastón e intenta engancharla en el asa. Hace una mueca y la engancha una vez, dos veces, pero la linterna se le escapa. Gruñe, exasperado.

El estudiante coge la linterna con la Fuerza, empleando apenas un atisbo de atención, y la envía flotando hasta su Maestro.

— ¿Por qué no utilizas el sistema fácil, Maestro? —pregunta, y sabe lo que se le avecina apenas cierra la boca.

—Porque fácil es —gruñe Yoda. El joven sabe que los estudiantes reciben de boca de Yoda muchas respuestas como ésa. *Pero no apartó la linterna,* piensa Dooku.

Permanecen sentados en el jardín. En alguna parte, fuera de su campo de visión, un pez rompe la superficie, antes de volver a hundirse en el agua.

Yoda da un golpecito al estudiante con el extremo del bastón, en gesto de compañerismo.

— ¡Listo para partir ayer estabas!

—Y el mes pasado, y el año pasado, y el año antepasado. —Una sonrisa triste se ilumina y muere lentamente en Dooku—. Pero ahora partiré de verdad... —Mira a su alrededor—. No puedo recordar una época en la que no quisiera irme..., salir de aquí, viajar a las estrellas, ver el mundo. Pero, pese a ello, me gusta este lugar. Esto ha sido mi hogar. Tú has sido mi hogar.

—Y siéndolo seguiré —Yoda, aprobador, mira a la oscuridad de suave aroma de los jardines—. Siempre aquí estaremos. Hogar, sí..., en Alderaan dicen que "Hogar es donde cuando a la puerta llegas, dejarte entrar quieren". —Olfatea el aire de la tarde, riéndose un poco—. Mmmm. Para ti siempre sitio habrá.

—Eso supongo. Eso espero. —El estudiante mira la concha de su mano—. Encontré esto en la orilla. Abandonada por un cangrejo ermitaño de agua fresca. No tienen casa, ¿sabes? Crecen y siempre se les queda pequeña. Pensaba en eso, en cómo me encontraron los Jedi en Serenno. Supongo que con mi madre y mi padre. Ahora no puedo recordarlos. ¿Te has parado alguna vez a pensar lo que es eso? Cada Jedi es un niño del que sus padres decidieron prescindir. —Yoda se agita inquieto, pero no habla—. A veces me pregunto si no nos motiva eso, ese primer abandono. Tenemos mucho que demostrar.

A ellos se acerca una parpadeante luciernomosca, salida de entre las enmarañadas lianas para sobrevolar el estanque, como una ardiente chispa proyectada por una hoguera. El estudiante la observa trazar su mareante pauta sobre las tranquilas aguas.

Yoda tiene una pregunta que le gusta hacer: "¿Qué crees que somos, Dooku?". El estudiante le responde cada vez de una forma distinta: "Somos un nudo atado en la Fuerza" o "Somos agentes del Destino" o "Somos células en el cuerpo de la Historia...", pero esta noche, al observar el siseo y el parpadeo de la luciernomosca en la noche, una respuesta más certera acude a su mente. "Al final, lo que somos es solitarios".

Un pez asoma del agua oscura con un débil estallido y abre la boca. La luz de la luciernomosca se apaga y desaparece, sin dejar más rastro que una suave onda que se dispersa lentamente por la superficie del estanque.

—Supongo que incluso entonces yo era como ese cangrejo ermitaño —dice el estudiante—. Demasiado grande para la casa de mis padres. Así que tú me trajiste aquí, y han pasado muchos años desde que el Templo parecía estar hecho a mi

medida. Supongo... —El joven hace una pausa, volviéndose, de forma que la luz que se derramaba sobre el borde de su capucha arroja ahora una sombra sobre su rostro—. Me preocupa que, una vez esté en el mundo, ya no pueda volver a encajar aquí.

Yoda asiente, hablando casi para sí mismo.

—Orgulloso eres. No sin motivo.

—Lo sé.

—No sin peligro, tampoco.

—También lo sé.

El estudiante vuelve a frotar la concha del cangrejo ermitaño, arrojándola luego al estanque. Los sorprendidos deslizadores acuáticos se agitan enloquecidos ante la salpicadura, intentando mantenerse a flote.

—Más grande que los Jedi, más grande que la Fuerza, ser no puedes —dice Yoda.

—Pero la Fuerza es más grande que los Jedi, Maestro. La Fuerza no es sólo estas paredes y enseñanzas. Está en toda la vida, grande y pequeña, importante e insignificante, luminosa...

El estudiante se interrumpe, azorado.

—...y oscura —dice Yoda—. Oh, sí, joven. ¿Crees que el roce de lo oscuro yo nunca sentí? ¿Sabes lo que en ochocientos años un alma tan grande como la de Yoda puede hacer?

— ¿Maestro?

— ¡Muchos errores! —El anciano Maestro, resoplando de risa, alargó el bastón para dar un golpecito a su estudiante en las costillas—. Tu Maestro, Thame Cerulian, dice que el pádawan más dotado que ha visto eres. Confianza en ti no necesitas. ¡Yo, Yoda, grande y poderoso Maestro Jedi, en ti confío! ¿Bastante no te parece?

El aprendiz quiere reírse con él, pero no puede.

—Es demasiado, Maestro. Temo que...

— ¡Bien! —bufa Yoda—. Temer el Lado Oscuro debes. En los poderosos más poderoso es. Pero igual a Thame aún no eres, Caballero Jedi aún no eres, miembro del Consejo aún no eres. Muchas conchas te hemos reservado, Dooku, siempre que en ésta quepas —dice, golpeteando la piel de su estudiante—. Mañana a la oscuridad entre las estrellas irte debes, Pero tu casa este sitio siempre será. Si perdido alguna vez te encuentras, en este jardín piensa. —Yoda engrasa la luz de su linterna, y las sombras se alejan de él como danzarines acuáticos—. Una vela encendida mantendré para que a casa volver sepas.

Sesenta y tres años después, Jai Maruk fue enviado a la enfermería, e Ilena Xan volvió a su habitación a ocuparse de los preparativos para el Torneo de Aprendices Jedi. Sólo Mace Windu se quedó con Yoda.

—Dooku a casa pide volver —dijo Yoda—. Una trampa esto puede ser.

—Probablemente —admitió Mace.

Yoda suspiró y estudió la concha.

—Una pregunta él lo llama. Sí, ¡menuda pregunta! Pero ignorarla debemos, ¿no crees?

Inesperadamente, Mace negó con la cabeza.

—Dooku debería estar muerto. Debí matarlo en Geonosis. Entonces habría podido parar la guerra. Y él sigue siendo la clave. ¿Será sincero al solicitar una reunión? Hay pocas posibilidades de que lo sea. ¿Podrá hacer el camino de regreso a nosotros? Las posibilidades son aún menores. Pero si contraponemos esas posibilidades, por escasas que sean, a los millones de vidas que podrían salvarse, sí que son posibilidades a las que deberemos aferramos. Así lo creo, Maestro.

Yoda gruñó, mirando a su alrededor.

—Bah. Demasiado sabio te has vuelto. Antes mejor era, cuando el único sabio Yoda era.

Miró a Mace y lanzó una risita. Mace también se habría reído, de no haber perdido esa capacidad en alguna parte del circo de Geonosis.

En el otro extremo de la galaxia, el aprendiz más dotado de la Orden estiró el pie para tocar un sable láser con la punta de la bota. El conde Dooku hizo una mueca. El sable láser seguía unido a una mano. La mano estaba negra por el hollín y ribeteada de escarcha; acababa en un muñón de sangre coagulada cortado justo encima de la muñeca. Dooku estaba en su estudio, un lugar de reflexión, y la mano cortada no facilitaba mucho la contemplación. Sin olvidar que empezaría a descongelarse con rapidez, por muy congelada que hubiera quedado en el cortante vacío del espacio. Si no se andaba con cuidado, dejaría una mancha en las baldosas. Lo cual no le gustaba nada, aunque difícilmente se notaría otra mancha de sangre en el suelo del *château* Malreaux.

Al otro lado del escritorio de Dooku, Asajj Ventress sostenía una bolsa de aluminio aislante.

—No quedó gran cosa de la nave, Maestro. La Fuerza era grande en mí y acerté en la cámara del reactor con el primer disparo. Tardé varias horas en encontrar esto —repuso, mirando hacia la mano—. Se me ocurrió que un escaneo magnético podría localizar el sable láser. Resulta curioso que él se llevara la mano al arma en el momento en que estalló su nave. Instinto, supongo.

— ¿Él?

—Él, ella —Asajj Ventress se encogió de hombros—. Ello.

Al morir su primer Maestro, Asajj Ventress, azote de los Jedi y la asociada más temida del Conde Dooku, se tatuó la cabeza rapada, dejando atrás su infancia. Tenía el cráneo surcado por doce tiras, doce marcas, una por cada uno de los doce señores de la guerra que había matado tras jurar que lo haría. Era una mujer cortante y llena de odio, esbelta y letal. Incluso en una galaxia donde imperaba el odio, semejante

combinación de rapidez y furia sólo podía darse una vez por generación; Dooku lo supo en el mismo momento en que se conocieron. Era a la vez la rosa y la espina, el sonido de un cuchillo largo hundiéndose en su blanco, el sabor de la sangre en los labios.

Asajj se encogió de hombros.

—Nunca encontré una cabeza. Pero sí otros pedazos entre los restos, por si quieres verlos —dijo, sacudiendo la bolsa.

Dooku la miró fijamente.

—Te has convertido en una pequeña caníbal.

—Me he convertido en lo que tú has hecho de mí.

No había réplica sencilla a eso.

Con un tirón experto de la Fuerza, Dooku atrajo hasta él la mano cortada que todavía agarraba el arma, para hacerla flotar en el aire ante el con la misma facilidad con que había tirado de la linterna de Yoda tantas décadas atrás. Dooku consideró que la mano debió de ser de color oliváceo antes de que la explosión del caza estelar la arrancase con tan poca limpieza del resto de su cuerpo. Que estuviera carbonizada dificultaba su identificación, y no se sabía ni si era humana. La carne muerta, desconectada de cualquier espíritu, no es más que simple materia, tan interesante como una pata de mesa o una vela de cera, y no hay en ella huella alguna del alma y la personalidad de su dueño. El espíritu es un marionetista que hace bailar las extremidades de carne, pero cuando se cortan las cuerdas del espíritu, nada queda salvo carne y pintura, telas y huesos.

Un sable láser Jedi, en cambio, es algo muy diferente. Cada arma es única, está construida y reconstruida por su dueño, concebida para ser una expresión pura de su persona. Dooku pasó una mano por el mango del arma del Jedi muerto. La potencia de la explosión le había arrancado media carcasa y fundido su interior de tal forma que nunca volvería a arder, pero la pauta básica seguía siendo evidente.

—Jang Li-Li —murmuró. Para su sorpresa, descubrió que le entristecía.

—Con éste van dieciséis —dijo Ventress—. Habrían sido diecisiete si me hubieras permitido matar a ese espía, Maruk.

Dooku se volvió. Al dejar de prestarle atención, la mano ensangrentada y el mango que aferraba cayeron al suelo con un sonido húmedo. El Conde caminó hacia la ventana de su estudio. Yoda le había contado la trágica historia de Vjun cuando era muy joven, y durante años lo consideró un buen lugar al que retirarse. El Lado Oscuro era potente en el planeta, lo cual facilitaba el estudio de los Sith. Y, desde un punto de vista más práctico, la catástrofe de Vjun, una plaga de locura repentina que se llevó a la mayoría de la población del planeta en un solo año, había dejado muchas grandes mansiones bien situadas listas para ser ocupadas. Después de todo, a un cangrejo viejo le gusta tener una concha cómoda, y el *château* Malreaux era muy cómodo. El anterior propietario había perdido la cordura de una forma repentina y espectacular; de no ser por las manchas de sangre, podría decirse que el *château* estaba recién construido para ser expresamente ocupado por Dooku.

Llovía al otro lado de la ventana del estudio, con esa misma llovizna ácida que casi había corroído por completo el tejado antes de que Dooku llegara y dejase las cosas en mejor estado. A lo lejos, en dirección a la playa, algunos árboles de espinas alzaban sus garras al doloroso cielo, pero lo que de verdad cubría el suelo era el famoso musgo de Vjun: suave, pegajoso, venenosamente verde y pasivamente carnívoro. Una siesta de dos horas tumbado en él dejaba la piel enrojecida, con verdugones y sangrando.

Dooku contempló las gotas de lluvia deslizándose por la ventana como si fueran lágrimas.

—La última vez que vi a Jang, ella debía de ser... incluso más joven que tú. Una joven atractiva. El Consejo la enviaba en su primera misión diplomática... a Sevarcos, creo que era. Acudió a pedirme consejo. Tenía unos ojos llamativos, muy grises y serenos. Recuerdo que pensé que lo haría bien.

Ventress cogió la mano ensangrentada y la soltó dentro de una bolsa de plástico.

—Grandes son los poderes de los Sith, pero no eres muy bueno adivinando el futuro.

— ¿No? —Dooku se volvió para mirar a la asesina de la Jedi muerta—. Jang vivió sirviendo, aunque lo hiciera equivocada, y actuó según sus principios, por incompletos que fueran. Según eso, ¿cuántas personas tienen una vida mejor?

—Muchas son más largas. —Ventress hizo un nudo a la bolsa y la arrojó a un rincón de la habitación—. Si quieres mi opinión —dijo, contemplando cómo chocaba la bolsa con un golpe húmedo—, una victoria no tiene ese aspecto.

Él se lamió los labios.

—Eso está bien visto —dijo él.

La postura de Asajj cambió inconscientemente, asumiendo lo que Dooku reconoció como una pose de combate: hombros rectos, barbilla alta y agresiva, manos levantadas. *Aquí viene,* pensó.

Ventress respiró hondo.

—Hazme tu aprendiz.

—No es el momento... —empezó a decir Dooku, pero Ventress le interrumpió.

—No estoy en esto por la Federación de Comercio o por la República —dijo—. No me importan las banderas o los soldados, los bandos o los tratados, los androides o los clones. Ni siquiera lo hago por la matanza, a no ser que sea de Jedi, y eso no lo hago por negocios, sino por algo personal. Cuando trabajo por mi cuenta, hago lo que quiero. Cuando hago tu voluntad, no necesito que sea buena o razonable, ni siquiera razonable. Lo hago por que tú me lo pides.

—Lo sé —dijo Dooku.

Ventress se acercó a la ventana y se paró ante ella, bloqueando la visión a Dooku.

— ¿Te he servido bien?

—De forma soberbia —admitió él.

— ¡Recompénsamelo entonces! ¡Conviérteme en tu aprendiz! | Enséñame el camino de los Sith!

— ¿Acaso no te he enseñado muchos secretos, Asajj?

—Migajas. Pequeños trucos. Artes menores. Ni se acerca a lo que me enseñarías de ser yo tu aprendiz, juramentada con sangre. Lo sé. No soy idiota —repuso ella, furiosa. Como si él no lo supiera ya. Como si tuviera que convencerlo de que era una mujer letal —. He aprendido muchas cosas de los Sith. De su linaje y su grandeza.

— ¿Y cuánto de su historia natural?

Ventress pestañeó.

— ¿Cómo?

—De los Sith considerados como una especie. Pongamos, como un insecto.

Los finos labios de Asajj se afinaron aún más.

—Te burlas de mí.

—Rara vez he hablado más en serio. —El Conde se acercó hasta un estante de holocrones situado en la pared, cogió uno y lo insertó en el cubo de comunicaciones de su mesa—. Ésta es la mantis-hoz de Dantooine. —En el aire sobre la mesa se formó una imagen brillante, una luminosa mantis negra y roja, toda patas dobladas y malévola piedad—. Tras aparearse, la hembra le corta la cabeza a su compañero y deposita los huevos en su cuerpo. Cuando nacen las crías, se abren paso comiendo y se atacan unas a otras.

—No soy aficionada a las parábolas —dijo Ventress, impaciente—. Si quieres decir algo, dilo ya.

—Lo de tener aprendices es una cuestión delicada. Un verdadero Señor Sith debe encontrar un pupilo en quien la Fuerza sea grande.

—Dieciséis Jedi muertos son prueba de ello. Y debieron ser diecisiete.

—Pero ¿de verdad deseo hacerte tan fuerte? —dijo el Conde, bajando la voz—. Ahora formamos una compañía agradable en la que tú sabes cuál es tu sitio. Pero si te hiciera mi aprendiz, si te cogiera de la mano para sumergirte en las tenebrosas aguas que conforman el Lado Oscuro, te ahogarías o te harías mucho más fuerte, y ninguna de las dos opciones me atrae ahora. Ya ardes con mucha luz, odiaría tener que apagarte.

— ¿Por qué tendrías que hacerlo? ¿Qué daño hay en enseñarme a ayudarte mejor?

—Me traicionarías. —Se encogió de hombros, cortando las protestas de ella—. Es la triste consecuencia de abrazar el Lado Oscuro. Yo soy viejo y he aprendido cuáles son los límites de mi ambición. Tú eres joven y fuerte, y, en la historia de los Sith, esas dos cosas siempre han acabado conduciendo a lo mismo.

— ¿Crees que yo intrigaría contra ti?

—Al principio no, pero llegaría un día en que estarías en desacuerdo con mis decisiones. Empezarías a pensar cuánto mejorarían las cosas de no contenerte mi mano moteada por la vejez.

—Ya discrepo ahora de tus decisiones —dijo ella—. Sobre ese Jedi que...

—Debió ser tu número diecisiete. Lo sé. —Dooku sonrió—. Yo no tengo tus apetitos. Puedo esperar a mis presas y usarlas mejor. Y quizás ahora discrepes, pero no te atreves a desobedecerme.

Y, tras decir esto, sonrió suavemente y alzó un solo dedo.

Ella se quedó pálida.

—Cierto —dijo.

Dooku bajó el dedo.

En el holograma de la mesa, las crías de mantis se retorcían sobre el cuerpo de su padre. Palpaban ciegamente a su alrededor con sus finas patas ganchudas, hasta que una de ellas, un poco más grande que las tiernas, descubrió por casualidad que las hoces de sus patas traseras encajaban como un collar alrededor del cuello de uno de sus hermanos. Movida por instintos primitivos, tiró y le arrancó la cabeza.

—En un mundo perfecto —dijo Dooku—, uno podría alimentar a un aprendiz sólo lo justo para mantenerlo en eterno crecimiento, lo justo para que siguiera deseando más. Y el Maestro le prometería fama y candilejas. Sí, eso estaría bien. Podría hacer la voluntad de su Maestro, ser su rostro público. Y si alguno de los planes del Maestro fracasase, sería él quien asumiera la culpa. —Dooku alzó una mirada con ojos repentinamente acerados y muy centrados en el presente—. ¿Te parece eso bien, Asajj? ¿De verdad querrías ser mi aprendiz? Podría convertirte en la mujer más temida de la galaxia. Todos los Jedi irían a por ti, mientras yo esperaba sano y salvo en Coruscant, aguardando el momento de aparecer.

Asajj volvió a humedecerse los labios.

—Que vengan —dijo.

— ¡Ah, lo que es ser joven y estar lleno de odio! —comentó Dooku con una risita—. Serías una estrella, grande para todos menos para mí. Pero date cuenta de que yo tendría que mantenerte humilde. Tendría que provocarte, pincharte y hacerte daño para mantenerte en tu sitio. El aprendiz paga caro por cada secreto que aprende. Oh, sí, cómo lo paga...

El Conde hizo una pausa, cerrando un momento los ojos, como para apartar algún terrible recuerdo.

Asajj le miró con ojos entrecerrados.

—No me consideras digna.

—No me estás escuchando, ¿verdad?

—No estás diciendo nada pertinente —repuso Ventress, furiosa—. ¿Es por ese Jedi, Jai Maruk? ¿Debí matarlo? Yo sólo acataba tus órdenes, pero igual ésa era la prueba. —Sus ojos se estrecharon—. Debí mostrar más iniciativa. Eso era lo que tú esperabas. No necesitas un... esbirro. Ya tienes muchos. Necesitas algo más.

El Conde la contempló, divertido.

—Qué extraño resulta conocer todos tus pensamientos antes de que los tengas.

—Ni siquiera el Lado Oscuro podría darte ese poder —fijó Ventress, sin alterarse.

El Conde sonrió.

—Tengo un poder más grande que el del Lado Oscuro, mascota mía. Soy viejo. Tus enfados recientes son mis antiguos errores.

En la imagen sobre el escritorio, las mantis se retorcían y se perseguían. Dooku apagó el holocrón y consultó un monitor.

—Ah, ya llega la última tanda de invitados. Seres leales y sinceros a la causa de la Federación de Comercio y a un beneficio del diez por ciento. Acude a recibirlos a la puerta. Siempre causas una gran impresión en las visitas.

—No te pongas paternalista conmigo —dijo Asajj con frialdad.

Dooku se volvió para mirarla.

-¿O qué?

El rostro de ella empalideció.

Dooku alzó un dedo, y esta vez golpeó el aire con él, como hundiendo una aguja en un alfiletero. Ventress se derrumbó, cayendo de rodillas. Su voz sonó anudada por el dolor.

—Por favor. No.

—No es muy agradable, ¿verdad? Es como piedras afiladas en pecho y garganta. —Dooku hizo otro movimiento con el dedo, y Ventress golpeó el suelo de baldosas—. No me gustan los vasos sanguíneos. Esa forma que tienen de estirarse por dentro, como globos a punto de estallar...

—P... p... por favor...

—Pero lo peor de todo son los recuerdos —dijo con voz todavía más suave—. Se amontonan como moscas en la carne. Cada cosa despreciable, cada pequeño vicio, cada acto rencoroso. —Un silencio cruel y extraño se extendió mientras Ventress jadeaba en el suelo de piedra. La lluvia golpeteaba el cristal de las ventanas y la suave voz del Conde se tornó oscura y lejana—. Todas las cosas que debiste impedir, pero no impediste, con lo que nada volverá a ser como antes. Y las cosas que has hecho —susurró—. Por las implacables estrellas, las cosas que has hecho...

El comunicador de la mesa de Dooku emitió un pitido. Sacudió la cabeza como un hombre al despertar de un sueño.

—La delegación troxana está en la puerta.

Ventress se arrastró hasta ponerse en pie. Tenía el rostro magullado y las mejillas húmedas por las lágrimas. Los dos simularon no notarlo.

—Diles que ahora bajo —dijo el conde Dooku.

Físicamente, la edad del Conde rara vez suponía un problema. Con lo hábil que se había vuelto en la Fuerza, inimaginablemente más sutil que el chico que contemplaba hace tantos años a los patinadores acuáticos en los jardines Jedi, sobrellevaba sus ochenta y tres años estándar mucho mejor que la mayoría de los humanos con la mitad de su edad. Seguía estando en soberbia forma física, con los sentidos alerta y una salud perfecta, sin el recuerdo de un simple resfriado.

Sólo sentía el peso de sus años en esta situación, ante la imagen de su Maestro. La titilante figura de Darth Sidious, horrenda, en tonos azules y sombras, parecía despojarle de su falsa juventud, incluso en forma de holograma, dejándole los huesos quebradizos y las articulaciones gastadas y acalambradas por la tensión.

—Son los enviados de Troxar —dijo su Maestro.

¿Cómo podía saberlo? Dooku no se lo preguntó. Darth Sidious sabía. Siempre sabía.

—Están pensando en rendirse —dijo Dooku—. Afirman tener planeada una resistencia, lista para alzarse en insurrección en cuanto se retiren las tropas clon.

— ¡No! —gritó la titilante figura—. La guerra ya ha dañado demasiado a su planeta para que nos valga la pena salvarlo. Ya sólo sirve para consumir más tropas y recursos. Diles que tienen que seguir luchando. Promételes refuerzos, diles que desplegarás una nueva flota de androides avanzados que reconquistarán todo el sistema en un mes, sólo si ellos aguantan. Explícales que esas armas no se entregarán a quien se rinda.

— ¿Y cuando pase el mes y no lleguen refuerzos?

—Recibirán ayuda al cabo de otro mes, como mucho. Promételes eso, y haz que lo crean. Ya te he enseñado cómo.

—Entendido —dijo Dooku. *Con qué facilidad traicionamos a nuestras criaturas.*

La figura encapuchada inclinó la *cabeza.*

— ¿Tienes un ataque de conciencia, aprendiz?

—No, Maestro. —Miró a los horrendos ojos de la figura encapuchada—. Fue su ambición lo que los atrajo a tu causa. En el fondo de su corazón siempre supieron en lo que se metían.

El *château* Malreaux estaba lleno de ojos.

El espectacular sistema de seguridad instalado por el decimoséptimo (y último) vizconde Malreaux en los últimos meses de su descenso a la locura era uno de los motivos por los que Dooku lo había elegido como base. Tachuelas de grabación óptica forraban la mansión, disimuladas en el salón como remates del artesonado, en los armarios de la cocina como tornillos, en la alacena de la farmacia como píldoras calmantes y como ojos negros de los pájaros tejidos en los tapices de la Sala del Dolor. La librea crema y escarlata de los Malreaux, utilizada en manteles, alfombras y cortinas, llevaba cosidas tiras de sensores infrarrojos último modelo, diseñados inicialmente como prótesis para sluissis de lengua herida. Tabiques falsos construidos con gran coste convertían el *château* en un laberinto de pasajes secretos salpicados de mirillas. Los micrófonos anidaban como arañas en docenas de cómodas y armarios, bajo cada cama, pegados al techo de cada una de las once chimeneas, y hasta en la base de una botella de inapreciable Créme D'Infame depositada en la bodega.

El decimoséptimo (y último) vizconde Malreaux, convencido de estar siendo envenenado, asesinó a todo el personal de la cocina y huyó a sus túneles secretos, saliendo sólo de noche. La última vez que se le vio fue en una imagen oscura y fugaz tomada por una cámara de seguridad oculta en una cebolla falsa de una cesta colgada de la cocina: una grabación de treinta segundos que mostraba una figura esquelética

que se arrastraba desde una reja escondida para beber dos sorbos apresurados de agua del grifo y masticar un puñado de harina.

De no ser por el olor, nunca se habría encontrado el cadáver del decimoséptimo (y terminal) Lord Malreaux.

Alguien oculto en el pasaje secreto situado sobre el estudio habría podido presenciar, por ejemplo, la conversación entre Dooku y Asajj Ventress gracias a una mirilla situada en el techo. Si esa persona hubiera sido paciente, y esperado a que Ventress se fuera, habría podido ver la conferencia entre Dooku y la aparición holográfica de Darth Sidious.

Y si el vigilante hubiera esperado un buen rato después de que Dooku saliera de la habitación, habría podido ver que una sección de las estanterías giraba inesperadamente hacia fuera para dar paso a una pequeña, malévola y ágil criatura: un zorro vjun, de pelaje rojo y crema, y manos prensiles y hábiles en vez de zarpas.

Tras detenerse un momento a olisquear, entró inseguro en la sala, temeroso al principio, pero llegando casi de inmediato al lugar donde Dooku había dejado caer la mano cercenada de Jang Li-Li. Las baldosas tenían el ajedrezado Malreaux: la mitad de ellas en un anticuado color carmesí, la otra mitad en un crema sucio, sangre seca y leche cortada. La mano, al aterrizar con un golpe húmedo en una de las baldosas crema sucio, había dejado una mancha. El zorro la olfateó y su delgada lengua rosa asomó entre los labios.

—Todavía no, dulzura.

Una renqueante mujer apareció cojeando por la puerta secreta. Vestía sucios andrajos que una vez fueron elegantes ropajes: un vestido de baile rosa de bordes raídos y ennegrecidos, medias rotas, y los restos de lo que una vez fueron zapatillas de lame dorado. Una estola de piel hecha de colas de zorra anudadas le rodeaba el cuello.

—Espera un poquito. Mamita quiere echar una miradita.

Se agachó hasta el suelo con un gruñido y se inclinó hacia delante para mirar la mancha.

—Oh, precioso —susurró entre jadeos. Se inclinó para mirar fijamente a la salpicadura, y sus ojos, pequeños y sólidos como canicas negras, se humedecieron y brillaron—. Oh. —Se echó hacia atrás y se puso lentamente en cuclillas, balanceándose adelante y atrás, adelante y atrás—. ¡Oh, oh, oh!

El zorro la miró.

La anciana le devolvió la mirada con tal expresión de triunfo salvaje que el zorro se encogió, enseñando los pequeños y aguzados dientes amarillos.

— ¡Oh, es un gran día para mami, dulzura! —susurró. Miró al zorro a los ojos—. ¿No te das cuenta, tacita de miel? ¿No lo hueles? ¡El pequeño vuelve a casa!

Se levantó, la emoción le hacía temblar las nalgas y la gruesa carne de los antebrazos.

—Hay que prepararse —balbuceó—. Hay que limpiar el cuarto del pequeño. Hacerle la camita.

Cojeó rápidamente de vuelta al pasaje.

El zorro, con las orejas erguidas, esperó a que el sonido de sus balbuceos se perdiera lentamente en la oscuridad. Entonces inclinó la cabeza hacia el suelo manchado de sangre y limpió la baldosa lamiéndola con su larga lengua rosa.

La reunión del conde Dooku con la delegación Troxana fue bien. Lo convirtió en una especie de juego cruel para ver cuan poco podía decir, dejando que ellos mintieran por él.

—Estamos fabricando nuevos androides de combate —recalcó.

Fue todo lo que hizo falta; ellos hicieron el resto.

—Supongo que los enviará a nuestro cuadrante —dijo el subpalatino para enlaces patrióticos.

—Cierto, somos el planeta clave de toda la región —dijo su ayudante.

—Por supuesto, usted comprende nuestra necesidad —dijo otro.

— ¿Qué otro planeta ha luchado con más valentía por la causa? —preguntó un cuarto.

Reforzó cada una de esas esperanzas con una sonrisa y un empujón de la Fuerza en sus mentes, como presionando un sello contra la cera caliente, para que se asentaran como certezas. De hecho, apenas le fue necesario usar la Fuerza. ¿Qué hombre, o troxano, habría querido creer que cada frase suya condenaba a la muerte a miles de sus congéneres, si podía optar por verse como un héroe? Es lo que hace el ansia de hacer el bien, pensó Dooku. Una vez más volvía a quedar claro que hacer el bien no era sino otra ilusión que ciega a las criaturas y no les permite ver ese brillante universo que sólo el Lado Oscuro revela en toda su amarga claridad.

¿Cómo estamos, Dooku?

Solos. Solos. Solos.

Ver cómo los troxanos se ahorcaban solos era algo, como mucho, entretenido. Demasiado simple para disfrutar de ello. Dooku se apresuró a finalizar la reunión cuanto antes para enviarlos de vuelta a su matadero.

— ¿Alguna cosa más? —preguntó.

Los delegados se miraron unos a oros.

—La verdad es que ha ocurrido un curioso incidente —dijo el subpalatino, un troxano rechoncho y de mediana edad con nariz bulbosa y agallas púrpura—. Ya sabrá que se me honró con el título de primer legado diplomático y se me envió a la segunda ronda de conversaciones con los negociadores republicanos. Nada salió de ello, por supuesto; el Senado ha olvidado ya hasta la pretensión de debate, y últimamente es todo amenazas y bravuconadas. —Las agallas le ondearon en gesto de desdén—. Como mencioné al comité senatorial años, antes de que empezaran siquiera las hostilidades, eso difícilmente altera la impresión de... —El curioso incidente —dijo Dooku, impaciente. El agitado subpalatino hinchó los carrillos.

—A eso iba. Al final de la sesión se me acercó la senadora Amidala, de Naboo, que me pidió entregarle algo. —Con manos regordetas y nerviosas sacó una pequeña caja

marcada con el sello Jedi—. Deje que le asegure que hemos tomado todas las precauciones posibles y empleado las técnicas de escaneo más avanzadas...

—Pensamos que podía ser una bomba —añadió su asistente. —O un micrófono —dijo otro.

—Yo sigo creyendo que puede ser una trampa —dijo un cuarto. —Créame cuando le digo que, por supuesto, su seguridad ha sido nuestro mayor...

Dooku alargó la mano hacia la caja. Para su sorpresa, descubrió que las manos le temblaban. Qué raro. Se había sorprendido casi tanto como Ventress al ver que él mismo perdonaba la vida al delegado Jedi Jai Maruk. Enviarlo de vuelta había sido un antojo repentino. Un anzuelo para Yoda, como le dijo luego a Sidious. Un anzuelo cebado con la agitación rosada de un viejo recuerdo.

Darth Sidious le había lanzado una mirada curiosa, seguida de otra que le traspasó como un ataque de fiebre, debilitándolo por dentro. — ¿Aún le tienes afecto? —dijo su Maestro. Dooku se había reído, afrontándolo. La idea era ridícula. — ¿Ridícula? —había dicho su Maestro con esa voz grave y terrible que tenía—. A mí no me lo parece —añadió en tono meloso y envenenado—. Un buen estudiante siempre quiere a su profesor.

Hablar con Sidious siempre era un riesgo. A veces, la conversación discurría malamente, sin que Dooku consiguiera complacerlo de algún modo. Era algo terrible no poder complacer a tu Maestro.

Negó con la cabeza. Ésos eran débiles miedos de niño. Si Yoda se había tragado el anzuelo, vendría; y si lo hacía..., ¡qué regalo para Sidious sería entregarle una cabeza de novecientos años de edad! Ese viejo sin resuello y medio tullido estaba sujeto a la República como un corcho a una botella; si tiraba de él, saldría, y el Lado Oscuro entraría por el agujero. Así vería entonces su Maestro hasta qué punto le era leal.

Cogió la caja. Aún podía notar el tacto de Yoda en los bordes, como un eco distante. Su mente retrocedió a su último encuentro, en Geonosis; las espadas por fin desenvainadas, y por fin iguales. Qué momento tan agridulce, ver otra vez a Yoda, y ser su igual, o más que su igual..., pero sin que lo hubiera visto su Maestro. Habían ido por diferentes caminos, y Yoda tenía ahora otros Jedi a los que cuidar. Como Kenobi o, peor aún, como el joven Skywalker.

Oh, sí, acaso no estaban todos pendientes de él. Hasta Darth Sidious mencionó al muchacho, con un brillo en los ojos, para decirle que la Fuerza era grande en él.

—Sólo es un pequeño peón de un gran juego —había dicho su Maestro, pero una punzada de celos traspasó a Dooku cuando Sidious se demoró en ese nombre. *Skywalker, sí... La Fuerza es grande en él.*

El mismo Anakin Skywalker que, según había descubierto, había matado recientemente a un clon del Conde Dooku de Serenno. Pobre clon idiota. Otro Dooku abandonado por sus padres para ser despedazado por un carnicero Jedi en nombre de una República corrupta.

Dooku pensaba que de no ser ya tan viejo y sabio, probablemente odiaría a ese Anakin Skywalker. Aunque sólo fuese un poco.

Levantó los cierres de la caja. Era extraño que las manos le temblaran tanto.

El subpalatino del Despacho de Defensa Patriótica miró por encima de su hombro.

—Lo estudiamos a fondo —dijo el diplomático, agitando las agallas desconcertado—, pero todos nuestros expertos coincidieron en que sólo es una simple vela de cera.

CAPITULO 2

Dos androides jugaban al dejarik bajo la lluvia, en lo alto de un destartalado rascacielos del Distrito de los Templos de Coruscant. Jugaban extremadamente deprisa, moviendo cada pieza con rapidez y precisión cegadoras; sus dedos caían y se levantaban como agujas de máquinas de coser hundiéndose en retales de sintotela.

Los dos androides eran humanoides y altos, construidos según un diseño idéntico, pero ahí se acababa su parecido, como si fueran gemelos separados al nacer, uno viviendo en un palacio, el otro condenado a ser un marginado, a arañar una existencia difícil en callejones y alcantarillas. El primer androide estaba inmaculadamente pintado, con una adornada librea de color crema con ribetes carmesí en las extremidades, repitiéndose en su torso los colores sangre y marfil en un motivo ajedrezado. El rojo era algo suave y estaba oscurecido con tonos pardos, recordando el color del pelaje de un zorro, o el de la sangre seca. El crema estaba teñido de amarillo. El muestrario de colores de la tienda donde el androide se había retocado la pintura por última vez llamaba a ese tono "colmillo animal".

El androide marginado hacía tiempo que se había visto reducido al metal desnudo, y nunca se había repintado. Su cara arañada era gris, como gastada en incontables años de intenso servicio. Hizo una pausa para mirar a la lluvia. Ponía cuidado en restregarse cada noche, pero, aun así, el óxido se había apoderado de sus articulaciones y arañazos. Tenía la cara marcada allí donde su rostro había empezado a pelarse, y donde se había frotado implacablemente las zonas de metal que empezaban a oxidarse hasta arrancarlas.

Los androides estaban sentados al borde de la azotea. El desgastado mantenía los receptores visuales fijos en el juego, pero su compañero ricamente pintado alzaba continuamente la mirada, buscando en el desfiladero entre edificios, en las atestadas aceras deslizantes, en el constante fluir de naves que zumbaban al pasar y en la amplia entrada y las elevadas torres del distante Templo Jedi.

Por supuesto, desde esa pequeña terraza era muy difícil ver algo de lo que pasaba en el Templo. A esa distancia, y con la lluvia, se habrían necesitado ojos de horansi para ver la figura empapada que subía chapoteando las escaleras del Templo. Determinar que esa figura era un enfurecido diplomático troxano portando una valija diplomática de curioso aspecto habría requerido algo más que la simple visión biológica; algo como la legendaria mirilla telescópica para francotiradores de Tau/Zeiss —con transpariacero pautado y retícula de implante retinal disponibles según encargo—, cuya capacidad para mantenerse en el blanco en toda su amplitud de ajustes de X1 a X100 no había sido superada en los cuatrocientos años estándar que habían pasado desde que dejaron de fabricarse.

El androide crema y carmesí hizo una pausa, sus dedos permanecieron inmóviles sobre el tablero. A varios kilómetros de allí, a través de la cambiante cortina de lluvia, el diplomático troxano discutía con el joven Jedi que cumplía su servicio de centinela en las puertas del Templo. El paquete cambió de manos.

— ¿Qué haces? —preguntó su compañero gris y deslucido.

El diplomático volvió chapoteando entre la lluvia hasta una aeronave que le esperaba. El joven desapareció dentro del Templo.

Los dedos del androide con librea traspasaron a los guerreros holográficos del tablero circular para mover una pieza.

—Esperar —dijo.

Los xenoetnólogos de Coruscant calcularon el número de especies inteligentes del universo en unos veinte millones, con un error estándar de una o dos, según lo que se entienda por "inteligente" en un momento dado. Por ejemplo, uno puede preguntarse si la bivalva contemplativa, la llamada almeja pensante de Perilix, realmente "piensa" en toda la acepción del término, si sus semáforos narrativos multigeneracionales reflejan algo semejante a la conversación o más bien son una comunicación de tipo colmenar. Aun así, veinte millones es la cifra habitual.

Un observador que viera a la Maestra Jedi Maks Leem levantar el borde de su túnica y correr por el Templo Jedi a altas horas de la noche, unos treinta meses después de la batalla de Geonosis, diría que, de todas las especies registradas, la más apropiada para expresar preocupación era la gran, de cabeza de cabra y tres ojos. Los tres peludos ceños de los ansiosos ojos de la Maestra Leen estaban fruncidos por la tensión. Tenía la mandíbula estrecha y alargada, demasiado hasta para la media gran, y cuando estaba impaciente tendía a rechinar los dientes, un resto atávico del pasado rumiante de los gran.

La Maestra Leem no era de natural nerviosa. Amable, maternal y plácidamente competente, era una de las preferidas por los acólitos más jóvenes, y muy difícil de irritar. Un Mace Windu o un Anakin Skywalker podían ponerse nerviosos ante la actitud básicamente defensiva de los jedi, pero no Maks Leem. Los gran eran un pueblo profundamente social, orientado a la comunidad, y ella había renunciado encantada a ese tipo de vida para poder servir al ideal del pacificador. En ese momento, lo que más odiaba era que tanto los Jedi como ella se estuvieran convirtiendo, de forma lenta pero aparentemente inevitable, despreciable, en soldados.

Siempre pensó que lo peor que podía pasar era una guerra civil en la República. Entonces tuvo lugar la masacre de Geonosis, que acabó con lo mejor de toda una generación de Jedi en un solo día. El fogonazo de las descargas de plasma, el sabor de la arena en la boca, el zumbido y el chirriar de los androides de combate... le parecían una pesadilla, un borrón confuso de dolor y pesar. Había perdido allí a más de una docena de camaradas, todos algo más que hermanos. Eso le había hecho descubrir lo que era la guerra como no habría podido hacerlo ningún distante videonoticiario.

En el camino de regreso a Coruscant, el Maestro Yoda había hablado de curación y recuperación, pero los últimos treinta meses habían sido muy, muy difíciles para Maks Leem. Le resultaba más fácil enfrentarse a los recuerdos de la batalla que asimilar el terrible vacío del Templo. Se disponían cuarenta plazas para cenar en un salón construido para albergar un centenar. Se había abandonado el ala oeste de los huertos de la cocina. Los ritmos de la vida del Templo se acortaban por falta de tiempo; ya no había tiempo para cultivar o para arreglar las túnicas a mano, ni para jugar. Todo era ya combate cuerpo a cuerpo, entrenamiento táctico en pequeñas unidades, en ejercicios de infiltración militar. La comida se preparaba apresuradamente con ingredientes comprados en la ciudad, y niños de ojos graves con doce y catorce años de edad se

veían de pronto controlando transmisiones, repasando rutas de mensajería o estudiando planes de batalla.

Los niños eran lo que más preocupaba a Leem. El templo, casi vacío de adultos, parecía una escuela abandonada por los profesores. Pádawan repentinamente huérfanos, acólitos con muy pocos profesores y demasiadas responsabilidades. Maks Leem temía por ellos. Por mucho que se esforzaran Yoda y los demás Maestros en inculcarles las antiguas virtudes Jedi, la presente generación siempre estaría marcada por la violencia. Como si se hubieran amamantado con leche envenenada, pensaba siempre. Por primera vez desde la Guerra Sith, habría una generación de Caballeros Jedi que crecerían en una Fuerza nublada por el Lado Oscuro. Estaban aprendiendo a sentir con corazones que habían envejecido demasiado, con demasiada dureza, demasiado pronto.

Fue uno de esos niños, el amable y grácil Whie, al que ella había tomado como pádawan, quien la llamó a la entrada del Templo. Maks había llegado para descubrir que el niño permanecía, como siempre, notablemente sereno, soportando una catarata de improperios de un pomposo, despótico y furioso diplomático troxano que no podía creer que un simple niño le detuviera a las puertas del Templo. Ese ser púrpura de agallas que vibraban furiosas afirmaba tener un despacho a entregar personalmente al Maestro Yoda.

Maks acudió enseguida al rescate de Whie, empleando la Fuerza de una forma que le era natural, calmando al troxano hasta que sus agallas se relajaron, rosadas y húmedas, y haciéndole marchar con la promesa de que ella entregaría personalmente el paquete al Maestro Yoda. Whie podría haber hecho lo mismo, pues la Fuerza era grande en él, pero se animaba a los pádawan a no usar sus poderes a la ligera. Los dones del niño siempre habían sido grandes; y quizá debido a ello él siempre había mostrado especial cuidado en no abusar de ellos.

Whie le entregó el paquete. Era una valija diplomática de alta seguridad, de un tipo empleado habitualmente por muchos mundos de la Federación de Comercio. Una mezcolanza de metacerámica entretejida con monofilamentos computacionales que componían un objeto que era a la vez recipiente y ordenador, con una superficie propia. La mayor parte de esa superficie estaba ahora cubierta con una erizada procesión de letras, mostrando un mensaje repetido en troxano y en Básico:

BENEVOLENCIA DE TROXAR.

Despacho de Enlaces Diplomáticos. **Paquete Incendiario.**

Comunicado confidencial para: **YODA**

Gran Maestro de la Orden Jedi

y consejero militar del Canciller Supremo del Senado Galáctico.

¡CUIDADO! ¡Sólo para su destinatario!

Esta valija diplomática está activada:

Sin una identificación positiva,

¡EL CONTENIDO SE DESINTEGRARÁ

AL ABRIRSE EL PAQUETE!

La bolsa se asentaba en su mano, de forma no desagradable, mientras los monofilamentos computacionales cambiaban y fluían ante su tacto hasta anidar en los palpos de sus dedos. Era como estar parado en la playa y sentir cómo las olas se llevaban gradualmente la arena de debajo de los pies. Un mapa topográfico de sus huellas digitales apareció por un breve instante en la superficie del paquete. Otra parte del paquete se despejó para mostrar una pequeña superficie espejada con el ideograma "ojo" marcado en ella. La Maestra Leem parpadeó ante su propio reflejo, y volvió a parpadear cuando el paquete lanzó un breve fogonazo luminoso.

Pauta de agallas: **No aplicable.**

Identificación dactilar: **Negativo.**

Escáner retinal: **Negativo.**

El actual portador no ha podido ser identificado como el destinatario de este Paquete Incendiario del Despacho de Enlaces Diplomáticos.

¡CUIDADO!

¡EL CONTENIDO SE DESINTEGRARÁ AL ABRIRSE

EL PAQUETE!

Maks y su pádawan intercambiaron una mirada.

—Será mejor que no se nos caiga —dijo el chico con toda seriedad.

Maks puso los ojos en blanco, en otro gesto notablemente expresivo entre los gran de tres ojos, y se internó en el Templo, buscando al Maestro Yoda.

Lo encontró en la Estancia de las Mil Fuentes, sentado en un peñasco de negra piedra caliza que sobresalía de un pequeño estanque. Al acercarse a él por detrás, le sorprendió lo pequeño que parecía allí sentado, regordete y desmañado en su túnica informe. Pensó que era como un triste sapo de pantano. Cuando era más joven habría suprimido el pensamiento al instante, sorprendida ante sí misma. Con la edad había aprendido a dejar fluir sus pensamientos con distancia, y también con cierta diversión. Después de todo, la mente era algo extraño, indisciplinado y excéntrico. Incluso la mente de un Jedi. Y la verdad es que resultaba muy acertado describirlo como un triste sapo de pantano.

Entonces se volvió y la sonrió, y ella sintió en su interior, bajo todo su cansancio y su pena, el manantial eterno de la alegría, mil fuentes inagotables de alegría, como si Yoda fuera una grieta en la superficie del mundo, y la misma Fuerza viviente burbujeara a través de él.

Los velludos ceños de los tres cálidos ojos pardos de la Maestra Leem se relajaron, y sus dientes dejaron de rechinar. Se dirigió al borde del estanque, apartando suavemente largas hojas de heléchos. Estaba rodeada por el sonido que provocaba el agua al correr sobre lechos llenos de guijarros, al burbujear entre las rocas o gotear en

pequeños estanques transparentes, sin olvidar el distante rugido de la catarata, en la pared más lejana de la enorme habitación.

—Supuse que lo encontraría aquí, Maestro.

Los jardines exteriores prefiero.

Lo sé, pero no están tan cerca de la Cámara del Consejo Jedi como esta sala.

El sonrió cansinamente. Verdad dices. —Sus orejas, que se habían erguido al verla, volvieron a caer—. Reuniones y más reuniones. Conversaciones tristes y graven. Guerra, guerra y siempre guerra. —Abarcó con su mano de tres dedos la Estancia de las Mil Fuentes—. Un lugar de gran belleza éste es. Pero... nosotros lo hicimos. Cansado de todo este... hacer estoy. ¿Dónde el tiempo para ser está, Maks Leem?

En algún lugar que no es Coruscant —respondió con franqueza.

El viejo Maestro asintió con pesar.

—Más verdad de la que crees dices. A veces pienso que el Templo Jedi de Coruscant llevar deberíamos.

La Maestra Leem se quedó boquiabierta. Lo había dicho en broma, pero Yoda parecía hablar muy en serio.

Sólo en un planeta como Coruscant, donde bosques no quedan, ni montañas que escalar, ni ríos siguiendo su curso, la Fuerza volverse tan turbia podía.

Maks parpadeó con sus tres ojos.

— ¿Adonde llevarías el Templo?

Yoda se encogió de hombros.

—A algún lugar húmedo. Salvaje. Sin tanto hacer. Sin tantas máquinas. —Se incorporó y respiró hondo—. ¡Bueno! ¡Decidido está! Enseguida el Templo moveremos. Al cargo quedas. ¡Un nuevo lugar encuentra y mañana de ello infórmame!

Los dientes de la Maestra Leem rechinaron a doble velocidad.

— ¡Debes de estar de broma! ¡No podemos hacer una cosa así ahora, en medio de una guerra! ¿A quién encontraríamos para...? —Se interrumpió, y los tres ojos que habían estado muy abiertos se estrecharon—. Te burlas de mí.

El viejo gnomo lanzó una risita.

Por un momento medio le pasó por la mente la idea de tirar el paquete troxano contra el rostro sonriente de Yoda, pero se contuvo al recordar las advertencias legales escritas en él.

—Prometí entregarte esto.

Yoda frunció la nariz con desagrado. Se subió el borde de la túnica por encima de sus ancianas rodillas y se deslizó de la roca con un chapoteo. Después de todo, era un jardín interior situado cerca de la cima de una elevada torre artificial, y el agua del estanque sólo le llegaba a los tobillos. Chapoteó hasta la orilla y cogió el paquete. Las arrugas treparon por su frente, y sus orejas se rizaron por la sorpresa cuando el Paquete Incendiario escaneó sus huellas dactilares.

Identificación dactilar: **Positiva.**

El espejo reflectante apareció en la superficie del paquete. Yoda le sacó la lengua e hizo una mueca.

Escáner retinal: **No concluyente.**

Por favor, muestre ante la superficie reflectante el rostro del destinatario de este paquete o el interfaz de comunicación corporal equivalente.

—Máquinas —gruñó Yoda, pero miró seriamente al paquete.

Escáner retinal: **Positivo.**

El actual portador ha sido identificado como el destinatario de este Paquete Incendiario del Despacho de Enlaces Diplomáticos. Sistema autodestructor desconectado.

En los bordes del paquete apareció una microperforación, y toda la bolsa se peló sola, revelando el mango chamuscado y castigado de un sable láser Jedi. Los gruesos dedos verdes de Yoda se curvaron suavemente en torno a él, y suspiró.

— ¿Maestro?

—Jang Li-Li —dijo—. Todo lo que de ella queda esto es.

El agua goteaba y susurraba alrededor de ellos.

—En los muertos pensando estaba.

—La lista aumenta cada día —dijo la Maestra Leem con amargura.

Pensaba en la última vez que vio a Jang Li-Li. Les había tocado el turno de la cena, poco antes de marcharse, y habían ido al huerto a recoger hortalizas para la comida de la noche. Se recordaba sentada en un cubo vuelto del revés, mientras Jang se metía con ella y le preguntaba si usar la Fuerza para pelar guisantes antarianos era abusar de su poder. Con arrugas risueñas alrededor de sus ojos almendrados.

El rostro de Yoda, oscuro en su reflejo, le miró desde fuera del estanque.

—Hay quien cree que entrar por completo en la Fuerza tras la muerte posible es.

—Seguramente lo hacemos todos, Maestro.

—Ah, pero quizá seguir siendo único e individual se pueda. Seguir siendo uno mismo.

—Piensas en Jang Li-Li —dijo la gran con una sonrisa triste—. Me gustaría creer que está a salvo y libre y riéndose todavía, en algún lugar de la Fuerza. Me gustaría, pero no puedo. Todos los pueblos tienen la esperanza de que haya algo después de la muerte. El universo dio forma a estas manos y ojos, y se mantendrán enteros unos

cuantos años, para luego desintegrarse. Eso debe bastar. Para entrar de forma más completa en la Fuerza, uno debe disolverse como la miel mezclada con el estimcafe caliente.

Yoda se encogió de hombros y miró el mango del sable láser de la pobre Jang Li-Li.

—Quizá razón tengas, pero me pregunto... —cogió un guijarro de una grieta de la piedra en la que estaba sentado—. Si este guijarro en el estanque suelto, ¿qué pasará?

—Se hundirá.

—¿Y luego?

—Bueno —dijo la Maestra Leem, sintiendo que la cosa se le escapaba—. Supongo que provocaría ondas que se dispersarían.

Las orejas de Yoda se irguieron.

— ¡Sí! El guijarro el agua golpea y una onda surge ¿hasta que...?

—Llega a la orilla.

—Cierto. Pero ¿el agua de la ola donde el guijarro cayó, el mismo agua de la ola que toca la orilla es?

—No...

—Pero, ¿la ola la misma ola es?

— ¿Crees que podemos convertirnos en... olas en la Fuerza, conservando nuestra forma?

Yoda se encogió de hombros.

—De esto una vez Qui-Gon habló.

—Le echo de menos —dijo Maks Leem. Nunca había aprobado la conducta de Qui-Gon; era demasiado rápido en oponerse a la Orden, demasiado dispuesto a enfrentar su voluntad solitaria al bien del grupo, pero había sido un hombre valiente y noble. Y amable con ella cuando era joven.

Volvió a concentrar su atención en el sable láser roto de Jang.

— ¿Quién lo envía, Maestro?

Maks no estaba segura de si Yoda había oído la pregunta. Guardó silencio un tiempo prolongado, acariciando el mango con sus viejos dedos romos.

— ¿Pádawan tienes ahora, Maestra Leem?

Ella asintió.

— ¿El segundo?

—El tercero. Rees Alrix fue el primero. Combate con las tropas clon en Sullust. El segundo... El segundo fue Eremin Tarn —dijo a pesar suyo.

Eremin se había convertido en partidario de Jeisel, uno de los más destacados Jedi disidentes que pensaban que la República había perdido la autoridad moral para gobernar. Eremin siempre se había opuesto a la autoridad, incluida la suya, cuando era su Maestro, pero tenía fuertes principios. Maks podía comprender intelectualmente su

decisión de apartarse de la Orden, pero le había roto el corazón ver alejarse a su propio pádawan, al que había enseñado desde los trece años hasta que fue todo un Caballero Jedi.

— ¿Este nuevo pádawan el vacío de tu corazón llena? —preguntó Yoda, como si le leyera la mente.

Maks se sonrojó y apartó la mirada.

—Vergüenza en esto no hay. ¿Crees que la relación entre Maestro y pádawan para ayudarlos a ellos sólo es? —Yoda inclinó la cabeza a un lado y la miró con ojos viejos y sabios—. Oh, eso es lo que creer les hacemos, ¡sí!, pero cuando llegue el día en que el viejo Yoda de sus estudiantes no aprenda, entonces a enseñar no volveré. —Apretó ligeramente la mano de ella, rodeando los seis dedos con sus tres—. Don mayor que un corazón generoso no hay.

Las lágrimas afluyeron a Maks Leem, y ella las dejó correr.

—Sé que el apego no es el camino Jedi. Pero...

Yoda volvió a apretarle la mano y volvió a sopesar el mango de sable láser. Por un momento vio cómo su dedo se detenía en una pequeña pieza metálica, sorprendentemente limpia y de aspecto reciente, como si hubiera escapado de la explosión o se hubiera añadido después. Frunció el ceño.

—Ese pádawan tuyo, ¿listo para la galaxia está?

— ¿Whie? ¡No! Y sí. Es joven. Todos son tan jóvenes. Pero si hay alguno que esté listo es él. La Fuerza es grande en él. No tanto como en el joven Skywalker, pero sí en el nivel anterior. Y, entre tú y yo, la lleva mejor de lo que lo ha hecho nunca Anakin. Tiene tanta calma. Tanta serenidad y seguridad. En verdad es increíble en alguien tan joven.

—Cierto.

Algo en la voz de Yoda le llamó la atención.

— ¿Lo crees imposible?

—Creo que muchas ganas de complacerte tiene —dijo el viejo Maestro con cuidado.

Antes de que pudiera preguntarle lo que quería decir, un gong dio la hora.

—Ah, ¡mi clase! —dijo Maks, golpeándose los cuernos de la frente con la mano—. Se supone que debería estar enseñando navegación hiperespacial en la Torre Tres.

Yoda abrió mucho los ojos e hizo un gesto como si la empujara con las manos.

— ¡Entonces conectar tu hipermotor debes!

Observó, riéndose, cómo salía corriendo de la sala. Con el borde de su túnica revoloteando alrededor de sus peludos tobillos y las pisadas de sus botas alejándose en la distancia.

Cuando estuvo seguro de estar solo, presionó el botón de encendido de lo que una vez fue el sable láser de Jang Li-Li. Como sospechaba, el arma había sido modificada; en vez de aparecer la hoja azul de Jang, lo hizo un holograma: El Conde Dooku, con una altura de diez centímetros, como parado en el mango del sable láser. Parecía

viejo..., mucho mas viejo que en Geonosis. Agobiado. Estaba sentado en un escritorio elegantemente equipado. Tras él había una ventana salpicada por la lluvia; más allá se veía un cielo gris y triste. En el escritorio, ante él, estaba la vela que le había enviado Yoda.

—Debemos hablar —dijo Dooku.

No miraba a la holocámara, como si no se atreviera a mirar a su viejo Maestro a los ojos, ni siquiera a través de las semanas de tiempo y de la interminable sima negra del espacio que los separaba.

—Hay una nube a mí alrededor. Alrededor de todos nosotros. Hace años que la sentí crecer en la República. Huí de ella entonces e intenté llevarme a la Orden conmigo. Tú no quisiste venir. Por cobardía, pensé entonces. O por corrupción. Pero ahora... —se frotó la cara con gesto cansino—. Ahora no lo sé. Puede que tuvieras razón. Puede que el Templo fuera la única linterna capaz de mantener la oscuridad a raya, y que yo me equivocara al apartarme de él y sumirme en la noche. O puede que la oscuridad estuviera todo el tiempo en mi interior.

Alzó los ojos por primera vez. Su mirada era firme, salvo por un débil brillo de angustia pura, como el sonido de sollozos en una habitación cerrada.

—Es como una enfermedad —susurró—. Como una fiebre en la sangre. Hay guerra por todas partes. Crueldad. Muertes, y algunas en mi nombre. Sangre que corre como la lluvia. Siento constantemente los gritos de los muertos en la Fuerza, golpeando en mi interior como si fuera una arteria a punto de reventar. —Se recuperó, se encogió de hombros y siguió hablando—. He llegado al fondo. Ya no sé lo que está bien. Estoy cansado, Maestro. Muy cansado. Y como cualquier hombre, cuando el fin se acerca, ansío volver al hogar.

El pequeño Dooku holográfico tocó la vela que Yoda le había enviado, haciéndola girar en sus viejos dedos.

—Quiero que nos veamos. Pero no debe saberlo nadie de fuera del Templo. Yo siempre estoy vigilado, y tú estás siendo traicionado más profundamente de lo que crees, Maestro. Ven hasta mí; Jai te mostrará el camino. Hablaremos. No prometo nada más. No puedo creer que estés corrupto, pero hasta tú, Maestro, estás controlado más allá de tu comprensión. Si mis aliados saben de tu llegada, no se detendrán ante nada para matarte. Si adivinan por qué vienes, no se detendrán ante nada para matarme a mí.

Su mirada volvió a centrarse en el presente: feroz y práctica.

—Me sentiré decepcionado si tomas mi invitación por una oportunidad táctica. Si veo el menor signo de nuevas fuerzas desplegándose hacia la Vía Hydiana, abandonaré mi actual paradero y aceleraré la guerra hasta que los cruceros de combate androides consuman toda la vida de Coruscant con una lluvia de flamígero plasma. Ven solo con Jedi. —Sonrió de forma torcida y triste—. Hay cosas que no deben salir de la familia...

El Conde Dooku de Serenno, señor de la guerra de un poderoso ejército, uno de los seres más ricos de la galaxia, espadachín legendario, antiguo estudiante, notorio traidor, hijo perdido, titiló ante los ancianos ojos de Yoda y desapareció.

Yoda volvió a pulsar el botón de encendido del sable láser y volvió a ver la grabación, tres veces más. Volvió a subirse a su roca favorita, sumido en sus pensamientos. En algún lugar sobre él, en sus habitaciones privadas, estarían apilándose los mensajes de la República. Despachos de comandantes militares, preguntas de Jedi destacados en lugares lejanos respecto a las misiones y órdenes recibidas, quizás hasta una convocatoria del Senado o una petición de reunión del despacho del Canciller. Había llegado a conocer demasiado bien el peso de todos esos ojos ansiosos. Hoy Yoda necesitaba más que nadie la sabiduría de Yoda.

Respiró hondo, intentando despejar la mente y sumirse en meditación, dejando que los recuerdos acudieran a él.

Las manos de Dooku cogiendo la vela, sus emociones zumbando como si fueran una corriente eléctrica, haciendo que le tiemblen las yemas de los dedos.

Jai Maruk haciendo su recortado informe en la Cámara del Consejo, con la quemadura de un sable láser cruzándole la enjuta mejilla.

Más atrás, Dooku y él en una cueva de Geonosis. El siseo y el fogonazo de zumbantes sables láser, oscuramente hermosos, como libélulas, y Dooku siendo todavía un chico de veinte años, y no el anciano que susurraba sobre el arma de la pobre Jang. Las orejas de Yoda se cayeron lentamente, mientras se sumía profundamente en la Fuerza y el tiempo se fundía bajo su mente como hielo podrido, liberando el pasado y el presente para que se mezclasen. Ese orgulloso niño que hace sesenta años murmuraba en el jardín que "cada Jedi es un niño del que sus padres decidieron prescindir".

La pequeña Jang Li-Li, con ocho años, regando las orquídeas de la Estancia de las Mil Fuentes un día luminoso, con la luz atravesando los paneles de transpariacero; y Li-Li levantando nubes de agua con su Maestro, y chillando, con las mejillas rosadas, cuando cada nubecita que levantaba chocaba con un rayo de luz convirtiéndolo en colores, manchas fugitivas de rojo, violeta y verde. "¡Maestro, Maestro, estoy haciendo arcos iris!". Colores que aún no significaban señales militares, ni luces de navegación de naves estelares, ni hojas de sable láser. Sólo una niña haciendo arcos iris.

Dooku recién llegado de Serenno, con mirada seria, lo bastante mayor como para saber que su madre se había deshecho de él. Lo bastante mayor para saber que uno siempre puede ser traicionado.

El agua burbujeaba, empapaba y resbalaba alrededor de Yoda, en el pasado y en el presente, líquida y elusiva, y Qui-Gon estuvo a su lado. Habría sido un error decir que el Jedi muerto fue a Yoda, pues era más cierto decir que Qui-Gon siempre había estado allí, en el punto de quietud alrededor del cual gira el tiempo. Qui-Gon esperando a que Yoda encontrase su camino por el sendero no hollado y cruzara la puerta sin abrir, entrando en el jardín que hay en el corazón de las cosas.

Yoda abrió los ojos. La sensación de Qui-Gon en la Fuerza era la misma de siempre: severo y enérgico, como una madeja de buena cuerda atada en un hábil nudo marinero.

En una ola se ha convertido, pensó Yoda. *En una ola sin costa.*

Yoda dio un golpecito en el mango del sable láser de Jang Li-Li.

— ¿Lo viste?

Lo *vi.*

—Astuto es. Si para verlo me muevo, las naves de la República de la Vía Hydiana debo alejar. La posibilidad de paz del todo debo negar, o sin ser molestado en su cubil meses debo cederle.

Es un espadachín, repuso Qui-Gon. *Equilibrio, posición, ventaja. Para el son tan naturales como el respirar.*

—Mi antiguo estudiante, tu antiguo Maestro, Qui-Gon. ¿La verdad dice?

Él cree que miente.

Las orejas de Yoda se irguieron.

— ¿Mmmm?

Él cree que miente.

Una sonrisa iluminó lentamente el rostro redondo de Yoda.

— ¡Ssssí! —murmuró.

Un instante después, Yoda sintió una vibración en la Fuerza, una perturbación que brotaba de los dormitorios de estudiantes de abajo, como el débil rumor de un trueno distante. Qui-Gon se estremeció y desapareció, como si la Fuerza fuera un estanque de agua y él un reflejo en su superficie, roto por el chapoteo de la perturbación que acababa de golpear al Templo.

Los sueños verdaderos no venían a menudo. La verdad es que Whie intentaba no tenerlos.

No eran para nada como pesadillas corrientes. También tenía muchas de ésas, el último año casi una por noche. Eran confusas y divagantes, y en ellas siempre fracasaba por algo que debió hacer, por una clase que se suponía debía tomar o por un paquete que debía entregar. A menudo lo perseguían. A veces estaba desnudo. La mayoría de esos sueños acababan con él aferrado desesperadamente a algún lugar elevado y cayendo, cayendo desde las torres del Templo, de un puente, de una nave estelar, por un tramo de escaleras, de un árbol de los jardines. Siempre cayendo, y abajo, esperándole, había una multitud murmuradora compuesta por decepcionados, por aquellos a los que había fallado. Los sueños verdaderos eran diferentes. En ellos se veía liberado del tiempo. Podía irse a dormir al catre de su dormitorio y despertar de golpe en el futuro, como si hubiera caído por una trampilla y aterrizase dentro de su cuerpo.

Una vez, al irse a dormir cuando tenía ocho años, despertó para descubrir que tenía once y estaba construyendo su propio sable láser. Trabajó en él durante más de una hora antes de que entrase otro niño en el taller y dijera: "¡Rad Tharn ha muerto!". Intentó preguntar: "¿Quién es Rad Tharn?", pero oyó cómo su voz decía algo muy diferente. Sólo entonces se dio cuenta de que él no era el Whie que construía el sable láser, sino que sólo estaba dentro de su cabeza, como si fuera un fantasma.

No había nada, absolutamente nada, peor que la espantosa sensación de verse enterrado vivo dentro de tu propio cuerpo. A veces, el pánico era tan intenso que se despertaba, pero otras pasaba horas antes de levantarse sobresaltado en su cama,

sollozando y jadeando con alivio ante el sonido de un timbre o el roce de la mano de un amigo.

Esta vez se sumió en el sueño verdadero y aterrizo en una habitación extraña ricamente amueblada. Estaba parado sobre una mullida alfombra que tenía bordado un complicado dibujo de bosque, con árboles espina, lianas espina y venenoso musgo verde, entre cuyas sombras acechaban los ojos brillantes de malévolos pájaros. La alfombra estaba salpicada de sangre. Por el ardiente dolor de su brazo izquierdo y la apagada molestia de sus costillas adivinó que parte de la sangre era suya.

Un antiguo crono, en una caja metálica diseñada para parecer un entramado de espinas y cañas, emitía tictaques en el rincón del cuarto, con un sonido apagado. Cada tictac parecía lento y errático, como el latir de un corazón moribundo.

En la habitación había al menos dos personas más. Una era una mujer calva con franjas pintadas en el cráneo y labios del color de la sangre fresca. Podía oler en ella el Lado Oscuro como si fuera humo de madera, como algo ardiendo en una noche húmeda. Le daba miedo.

La otra persona era otro aprendiz Jedi, una chica pelirroja llamada *Exploradora.* En su vida despierto, ella tenía un año más que Whie, era mandona y gritona y nunca se había fijado en él. En el sueño, la sangre le goteaba por el rostro desde un corte en el cuero cabelludo. Y le miraba. "Bésala", le susurraba la mujer calva con voz suave. Lágrimas rojas reptaban desde los cortes de la chica y se derramaban de su boca. La sangre corría en una línea roja que bajaba por el cuello para empapar las solapas de su túnica justo encima de la parte superior de sus pequeños pechos. "Bésala, Whie".

El Whie que soñaba retrocedió.

El Whie que estaba despierto quería besarla. Estaba furioso, enfermo y avergonzado, pero quería besarla.

La sangre goteaba. El crono emitía tictaques. La mujer calva le sonrió. "Bienvenido a casa", le dijo.

— ¡Whie!

— ¿Hmm?

— ¡Despierta! Whie, despierta. Soy yo, la Maestra Leem. —Su rostro amable se apareció ante él en el oscuro dormitorio, con sus tres ojos preocupados—. Notamos una perturbación en la Fuerza.

Él parpadeó, buscando aire, intentando aferrarse a un ahora que seguía antojándosele resbaladizo como una barra de jabón húmeda.

Los chicos que compartían el dormitorio con él se amontonaban alrededor de su cama.

— ¿Has tenido otro de esos sueños?

Pensó en la chica, *Exploradora,* otro aprendiz Jedi, en el reguero de sangre en su garganta. En su deseo culpable.

La Maestra Leem posó seis dedos en su mano.

— ¿Whie?

—No ha sido nada —consiguió decir con voz ronca—. Sólo un mal sueño.

Los chicos que rodeaban la cama empezaron a irse, decepcionados e incrédulos. Seguían siendo lo bastante jóvenes como para querer ver milagros. Creían que tener visiones sería divertido. No podían comprender lo terrible que era ver un momento sobresalir del futuro como una columna que aparece de repente en un camino nublado, sin que haya manera de evitar chocar contra ella.

¿Quién era la mujer calva de su visión? Apestaba al Lado Oscuro, pero no se había enfrentado a ella. ¿Serían aliados por algún extraño destino? ¿Y cómo llegaría a derramarse la sangre de la chica, *Exploradora,* roja sobre sus labios rojos, y por qué la miraría ella un día con tanta intensidad? Puede que *Exploradora* se aliara con la malvada mujer calva. Puede que se rindiera a sus deseos, su ira, su lujuria. Puede que también intentase atraparlo, seducirlo, llevarlo al Lado Oscuro.

— ¿Whie? —dijo la Maestra Leem.

Él le apretó la mano para tranquilizarla, intentando sonar más normal.

—Sólo fue un mal sueño —repitió.

Siguió insistiendo, de forma educada y agradecida, en que estaría bien, que no le pasaba nada, hasta que ella salió por fin del dormitorio.

Otra cosa interesante de los sueños verdaderos de Whie era que le habían atormentado toda la vida, como si fueran una maldición. Pero esta vez era la primera que despertaba en un lugar que no era el Templo Jedi. Y ni una sola vez, en tantas y tantas visiones, había despertado en un cuerpo mucho más viejo del que tenía ahora. Su muerte se acercaba. Sería pronto.

CAPITULO 3

Las paredes blancas de la Cámara de Entrenamiento en Combate del Templo Jedi acababan de ser limpiadas; el suelo blanco, fregado; y se habían dispuesto nuevas esterillas blancas para el torneo del día. Nerviosos aprendices Jedi vestidos con resplandecientes túnicas blancas se preparaban, cada uno a su modo, para la inminente prueba. La aprendiz Jedi Tallisibeth Enwandung-Esterhazy, apodada *Exploradora,* los agrupaba mentalmente en cuatro categorías:

Habladores, que se reunían en grupos, murmurando en voz baja para distraerse de la creciente tensión.

Calentadores, que estiraban músculos, ligamentos o fibras pulsátiles, chasqueaban variadas cantidades de nudillos y corrían, saltaban o giraban sobre sí mismos, según las necesidades fisiológicas de sus respetivas especies.

Meditadores, cuyo sistema para sumirse en la más profunda verdad que era la Fuerza solía consistir, según Tallisibeth, en cerrar los ojos y asumir una expresión presumida de afectada serenidad.

Y Acechadores.

Exploradora era un Acechador.

Probablemente le vendría bien algo de meditación. Su historial implicaba que su peor problema consistía en estar demasiado tensa y excitada. En el último torneo, antes de la devastación de Honoghr y la crisis de la flota Rendili, había sido eliminada en la primera ronda por un niño de doce años al que siempre estaba a punto de vencer cuando entrenaban. La derrota había sido aún más humillante porque en aquel momento el niño estaba curándose una pierna rota, y luchaba con una muleta.

Pasó al acecho tras un grupo de Habladores, con el rostro dolorosamente rojo por el recuerdo.

—Hola, *Exploradora* —dijo uno de ellos, pero ella le ignoró.

Hoy no tenía tiempo para hablar. Hoy debía estar concentrada.

Cualquiera con los sesos de un cerdo azuzador sevarcosano podía darse cuenta de que ya no le quedaba ninguna posibilidad de pifiarla. Porque la realidad era que la Fuerza no era grande en Tallisibeth Enwandung-Esterhazy. Oh, estaba presente, sí. Lo bastante como para llamar la atención de los ojeadores de talentos Jedi cuando ella era un bebé, pero, por lo que dijo una vez uno de los Maestros, su familia era extremadamente pobre, y sus padres habían suplicado al Jedi que se llevaran a su hija lejos de una vida de pobreza extrema. Le atormentaba la idea de que sus padres, y sus hermanos, de tenerlos, siguieran atrapados en los barrios pobres de Vorzyd V, y que ella hubiera sido la única que había escapado de ellos. La única que había tenido esta increíble oportunidad de hacer el bien. Sería insoportable fracasar.

Pero, de algún modo, aunque había crecido físicamente, no lo había hecho en los caminos de la Fuerza. Tenía el don de la previsión. Por ejemplo, cuando se entrenaba en una lucha con alguien y se abría a la Fuerza, tenía fogonazos en los que sabía lo que sus contrincantes harían a continuación, antes incluso de que lo supieran ellos. Su hábito de contemplar una situación y asimilarla un poco más deprisa que cualquier otro

le había proporcionado su apodo. Pero hasta eso podía perderlo si se alteraba o ponía nerviosa. Y en cuanto al resto de las habilidades que los Jedi poseen tradicionalmente gracias a la Fuerza...

Algunos días podía levantar con la mente un vaso de una mesa y hacerlo llegar hasta su mano..., pero mucho más a menudo se le escapaba y se hacía añicos contra el suelo. O explotaba como si lo apretara. O se estrellaba contra el techo y caía en una lluvia de astillas y leche azul. No hacía falta ser un mrlssi para darse cuenta de la forma en que los Maestros Jedi hablaban entre sí en voz baja cuando pasaba por su lado. No hacía falta ser muy lista, y *Exploradora* era lista, para notar que los demás aprendices ponían los ojos en blanco al verla, o se reían, o, lo que era peor aún, le tapaban sus errores.

Cuando cumplió los trece años, prácticamente había perdido la esperanza de convertirse en una Jedi. Cuando el Maestro Yoda la convocó para tener una charla privada en la Estancia de las Mil Fuentes, se había arrastrado hasta allí con pies de permeocemento, el estómago revuelto y esperando oír la rama de los Cuerpos Agrícolas a la que iban a destinarla. "Es un trabajo digno", decía siempre la gente. "Es un trabajo honorable". La hipocresía de su declaración la enfurecía. Por si no fuera ya bastante humillante fracasar en lo único que siempre había querido hacer, tenían que empeorarlo simulando que una azada era tan importante como un sable láser, y el barro de una finca de patatas tan emocionante como el polvo de un centenar de planetas bajo tus pies.

Cuando entró en la sala tenía el rostro brillante por las lágrimas y había una gran mancha húmeda en la manga de su túnica, donde se había secado la goteante nariz. El Maestro Yoda la miró, con el redondo y anciano rostro arrugado por la preocupación, y le preguntó por qué lloraba.

—Sólo los Jedi deben luchar para conseguir el desapego —repuso ella, retadora y entre resoplidos—. Los granjeros pueden llorar todo lo que quieran.

Entonces él le dijo que Chankar Kim había solicitado que ella fuera su nuevo pádawan, y Tallisibeth Enwandung-Esterhazy, llamada *Exploradora* por sus amigos, se sintió como lo que luego decidió era la clásica sensación *post Yoda*: impresionantemente estúpida, desgarradoramente feliz.

Tres meses después moría Chankar Kim.

Si toda su vida no hubiera sido una lucha, pensaba *Exploradora,* eso la habría destrozado. Había sido pura fuerza de voluntad lo que la había hecho continuar; pura rabia y sed de sangre, impropias de un Jedi, contra la Federación de Comercio, contra el destino, contra sí misma.

—Te dejaré venir en la próxima misión —le había dicho la Maestra Kim con una sonrisa—. Pero antes pulamos un poco más lo que sabes hacer. Podrás venir la próxima vez, te lo prometo.

Y ahí estaba lo grave: Chankar Kim perdió la vida en un planeta distante, y nunca hubo una próxima vez.

Por tanto, *Exploradora* era una huérfana, una aprendiz que envejecía sin Maestro. La única forma que tenía de convertirse en Jedi era convirtiéndose en pádawan, saliendo a

misiones, teniendo una posibilidad de probar que podía marcar una diferencia. Y la única forma de hacerlo era ganándose la confianza de los demás Jedi.

Se esforzó al máximo clase tras clase, practicando llaves consigo misma hasta que dejó de sentir las muñecas, pasando noches en blanco hasta que los mapas estelares bailaron ante sus doloridos ojos. Se entrenó con más intensidad que en toda su vida, aprendiendo astrografía, combate sin armas, matemáticas de hiperimpulso, técnica de instalación de comunicaciones, técnica de sable láser. Era de físico delgado y su cuerpo de mujer resultaba agónicamente lento a la hora de ganar músculo, pero se ejercitó hasta que el sudor formaba ríos en su espalda porque tenía que hacerlo, tenía que hacerlo porque no podía depender de ese truquito que estaba al alcance de los demás: la Fuerza.

Pero, aun así, todos los días pasaba por el tormento que eran las clases para aprender a usar la Fuerza; *Exploradora* tenía que estar con los niños de ocho y nueve años, sobresaliendo entre ellos, como un desmañado gigante, y, por mucho que se esforzara por rechazar la desesperación, todos los días sus pisadas sonaban más cansadas, como si ya chapoteara por los embarrados huertos de patatas que eran su destino.

—Eh, *Exploradora...,* ¡tranquila! —la voz devolvió la atención de *Exploradora* al aquí y ahora: la cámara de combate, día de torneo. Quien hablaba era Lena Missa, una chica chagriana de buen carácter y de su misma edad—. Estás tan tensa que te oigo chirriar cuando caminas.

A Lena le resultaba muy fácil decir eso. También había perdido un Maestro el año anterior, pero Lena era ingeniosa y apreciada, y su control de la Fuerza era diestro; había Maestros Jedi haciendo cola para elegirla como pádawan en cuanto concluyera un periodo de duelo apropiado. *Exploradora* forzó una sonrisa tensa.

—Gracias. Lo intentare —dijo.

Lena se inclinó hacia ella con aire confidencial, de modo que su lengua bífida asomó fugazmente entre sus labios azules, y sus blandos cuernos inferiores apuntaron hacia delante.

—No te preocupes, *Exploradora.* Eres muy buena en combate. Limítate a relajarte y a usar... —Titubeó—. Tú confía en tu habilidad.

Exploradora forzó una sonrisa.

—Sólo eres amable conmigo por si acabas en mi ronda.

Lena le devolvió la sonrisa.

—Ya te digo. Todavía me duele el codo por la llave que me hiciste la semana pasada. No le harías daño a una amiga, ¿verdad?

Treinta y dos eran los aprendices que participaban en el torneo. Un aprendiz debía tener al menos diez años de edad para entrar, y la mayoría tenían entre diez y doce. Los niños más pequeños no estaban preparados para enfrentarse a los mayores en un combate de lucha libre, y los mayores que habían sido nombrados pádawan solían estar ocupados con sus tareas. Inicialmente, Lena no iba a participar, pero habían necesitado uno más para obtener un número par.

Se había dado a elegir a los aprendices entre un torneo por etapas o un formato de eliminación por muerte súbita, donde la primera derrota significase la eliminación. *Exploradora había* apostado con fuerza por la eliminación individual, argumentando que, en el mundo real, el enemigo no ofrecía ganar tres encuentros de cinco. En privado, también pensaba que el formato que más le convenía era el de ganar o rendirse. Por buena que fuera en la parte física del combate, la Fuerza era más débil en ella que en cualquiera de sus contrincantes. Para que le fuera bien, debía ser más lista que sus contrincantes, y los trucos suelen ser más efectivos la primera vez que se utilizan; cuantos menos combates librase, más posibilidades tendría de ganar.

La Maestra *Mano de Hierro* se ajustó la túnica y se dirigió al centro de la sala de combate, pasando junto a los Habladores y los Calentadores repartidos por la blanca sala. *Parecemos weevils retorciéndose en una caja de harina,* pensó *Exploradora.* Los aprendices se callaban allí por donde pasaba la Maestra. Una vez en el centro de la sala, anunció que los dos primeros asaltos del torneo tendrían lugar allí, pero que cuando los concursantes quedaran reducidos a ocho, los restantes encuentros tendrían lugar en un entorno menos artificial. Los estudiantes se miraron unos a otros, alzando las cejas.

—Queríais algo más real —dijo secamente *Mano de Hierro*—. Y hemos decidido que lo tendréis. Y ahora, para decidir los encuentros del primer asalto. —Consultó su datapad—. Atresh Pikil y Gumbrak Hoxz. Atresh, una esbelta chica de doce años y piel negra, dio un paso adelante, junto con Gumbrak, un calamariano de trece años cuya piel color salmón ya estaba moteada por la excitación. El calamariano era más fuerte, pero había crecido mucho en el pasado año y aún tenía tendencia a tropezar con sus propios pies palmeados. Si Atresh usaba su agilidad para mantenerlo a raya hasta que él tropezase, le iría bien. Claro que Atresh no era una luchadora muy calculadora. Como muchos de los aprendices más dotados, tendía a confiar en sus recursos en vez de molestarse en realizar la clase de detalladas observaciones preliminares que habían proporcionado su apodo a *Exploradora.* Los demás chicos solían reírse de sus incansables cálculos, pero, claro, ellos podían permitírselo. *Exploradora* tenía que trabajar. Había pasado muchas horas de las últimas seis semanas observando combatir a los demás combatientes, a veces abiertamente, a veces en secreto. Tenía un plan para ocuparse de cada uno de ellos, y, si bien no estaba confiada, al menos estaba preparada.

—Flerp, Zrim —dijo la Maestra Xan—. Page, Gilp. Horororibb, Boofer.

Exploradora se preguntó si las parejas se habían asignado mediante simulaciones de ordenador pensadas para enfrentar a los concursantes más igualados, o empleando criterios conocidos sólo por los Maestros y diseñados para enfrentar los puntos débiles de cada estudiante.

—Chizzik, Enwandung-Esterhazy.

Exploradora se sintió descorazonada. Pax Chizzik era un niño de once años animoso y encantador. En la lucha, tenía la Fuerza de su lado, era listo, algo gordito y sin un gran juego de pies, pero con unas muñecas excepcionalmente rápidas. Tenía un bloqueo muy rápido. La mayoría de los chicos de su edad con esa capacidad solían ganar puntos en el contraataque, pero Pax también era imaginativo atacando, y tenía la velocidad manual y la creatividad necesarias para iniciar secuencias complejas y

hermosas de finta y estocada. Animoso y de buen carácter, era un líder natural, nacido para interpretar intrépidos príncipes en alguna épica romántica de eras pretéritas. Le caía bien a todo el mundo. A *Exploradora* le había caído lo bastante bien como para distraer tiempo de su incesante estudio y ayudarle a practicar los Doce Nudos Intermedios cuando tuvo problemas en la clase de Escalada y Nudos de Cordaje del Maestro Bear. Tenía varias ideas sobre cómo vencerlo en el torneo, pero algunas no eran nada agradables para hacérselas a un chico, y había esperado no tener que enfrentarse a él.

Ése debía de ser el razonamiento mediante él que los emparejaban, pensó amargamente. Clavó una mirada de sospecha en *Mano de Hierro.* La Maestra le devolvió la mirada con aire ausente y continuó leyendo su lista.

Los duelos eran en combate libre, todo valía, y continuarían hasta que una persona se rindiera golpeando el suelo tres veces o recibiera tres estocadas de los sables láser de entrenamiento, graduados en su potencia más baja. La estocada de un sable láser, incluso a baja potencia, no es cosa de risa. El toque de la hoja era terriblemente doloroso, un beso abrasador que produce calambres en los músculos y hace aullar a los nervios, dejando un verdugón rojo que tarda días en curarse. *Exploradora* lo sabía porque todos los días de las últimas tres semanas había buscado un lugar privado en los abandonados huertos de la cocina para tocarse en un costado, en un hombro o en una pierna con su propio sable láser graduado a baja potencia. Como le gustaba decir a la Maestra *Mano de Hierro,* el dolor distrae en exceso, y *Exploradora,* sabiendo que muy probablemente le tocarían durante el duelo, estaba decidida a que el dolor no le hiciera perder la concentración.

No podía permitirse perder.

Empezaron los primeros encuentros. *Exploradora* intentó prestar atención, buscando cualquier punto débil por si acaso debía enfrentarse al ganador en otra ronda, pero la ansiedad que le retorcía el estómago le dificultaba la concentración, y al cabo de un par de encuentros se unió a las filas de los Meditadores para concentrarse sólo en su respiración, su silencio, la profunda calma de la sangre que le recorría el cuerpo en una marea oculta. También pudo sentir la Fuerza, llenando la sala como una gran carga eléctrica. Saltó por dos veces de un luchador a otro, como una chispa, dejando a vencedor y vencido parpadeando como si hubieran sido golpeados por un rayo. *Exploradora* ni siquiera intentó abrirse a ella. La Fuerza no era un aliado en el que pudiera confiar, no habiendo tanto en juego.

Tenía los labios secos y un sabor amargo y metálico en la boca. *Contrólate,* se dijo. *Vamos, Exploradora. Aspira. Exhala. Aspira. Exhala. Aspira. Exhala.*

De pronto le llegó el turno. Las palmas de las manos le sudaban, y mientras caminaba hasta el centro de la sala sentía las piernas como si fueran de mermelada. El mango del sable láser colgaba de una arandela de su túnica, golpeando un verdugón en su muslo. Pesó por los rituales de apertura, inclinándose ante la Maestra Zan y presentando el sable láser para ser inspeccionado. La Maestra comprobó la potencia en que estaba graduado y se lo devolvió. Pax hizo una reverencia a su vez y presentó su arma con un floreo teatral. Mientras *Mano de Hierro* lo examinaba, dirigió una mirada alegre a *Exploradora* y le guiñó ligeramente un ojo. Era imposible no sonreír. *Me alegro que seas tú,* dijo él vocalizando las palabras en silencio.

Devolvieron las armas a su cinto, se separaron, se pusieron el uno ante el otro y se hicieron una reverencia.

—Que la Fuerza te acompañe —dijo Pax, y ella supo que lo decía de corazón.

El murmullo de las conversaciones en la sala se acalló cuando *Mano de Hierro* alzó un pequeño pañuelo rojo. Ahora que ya había concluido la horrible espera, *Exploradora* estaba más calmada. Sintió que su atención se relajaba y se expandía, empapándose de toda la sala. Su respiración se aminoró, y fue consciente de todos los presentes, hasta de quienes tenía detrás de ella. Una puerta se abrió al final de la sala y sintió la presencia del Maestro Yoda, luminosa como una lámpara.

La Maestra Xan dejó que la tela roja se deslizara entre sus dedos. Cayó aleteando, balanceándose, cada vez más despacio, mientras el tiempo se dilataba para *Exploradora* y Pax, hasta que, por fin, el borde tocó el suelo con la suavidad de un copo de nieve.

Dos sables láser brillaron, cobrando vida; chocaron, giraron, volvieron a chocar y se mantuvieron inmóviles, zumbando y siseando en medio de la sala. Pax se rió y *Exploradora* pudo sentir que ella también sonreía. Se sintió algo avergonzada por todos sus planes. Costaba no desearle lo mejor a Pax.

Podría dejarle ganar.

Exploradora pestañeó, dándole vueltas a esa nueva idea. Renunciar a ganar. Si dejaba muy claro que le había "dejado" ganar, eso implicaría que *podía* haberlo vencido, de querer hacerlo. No sería como si hubiera perdido de verdad.

Podría dejarle ganar.

El alivio la inundó. Pax pasaría a la siguiente ronda, disfrutando enormemente por ello y, por primera vez en seis semanas, ella podría dejar de preocuparse por este torneo y unirse a la celebración de su victoria.

Pax hizo un florilegio en el aire con la zumbante hoja verde de su sable láser.

— ¿Preparada, *Exploradora?* —dijo, y bajó un poco la punta, como invitándola a atacar.

Debería dejarle ganar.

El zumbante silencio fue roto por un pequeño bocinazo en un rincón de la sala: el resoplido del Maestro Yoda.

Exploradora volvió a pestañear, como si despertase de un sueño.

—Por las estrellas negras —susurró—. Casi me pilla.

Pax había estado utilizando la Fuerza con ella.

Sacudió la cabeza para despejar las telarañas. Pax no era ningún taimado manipulador, probablemente ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo. Pero tampoco debía confundirse; él deseaba que la gente le apreciara. Siempre lo había hecho.

Exploradora rió e hizo un pase místico con los dedos.

—Ésta no es la victoria que buscas. —Pax la miró desconcertado—. Sí, estoy preparada —dijo.

Y entonces atacó.

Entró deprisa, en diagonal, poniendo a prueba el juego de piernas de él. Las hojas se unieron, enganchándose, y ella se permitió usar su mayor peso y tamaño para empujarlo. Él se tambaleó hacia atrás, y ella intentó aprovechar la ventaja para acabar el encuentro. Él aflojó el cuerpo y se dejó caer hacia atrás, liberando el arma del enganche y propinando un mandoble hacia el cuello de ella. *Exploradora* apenas pudo pararlo con torpeza. Perdió el equilibrio y se precipitó sobre el cuerpo caído de su contrincante, pero pudo saltar por encima de él, golpeando el suelo para rodar sobre su hombro y ponerse en pie de un salto, moviendo el sable láser a su alrededor en una parada alta que bloqueó el sable láser que se le venía encima con una lluvia de chispas.

Oh, chico, que cerca ha estado eso.

El volvió a ponerse en guardia, sonriendo abiertamente. Era evidente que hacía siglos que no se divertía tanto. Por supuesto, para él sólo era un juego. Nadie iba a enviar a Pax Chizzik a los Cuerpos Agrícolas. Dentro de veinte años, todos estarían leyendo sin aliento los relatos de sus actos heroicos como Caballero Jedi. Sin duda, escritos por periodistas enamorados de él.

Eso bastaba para que a *Exploradora* le dieran ganas de escupirle.

El atacó.

Normalmente siempre estaban igualados, pero era evidente que hoy Pax sentía la Fuerza. Su ataque fue largo y fluido, en una serie de fintas y estocadas cegadoramente rápidas, cada una de ellas disimulada con otra, de modo que los ataques reales se fundían y se separaban de los falsos. Consiguió parar los tres primeros con creciente dificultad, cediendo terreno, sintiendo que se perdía en los giros de zumbante luz. Hasta que rompió a huir, usando su velocidad para apartarse y escapar del laberinto de chisporroteante luz verde en el que casi la había atrapado.

Otra pausa.

Se mantuvieron a cinco pasos de distancia. *Exploradora* respiraba con fuerza. Bajó la mirada para ver una marca chamuscada en su túnica, allí donde la hoja de él se había acercado demasiado. El olor a tela quemada le cosquilleó en la garganta.

Pax se miró su propio sable láser, con ojos muy abiertos.

— ¿Lo has reconocido, *Exploradora?*

— ¿El qué?

—El Medio Bloqueo Mrlssi. Era el nudo que me enseñaste. Te estaba buscando con la Fuerza, ¿sabes?, tal y como nos enseñan, y de pronto fue como si hiciera el Medio Bloqueo a tu alrededor, pero con luz.

Por toda la sala se oyeron murmullos, y algún aplauso disperso.

Se acabó el intentar vencerle de buenas maneras, pensó *Exploradora* con tristeza. *Pasamos al Plan B.*

Pax la miró maravillado.

—Nunca había hecho nada así —dijo, encantado. Y dio un paso hacia ella con confianza renovada, dispuesto a disolverse una vez más en la calmada furia de la Fuerza.

Exploradora dejó caer al suelo el sable láser.

Pax se detuvo, desconcertado. *Exploradora* extendió las manos con las palmas hacia arriba e hizo una reverencia.

Pax comprendió por fin y se colgó el sable láser del cinto para devolverle respetuosamente la reverencia. Ahora que a Pax le abandonaba el fuego del combate, *Exploradora* se dio cuenta de que él deseaba no dejarla en mal lugar.

—Bien luchado —dijo. Y entonces, acercándose un paso más a ella, susurró—: Esto no querrá decir que te envían a los Cuerpos, ¿verdad?

Exploradora intentó sonreír de forma tranquilizadora, y alargó la mano para que se la estrechara.

—No te preocupes por mí —dijo calmada cuando la mano de él tocó la suya—. Estaré...

En medio de la frase, en cuanto su mano estrechó la de la chica, ella la dio la vuelta para hacerle una llave en la muñeca. Pax parpadeó sorprendido, cayendo enseguida de rodillas cuando *Exploradora* aumentó la presión.

—Oh, tío —respiró—. Me has pillado.

Y con la otra mano golpeó tres veces el suelo.

Exploradora le soltó enseguida la muñeca.

— ¡Disculpa! —dijo.

Hanna Ding, una aprendiz de la de edad de *Exploradora,* pasó por su lado para acercarse a Pax.

—Eso ha sido de mal nacidos —dijo.

En el mejor de los momentos, Hanna desplegaba una buena cantidad de esnobismo arkaniano, y ahora, una simple mirada de sus ojos blanco lechoso dejaba bien claro que, por poco que pudiera esperar de *Exploradora,* esperaba algo más que esto.

La Maestra *Mano de Hierro* se acercó a Pax.

— ¿Estás bien, Chizzik?

—Tengo el orgullo algo herido —dijo pesaroso y sacudiendo la mano para despejar el cosquilleo que sentía en ella—, pero, aparte de eso, estoy bien.

—Descalificará a Enwandung-Esterhazy, supongo —dijo Hanna.

—Con el debido respeto —repuso *Exploradora,* obligándose a mirar a la Maestra Xan a los ojos—, las condiciones del duelo estaban claramente definidas.

—El combate continuará hasta que un competidor se rinda, o reciba tres quemaduras —dijo Pax—. *Exploradora* no tiene la culpa de que yo fuera tan tonto como para olvidarme de las reglas. Me engañó con toda limpieza.

—No veo motivos para anular el resultado del duelo —dijo la Maestra Xan, y caminó de regreso al centro de la sala.

Hanna Dig miró cómo se alejaba.

—Bien hecho, *Exploradora.* Has demostrado que puedes vencer a un niño pequeño, siempre y cuando se te permita hacer trampas. —Clavó sus ojos lechosos en ella—. Qué orgullosa debes de estar.

De algún modo, *Exploradora* no se sorprendió al saber que se enfrentaría con Hanna en la segunda ronda. Era muy propio del estilo Jedi enfrentarlas a las dos y ver cuál podía mantener mejor la compostura. Los rasgos orgullosos y pálidos de Hanna adquirieron una expresión de claro placer al oír el nombre de *Exploradora* después del suyo.

—Espero impaciente esto —dijo.

Apuesto a que sí, pensó *Exploradora,* huraña. Siendo realistas, Hanna era la mejor luchadora de las dos. Físicamente, *Exploradora* se concedía cierta ventaja en fuerza y agilidad, gracias a su entrenamiento extra. Técnicamente eran comparables. Quizás Hanna fuera mejor con el sable láser, y ella estuviera más adelantada en las técnicas de combate sin armas que enseñaba la Maestra *Mano de Hierro,* pero si se añadía la Fuerza a la ecuación, el enfrentamiento era más que disparejo. Hanna tenía catorce años, y su utilización de la Fuerza era de un nivel muy diferente al de Pax Chizzik. Era refinado, potente y sutil. *Exploradora* observó cómo se calentaba al otro lado de la sala, saltando a alturas increíbles para luego descender, ligera como un copo de nieve.

—Buena suerte —murmuró Lena mientras miraba los calentamientos de Hanna.

—Lo bueno es que al menos estaré luchando con alguien al que quiero pegar —gruñó *Exploradora.*

Llegó el momento de su duelo. Hicieron una reverencia a la Maestra Xan, presentaron sus armas, las recuperaron, se hicieron una reverencia.

—Algunos de los aprendices defendieron mucho la idea de un torneo que fuera más "como la vida real" —dijo la Maestra Xan. ¿Se lo imaginaba, o la miraba directamente a ella?—. En la vida real, rara vez obtenemos condiciones de combate óptimas. Por ejemplo, uno puede verse atacado en gravedad cero. O por sorpresa, por un androide o por cualquier otra criatura cuya fisiología dificultaría o imposibilitaría algunas técnicas de combate. Por supuesto, introducir un gorax en el Templo no es práctico, pero hay algunas cosas que sí podemos hacerlas. Por ejemplo, en la vida real... —*Exploradora* habría jurado que los ojos de la Maestra volvían a detenerse en ella— ...se suele estar a menudo a oscuras.

Y las luces se apagaron.

Oh, estupendo, pensó *Exploradora. No hay problema. Después de todo, no tengo por qué confiar en mis ojos.*

Puedo confiar en la Fuerza.

Estaba negro como la pez. *Exploradora* podía oír al público respirando en la oscuridad, y el sonido de su propia sangre latiendo en sus oídos. Un suave rumor de

telas procedente de la dirección en que estuvo parada la Maestra Xan. Debía de estar alzando el pañuelo rojo, y ella no tenía manera de saber cuándo iba a soltarlo.

Oh, cielos.

Intentó emplear la Fuerza, dejar que su consciencia se empapara en la sala oscura. Podía sentir la presencia de los acólitos, la del Maestro Yoda nuevamente en su esquina, la de la Maestra Xan. Pero no podía encontrar el pequeño retal de tela roja. Ya puestos, sólo tenía una vaga idea de dónde estaba Hanna. Era como si la arkaniana estuviera enturbiando la Fuerza, como hace un quarren en el mar al expulsar tinta.

Bueno, no podía hacer nada. No podía desenvainar antes de que el pañuelo tocara el suelo, y no podía decir cuándo pasaría eso. Tendría que mantenerse alerta, preparada para saltar hacia atrás al primer instante en que Hanna hiciera algún movimiento.

Exploradora miró a la oscuridad. Tenía los ojos abiertos como platos y se esforzaba por oír cada crujido y susurro. Se le erizó el vello de los brazos, como si pudiera oír con la piel.

Y entonces obtuvo un regalo de la Fuerza: el repentino conocimiento eléctrico de que Hanna iba a atacar...

¡Ahora!

La Fuerza le dijo cuándo tendría lugar el ataque; su propio esfuerzo le dijo cómo sería. Había visto luchar a Hanna muchas veces en las últimas seis semanas. Sabía que empezaría con un salto alto, ayudada por la Fuerza, para salir del campo de visión de *Exploradora,* esperando caer sobre ella como un ave de presa desde lo alto. La hoja de la arkaniana cobró vida, en una barra de relámpago verde que chisporroteaba hacia abajo desde encima de ella, pero la esperaba la hoja de *Exploradora:* una vara de un frío fuego azul. Las armas chocaron con un chirriante estallido de chispas, pero *Exploradora* podía hacer palanca contra el suelo, y la fuerza de su parada lanzó a Hanna hacia atrás por el aire. La arkaniana se retorció para formar una voltereta perfecta y aterrizar en una postura de lucha perfectamente equilibrada.

Una salva de aplausos barrió la sala.

Reflejos verdes y azules sisearon y escupieron sobre la blanca superficie lechosa de los ojos de la arkaniana.

—Vamos, Esterhazy. ¿No piensas utilizar conmigo uno de tus sucios trucos? ¿No los usarías todos con el pobre Pax, verdad?

Exploradora sonrió.

—Ni de lejos.

Si Hanna tenía alguna debilidad era que estaba demasiado enamorada de su sable láser. Algo en su irritante naturaleza hacía que le desagradara por completo el sudoroso encuentro del combate cuerpo a cuerpo; era mucho más feliz manteniéndose a dos pasos de su contrincante y dejando que su arma luchara por ella.

—Verás, Hanna, hay una cosa que me he preguntado siempre. ¿Cómo te las arreglas...?

Exploradora se lanzó en espiral en medio de su frase, esperando coger desprevenida a la arkaniana. Hanna se precipitó a bloquear el golpe. *Exploradora* se apartó, y Hanna detuvo triunfante la hoja, desviándola hacia un lado. El sable láser de *Exploradora* pasó de largo, inofensivo, mientras Hanna giraba como un torero para dejarla pasar, pero no pasaba nada, ya que *Exploradora* sólo pretendía que ese momento de esgrima fuera una distracción, algo para hacer que Hanna se sintiera superior, buscando el momento en que su cuerpo hubiera medio pasado y poder derribar a su contrincante barriéndola con una patada lateral a la altura de los tobillos.

Las dos golpearon la estera con fuerza.

Exploradora intentó aprovechar su ventaja, pero, en cuanto estuvo en pie, la arkaniana ya lanzaba un nuevo ataque contra ella. Hanna tenía un estilo circular de esgrima, con rápidos mandobles que cambiaban constantemente de ángulo. Sólo el pequeño talento en la Fuerza de *Exploradora* la salvó de sus golpes, acuciándola sutilmente a ignorar las fintas y parar los verdaderos golpes.

Recuerda que el arma eres tú, se dijo. *No te confundas pensando sólo en el sable láser. Sé tú el arma.*

Mandoble, parada, mandoble, parada, mandoble, y, esta vez, en vez de hacer la esperada parada alta, *Exploradora* se zambulló bajo la hoja, intentando golpear a Hanna en las rodillas. La arkaniana dio una voltereta hacia arriba, dejando que *Exploradora* cortara el aire bajo sus piernas mientras ella saltaba, se retorcía y aterrizaba en posición de combate. *Exploradora* se encogió y convirtió su zambullida en un rodar por el suelo, para levantarse luego de un bote. Las dos ya respiraban con fuerza. Los sables láser zumbaban, azul y verde.

Hanna volvió a atacar, pero esta vez empleó también la Fuerza, tirando del brazo diestro de *Exploradora* para que su parada llegase demasiado tarde y tuviera que apartarse hacia atrás, saliendo del círculo central de esteras para evadir el golpe. Cuando ésta recuperó el equilibrio, corrió entre los sorprendidos espectadores, que se apartaron apresuradamente de su camino.

— ¡Eh! —gritó Hanna—. ¡No puedes ir por ahí! —Se volvió para mirar a la Maestra Xan—. No puede ir por ahí. ¡Uno de los espectadores podría salir herido!

Exploradora asomó tras Lena Missa.

—A veces los espectadores salen heridos —dijo, encogiéndose de hombros.

— ¡Maestra Xan!

A *Exploradora* le pareció que había algo semejante a una sonrisa luchando en el fondo de la boca de la Maestra Jedi.

—Esto es real, Maestra Xan. —Golpeó ligeramente a Lena en el hombro—. Éste es el terreno.

—Quizá sea así —dijo secamente *Mano de Hierro—,* pero creo que hoy intentaremos contener el caos aunque sólo sea un poco, *Exploradora.* Sólo se luchará en el círculo central. —Alzó la mano cuando la boca de Hanna empezó a abrirse—. Eso no constituye motivo para descalificar a Enwandung-Esterhazy. He inventado la regla

sobre la marcha, y ella puede volver a empezar dentro de los límites sin padecer castigo alguno. Así las dos estaréis satisfechas.

Esto no era una pregunta.

—Por supuesto —dijo *Exploradora* de inmediato, haciendo una ligera reverencia.

—Por supuesto —dijo Hanna, forzada.

Hanna se mantuvo a un lado. *Exploradora* caminó de vuelta al círculo de esteras con toda la compostura de que era capaz.

—Empezad.

La punta del sable de Hanna descendió y saltó hacia delante, buscando la cabeza de *Exploradora.*

Y *Exploradora* se refugió detrás de la Maestra Xan.

El sable láser de Hanna se detuvo a menos de un palmo de la cara de la Maestra Jedi, se mantuvo ahí y saltó hacia atrás como el dedo de un niño al tocar una estufa caliente.

—Más cuidado —dijo *Exploradora*—. Casi hieres a un espectador inocente.

La boca de Hanna se abrió para formar algo semejante a un ladrido. Se lanzó detrás de *Mano de Hierro.*

Exploradora se escurrió hasta el frente.

— ¡Alto! —dijo la Maestra Xan.

—Yo no tengo la culpa —dijo *Exploradora*—. Usted está en el terreno de combate.

Hanna emitió enfurecidos ruidos gorgoteantes.

Estaba claro que *Mano de Hierro* intentaba no sonreír.

—Cierto, *Exploradora.* —Caminó hasta el borde del círculo de esteras, con *Exploradora* y Hanna orbitando a su alrededor como dos lunas excéntricas—. Pero, a veces, el terreno cambia.

—Temía que dijera eso —repuso *Exploradora,* saltando hacia atrás para evitar un mandoble en el momento en que la Maestra Xan dejaba el anillo.

Hanna fue tras ella.

— ¿Alguna otra idea ingeniosa?

—Estoy en ello.

Al menos había enfadado a la arkaniana lo bastante como para que no utilizase la Fuerza con la misma precisión que al principio del encuentro. Lo malo era que se le estaban acabando los trucos.

La otra aprendiz también lo sabía. Una vez más volvió a atacar, esta vez de forma más metódica, paso tras paso, empujando a *Exploradora* hacia el borde del anillo. *No puedo dejar que siga así,* pensó *Exploradora.*

No podía dejar que la mantuviera sólo a la defensiva. Se echó hacia atrás, bloqueó un mandoble y giró la muñeca para enganchar las hojas, inclinándose luego hacia

delante como si fuera a cargar, tal y como había hecho con Pax. Esta vez alargó la mano izquierda y golpeó con dos dedos el punto de presión bajo el codo izquierdo de Hanna.

Era perfecto. Cuando el antebrazo de la arkaniana se quedó temporalmente insensible, sus dedos sin nervios se abrieron lo justo para que *Exploradora* le diera una patada en la mano con todas sus fuerzas, haciendo que el sable láser saliera girando por el aire. *Exploradora* cargó hacia delante con un gruñido de triunfo para propinar un mandoble demoledor...

...y Hanna saltó sobre su hoja de forma imposible. *Exploradora* se precipitó hacia delante por el espacio donde debía haber estado Hanna, tambaleándose. Recuperó el equilibrio y dio media vuelta justo a tiempo de ver a Hanna, con los labios apretados en una fina línea, usando la Fuerza para coger el sable láser en pleno aire. Volvió a la mano de la arkaniana con un golpe seco.

Hanna volvió al ataque, incansable.

—Ésa fue tu última oportunidad.

Cayó sobre *Exploradora* como una tormenta, con extremidades cegadoras como remolinos y su zumbante hoja cayendo en una lluvia de retorcidos relámpagos verdes.

Exploradora estaba siendo superada de forma lenta e irresistible. Podía ver venir los ataques, sabía cuáles eran reales y cuáles fintas, pero Hanna centraba ahora toda su voluntad en la mano de *Exploradora,* empleando la Fuerza para ralentizarla, hasta que se sintió como si tuviera que arrastrarla a través del agua, o del barro. Finta, mandoble, estocada, estocada y un fuerte golpe, un mandoble a la pierna que cortó a través de la tela de la túnica de *Exploradora* y dejó un verdugón rojo en el muslo.

El dolor la hizo caer al suelo. Rodó a un lado y se levantó para hacer una parada, deteniendo la hoja de Hanna a la anchura de un dedo de su cara. El sable láser siseaba como una serpiente furiosa, escupiendo fuego verde a sus ojos. Volvió a girar hacia un lado, profiriendo un gruñido e intentando lanzar una estocada, pero Hanna ya había traspasado la guardia de su hoja y la aplastó contra el suelo con tanta fuerza que los dedos de *Exploradora* aflojaron su presa un instante. Hanna usó la Fuerza para coger el sable láser de su oponente, esa raya de fuego azul. Entonces se lo arrebató de la mano de *Exploradora* y lo arrojó al otro extremo de la sala.

Cógeme, rogó *Exploradora.* Si Hanna intentaba sujetarla, aún tendría una oportunidad. Si intentaba hacerle una llave, una presa, lo que fuera...

La arkaniana se levantó.

En cuanto el peso abandonó su mano, *Exploradora* rodó sobre su espalda, golpeándola con las piernas, pero Hanna ya estaba fuera de su alcance, calmada y tranquila, sujetando su sable láser de modo que su punta verde zumbara y murmurara a un palmo de distancia del corazón de *Exploradora.* La arkaniana miró a *Exploradora* desde lo que parecía una enorme altura, una altura imposible. La distancia que hay entre el campo de un granjero y las estrellas.

—Ríndete —dijo.

Exploradora estaba bajo su hoja, boqueando para poder respirar. La pierna le ardía y latía.

Hanna la miró, impaciente.

—Ríndete.

—No.

La arkaniana pestañeó.

—¿Qué?

—No —*Exploradora* tosió y escupió—. He dicho que no. Que no me rindo.

Hanna la miró, desconcertada de verdad.

—Pero... He ganado. Y ahora debes rendirte.

Exploradora negó con la cabeza.

—Creo que no.

Pensó en intentar usar la Fuerza para traer de vuelta el sable láser, mientras Hanna no prestaba atención, pero el dolor de su cabeza hacía que le costara concentrarse. Y estaba cansada. Muy cansada.

—Aún no estoy dispuesta a rendirme.

— ¿Por qué?

Exploradora se encogió de hombros.

—Aún no me has hecho el daño suficiente.

Hanna negó con la cabeza, incrédula.

—Estás loca. ¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cortarte mientras estás ahí parada?

Su sable láser zumbaba y chisporroteaba, frustrado, y entonces *Exploradora* vio cómo iba a ganar la pelea.

Sonrió.

—Debemos luchar hasta que una de nosotras se rinda u obtenga tres quemaduras. Ya me has hecho una. Eso significa que me quedan dos. Ésta es una —dijo, y apretó los dientes mientas cogía la hoja del sable láser de Hanna con la mano izquierda desnuda.

— ¡No puedes hacer eso! —chilló Hanna.

— ¿Quieres apostar algo?

La hoja ardía y chisporroteaba, pero *Exploradora* siguió sujetándola con todas sus fuerzas y tiró de ella. Incapaz de creer lo que estaba viendo, Hanna no supo soltar su arma lo bastante deprisa, y cayó con ella, encima de *Exploradora,* que ya rodaba por el suelo y deslizaba la mano derecha hacia el cuello de la túnica de la arkaniana.

Las dos rodaron una y otra vez por el suelo, y *Exploradora* estuvo sobre ella, sujetando todavía el sable con la mano izquierda y rodeando el cuello de la arkaniana

con la derecha. *Exploradora era* el mejor alumno de *Mano de Hierro;* su presa al cuello era muy precisa, siempre hermosamente centrada en el triángulo de la carótida, e invariablemente producía inconsciencia en diez segundos. *Exploradora* apretó, contando los segundos que todavía tenía que seguir sujetando el sable láser de Hanna. Uno, dos, tres...

Una película cubrió los ojos lechosos de la arkaniana, como escarcha cubriendo un estanque.

Cuatro, cinco.

—No es...

Seis.

—...justo —susurró Hanna.

Siete.

Y se rindió.

Exploradora gritó y tiró el sable láser de Hanna. Rodó para apartarse del cuerpo inmóvil de Hanna, se obligó a ponerse en pie y profirió una larga retahíla de palabrotas que no debían pronunciarse nunca dentro del Templo Jedi, sacudiendo su pobre mano izquierda quemada. Las piernas le temblaban tanto que creyó que volvería a caerse, pero se las arregló para hacer una reverencia a la Maestra Xan.

Mano de Hierro la miró. Ya no sonreía.

—Esterhazy, si esto hubiera sido una pelea real...

—Con respeto, Maestra... —*Exploradora* se detuvo para coger aliento y quitarse el sudor de los ojos—. Con el debido respeto, esto fue una pelea real. Esto es real —dijo, agitando la mano a la sala—. El sable láser era real y funcionaba con una potencia real. —Detrás de ella, Hanna empezó a gemir—. Ella es real. —Miró a Hanna—. Fue una pelea real.

Al cabo de un largo momento, la Maestra Xan asintió por fin.

—Supongo que lo fue, sí.

Algunos latidos después empezaron los aplausos. Seguían aumentando de volumen cuando *Exploradora* salió de la sala, rechazando ofertas de ayuda y cojeando hacia la enfermería.

CAPITULO 4

En la rectoría del Templo Jedi todo eran murmullos sobre el torneo cuando aprendices y Maestros por igual se sentaron para la comida de mediodía. Hasta el Maestro Yoda, que solía comer solo o en la Cámara del Consejo Jedi, había entrado cojeando para sentarse en una de las largas mesas de caballete. Trepó, gruñó y bufó hasta el banco en que se sentó con aire benigno, examinando la sala.

—Maestra Leem —llamó, agitando el bastón cuando ella entró en la sala—. Mmmm. ¿Sentarte conmigo un rato querrías?

La alargada mandíbula de Maks realizó pequeños movimientos masticatorios. La verdad era que esperaba encontrar a su pádawan, Whie, y darle un par de consejos antes de que el torneo se reanudara por la tarde. Pero en realidad era más por calmar sus propios nervios que para ayudarlo. El chico había superado los dos primeros encuentros sin esfuerzo, desarmando a su primer contrincante, que se rindió a continuación, y haciendo una limpia llave de muñeca al segundo, de modo que los dos fueron derrotados con pocas molestias. El chico siempre había sido así de suave, como un nadador que se zambulle en el agua tan limpiamente que apenas hace alguna salpicadura. No necesitaba de su ayuda.

Además, cuando el Gran Maestro de la Orden Jedi te invitaba a comer, difícilmente se podía rechazar su invitación. Aunque se quisiera hacerlo.

Ni siquiera los seres que seguirían a Yoda hasta las puertas de la muerte querrían compartir una comida con él. Puede que el viajar a lo largo y ancho de la galaxia hubiera proporcionado al Maestro un paladar mucho más abierto que el de los simples mortales, puede que fuese un ser tan evolucionado que ya no le importaba lo que se echaba al cuerpo o puede que cuando se viven ochocientos y pico años se te mueren todas las papilas gustativas. Fuera cual fuese el motivo, el viejo gnomo prefería comidas directamente desagradables. Le encantaban los guisos calientes y pantanosos que olían a cieno hervido, los aperitivos pequeños del color de la tierra que se agitaban desagradablemente en el plato y las bebidas viscosas, tanto frías como calientes, que cubrían toda la gama contenida entre el sirope quemado y la masa coagulada. Cuando la Maestra Leem se sentó junto al más grande y anciano de los jedi, éste contemplaba feliz un cuenco de un oscuro guiso pardo y gris, plagado de pequeños trocitos flotantes que parecían grasa cruda de animal y espolvoreado con las escamas de algún reptil pequeño. El conjunto olía como un womprat muerto abandonado al sol.

—Tu pádawan esta mañana bien luchó —murmuró Yoda mientras saboreaba una cucharada de guiso.

Un instante antes, la Maestra Leem había estado ante una bandeja de grano seco con una guarnición de bayavelas secas y una jarra de fragante té naris-bud, pero perdió el apetito en cuanto le llegó el olor del almuerzo de Yoda.

—Sí, Whie ha estado muy bien —dijo, con ojos repentinamente vidriosos.

— ¿Una pesadilla anoche tuvo?

—Dijo que no era uno de sus sueños... especiales.

Yoda la miró cortante desde debajo de sus protuberantes cejas.

— ¿Y a él crees?

—No estoy segura —admitió—. No es propio de él mentir así. No es propio de él mentir. Pero estaba muy asustado. Y hubo...

—Una perturbación en la Fuerza.

La Maestra Leem asintió con tristeza.

—Sí, también yo la sentí.

La había despertado en medio de la noche, como un grito distante, tan débil que al principio no supo decir qué la había sobresaltado mientras dormía, erizándole el pelo del cuello.

Yoda volvió a inclinarse sobre su cuenco, sorbiendo y tragando.

— ¿Cómo vino a nosotros te conté?

—La verdad es que no. Yo estaba cumpliendo una larga misión cuando él llegó al Templo. Creo que ya llevaba tres años aquí cuando le vi por primera vez.

Aún podía recordar la ocasión. Había aceptado llevar al jardín a una clase de niños de cinco años para darles una lección de botánica, enseñándoles nombres de plantas y sus usos. Incluso entonces la Fuerza era grande en Whie. Se había rezagado y, cuando fue a buscarlo, lo encontró acariciando los capullos de un iris rigeliano que se abría y florecía ante su tacto, como si estuviera creando una primavera a su alrededor.

Sonriendo todavía por el recuerdo, se volvió para buscarlo en la abarrotada sala, movida en parte por el cariño, en parte por apartar la nariz de la pasmosa peste del guiso de Yoda. Whie estaba tres mesas más allá, sentado con compañeros de su misma edad, pero algo aparte, sin unirse del todo a la escandalosa conversación de la mesa. Siempre se había mostrado algo reservado, como si viera algo que los demás no podían ver y no supiera cómo compartirlo. Claro que también era uno de los ocho aprendices que aún seguían en el torneo, así que igual no era sorprendente que se mantuviera un poco apartado para meditar y mantener su concentración. Él se volvió para mirarla con una media sonrisa, y le dedicó un respetuoso asentimiento de cabeza, como si hubiera sentido su mirada en la nuca.

Era un buen pádawan. El mejor que había tenido, aunque se suponía que no debía tener un favorito.

Yoda siguió su mirada.

—En Vjun nació —su vieja lengua asomó para lamerse el barrillo pardo y gris que rodeaba su arrugada boca—. Loco su padre se volvió. Y su madre... muy fuerte era. Muy fuerte.

Maks sintió que sus tres ceños se fruncían.

—No tenía ni idea.

—Mmmm. Que nos lo lleváramos suplicó. "Lleváoslo de este matadero", sus palabras fueron. Bebida estaba, y medio loca por la pena, pues aquel día asesinato en la casa había.

—Cielo santo.

Yoda asintió.

—Aquel día claro nuestro camino yo no tenía. Que la madre cambiar de opinión podía incluso entonces supe. Pero la Fuerza grande en él era... —el anciano Maestro se encogió de hombros y resopló—. Supusimos. Nos atrevimos. ¿Quién sabe si bien o mal? A veces el bien y el mal en periodos pequeños sentido no tienen. Sólo en periodos grandes, en décadas, en centurias... las cosas como son se ven. Cada elección, rama de un árbol es: lo que decisión parece sólo tras una pauta de crecimiento lo es. Cada acto preservado en la Fuerza como un fósil queda, como... ¡aaaah! —Yoda se interrumpió con un chillido repentino, cuando un androide de la rectoría se acercó al extremo de la mesa y le cogió el cuenco, aún medio lleno de guiso—. ¡Para! ¡Para! ¡Comiendo estoy!

—Este cuenco contiene una sustancia que mis sensores no pueden identificar como comida —dijo el pequeño androide redondo—. Por favor, espere aquí y le traeré uno de los platos especiales del día.

Yoda se aferró al borde de su cuenco.

— ¡Máquina ignorante! Nunca en el menú mi comida está. ¡Hecha especialmente para mí es!

Los servos del androide chirriaron mientras luchaba por retirar el cuenco de la mesa.

—Las lecturas preliminares no pueden confirmar que los contenidos de este cuenco sean comestibles. Por favor, espere aquí y le traeré uno de los platos especiales del día.

— ¡Fuera! —gritó Yoda, golpeando al androide en el brazo con su bastón—. ¡Mío es! ¡Vete!

—Tiene que probar el especial del día —dijo el androide—. Rodajas de dru'un asadas en salsa de pescado. Espere aquí y se lo traeré enseguida.

Yoda propinó al androide otro golpe con su bastón, tirando del cuenco. El androide tiró a su vez. El cuenco se rompió, haciendo volar el guiso por todas partes, especialmente sobre la ropa de la Maestra Jedi Maks Leem.

—Oh, cielos, un derrame —dijo el pequeño androide con satisfacción—. Permita que se lo limpie.

Los redondos ojos de Yoda se abrieron mucho, y miró al androide con fijeza.

— ¡Báh! —dijo con un sonoro gruñido—. ¡Androides!

El Maestro de la Orden Jedi, estremeciéndose de frustración, le sacó la lengua al androide, que ahora recogía grumos que parecían tendones guisados de la ropa de la Maestra Leem.

Diez minutos después, la Maestra Leem volvía con ropa nueva, y el Maestro Yoda miraba con tristeza un plato de rodajas de dru'un asadas en salsa de pescado. Se animó al ver que Jai Maruk entraba en el refectorio, y atrajo al delgado Jedi a su mesa, agitando el bastón.

— ¿A observar has venido?

El Maestro Maruk se unió a ellos dedicando una solemne reverencia a Yoda y un asentimiento cortés a la Maestra Leem.

—La Maestra Xan me ha contado algo.

— ¿Algo? ¿Algo sobre qué? —dijo Maks Leem.

Jai Maruk cogió una jarra de estimcafé de la bandeja de un androide que pasaba junto a él, al cual Yoda miró con desagrado.

—Aún tienes un pádawan vivo en el torneo, ¿verdad?

—Eso no ha sido una respuesta —observó la Maestra Leem.

El Maestro Maruk se permitió una rara, y breve, sonrisa.

—Sólo ocho quedan —comentó Yoda, mirando fijamente al androide de las bebidas cuando rodaba saliendo de la sala.

—Siete, más bien —dijo Maruk—. La chica débil en la Fuerza, Esterhazy... Me han dicho que fue a la enfermería con quemaduras en la pierna y la mano.

En ese momento, *Exploradora* entró cojeando, y un murmullo recorrió los bancos cercanos a las puertas orientales de la gran sala. Yoda miró al alto Jedi con una sonrisa astuta.

—Fue, sí.

— ¿Sabías que iba a volver?

—Sólo lo supuse.

—No tiene sentido que siga luchando —dijo Maruk, meneando la cabeza—. Tiene muy mal la mano izquierda, quemada y vendada, y cojea de la pierna derecha, probablemente por otra quemadura de sable láser. ¿Qué te parece la forma en que luchó esta mañana? —preguntó a Yoda—. No me pareció muy acorde con los ideales Jedi.

Yoda se encogió de hombros.

— ¿A qué ideales te refieres?

—Demasiados trucos.

—Pero ha mostrado resistencia —dijo la Maestra Leem—. Mucha resistencia. Y valor.

—Mmmm. Y algo más —murmuró Yoda. El Jedi más joven le miró—. Nunca se rinde —dijo. Los ancianos ojos de Yoda se estrecharon y arrugaron—. ¿Que a los Cuerpos Agrícolas se la debe enviar todavía crees?

—No me corresponde cuestionarte respecto a los progresos de nuestros aprendices.

Yoda le dio un golpecito en la espinilla con el bastón.

—De acuerdo —dijo Jai, testarudo—. Sí, lo pienso. Creo que es lista y decidida, y que en los Cuerpos Agrícolas hará un gran trabajo durante muchos años. Una Dama Jedi debe realizar una clase de misión muy diferente, y creo que en nuestro trabajo estaría muerta en menos de seis meses. ¿Cómo podremos alegrarnos de que hiciera realidad su sueño, cuando haya muerto quien lo soñó?

—Que la Fuerza no sea tan grande en ella como en otros debe suponer un esfuerzo extra para ella —dijo pensativa la Maestra Leem—. Pero eso también deposita una mayor responsabilidad en nosotros. —Era una gran de buen corazón, y odiaba la idea de enviar a *Exploradora* a los Cuerpos Agrícolas—. Igual somos nosotros quienes deberíamos esforzarnos aún más en su entrenamiento. Nadie puede decir que *Exploradora* no lo haya dado todo para ser pádawan; ¿acaso podemos decir nosotros que nos esforzamos tanto como ella para que sea Dama Jedi?

Yoda lanzó una carcajada.

—Un corazón grande y muy astuto tienes, Maestra Leem. Jai Maruk, ¿una pequeña apuesta querrás hacer conmigo?

Jai pareció extremadamente sufrido.

—Por supuesto, Maestro, si lo quieres así.

—Presencia el torneo hasta el final. Si de los ocho finalistas, la joven acaba entre los cuatro últimos, a los Cuerpos la enviaré.

— ¿Tras llegar donde no llegaron las tres cuartas partes de los estudiantes? —exclamo la Maestra Leem.

Yoda se encogió de hombros.

—Peores pruebas un Jedi afrontar debe, y en condiciones terriblemente difíciles. Y como el Maestro Maruk dice, grande la Fuerza en ella no es.

— ¿Y si acaba entre los cuatro primeros? —dijo con sospecha el Maestro Maruk.

—Si segunda, tercera o cuarta queda aprendiz seguirá siendo. Pero si gana —dijo Yoda, clavando el bastón en el pecho de Jai Maruk—, pádawan tuya será.

— ¡Mía! —exclamó Maruk—. ¿Por qué mía?

Yoda soltó una risita burlona.

—Porque entonces habrás perdido, Jai Maruk. Y de alguien que sabe cómo ganar aprender a ganar necesitas.

El Maestro Maruk puso cara de que le habían metido a la fuerza por la garganta uno de esos sapos de cuello espinoso de Tatooine, salvándole de tener que responder el hecho de que la Maestra Xan diera unas palmadas reclamando atención. Las mesas de los aprendices Jedi, entrenados para prestar atención inmediata, ya que no la apodaban *Mano de Hierro* por nada, se callaron al punto.

—Aprendices, pádawan, Caballeros Jedi y Maestros. La primera mitad del torneo de hoy ha sido extremadamente reveladora. Los participantes han luchado con habilidad y valor, a veces con gran belleza... —Sus ojos se posaron un momento en Whie—. Y a veces con notable, ah, ingenio.

Ese comentario fue acompañado de una cortante mirada a *Exploradora,* que se sonrojó pero mantuvo la barbilla retadoramente erguida.

—Dije antes que los aprendices que iban a participar en este torneo me dejaron muy claro que querían que las pruebas fueran más reales, más parecidas a las situaciones

en las que podrían verse si se los enviaba fuera de estos muros, a ese mundo donde ahora mismo ruge la guerra.

Muchas cabezas asintieron en las mesas del refectorio. *Qué serios están,* pensó la Maestra Leem, y una vez más su corazón estuvo con esta generación de niños educados no para ser guardianes de la paz de una República, sino soldados en una guerra galáctica.

—Suelo oír a nuestros aprendices hablar de Coruscant y de las estrellas que hay más allá como si fueran la "vida real". A veces me pregunto si creen que lo que enseñamos aquí es una simulación. Os aseguro que no es así. La Fuerza viviente que buscáis aquí, con la guía del Maestro Yoda, es la realidad más verdadera que existe; la verdad que hay fuera de estos muros está enmascarada por la esperanza, el miedo y la traición, y es la más difícil de ver.

La vieja cabeza de Yoda asintió, mostrando su acuerdo con esas palabras.

—Pero es cierto que en la vida real rara vez nos enfrentamos a nuestros enemigos uno a uno, en un cuarto cerrado, con cómodas esteras en el suelo. Fuera, las situaciones son más caóticas. En vez de luchar en un gimnasio, igual tenéis que sacar el sable láser en hangares, en bibliotecas o en una calle de alguna ciudad, y hasta... —Hizo una pausa, alzando una ceja—. Hasta, por ejemplo, en un comedor. Teniendo la impresión de que aún faltan horas para el próximo ejercicio, quizá tras haber comido en abundancia —dijo, mirando a Sisseri Deo, un firrerreo alto y de piel dorada que era uno de los ocho combatientes que quedaban.

Éste miró a su plato, y las membranas nictilantes de sus ojos parpadearon rápidamente con desmayo.

—Fuera podéis olvidaros de prestar la atención adecuada en todo momento, quedándoos sin saber quiénes son vuestros contrincantes continuó diciendo, mirando a Lena Missa.

La chica chagriana se humedeció los labios azules con la lengua bífida y miró rápidamente a su alrededor, intentando recordar quiénes habían ganado por la mañana.

—Fuera, rara vez se tiene un único contrincante en un momento y lugar establecidos. Más bien suele ser como una bronca de taberna, como una pelea en un callejón oscuro. —*Mano de Hierro* alzó el pañuelo rojo. Al verlo, los nerviosos aprendices se levantaron de sus bancos—. O incluso en un comedor donde todo vale. Quedan ocho combatientes. Que la Tuerza os acompañe —dijo finalmente, permitiendo que la tela roja se deslizara de entre sus dedos.

En cuanto la Maestra Xan empezó a hablar del "mundo real", *Exploradora* adivinó lo que se avecinaba. Examinó la sala, localizando a los otros compañeros de la Ronda de Ocho, buscando quién podría ser su mejor contrincante. Lena no, era una amiga; además, la chagriana la miraba directamente a ella.

Sisseri Deo, con sus dos, tres metros de piel dorada, se sentaba a sólo una mesa de distancia, dándole la espalda. Mientras la Maestra *Mano de Hierro* seguía hablando (¡había que ver cuánto disfrutaba esa vieja tan severa!), *Exploradora* se apartó del banco sin soltar la jarra de zumo de muja, y avanzó unos pasos, como intentando oír mejor lo que decía la Maestra.

El pañuelo rojo se alzó. Todos los que no querían verse atrapados en el fuego cruzado de sables láser y platos sucios se pusieron en pie de un salto. *Exploradora* miró a Lena para asegurarse de que la chagriana no iría a por ella. De momento, todo iba bien. Se movió de forma casual hasta situarse justo detrás de Sisseri. Desde un punto de vista puramente físico, Sisseri era el adversario más fuerte de los que quedaban, un chico enorme con músculos como raíces de árbol bajo la brillante piel. *Exploradora* había visto su segundo combate, cuando acabó con Forzi Ghoul con una patada demoledora, y no tenía ningún interés en enfrentarse a él.

Pero la mala suerte quiso que, cuando el pañuelo rojo se deslizó de entre los dedos de la Maestra Xan, Sisseri se diera media vuelta para enfrentarse a ella.

Lanzó un juramento.

El pañuelo tocó el suelo.

Sisseri cogió su sable láser.

Exploradora le tiró la jarra de zumo a la cara.

Sisseri agitó descontrolado el zumbante rayo de luz azul de su sable láser sobre la cabeza de *Exploradora,* mientras intentaba limpiarse frenéticamente el zumo de los ojos. Ella ni se molestó en sacar su propio sable láser, ya que Sisseri era demasiado bueno para ella, y cargó directamente contra su pecho, dejando que sus manos encontraran el cuello de su túnica. Pudo hacer presa, sus fuertes muñecas se tensaron y sintió la presión familiar de los dedos y la tela cortando el cuello de su contrincante. *Estupendo,* pensó. *Ya sólo tengo que contar hasta diez y aguantar. Uno, dos...*

Los músculos de las piernas de Sisseri se hincharon, y un cosquilleo de la Fuerza hizo saber a *Exploradora* lo que pasaría a continuación. El aprendiz saltó hacia atrás, retorciéndose en pleno aire como una serpiente dragón en las fauces de la muerte, para estrellarse sobre una mesa con *Exploradora* debajo de él. Pero ella lo había sentido venir y se movió a su alrededor en pleno aire, de forma que estuvo encima de él cuando Sisseri chocó contra la mesa.

Tres, cuatro...

El firrerreo siguió rodando. Sus manos gigantes se flexionaron, pero, por algún motivo, la Fuerza fluía ahora fácilmente para *Exploradora,* y supo antes que él que intentaría apartarle las manos. Mientras mantenía la presa con la mano derecha y el antebrazo, alargó la mano izquierda para golpear los puntos de presión de su codo y dormirle el brazo.

Cinco, seis...

Sisseri dejó de revolverse y se quedó quieto sobre la mesa, parpadeando como si intentase invocar la Fuerza, pero sus ojos se estaban poniendo vidriosos. Lanzó un siseo largo y desesperado y la miró con ojos hinchados, el rostro congestionado y todavía lleno de zumo.

—Odio...

Siete...

—Odio el zumo de muja —jadeó, y se rindió.

Exploradora se apartó rodando de él y se acuclilló ante la mesa, mirando a su alrededor por todo el refectorio. Parecían quedar seis combatientes. Pirt Neer y Enver Hoxha eran los que atraían más la atención con un resplandeciente duelo con sables láser. Whie y Hera Tuix peleaban cuerpo a cuerpo, pero manteniéndose a distancia, intercambiando patadas, puñetazos y bloqueos. Eso no duraría; por elegante que se fuera luchando a distancia, la pelea sin armas siempre acababa en el suelo, donde todo era lucha libre. Lena estaba parada sobre Bargu, el cambia-pieles, que le agarraba el brazo con una mano e inclinaba la cabeza derrotado.

Los ojos de Lena se encontraron con los de *Exploradora,* e intercambiaron sonrisas cansadas y temerosas.

Se oyó un sobresalto en la multitud. Whie acababa de coger a Hera Tuix en una elegante llave de muñeca, y aunque ésta intentaba un contraataque, lo más probable era que se rindiera en cualquier momento. *Exploradora* encontró los ojos de Lena.

— ¡Ahora! —dijo, y cargó seguido de Lena. Whie era más fuerte que cualquiera de ellas, pero podrían eliminarlo si lo atacaban ahora entre las dos, mientras les daba la espalda y tenía cogida a Hera.

Ya estaban casi encima de él. Lena saltó, pero algo en la actitud corporal de Whie dijo a *Exploradora* que sabía exactamente dónde estaban ellas.

Hera se rindió.

Whie saltó cinco metros sin esfuerzo, giró en el aire y aterrizó suavemente en una mesa tras ellas. Lena chocó contra la mesa en la que él estuvo un momento antes, y *Exploradora* habría hecho lo mismo de no acudir en su ayuda su único talento en la Fuerza, siendo dos las que quedasen a merced de Whie. En vez de eso, le esperó para propinarle un golpe de sable láser en las piernas en el momento de aterrizar en la mesa. Él bloqueó la hoja azul con la suya verde, en medio de una lluvia de chispas.

Entonces pasó algo extraño. Whie miró a *Exploradora,* se quedó boquiabierto y retrocedió.

— ¿Qué pasa? —gruñó *Exploradora.* Se pasó por la cara la mano izquierda herida. En su vendaje resaltaban unas salpicaduras de zumo de muja, pero no parecían motivo para que la mirase como si hubiera visto un fantasma.

Lena siseó, se recuperó y se lanzó al ataque. *Exploradora* sabía que ella golpearía bajo, por lo que apuntó alto, esperando que Whie no pudiera parar los dos ataques. Pero, en vez de saltar hacia atrás, como haría cualquier persona normal, y abandonar la mesa alejándose de ellas, Whie saltó hacia delante, sobre sus cabezas. Un empujón de la Fuerza arrojó a *Exploradora* desmadejada contra la mesa, haciendo llover rodajas de dru'un asadas, cuencos de salsa de pescado y zumo y agua.

Se levantó y sacudió la cabeza, liberando de su pelo trocitos de almuerzo. Una serie de estocadas de sable láser giró por toda la sala, seguida de una ronda de espontáneos aplausos. Los pies de Lena corrieron por la mesa. Entonces, un sable láser siseó y voló por el aire, rebotando en el suelo y rodando hasta detenerse a menos de un metro de distancia de ella. Un instante después aparecía Enver Hoxha, buscando su arma con el rostro retorcido por la desesperación.

Exploradora alargó el brazo y lo cogió.

— ¡No! —chilló Enver cuando Pirt Neer la alcanzó y le apuntó a la garganta con el sable láser.

— ¿Y bien? —dijo la voz de Pirt desde una posición más elevada.

Enver lanzó una mirada asesina a *Exploradora.*

—Muchas gracias, *Exploradora* —ladró Enver, y se rindió. Se levantó, recibiendo una salva de aplausos, y se sacudió los pantalones—. Bien hecho, Pirt. Ya de paso podrías vencer a Esterhazy para que pueda recuperar mi sable láser.

—No es mala idea... ¡ulp!

Lena llegó desde detrás de Pirt mientras ésta aceptaba la rendición de Enver, y la sujetó con una llave muy sólida. Pirt suspiró y se rindió.

La alegre cara azul de Lena miró a *Exploradora.*

— ¿Te vas a quedar ahí parada o piensas venir a jugar?

Se oyó un zumbido chirriante, dos sables láser chocaron y chisporrotearon, y Lena desapareció en un baile de elegante juego de pies por las mesas del refectorio. *Exploradora* lanzó un gemido; tendría que ayudarla.

Se dirigió al centro de la sala. Lena y Whie eran los únicos combatientes que quedaban. Se enfrentaban en el amplio espacio despejado que había ante las batientes puertas de la cocina. Whie daba problemas a Lena, trazando a su alrededor una jaula de luz verde con su sable láser. *Exploradora* corrió hacia ellos.

Pero no fue suficiente, y sí demasiado tarde. Mientras miraba, Lena realizó una combinación de parada, finta y pausa, y atacó a fondo, buscando una estocada limpia en el pecho de Whie. Éste se apartó a un lado, ligero como una cuerda látigo. Empleó su propia hoja para desviar la de Lena de forma inofensiva, mientras cerraba su mano libre en la mano con la que ella sujetaba la espada. Continuó pivotando, cargando con su peso tal y como les enseñaba siempre la Maestra *Mano de Hierro,* y la mano diestra de Lena se vio atrapada en una llave de pulgar acentuada por su propio empuje inicial. Un instante después se movían como una pareja de baile, con Whie detrás de la chagriana, llevándole el brazo a la espalda y doblándole el pulgar en un ángulo antinatural. Hizo una ligera presión en el pulgar, y el sable láser cayó de su mano. Un pequeño tirón más y la tuvo de puntillas. Se rindió.

Él sonrió, la soltó y aceptó su rendición con una inclinación de cabeza muy seria. Ella respondió con una reverencia y una carcajada, entre el aplauso de los que miraban.

Oh, bueno, pensó *Exploradora.* Ya no habrá enfrentamiento con Whie de dos contra uno. Tenía un plan, pero esperaba de verdad, de verdad, no tener que usarlo. Suspiró y se pasó el sable láser a la mano izquierda. Se había entrenado con la izquierda lo bastante como para que le resultara posible hacer algo así en un gesto desesperado para desconcertarlo. Para el caso, hasta podría pensar que ella era zurda. La cruda realidad era que probablemente ella había dedicado más tiempo a preocuparse de él que él a estudiarla a ella.

Apretó el botón de encendido, y el sable láser salió a la luz. ¡Por las estrellas, cómo amaba ese sonido, el peso del mango en su mano y la luminosa hoja azul pálido, clara como el cielo del alba! Quizá no fuera la mejor aprendiz Jedi que podía encontrarse,

pero amaba el Templo, su arma y esta vida, y aunque el propio Yoda intentase quitarle todo eso, sólo renunciaría a ello luchando y gritando hasta el final.

Un pequeño androide camarero cruzó las puertas batientes desde la zona de las cocinas y examinó el refectorio, emitiendo una serie de pitidos y silbidos al ver la vajilla rota y la comida salpicada por medio suelo y parte de las paredes. Varias mesas mostraban marcas de quemaduras de perdidos mandobles de sable láser.

Tallisibeth Enwandung-Esterhazy, *Exploradora* para los amigos, hizo una filigrana en el aire para llamar la atención de Whie.

—Supongo que sólo quedamos nosotros, colega.

Whie se volvió. Su rostro se apagó.

—Todavía estás... Quiero decir que creía que ya había acabado.

Había algo insultante en la manera en que él la miró para apartar luego la vista.

—Oye, no tenemos por qué luchar —dijo.

Él hundió los hombros, aliviado.

—Lo preferiría así. Es que...

—...siempre puedes rendirte —acabó de decir ella con dulzura.

Risas dispersas en la sala. El androide camarero avanzó un poco, su cabeza redonda giraba ansiosa de un lado a otro.

— ¿Yo? ¿Rendirme a ti? —Whie luchó por controlarse—. Creo que no.

Asumió una actitud de fría formalidad, sacó el sable láser y se inclinó ante ella, ante la Maestra Xan y ante el Maestro Yoda.

Exploradora se dispuso a hacer lo mismo, pero cuando se inclinaba ante Whie, el pequeño androide camarero se le acercó zumbando.

—Oh, cielos, un derrame —dijo, pelando de su cadera una rodaja de aplastado dru'un en salsa de pescado—. Permita que le limpie esto.

Las carcajadas rugieron por toda la sala. *Exploradora* se sonrojó hasta la punta de las orejas. Ahí se iba su entrada digna.

—Adelante —dijo, y saltó al combate.

Efectuó un acometida empuñando el sable láser con la izquierda, realizando una sola finta tras la primera parada de él, que fue fácilmente bloqueada por segunda vez. La estaba desviando, tal y como había hecho con Lena..., para cogerle la mano de la espada y retorcérsela, usando el mango del sable láser para hacerle una llave en el pulgar. El movimiento fue increíblemente limpio. La guerrera que había en *Exploradora* no pudo dejar de admirar su equilibrio, su precisión y el dominio de su cuerpo. Tendría problemas para contrarrestar su técnica, en caso de que quisiera hacerlo.

La pelea había durado tres segundos, y ya parecía haber acabado. El instaba tras ella, tal y como lo había estado con Lena. Un tirón medido envió una punzada de dolor del pulgar a la muñeca. Ella soltó el sable láser con estrépito.

—Paremos ya —dijo él, suplicante.

Era muy extraño; no se había agitado tanto al luchar con Lena, y, se mirara como se mirara, Lena era un contrincante más peligroso que ella.

Exploradora había visto chicos igual de nerviosos cuando estaban cerca de la chica de sus sueños, lo cual hacía embarazoso para todos la práctica del combate, pero el día anterior había estado practicando llaves con Whie y habría jurado por todas las estrellas de la República que entonces su conducta había sido normal.

Él volvió a tirar del pulgar, y ella se encontró parada de puntillas, como si pudiera elevarse lo bastante para escapar del pequeño aguijonazo de dolor que le recorría el pulgar.

— ¡Ríndete! —susurró él.

—Esta vez no —dijo ella.

Y entonces, *Exploradora* apretó los dientes, se dejó caer de vuelta al dolor, y más aún, empujando contra su presa. Si seguía así, el pulgar se le rompería como una rama seca.

Pero él la soltó, como sabía que haría. Era un chico demasiado bueno, demasiado deportista para hacerle tanto daño, y la Fuerza estaba ahora con ella, junto con el factor sorpresa. Se volvió cuando él aflojó su presa, liberando el brazo que le había sujetado contra la espalda. Un instante antes de que él decidiera apartarse de un salto, ella lo vio venir y le cogió del brazo como si fuera el radio de una rueda, para así poder lanzarlo limpiamente por encima del hombro en el momento en que saltase.

Tres segundos después había acabado todo. Whie estaba tumbado de espaldas en el suelo, buscando aire, mientras *Exploradora* se sentaba en su pecho y sonreía. Cuando él empezó a moverse, ella ya tenía la mano derecha tirando del cuello de la túnica de él, arrugándolo.

—Aja —dijo ella, apretando un poco la mano para demostrarle que podía ahogarle si hacía falta.

Whie la miró, suspiró y se rindió. *Exploradora* le soltó la túnica y se levantó.

El pequeño androide camarero rodó de un lado a otro, desesperado.

—Oh, cielos —dijo—. Hay un derrame.

Alguien se rió, y entonces empezaron los aplausos. La Maestra Leem pasó por su lado para atender a Whie, pero la Maestra Xan dirigió a *Exploradora* una breve y fría sonrisa.

Lena salió de entre la multitud.

— ¡*Exploradora!* ¡Eso ha sido increíble! —gritó, agarrando las dos manos de *Exploradora* para hacerla girar en un baile de la victoria—. ¡Ha sido genial! ¿Quién habría supuesto en un millón de...? *¿Exploradora?*

—La mano —gimió *Exploradora*—. La mano izquierda no.

— ¿Os dais cuenta de que lo hizo a propósito? —dijo Hanna, mirando fríamente a *Exploradora—.* Contaba con la bondad de Whie, suponiendo que le preocuparía tanto hacerla daño que dejaría de pelear y podría pillarlo desprevenido.

—No era una suposición —dijo *Exploradora.*

—No veo por qué te pones tan despreciativa, Hanna —dijo la chauriana—. Fue una idea inteligente y se necesitaron muchas agallas para llevarla a cabo.

Hanna se encogió de hombros.

— ¡Oh, claro! ¿Quién soy yo para negar a Esterhazy su momento de triunfo? Como si agarrar mi sable láser fuera una táctica muy útil en un combate real. Siempre que se pelee sólo con los androides de combate más simpáticos de la Federación de Comercio, claro, y siempre que no se le acaben los pulgares.

—Mira, lo siento —dijo *Exploradora* en voz baja—. Sólo hice lo que pensé que debía hacer. No pretendía...

Pero Hanna ya le daba la espalda.

— ¡No te disculpes ante ella! —dijo Lena—. Presumida y estirada arkaniana vengativa. Está cabreada porque la venciste justa y limpiamente.

—La vencí —dijo cansada. El pequeño androide seguía cogiendo restos de comida de sus ropas. Las quemaduras de sable láser en la mano y la pierna le ardían con cada latido—. Pero no sé si fue de modo justo y limpio. Hay días en que me cuesta creer que pueda llegar a ser alguna clase de Jedi.

— ¿Eh, Tallisibeth?

Exploradora se volvió para ver a Pax Chizzlick, el niño gordito de once años al que había vencido en su primer encuentro, arrodillándose ante ella.

—Tallisibeth —dijo él con firmeza—, ser un Jedi significa tener recursos, mantener los ojos abiertos y no rendirse nunca, nunca. Hoy me has enseñado mucho sobre lo que es ser un Jedi.

Exploradora le miró sin habla.

—Oh. Oh, eres tan... tan *bueno* —dijo, sorbiendo, y rompiendo luego a llorar.

CAPITULO 5

Yoda y Jai Maruk encontraron a *Exploradora* en la enfermería, cuando el Maestro Caudle le ponía parches de bacta en la mano quemada. —No sé por qué debo molestarme en curarla si va a convertir en un hábito lo de agarrar los sables láser de la gente —repuso el Maestro Caudle, mirando hoscamente a Yoda—. Tres días y estará bien.

—No es muy grave —dijo *Exploradora—.* Me aseguré de que fuera la mano izquierda la..., bueno..., sacrificada. —Miró ansiosa al Maestro Yoda—. Lo llevo mal, ¿verdad?

Él asintió despacio.

—Como aprendiz en el Templo seguir viéndote ya no podremos—dijo en tono amable.

La sordera se apoderó de *Exploradora,* una sensación aturdidora, como si se hubiera vuelto rígida por dentro. Cerró los ojos y se aisló de lo que se le decía. *No quiero oírlo. No quiero oírlo. No es justo.*

—...pádawan y enviarte fuera de Coruscant.

Exploradora abrió un ojo.

—Esto, perdone, ¿qué ha dicho?

El Maestro Yoda la pinchó en el hombro con el bastón, ¡con mucho cuidado!

— ¿Quemados los oídos tienes? Pádawan de Jai Maruk serás, y con él en una misión fuera de Coruscant vendrás.

Ella se quedó boquiabierta.

El Maestro Yoda se rió.

—Un pez pareces, Tallisibeth Enwandung-Esterhazy. La boca abres y cierras, abres y cierras, y sin nada decir.

Ella miró bruscamente a Jai Maruk, el enjuto y feroz Maestro Jedi que había vuelto de su última misión con una quemadura de sable láser en la mejilla. La quemadura se había curado, pero aún le quedaba una lívida cicatriz blanca de mandíbula a oreja que le recordaba su encuentro con la infame Asajj Ventress.

— ¿Me hace su pádawan? —Se volvió hacia Yoda—. ¿No me envía a los Cuerpos Agrícolas?

El negó con su vieja cabeza verde.

—Recompensa por tu técnica de lucha no es. Demasiados pocos Jedi tengo. Pero incluso con una cosecha de miles, dejarte escapar sin lucha no te dejaría, pequeña. Espíritu y determinación tienes. Entre las estrellas mucha oscuridad hay. ¿Por qué prescindir de alguien que con tanta luz arde?

Exploradora se le quedó mirando. Le parecía que llevaba toda su vida intentando no decepcionar al Maestro Yoda. Era evidente que todos esperaban que estallara de alegría, pero en vez de eso los ojos le ardieron y se le llenaron de lágrimas.

— ¿Qué pasa? —dijo Jai Maruk, volviéndose para mirar con desconcierto a Yoda—. ¿Por qué no está contenta?

—Lo estará. Una presión en su corazón siempre ha tenido, desde hace años y años. Y ahora siente que de ella se libera, y la sangre a su corazón vuelve, y duele.

— ¡Sí! —exclamó *Exploradora* entre sollozos—. Eso es, Justo...! ¿Cómo lo sabe?

Yoda se subió a la cama y se sentó a su lado, dejando que sus piernecitas colgaran en el espacio. Enderezó las orejas.

— ¿Un secreto contarte puedo? —Se inclinó más hacia ella para que pudiera sentir sus bigotes arañándole la cara—. ¡Gran Maestro de la Orden Jedi soy! —dijo gritando en su oído—. ¿En una pelea crees que este trabajo gané? —Lanzó un bufido y agitó sus gruesos dedos en el aire—. *¿Cómo lo sabe, cómo lo sabe, Maestro Yoda?*— dijo remilgadamente, lanzando luego otro bufido—. El Maestro Yoda esas cosas sabe. Su trabajo es.

Exploradora rió, y ahora, por fin, la felicidad empezaba a vibrar en ella, y estuvo bien, alerta y contenta, y su espíritu se iluminó y brilló como la hoja de un sable láser. Y así de afilada y cantarina estaba por dentro.

La sala de holomapas del Templo Jedi era una gran habitación de techo abovedado centrada en la navegación estelar. Proyectores holográficos creaban mapas estelares en tres dimensiones para que los estudiantes pudieran caminar entre ellos. Podían graduarse a prácticamente cualquier escala, de forma que un estudiante pudiera examinar, por ejemplo, un sistema solar en gran detalle. El sistema mostraba cada planeta y satélite a resolución creciente y permitía apreciar cada mar y montaña. O podía comprimir toda la galaxia hasta que ocupase el espacio de la sala, de forma que nebulosas con un millar de ardientes soles no fueran más que motitas en las profundidades de negro espacio.

A Whie siempre le había gustado la Sala Estelar. En todo el Templo no había otro lugar más mágico. Cuando estaba alterado o frustrado, o necesitaba pasar un tiempo a solas, iba allí a caminar entre las estrellas. La tarde había sido agotadora. Había acompañado a *Exploradora* a la enfermería y se había quedado hasta oír al Maestro Caudle decir que el pulgar que ella se había torcido no estaba lesionado de gravedad. Sólo entonces volvió para aceptar las educadas felicitaciones de la Maestra Xan y sus compañeros estudiantes por su actuación en el torneo. Había hecho todo eso con gracia y bien, ya que era el estándar que se había impuesto a sí mismo, pero no le había resultado fácil, por lo que se fue en cuanto creyó poder hacerlo con elegancia.

Dedicó un tiempo a inspeccionar su sable láser, asegurándose de que no se había dañado en la lucha y limpiando cuidadosamente cada mácula del mango allí donde un golpe perdido había dejado alguna marca de quemadura. Entonces se esforzó por estudiar un poco, repasando los informes de noticias para intentar formarse una imagen precisa de la guerra desde el desastre de Honoghr. Los aprendices mayores hablaban todo el tiempo de ella, y algunos de los instructores eran tan directos al respecto que usaban las Guerras Clon como ejemplo en sus entrenamientos. La semana anterior, el Maestro Tycho, que este curso enseñaba estrategia militar, había solicitado una evaluación

rigurosa de lo que había salido mal en Honoghr, junto con las recomendaciones de cada estudiante sobre lo que podía haberse hecho para impedir la debacle.

A Whie le había ido muy bien en el encargo; siempre le iba bien, ya que era otro estándar que se había autoimpuesto, pero en el fondo de su corazón no estaba seguro de que sus sugerencias hubiesen podido cambiar el resultado final. Tenía la incómoda sensación de que la realidad era mucho más complicada al tiempo que mucho más sencilla de lo que el Maestro Tycho quería creer.

Más complicada porque la lección que se sacaba de la catástrofe era que ningún plan, por muy hermosamente que se ejecutara, puede sobrevivir mucho tiempo al inmenso caos de la guerra. Más sencilla porque Whie empezaba a pensar que también las situaciones, como la gente, podían conducir al Lado Oscuro, y cuando se está en manos del Lado Oscuro, éste nunca, nunca, te suelta.

Al cabo de una ineficaz hora de estudio, renunció a seguir y se vino aquí, a la Sala Estelar. La última persona que utilizó la Sala había estudiado la batalla de Brentaal, coloreando el terreno ocupado por cada bando en el momento decisivo del conflicto; azul acuático para la República y brillante plateado máquina para el terreno controlado por los androides de combate de la Federación de Comercio.

Whie borró Brentaal y programó los proyectores de la cámara para que mostraran toda la galaxia girando a un millón de años por segundo. Se paseó por entre esas profundidades de la historia, contemplando estrellas que se formaban, se consumían y desaparecían, y sintiendo el progreso de la galaxia que giraba a su alrededor. Desde ese punto de vista, nada era importante, ni su sueño de anoche, ni la guerra de hoy, ni la larga vigilia de la Orden Jedi. El despertar y caída de la vida inteligente ocurrió en un abrir y cerrar de ojos, una onda apenas perceptible en la gran pavana de cometas y constelaciones bailando en la oscuridad; la Fuerza era la música y el baile.

La puerta de la Sala Estelar se abrió, y una voz alteró el giro impersonal del tiempo.

— ¿Whie?

—Maestra Leem.

Se acabó su momento de intimidad. Pese a ello, sonrió. La Maestra Leem estaba orgullosa de él, y él de ella. Era más anciana y sabia que sus compañeros aprendices, claro, y era la única ante la que se atrevía a quejarse de las dificultades que conllevaba tener un gran talento. La responsabilidad. La presión.

—Supuse que te encontraría aquí. —Al entrar en la oscuridad, también ella nadaba en las estrellas. La constelación de Eyron, que en Coruscant se llamaba la Serpiente Ardiente, giró lentamente sobre sus hombros antes de perderse—. Espero que no te sientas mal por el último duelo. Hiciste bien al detenerte.

Él se encogió de hombros.

— ¿De verdad? Puede que ésa sea la diferencia entre el Lado Oscuro y nosotros. Ellos siempre tendrán la ventaja porque se permitan hacer cosas que nosotros nunca haríamos.

Titubeó al final de la frase, al sentir un abrumador sentimiento de reconocimiento. Había estado antes aquí. Había dicho esto antes...

Ah, la primavera pasada había soñado este momento. ¿Significaba eso que en este mismo momento el yo de la primavera pasada estaba atrapado en alguna parte de su cabeza, presenciando cómo se desarrollaba la conversación? Whie tanteó cuidadosamente en su interior, pero era como meter la mano en el nido de una serpiente; lo último que quería encontrar era un Whie asustado y soñando, encerrado en su cráneo como un niño enterrado vivo.

—Ah, pero el Lado Oscuro devora a sus crías —oyó que decía Maks Leem, repitiendo palabra por palabra todas las cosas que ya le había oído decir—. Después de todo, ¿quién ganaría de volver a luchar?

—Oh, eso no significa nada —dijo Whie. Oía su voz perfectamente calmada y razonable, pero la notó mecánica, como recitando las frases de una obra. Era casi como si su actual atención se mezclara con la de su yo soñado, dejándolo como mero espectador del presente, incapaz de cambiar lo que iba a suceder —. Siempre se puede ganar cuando se juega al "¿qué pasaría si...?". En el encuentro real, el que importaba, ella deseaba ganar más que yo, y ganó.

—Quizá —dijo la Maestra Leem—. Pero yo estoy igual de contenta por no tener que arreglarte el pulgar a ti. Hablando de lo cual...

—El Maestro Yoda desea vernos en la enfermería.

Los tres ojos de la Maestra Leem pestañearon.

— ¿Cómo lo sabes?

—Soñé este momento el año pasado. Acabo de reconocerlo. Llevo meses preguntándome de quién podríamos estar hablando, quién habría podido vencerme. Ahora lo sé.

Con éste ya eran dos los sueños en los que salía Tallisibeth Enwandung-Esterhazy. Parte del sueño de la noche anterior acudió a él: *Exploradora* mirándole, con la sangre corriendo por su rostro como si fueran lágrimas, y ojos luminosos por la añoranza.

Se obligó a no pensar en ello. Por ese camino estaba el Lado Oscuro; podía sentirlo, esperándolo, acechando, como una fiera en la selva.

Los tres ceños de Maks Leem se fruncieron, y su alargada y afilada mandíbula inició su acostumbrado movimiento masticatorio.

—Debemos ir ya, Whie. No quiero hacer esperar al Maestro Yoda.

—Fin del programa —dijo Whie, siguiéndola.

Ante sus palabras, todas las estrellas de la galaxia titilaron y se apagaron como las velas de un cumpleaños.

Unas pisadas se oyeron apresuradas por la enfermería y, un instante después, la Maestra Leem se unía a Jai Maruk ante la cama de *Exploradora.*

—Qué divertido —dijo *Exploradora* con una risita—. Me siento como una lánguida princesa rodeada de cortesanos congregados ante mi lecho.

Whie apareció un momento después, parándose al lado de la Maestra Leem. Claro, era el pádawan de Leem, como ella lo era del Maestro Maruk. La idea la hizo absurdamente feliz. La verdad es que apenas conocía al Maestro Maruk, pero no importaba. Lo que importaba era que por fin sería una verdadera Jedi. *Ya sólo me queda ir en algunas misiones, luchar con todo en contra, y abrirme paso entre los ejércitos de la Federación de Comercio. ¡Casi nada!*

Exploradora se encontró sonriendo con tanta fuerza que le dolió la cara. Se rió.

La Maestra Leem miró dubitativa a la chica vendada que yacía en la cama de la enfermería. Se volvió hacia Jai Maruk.

— ¿Está drogada? —murmuró al Maestro.

— ¡No, señora! —canturreó *Exploradora*—. Sólo estoy un pelín contenta.

Las despeinadas cejas de la Maestra Leem treparon lentamente por su frente.

—De que aquí estéis me alegro —dijo Yoda. Se removió hasta sentarse con las piernas cruzadas al final de la cama—. Noticias para vosotros tengo, Tallisibeth y Whie. La Maestra Leem y el Maestro Maruk, en una misión para el Templo salen. Y como pádawan con ellos debéis ir.

— ¿Ya? —dijo *Exploradora,* sorprendida.

— ¿Te han hecho pádawan? —dijo Whie, no menos sorprendido.

— ¿Adonde tenemos...? —*Exploradora* se interrumpió y miró a Whie—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quería decir: ¡felicidades! —dijo Whie hábilmente.

La boca de Jai Maruk se arrugó en una sonrisita.

—Tu chico es rápido —murmuró a la Maestra Leem.

Yoda bufó y agitó su anciana mano para acallar cualquier discusión.

—Esto a vuestros amigos podéis decir cuando os vean preparándoos para el viaje. Lo que no podéis decir es que el Maestro Yoda con vosotros también va.

—Usted no dejaría la capital a no ser que fuera por algo extremadamente importante —dijo *Exploradora.*

—Por algo relacionado con la guerra —añadió Whie.

Las orejas de Yoda se desplomaron.

—Cierto es lo que dices. ¡Mejores cosas que luchar debería estar haciendo un Maestro Jedi! Buscando sabiduría. Encontrando equilibrio. Pero éstos son los días que vivir nos ha tocado.

— ¿Adonde iremos? —preguntó Whie.

A *Exploradora* le pareció notar algo en su voz, como si ya conociera la respuesta y ocultara su miedo a ella.

Yoda negó con la cabeza.

—Eso todavía no os diré. Pero un problema os planteo. Yoda de Coruscant debe salir..., pero en secreto. Nadie saberlo debe.

En el silencio subsiguiente, un pequeño androide mecánico se acercó rodando desde el dispensario del Maestro Caudle, transportando una bandeja con un cuenco de ungüento para heridas y quemaduras.

—Haga una finta —dijo Whie. Los Maestros Jedi se volvieron para mirarlo—. Diga a todo el mundo que se va. Haga un espectáculo de ello, Maestro. Muestre imágenes suyas subiendo a un caza Jedi.

—...pero las imágenes serán un engaño —dijo Jai Maruk, siguiendo la idea del chico—. Mientras el mundo ve cómo sale en una misión muy pública, en realidad saldrá con nosotros en otra nave. Una idea inteligente, chico.

—Pero... —*Exploradora* esperó a que alguien dijera lo evidente.

El pequeño androide médico se paró ante su cama y entregó el cuenco con el bálsamo del Maestro Caudle.

La verde cara redonda del Maestro Yoda se inclinó hacia ella.

— ¿Sí, pádawan?

—Bueno, Maestro, está muy bien eso de que deba irse en secreto, pero la verdad es que usted es muy, esto..., reconocible.

La Maestra Leem asintió.

—Lo que dice la chica es cierto. Todos en Coruscant conocen la cara del Gran Maestro de la Orden Jedi. Tus intervenciones en el Senado se han retransmitido muchas veces, y las imágenes de Yoda conferenciando con el Canciller son reproducidas de forma rutinaria por todos los periodistas de la capital.

—¿De niño disfrazarme no podemos? —preguntó Yoda—. ¿Quizá los Maestros Leem y Maruk como una familia con sus tres hijos puedan viajar, siendo Yoda un pequeño de cinco o seis años?

Su viejo rostro se arrugó en una sonrisa infantil, espantosamente poco convincente. Los otros se encogieron de forma involuntaria.

Exploradora forcejeó con la tapa del cuenco de ungüento y renunció; estaba demasiado enroscada para poder abrirla con las manos heridas.

—Abre esto por mí, ¿quieres? —dijo, devolviendo el cuenco al androide médico. Sus engranajes y servos zumbaron cuando extendió sus garras metálicas y abrió la tapa. Un olor a cera de abejas y naranjas quemadas se apoderó del cuarto—. No se me ocurre cómo podríamos sacarlo del planeta. A no ser...

Clavó los ojos en Yoda. Una idea floreció ante sus ojos y contuvo un bufido de risa.

— ¿A no ser qué? —dijo impaciente Jai Maruk, su nuevo Maestro.

Exploradora contuvo otra risotada y negó con la cabeza.

—No. Nada. Es una idea espantosa.

—Deja que yo juzgue eso —dijo el Maestro Maruk con voz peligrosamente suave.

Exploradora lo miró suplicante, para luego mirar al Maestro Yoda.

— ¿Tengo que contarla?

El viejo gnomo jorobado de rostro verde la miraba con ojos entrecerrados.

—Oh, sí.

Volvía a llover en Vjun. Con más fuerza de lo normal. Se había levantado un viento que agitaba los rosales sangre y marfil de los jardines del *château* Malreaux. Un tiempo asqueroso. El Conde Dooku contemplaba las gotas de lluvia ácida que se estrellaban contra las sólidas ventanas, como hacían las tropas de la República cada día al arrojarse contra sus androides de combate y sus instalaciones de combate automatizadas por todo lo largo y ancho de la galaxia. Cada gota dejaba en el cristal la huella de su muerte, disolviéndose luego en una salpicadura y un reguero sin rasgos.

La vieja medio loca que Dooku había encontrado rondando por el *château* cuando se instaló en él afirmaba poder leer el futuro en la caída de platos rotos, o en las salpicaduras de bebidas derramadas en un descuido. Una manía divertida. Se preguntó qué vería en la pauta de las gotas de lluvia. Algo ominoso, sin duda. "Cuidado: alguien al que amas planea traicionarte" o "Pronto tendrás un invitado que no será bienvenido". O alguna palabrería semejante.

Fuera, el viento arreciaba aún más, chillando y gimiendo entre las once chimeneas, como anunciando la llegada de algún horrendo invitado.

En la consola de comunicaciones de Dooku sonó una musiquita. Miró hacia ella, esperando el informe diario del general Grievous, o quizás un mensaje de Asajj Ventress. Se acercó para abrir el canal, reconoció la firma digital de la transmisión, abrió el canal y se puso en pie.

— ¿Llamaba, Maestro?

El proyector holográfico de su escritorio cobró vida, y la oscilante forma de Darth Sidious le miró. Como siempre, la imagen era borrosa y poco clara, como si la misma luz se sintiera incómoda en presencia del Señor de los Sith. Era todo ropas negras, sombras púrpuras y un parche de piel, pálida y moteada bajo la capucha de su capa como un hongo creciendo bajo un tronco podrido. Ojos fríos y sabios como los de una serpiente le miraron desde debajo de unos pesados párpados.

— ¿Qué deseas de mí, Maestro?

— ¿De ti? Todo, por supuesto —Darth Sidious parecía divertido—. Hubo un tiempo en que no supe si podrías superar esa... tendencia tuya a la independencia. Después de todo, naciste en una de las familias más ricas de la galaxia, con dones y habilidades muy, muy superiores a las que podía proporcionar cualquier cantidad de riqueza. Tu comprensión es profunda; tu voluntad, férrea. ¿Es de extrañar que te sientas orgulloso de ello? ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Siempre te he servido bien y fielmente, Maestro.

—Así es. Pero debes admitir que tu espíritu no nació para ser fiel. Después de todo, un hombre que no se inclina ante el Consejo Jedi, ni ante el Maestro Yoda... Me preguntaba si la lealtad no sería algo demasiado cruel, limitador, para exigírsela a un ser tan grande como tú.

—La guerra marcha bien —dijo Dooku, intentando sonreír—. Nuestros planes van según lo previsto. He hecho realidad tus muertes, tus planes, tus traiciones. He pagado por tu guerra con mi tiempo, mis riquezas, mis amigos y mi honor.

— ¿No te has quedado nada?

—Nada. Lo juro.

—Excelente —dijo Darth Sidious—. Yoda acudió esta mañana al despacho del Canciller. Va a salir en una misión muy especial de alto secreto. —Se rió con un sonido cortante, como el graznido de un cuervo. El viento volvió a arreciar, chillando alrededor de la mansión como una criatura atormentada—. Cuando llegue, Dooku, encárgate de tratarlo como se merece.

Darth Sidious se rió. Dooku quiso reírse con él, pero no consiguió hacerlo antes de que su Maestro cortara la conexión y desapareciera.

Dooku caminaba de un lado a otro de su despacho. La tormenta se había apaciguado al concluir la llamada de Sidious, y el chillido del viento ya sólo era un sollozo bajo las tejas del *château* Malreaux.

Se detuvo ante su escritorio y examinó el pequeño botón rojo que hizo instalar el día que supo que Yoda pretendía ir a Vjun. Para ser un botón tan pequeño, tenía una importancia considerable. Era su as en la manga.

Dooku descubrió que le temblaba la mano.

Aún seguía mirándolo cuando se abrió la puerta del estudio, descubriendo un andrajoso vestido de baile rosa.

—Ah... Whirry. Iba a...

—...llamar a un androide para que te trajera una taza caliente de estimcafé, seguro.

La loca cruzó la puerta llevando una preciosa bandeja antigua con el ajedrezado sangre y marfil de los Malreaux, sobre la cual había una jarra plateada de estimcafé y una taza ya llena sobre un platillo de la mejor porcelana de concha de hueso, también con los colores Malreaux. Su mascota de rostro maligno, el zorro manchado y de hábiles manos, entró detrás de ella.

—Lo vi abajo, cuando la doncella rompió un huevo por accidente. La golpeé en sus feos nudillos. Si empezamos a desperdiciar los huevos, sólo se necesitará un pequeño salto para hundirnos en la ruina, ¿no le parece, señor? ¿Señor?

Un antojo había hecho que Dooku la dejase vivir en la vieja casa; le parecía que proporcionaba un pintoresco toque de locura muy adecuado al entorno. Era evidente que la vieja senil quería algo de él, pero no tenía ningún interés en dejarse adular y que intentase sacarle algún favor.

—Date prisa —dijo—. Tengo cosas importantes que...

Crash.

— ¡Oh, Conde, cuánto lo siento! ¡No sé cómo ha podido meterse la Srta. Vix entre sus pies! ¡Y su tacita de estimcafé se ha derramado por todo el suelo!

Había algo innegablemente cómico en la escena, pensó Dooku. Él tropezando con el zorro, y la taza destrozada contra el suelo. Sospechaba que Whirry había preparado todo el incidente. Ya se acuclillaba, impaciente, sobre los fragmentos de la taza rota, buscando las pautas de porcelana y de estimcafé derramados en el suelo de baldosas. Le despejaba la cabeza ver a alguien conspirar tan a las claras, le devolvía la perspectiva adecuada.

— ¿Y bien, Whirry? —preguntó, divertido—. ¿Qué nos depara el futuro?

—Muerte desde las alturas —dijo, haciendo revolotear sus gruesos dedos rosas sobre la loza derramada, mirando con avariciosos ojos negros—. Éste es el lacayo que representa la destrucción de un fiel servidor. —Miró de lado—. Espero y ruego no ser yo, señoría. Usted no le haría eso a la vieja Whirry, ¿verdad?

—Compláceme y no lo descubrirás —dijo él, medio burlón; y entonces, sin querer, un pensamiento volvió a su mente: *Con qué facilidad traicionamos a nuestras criaturas.*

Se removió incómodo.

—Limpia esto —dijo bruscamente.

La consola de comunicaciones volvió a sonar, y Dooku se sentó a leer el informe diario del general Grievous, apartando su atención de la vieja. Por tanto, no vio cómo su compañera alimaña, la Srta. Vix, empezaba a lamer el estimcafé. Ni oyó a la anciana cuando posó los dedos en el borde de la taza rota, pasándolos amorosamente por la curvada asa y diciendo:

—Y éste es el pequeño que vuelve a casa, amor. Que por fin vuelve.

Palleus Chuff era, casi con certeza, el más grande actor adulto de Coruscant con menos de un metro de altura. De niño le encantaba jugar a ser un piloto de caza, un Caballero Jedi, un héroe aventurero. Por eso escribió la obra *¡Jedi!* Cuando se crece y sólo se tiene un metro de altura, no suelen darse muchas oportunidades de interpretar al héroe apuesto de la función. Casi siempre te tocan los villanos enanos y maquiavélicos, o el personaje cómico. Poca cosa relacionada con el chico que en un tiempo jugó a ser pirata espacial.

Por supuesto, lo que de verdad le gustaba era eso de jugar a ser algo. La interpretación. Lo de volar no le motivaba tanto. Cuando el Gobierno le pidió que repitiera su impresionante interpretación de Yoda ("Una asombrosa recreación del Gran Maestro; la Fuerza está con esta actuación de 4 estrellas", fue la generosa descripción con que le obsequió el *Noticiario Trinebulon)* para ayudar a ganar la guerra, se había sentido adulado, y quizás hasta un poco intimidado. Cuando la gente con uniforme y pistolas láser te pide un favor, siempre hay que responder que sí.

Pero ahora, parado en la plataforma de aterrizaje del Templo Jedi, a punto de entrar en un caza de verdad que haría viajar su cuerpo por el espacio a un múltiplo indecible de la velocidad de la luz, empezaba a tener serias dudas.

Los ayudantes Jedi le dieron el pie. Chuff tragó saliva.

— ¡De la función es hora! —murmuró para sus adentros.

Salió del hangar de amarre para acercarse a la cubierta de vuelo de la plataforma de aterrizaje del Templo Jedi. Una andanada de preguntas surgió de la multitud de reporteros situados a veinte metros de distancia, en la zona de prensa acordonada.

— ¿Puede contarnos la naturaleza de su misión? ¿Qué tiene de importante Ithor?

— ¿Cuándo volverá, Maestro?

— ¿Le preocupa que un cambio en el frente pueda incomunicarle con el despacho del Canciller?

Palleus agitó el bastón hacia los periodistas y movió las orejas. Las orejas eran muy buenas, prótesis de primera, y él era un experto en su uso. *Sigue sonriendo, Chuff,* se dijo. *No pienses en la presión, mira de frente a tu publico y véndete.* Palleus tenía dominadas las sonrisas de Yoda: la Risa Alegre, la Sonrisa Adormilada, la Mueca Lenta Casi Amenazadora, la Alegría Amable que solía asomar a su rostro al estar en presencia de niños. Pero no pensaba probar la voz: no se atrevía a fallar en una inflexión, a cometer un error de tono que indujese a alguien a tomar sonogramas de su voz y afirmar por ahí que el Yoda que embarcó en el correo clase Seltaya no era el auténtico.

Llegó al transporte y entró en él. Ésa era la parte que más temía. Nunca había sido muy aficionado a los espacios cerrados. Ni al vuelo estelar. Ni a la aceleración rápida. Le habían prometido que la unidad R2 de la nave sería la que pilotara. Y le dijeron que también habría un dispositivo de emergencia que les permitiría pilotar la nave desde la torre de control en caso necesario. Bueno, igual era así. Pero, ¿y si la Federación de Comercio había interceptado al pequeño R2? ¿Eh? Después de todo, ¿por qué no iba a aliarse un androide con otros androides? Igual su R2 pertenecía a alguna quinta columna mecánica, era un androide traidor que se sacrificaría para poder librarse así del principal miembro del Consejo Jedi.

La compuerta de la nave se alzó y se cerró sobre él, fundiéndose con el techo, aislándolo del ruido de la multitud y haciendo que se sintiera de pronto muy solo.

Se suponía que la carlinga era climatizada, pero se sentía acalorado. Acalorado y sudoroso. Los motores del caza estelar rugieron, cobrando vida, y él se descubrió pensando que la nave se había construido muy deprisa, con plazos de tiempo de guerra, y que cada pieza, desde las correas del cinturón hasta los remaches de la carlinga, se había construido con contratos concedidos al presupuesto más bajo.

La nave avanzó tímidamente y se elevó un metro en el aire para flotar luego sobre la plataforma de aterrizaje. Palleus dedicó a la multitud una sonrisa y un saludo.

Empezó a rezar en silencio.

Mientras tanto, en la azotea de un rascacielos desde el que se veía la zona del Templo, los dos androides terminaban otra partida de holojuego. Solis, el

androide descascarillado, contemplaba cómo sus piezas eran eliminadas de forma sistemática por las de Fidelis, su compañero de pintada librea. Los dos habían jugado muchas, muchas veces, cada variable concebible de dejarik. Solis solía emplear la llamada Tablas, donde el azar y la brutalidad eran grandes ecualizadores, pero los dos preferían la Cortesana, una variante estratégica basada casi exclusivamente en la habilidad. El problema era que Fidelis, al mantenerse continuamente de servicio, se actualizaba de forma rutinaria, mientras que Solis llevaba mucho, mucho tiempo arreglándoselas solo, y nunca había considerado prioritario el *software* avanzado de holojuegos.

Por tanto, perdía. No de forma inevitable, ni todas las veces, pero de forma continuada, en una racha que nunca se invertiría. Así eran las losas: los que tenían librea prosperaban, los que no..., no.

— ¿Otra partida? —preguntó Fidelis educadamente, reseteando el tablero.

—Creo que no.

— ¿Estás seguro? Podríamos hacer que fuera a quien ganara novecientas sesenta y siete mil cuatrocientas tres partidas de uno punto nueve millones treinta y cuatro mil ochocientas veinticuatro.

—No me apetece.

—No digas eso. Ni siquiera significa algo. Eres muy liberal en el uso de esas expresiones orgánicas —dijo Fidelis con aire presumido—. Estoy seguro de que tu programación inicial no incluía esta clase de... descuido sociolingüístico.

—Sí —dijo Solis—. Lo que tú digas.

Fidelis afirmaba que el campo de expresiones que le habían programado era muy limitado, en su mayoría consistente, claro, en lealtad, lealtad y lealtad, y que cualquier semblanza de estados orgánicos como "irritación" o "mosqueo" era pura afectación, y de dudoso gusto. No obstante, jugaba las partidas de dejarik solitario con un aire marcadamente malhumorado.

Solis se acercó al borde de la azotea y miró hacia abajo, contemplando seres que se desplazaban como insectos en aerocoches y vías pedestres. Un ser que se tumbara en esa azotea y apuntara por la mirilla de un rifle de precisión SoruSuub X45 podría elegir los blancos que quisiera, pues sería casi invisible. Muerte desde las alturas.

Como respondiendo a sus pensamientos, apareció un halcón de las torres, elevándose con alas extendidas gracias a la columna de aire caliente que surgía entre las torres de ferrocemento. Hacía tiempo que se había expulsado de Coruscant lo que la gente consideraba normalmente "naturaleza"; a ojos del espectador casual, el planeta se había convertido en una ciudad continuada, sin espacio para nada que no fueran seres urbanos. Pero la vida era adaptable, ¡bien lo sabía Solis!, e incluso en un hábitat tan extraño como este mundo ciudad había multitud de criaturas que no eran conscientes de que las calles y torres de la capital no se habían construido para su conveniencia. Pequeños pájaros, mamíferos y reptiles eran llevados constantemente a Coruscant en calidad de mascotas, y solían escaparse a las alcantarillas, las calles y las azoteas, como si la ciudad fuera un selva de ferrocemento y ellos sus habitantes naturales. También había alimañas que medraban en el calor y los desperdicios de la vida inteligente: ratas de los barrancos, sapos de las rejillas,

ferrogusanos, serpientes ciegas que anidaban dentro de los edificios, y bandadas de palomas trantorianas que anidaban en las cornisas. Y, por encima de todos ellos, en lo alto de esa cadena alimenticia alternativa, estaba el halcón de las torres.

Este era, concretamente, una hembra de alas recortadas y hermoso plumaje color hollín y cemento que lo camuflaba contra los edificios. Vagaba como un copo de ceniza movido por las invisibles corrientes del viento, parándose en pleno aire y dejándose caer como un rayo contra algo de abajo. Solis contempló su descenso, siguiendo su caída entre las bandas de luz y sombra. Aumentó su imagen en los receptores ópticos a medida que se alejaba, hasta poder ver la banda amarilla que bordeaba sus enloquecidos ojos, y a su presa: un ratón de los despojos que olfateaba en una pila de desechos situada en un callejón, 237 pisos más abajo. Sin exagerar, la visión de Solis igualaba la de cualquier otra cosa de la galaxia. Actualizar sus visores ópticos Tau/Zeiss le había parecido más prioritario que estar al día en la última programación en holojuegos. Cuando no se estaba en librea, uno debía calcular con frialdad la clase de trabajo en el que era más capaz, y los pasos que debía dar para mantenerse empleado. El visor rastreador se centró en la cabeza del ratón cuando éste abrió la cabeza y lanzó un único chillido de sorpresa. Las garras de hierro se hundieron como clavos amartillados en su pequeño costado.

Muerte desde las alturas.

Solis apartó la mirada de la presa del halcón, conteniendo una mirada refleja al Templo Jedi mientras lo hacía.

—Eh.

—¿Qué?

—Tu objetivo deja el Templo.

La cabeza de Fidelis se giró bruscamente. Miró transfigurado los escalones que descendían del Templo Jedi, a 1,73 kilómetros de distancia.

—Oh —dijo.

—Dos Jedi, dos pádawan y una unidad erredós —dijo Solis. Los dos estaban parados al borde de la azotea. Solis miró a su compañero—. Hay algo raro en ese erredós, ¿no crees? No se mueve bien. Igual tiene un servo estropeado...

Fidelis no contestó, limitándose a mirar a la pequeña compañía que se alejaba del Templo, observando con la hambrienta intensidad de alguien perdido en el desierto que acaba de ver agua por primera vez en muchos días.

Semanas.

Años.

Había pasado tanto tiempo desde que Solis estaba de librea que apenas podía recordar el impacto de la lealtad, esa corriente de conexiones que se movía a través de ti como el temor religioso en presencia de la Familia. En realidad hacía que Fidelis pareciera idiota, allí parado, agarrando el borde de la azotea con tanta fuerza que dejaba marcas en el durocemento..., pero, al mismo tiempo, era difícil no tenerle envidia. Habría sido agradable sentir una vez más la emoción de la conexión.

Si los androides pudieran sentir envidia, claro. Pero como Fidelis no tardó en señalar, no habían sido programados para eso, ¿verdad? Envidia, decepción, pesar. Soledad. Afecciones todas ellas. Nada reales.

—Vamos —dijo, cogiendo bruscamente a Fidelis por el brazo—. Empieza la caza.

En el espacio no existe el "arriba". Por supuesto, cualquier objeto con la masa necesaria, como un planeta o una estrella, puede ejercer un tirón gravitacional, pero a no ser que uno caiga dentro de su foso de gravedad, ese tirón parece más "hacia" él que "desde" él. Así que, en un sentido técnicamente estricto, no podría decirse que Asajj Ventress acechase sobre Coruscant como un halcón de las torres, esperando su presa, a bordo del *Última Oportunidad,* un caza abanico Huppla Pasa Tisc tan esbelto y letal que parecía ser su propio ser metamorfoseado, con transpariacero por piel y cañones láser por ojos.

Pero, para un observador menos científico, uno que supiera poca física y sólo viera la luz cruel y satisfecha en sus ojos cuando la nave de Yoda abandonó el espacio local, eso habría sido justamente lo que había pensado.

Mientras Palleus Chuff, cumpliendo con su deber como actor patriótico, aceleraba para escapar del tirón gravitacional de Coruscant, el verdadero Yoda esperaba en una cola aparentemente interminable compuesta por lo que podría haber sido la población de un planeta fronterizo, toda ella desfilando con tristeza por el cavernoso nuevo espaciopuerto y nexo comercial Canciller Palpatine.

Pero se suponía que nadie sabía eso.

Lo malo que tienen las misiones encubiertas, pensaba Jai Maruk, es que se debe renunciar a muchas de las ventajas que proporciona ser Jedi. En circunstancias normales, salir a dar la cara por el bien de la República era una empresa sencilla. Hacer el equipaje para el viaje más largo posible le llevaba siempre menos de una hora. Un bocado rápido en el refectorio, y a la pista de despegue de los Jedi. Unas palabras con el jefe mecánico, y sólo se requería una huella ocular y una dactilar para poder coger la nave estelar preaprobada, después un simple control previo al vuelo, y fuera.

Era una mejora considerable respecto a esto.

Debían viajar disfrazados, en vuelos estelares comerciales, hasta Vjun, y hasta entonces todo el proceso había resultado ser terriblemente aburrido. Tras dedicar una hora a facturar el equipaje y otra para sacar los billetes, llevaban casi tres horas parados en esa monstruosa cola de seguridad. Algo que no molestaba a Maks Leem, ya que era una gran. Los gran descendían de animales de rebaño, y les gustaban las multitudes. A Jai nada. En el mejor de los casos, era una persona privada, y el cenagoso baño de emociones que se desarrollaba a su alrededor —ansiedad, irritación, nervios previos al vuelo, y aburrimiento puro y duro— le resultaba aturdidor al tiempo que irritante, como arroparse en una manta de bantha que picara. Y, para colmo, su posición era ridículamente expuesta. En cualquier momento podía aparecer un presunto asesino entre la multitud. Y, de tener tiempo para reaccionar, el mero gesto de sacar el sable láser entre esa apretada multitud cortaría las extremidades de algún viandante inocente.

Y, para colmo, se suponía que debía estar atento a su nueva pádawan, *Exploradora.* No es que hubiera hecho algo malo hasta ese momento, descontando que su molesta tendencia a contradecir su opinión en todo momento resultaba algo más que irritante en una niña de catorce años. La joven pádawan seguía con la mano izquierda vendada y tenía parches de bacta en la pierna. No sólo la Fuerza era escasa en ella, sino que ahora debería estar tumbada en la enfermería, tomando la sopa de ave de Hillindor.

Y, siendo honestos, cosa que Jai Maruk era incluso ante el único público al que la gente cuenta sus peores mentiras, él mismo, no se sentía preparado para ocuparse de un pádawan. Era una persona que actuaba, no de los que enseñaban. Quería volver a Vjun para acabar de buena manera su lamentable encuentro con el Conde Dooku, y no quería tener que arrastrar de paso a una adolescente por toda la galaxia. Era evidente que el Maestro Yoda tenía algún motivo para obligarlo a aceptar la pádawan, pero Jai seguía sin saber cómo alegrarse de esa situación.

Y en cuanto al Maestro Yoda...

Jai, incómodo, miró a la pequeña unidad R2 que viajaba con ellos y la pilló volviendo a salirse de la fila y colándose bajo las cintas de seguridad.

—*Exploradora,* ocúpate del erredós —dijo con voz ronca—. Parece tener ciertas dificultades en quedarse quieto.

La chica golpeó con la mano en la cima de la carcasa del R2, que emitió un extraño y retumbante sonido, como si hubiera golpeado el costado de un barril metálico vacío.

—No te preocupes, padre —repuso alegre—. Lo tengo controlado.

—Al menos ya estamos al final de la cola —dijo la Maestra Leem con tono reconfortante.

Un pequeño grupo de guardias de seguridad con los colores bronceado y negro de la república desviaban a la gente hacia una docena de diferentes escáneres de seguridad, de forma que la gran cola acababa dividiéndose al final de su recorrido, tal y como un río se dividía en una docena de canales para desembocar en el mar. Cada puesto estaba ocupado por una pareja de guardias de seguridad, cansados e irritables, mientras patrullas adicionales realizaban exámenes de seguridad al azar, abriendo el equipaje de mano de cualquier persona, registrándola y haciéndole vaciarse los bolsillos.

^Debiste guardar el sable láser en el equipaje —murmuró *Exploradora* a Jai Maruk.

Él apretó los dientes y agarró al R2, que se había escapado y chocado contra el chagriano que iba delante.

—Lo siento muchísimo.

Llegaron al final de la cola.

—Fila siete —dijo el guardia de seguridad a Jai Maruk—. Tú a la fila once, tú a la dos —dijo a Maks y Whie—. La chica a la fila siete. ¿Con quién irá el androide?

—Conmigo —dijeron los cuatro a la vez.

El guardia de seguridad enarcó una ceja.

—Yo cogeré el erredós —dijo Jai Maruk—. Viajamos todos juntos. Debería dejarnos pasar juntos por los escáneres —añadió, despacio y con énfasis.

El guardia de seguridad empezó a asentir, se sorprendió haciéndolo y miró a Jai Maruk con redoblada sospecha.

—Como dice la canción, volveréis a veros al otro lado, pies rápidos. Pero acabas de ganarte una Inspección Garganta Profunda completamente aleatoria. ¡IGP en la número siete! —bramó.

—Pero... —dijo la Maestra Leem.

—No hay tiempo para eso —dijo el guardia, empujándola hacia la fila número siete.

—Pero... —dijo *Exploradora.*

— ¡Tampoco hay tiempo para eso! —El guardia empujó a *Exploradora* hacia la fila tres—. Y lleva al erredós contigo.

Aparecieron dos guardias de seguridad más. Detrás, la multitud empezó a murmurar siniestramente por el retraso. Los cuatro Jedi intercambiaron una mirada y se separaron.

— ¿Puedo preguntar por qué me someten a este registro extraordinario? —dijo Jai Maruk gélidamente.

—Son registros aleatorios, señor, completamente aleatorios y para su protección —dijo la guardia del puesto número siete, una mujer de mediana edad bastante competente—. Además, usted parece drucken-welliano.

—Será porque nací en Druckenwell.

—Pero veo que tiene papeles de Coruscant. Un buen truco —dijo la guardia.

—He vivido aquí toda la vida...

— ¿Salvo cuando usted nació allí? Por si no lo sabe, señor, Druckenwell es miembro confeso de la Federación de Comercio. Con la cual estamos en guerra. Se lo digo por si tampoco se ha dado cuenta de eso. ¡Oh, oh! —dijo, posando una mano en el mango del sable láser.

La mano de Maruk cubrió al instante la de ella. Un brillo de peligro asomaba en los ojos del Jedi.

La guardia encajó la mirada.

— ¿Está interfiriendo con una guardia de seguridad en el cumplimiento con su deber, señor?

—Soy miembro de la Orden Jedi —dijo en voz queda—. Éste es el mango de mi sable láser. Preferiría que no lo tocara nadie.

—Entonces debió meterlo en su equipaje, ¿no le parece? —dijo con alegría.

— ¿Y se supone que, en caso de ser atacados por piratas, debería correr hasta la bodega de carga y buscar mi arma entre mis túnicas y calcetines? —siseó Maruk.

La guardia le sonrió con indulgencia.

—Mire, señor... Los dos sabemos que la Orden Jedi tiene sus propias naves estelares. Si usted fuera un Caballero Jedi de verdad no estaría embarcando en el espaciopuerto Canciller Palpatine, ¿no le parece?

—Pero...

—Siempre puede explicárselo a mi superior. ¡Se dice que tiene una lista de espera que no pasa de las dos horas!

El guardia en el punto de seguridad tres era un joven de ojos apagados y con la boca llena de Goma Resoplidos.

—Pase bajo el rayo escáner con las manos en los costados —murmuró.

—Claro —dijo *Exploradora.*

Dio un empujoncito al erredós y pasaron a la vez. *Exploradora* bajo el escáner y el R2 torpemente por fuera.

Nada de luces, ni sirenas. *Buuuf,* pensó *Exploradora.* Miró al punto de seguridad siete y vio que Jai recibía una bronca del personal de seguridad. Parecía que iba a reventársele una vena allí mismo. *Exploradora* volvió a felicitarse por meter el sable láser en su equipaje.

Su guardia hizo una pausa para escupir una larga ristra de saliva verde en una taza vacía de estimcafé.

—Disculpe, señora. El androide también tiene que pasar por el escáner.

— ¿El androide? No puede —barbotó *Exploradora.*

El guardia pestañeó.

—Son las normas, señora. La Federación de Comercio está propagando locoware por nuestros androides. Si empezamos a dejar que se salten los limpiadores, un día se despertará usted en su casa para descubrir que está en poder de su calculadora y su androide de lavandería.

— ¿Habla en serio?

—Utilizan microondas —dijo el guardia, escupiendo otro torrente de saliva en la taza—. El erredós tiene que pasar. Vamos, amiguito —dijo, haciendo un sonido de cloqueo, como si llamara a un sabueso fiel.

El R2 emitió un pitido ronco y giró la cabeza de lado a lado.

—No puede pasar —dijo *Exploradora* con desesperación—. Tiene miedo a los escáneres.

— ¿Miedo a los escáneres?

—Es por sus ojos. Por sus videosensores quiero decir. Son muy delicados, muy especializados —balbuceó. Whie, a su lado, había pasado ya sin problemas por la fila dos. Le dirigió una mirada suplicante—. Este pequeño pertenece a mi abuelo —dijo, dando al R2 otra palmada que sonó a hueco, y que deseó no haber dado—. Es un androide multivisión. Por eso sus sensores son tan, tan...

El guardia tenía la boca abierta, y un pequeño hilillo de saliva le colgaba del labio inferior.

— ¡Y un cuerno multivisión! —dijo, estrechando los ojos—. Vuelva a enseñarme su documentación, ¡y que esa lata vuelva a cruzar la línea roja para que pase por el escáner como es debido!

Whie cogió su equipaje de mano y se acercó hasta *Exploradora.*

—No necesitas volver a escanear al erredós —dijo en tono casual.

El guardia pestañeó.

—Pasó con la chica —dijo Whie—. Los dos pasaron sin problemas.

Splotch. El hilillo de saliva verde mojó lentamente la túnica del uniforme del guardia. Miró hacia abajo y lanzó un juramento.

—Vamos, adelante —dijo, agitando la mano con irritación—. No necesito volver a escanear al erredós.

Exploradora miró a Whie, y luego al guardia.

—Entonces... ¿pasamos sin problemas?

—Han pasado sin problemas. ¡Vamos, adelante! ¿No ve que estoy ocupado?

—Sí, señor. Gracias, señor.

Exploradora se alejó del guardia caminando a toda prisa. Whie la siguió, comprobando el gancho del sable láser en su cadera y sonriéndola.

—Eso ha sido impresionante —susurró *Exploradora—.* Debe de ser agradable poder hacer que la gente haga lo que tú quieras.

—Resulta útil de vez en...

Por algún motivo, se calló al mirarla a ella, y la sonrisa abandonó su rostro.

— ¿Qué pasa? —dijo *Exploradora.* Y luego—: Oye, ¿no hemos perdido a alguien?

Resulta muy fácil perder de vista a una unidad R2 estándar en el abarrotado vestíbulo de un espaciopuerto. Primero está la cuestión del tamaño. Al medir un metro escaso de altura, un R2 siempre resulta fácilmente tapado por la densa multitud de humanos, chagrianos, gran y demás humanoides variados. Después, y prescindiendo de la carencia de tamaño "físico", hay que tener en cuenta la ausencia comparativa de tamaño "psicológico". Para un ser orgánico inteligente, cualquier otro ser orgánico inteligente es objeto de gran interés: ¿Será esta nueva persona amiga o enemiga?, ¿me ayudará o me molestará?, ¿me llevará la contraria o me guardará un sitio en la cola del estimcafé? Los androides, en cambio, ocupan en la consciencia del ser inteligente orgánico un lugar análogo al de, pongamos, los electrodomésticos complicados e ingeniosos. Como, por ejemplo, un preparador de alimentos programable o una cama inteligente. Para un humanoide, un androide carece de importancia alguna, a no ser que sea un androide de combate que se te acerque con los cañones láser en automático.

En cambio, para un androide, otro androide es algo a tener en cuenta.

Lo cual podría explicar cómo es que esta pequeña unidad R2, que aún conservaba los colores con los que salió de fábrica, había podido desplazarse

pitando entre las densas multitudes que atestaban el vestíbulo Delta del espaciopuerto Canciller Palpatine sin apenas ser notado, pese a chocar continuamente con columnas, paredes y máquinas de agua, como si, en vez de sensores y un espléndido cerebro computerizado, fuera pilotado desde su interior por una persona acalorada, gruñona y progresivamente exasperada que sólo disponía de cuatro pequeños visores para saber por dónde iba.

Eso también podría explicar por qué, en medio de tanta inconsciencia, ese mismo androide era ahora perseguido de forma incesante por un segundo R2 pintado con el brillante escarlata de la República y la brillante insignia de seguridad reluciente en la carcasa...

— ¿Señora? —El guardia de seguridad del punto once era un hombre sudoroso de edad mediana y con papada. Bajo el borde manchado por el sudor de la gorra del uniforme llevaba el pelo negro veteado de gris corlado al estilo militar—. Señora, voy a tener que pedirle que hable conmigo aparte un momento.

La mandíbula de la Maestra Leem se puso en marcha.

— ¿Por qué, oficial? ¿Acaso he hecho...?

—Acérquese un momento a hablar conmigo, por favor.

Maks Leem frunció los tres ceños y siguió al guardia unos pasos más allá del equipo de escáneres. Él dio la espalda a la multitud.

—No mire a su alrededor, no mire a su alrededor. Compórtese como si no pasara nada. Haga ver que estoy examinando su chip de identificación.

La Maestra Leem le miró, inexpresiva.

—Identificación —dijo él.

Ella se la entregó.

Él la insertó en su datapad con mucho teatro.

—Señora, los sensores indican que transporta en su persona un arma de partículas concentradas de alta energía.

—Puedo explicarlo...

—La mayoría de los que están aquí no reconocerían esa signatura en los sensores —siguió diciendo en voz baja el guardia—. Pero yo sí. Yo sé lo que es. Sé lo que es usted. Pertenezco a un grupo de personas que nos intercambiamos información, ¿sabe?, pero nunca pensé que llegaría a ver...

—No estoy segura de comprender —dijo la Maestra Leem.

—No mire a su alrededor. No mire. Actúe de forma natural. He reconocido la signatura del escáner —añadió con voz ronca—. Es usted un Jedi, ¿verdad? ¿Uno de verdad?

Maks Leem masticó dos veces. Tres veces.

—Sí, lo soy.

—Lo sabía —la voz del guardia estaba preñada de emoción—. Va de incógnito, ¿verdad? La gente dice que ahora los Jedi sólo cuidan de sí mismos.

Que no son más que la policía secreta del Canciller. Yo no lo he creído nunca, ni por un momento. Ése no es el camino de los Jedi.

—Desde luego que no —dijo Maks Leem, genuinamente escandalizada de que alguien pudiera considerar a la Orden la banda privada de matones del Canciller.

—Está usted en una misión. No mire, no mire. Actúe de forma natural. Sólo dígame lo que necesita. Puedo ayudarla. Estoy encantado de ayudar. No me importa el riesgo —dijo con voz ronca.

—En verdad es un amigo de la Orden.

—Dígamelo a mí. ¿Sabe cuántas veces he visto *¡Jedi!...?* Quince. Quince veces. Y la semana que viene volveré a verla con mi sobrino. Déme una misión. Haga como si nada y déme una misión. No importa el riesgo. Lo que sea por ayudar.

—Ya nos ha ayudado —dijo amable la Maestra Leem. El guardia pestañeó —. ¿Cree que ha sido un accidente que usted estuviera hoy de servicio? ¿Cree que he acabado en esta fila por casualidad?

Él la miró impresionado.

— ¡Por la Fuerza! —susurró.

—Sabemos quiénes son nuestros amigos, señor... Charpp —dijo, leyendo su nombre en la placa del pecho. Se dio un golpecito en el mango del sable láser oculto bajo su capa—. Pero no olvide que nadie debe saberlo. En lo que a todo el mundo respecta, sólo soy una humilde viajera camino de Malastare para visitar a su familia. Sólo debe actuar como si no pasara nada.

—Como si no pasara nada —asintió, consciente de su deber y agitando la papada—. Por supuesto, por supuesto. Pero... —Esta vez, el tono de su voz era ligeramente ansioso—. ¿Podría hacer algo más?

—Podría devolverme mi chip de identificación.

—Oh. Sí.

Le puso en las manos el chip, ahora abundantemente manchado con sudorosas huellas digitales.

—Contactaremos con usted cuando llegue el momento —prometió la Maestra Leem—. Hasta entonces, ¡que la Fuerza le acompañe!

La Maestra Leem se apresuró a unirse a los dos pádawan, dejando al guardia con ojos rebosantes de lágrimas.

—Me alegro de qué hayáis podido pasar. Pero, ¿dónde está Jai? —dijo. Frunció los ceños—. ¿Y dónde está "ya sabéis quién"?

Evan Chan odiaba volar. Oh, no en la atmósfera. Revolotear por la atmósfera en un aeroligero estaba bien. Igual que en los aerobotes. Como era hidrógrafo medio ambiental —o "aguador", que era como llamaban a los especialistas de su clase en el campo del impacto medioambiental—, pasaba mucho tiempo recorriendo superficies planetarias y recogiendo muestras en océanos, ríos y lagos. El problema era desplazarse entre planetas.

Le ponía nervioso la idea de saltar al hiperespacio, dar ese salto que hacía malabarismos con los átomos, emborronaba la luz y deformaba las moléculas. No sólo le provocaba náuseas y le revolvía el estómago, que también, sino que le resultaba "espiritualmente" incómodo. Pero no había forma de que pudiera hacer su trabajo de evaluador de aguas pan-planetario al servicio del Gobierno sin dar el salto. El viaje a velocidad subluz a cualquier planeta fuera del sistema de Coruscant le llevaría varias vidas, literalmente.

Por ese motivo estaba en los lavabos del vestíbulo Delta del espacio-puerto, bebiendo discretamente de su precioso frasco de valor líquido: SomnaSkol Rojo, en el tamaño de 0,1 litros, ideal para viajes.

Se estudió en el espejo situado sobre el lavabo. La verdad era que no tenía muy buen aspecto. La perspectiva de dar un salto hiperespacial más largo de lo habitual le había impedido dormir mucho los últimos tres días. Tenía los ojos hundidos e inyectados en sangre, una barba de dos días le oscurecía el rostro como un hongo desagradable, y sentía las rodillas como si fueran de jalea. Posó la cabeza en las manos y se inclinó en el brillo blanco del lugar.

Un androide entró en los lavabos, chocando contra una pared con el sonido de una lata al golpear una acera de ferrocemento, y se dirigió hacia una de las cabinas privadas.

Evan pestañeó. Intentó recordar si alguna vez había visto a un androide en unos lavabos. Puede que un androide custodio, pero ésta era una unidad R2, y sin insignias de seguridad.

—Qué raro —dijo Evan en voz alta.

O al menos es lo que pretendía decir. El SomnaSkol le había dejado los labios entumecidos, y la palabra se arrastró fuera de ellos como la baba que le sale a uno cuando está en el dentista, con la boca congelada.

Otro R2 entró en los lavabos. Éste llevaba los colores del espacio-puerto, negro y bronceado, y un logotipo de seguridad. Su pequeña cabeza metálica giró, agresiva, apuntando con su cámara a toda la sala de losetas blancas.

La cámara se detuvo, fija en la cabina en la que había entrado el primer androide. La puerta estaba algo entreabierta.

Evan Chan cerró los ojos con fuerza, abriéndolos luego. El segundo androide seguía allí.

Se tomó otro trago de SomnaSkol.

El androide de seguridad desplazó sus ruedas de forma furtiva —no hay otra palabra para definirlo— en dirección a la cabina sospechosa. Era una de las cabinas multiusos, con lavabo, urinario, abrevadero, varillas colectoras y un desagüe telescópico con acción succionadora. El pequeño androide de seguridad alargó con cuidado infinito una garra metálica, la cerró en el pomo sin hacer ruido y tiró rápidamente de ella hasta situar la puerta en posición medio abierta.

Las luces del pequeño androide se encendieron, y se movió adelante y atrás, pitando y zumbando consternado. Evan pestañeó, mirando la escena reflejada en el espejo. La cámara del androide de seguridad barrió el suelo de la cabina. Estaba vacía.

Al cabo de un momento de duda, rodó al interior. Y en cuanto lo hizo, un movimiento en el espejo llamó la atención de Evan. El primer androide flotaba silenciosamente sobre lo alto de la puerta de la cabina.

Se oyeron gorgoritos y gemidos de desconcierto. La mayoría procedentes del androide, pero algunos de Evan. Observó cómo el primer androide descendía flotando tras la puerta de la cabina. Ahora la posición de los dos androides se había invertido. El androide de seguridad hurgaba en la cabina con aire desconcertado, y el androide fugitivo estaba en la parte principal del lavabo, oculto tras la puerta de la cabina.

El androide fugitivo extendió sus pequeños brazos. La bisagra de la puerta de la cabina cedió con un chasquido semejante a la pulsación de un rifle láser, para luego chirriar de forma imposible, como si hicieran un nudo con la varilla de transpariacero.

El androide de seguridad enloqueció, pitó, zumbó y golpeó la puerta de la cabina. Luces de colores se reflejaron en las losetas blancas. Por su parte, el androide fugitivo emitió un sonido más horrible aún: una extraña carcajada hueca, horriblemente asintética, semejante, quizás, al sonido que emitiría un monolagarto kowakiano al reírse dentro de un barril.

Entonces, el R2 Malvado, que era como lo veía Evan, giró sobre sí mismo y salió del lugar rodando con torpeza.

Evan se quedó mirando la puerta de la cabina. Escuchó los frenéticos gemidos del androide de seguridad atrapado. Y entonces, con manos temblorosas, cogió el frasco de SomnaSkol Rojo y lo vació en el lavabo, hasta la última gota, jurando que nunca más volvería a catarlo.

CAPITULO 6

Ventress alcanzó al grupo de naves correo Jedi nada más saltar al espacio local ithoriano. El *Última Oportunidad* iba equipado con la mejor tecnología que podía proporcionar Geonosis, incluso tenía un prototipo del "cortagemas", construido a partir de planos que la buena gente de Electrónica Unida Carbanti aún no sabían que les habían robado. El cortagemas estaba diseñado para contrarrestar la invisibilidad que adquirían las naves al moverse por el hiperespacio, y que les permitía materializarse en el espacio real en medio de una flota enemiga, acechando como una pantera de las arenas que salta desde un árbol contra los indefensos herbívoros que pacen abajo. El prototipo de Carbanti funcionaba como un sismógrafo, localizando las fallas que una nave abría en el continuo espacio-tiempo en el momento de abandonar el hiperespacio. El aviso solía anticiparse en menos de cinco segundos de tiempo a la aparición del vehículo, pero esos segundos podían significar la diferencia entre la vida y la muerte.

Y, por supuesto, cuando el cortagemas iba incorporado a una nave tan veloz y mortífera como el *Última Oportunidad,* pilotada por un piloto todavía más veloz y mortífero, esa ecuación podía invertirse por completo, de forma que, para continuar con la metáfora, la supuesta pantera podría descubrir de pronto que estaba saltando contra una estaca afilada. El espacio-tiempo se estiró, se deformó y se rompió más allá del último planeta del sistema ithoriano. El primer caza de la República pasó por el desgarrón y salió del hiperespacio como una gota de rocío que se condensa en una ventana fría. Asajj lo identificó como una corbeta acorazada HKD de clase Tavya, con una batería extra de torpedos de protones montada en la parte inferior del fuselaje. Ignoró el ordenador táctico y la retícula de la mirilla HUD del *Última Oportunidad para* buscar a la corbeta con la Fuerza, con ternura, envolviéndola como si abrazara a un amante. Pudo ver los ojos del piloto desorbitarse de pronto por la sorpresa, sentir la descarga de adrenalina que aulló por sus venas cuando se dispararon las sirenas de alarma. Pudo saborear el repentino sudor pegajoso que se formó alrededor de su boca.

—Es tu última oportunidad, amor —susurró—. Se te acabó el tiempo.

Los cañones láser relucieron en la vastedad silenciosa del espacio, y la corbeta se alejó hecha astillas, como un diente de león de Dantooine dispersándose, presa del viento. Siempre le resultaba extraño lo silenciosa que era la muerte en el espacio, sin aire que transportara el tronar de las explosiones o los gritos de los que morían. Ni siquiera en la Fuerza suponía alguna diferencia la pérdida de una pequeña vida, y el fin del piloto le llegó con timidez, sin un rugido en el oído de la mente, sino con una desaparición titilante, como una vela al apagarse.

Los compañeros de escuadrón de Yoda conocían su trabajo. Dos corbetas más se cristalizaron en el espacio real. Comprendieron al instante que estaban siendo atacados y dispararon los cañones delanteros. Los disparos pasaron junto a cada flanco de Asajj, perdiéndose en alguna parte del sistema.

Ella inclinó su nave y la hizo descender entre los letales parpadeos de luz sólida de los cañones láser del Tavya de su izquierda. El de la derecha le

disparó dos rastreadores, torpedos de protones que se movían al doble de velocidad que ella.

Asajj hizo bailar su nave y giró, obligando a los torpedos a perder velocidad en maniobras. Cuanto más difícil fuera de alcanzar, más igualarían su velocidad a la de ella. Podía sentir sus pequeños ordenadores de objetivos reformulando incansables los ángulos de intercepción en cada uno de sus saltos y giros, y se rió en voz alta, descendiendo en una pauta giratoria contra la primera nave.

El cortagemas brilló y, un momento después, el *Última Oportunidad* le reveló que una nave correo acorazada clase Seltaya salía en ese momento del hiperespacio. El Maestro Yoda había llegado.

Le comía terreno al primero de los Tavyas. Éste tenía una torreta láser que podía girar sobre su eje para disparar hacia atrás contra ella, pero nunca estuvo cerca de alcanzarla. En un buen día, Asajj Ventress podía caminar entre gotas de lluvia, y cualquier día que le ofreciera la oportunidad de poder llevar a su Maestro la chamuscada cabeza verde de Yoda era un buen día.

El piloto del Tavya dejó de disparar de pronto, olvidándolo todo por una carrera desenfrenada hacia el primer planeta del sistema, una roca congelada sin vida que apenas podía dignificarse con la palabra luna, pero armada por los ithorianos con una formidable batería de defensas automatizadas pensada para disuadir a cualquier visitante no bienvenido. Esperaba ponerse bajo la protección de sus grandes cañones.

Tampoco es que fuera a servirle de algo; el *Última Oportunidad* era demasiado rápido, y ya debía de haberse dado cuenta. Sus lecturas debían de haberle informado de ello. Tenía que probar algo nuevo. O agacharse o levantarse, ésa era la cuestión. No podía limitarse a parar. Asajj buscó en la Fuerza, empleándola como si fuera otra clase de cortagemas, navegando en las intenciones del piloto del Tavya.

Abajo.

Iba a descender en picado hacia las baterías progresivamente cercanas con la esperanza de que los disparos de ella pasaran por encima de el. Ella sintió que al piloto se le aceleraba el corazón, sintió que se preparaba para aguantar, aguantar, obligándose a no descender demasiado pronto.

Ella le chamuscó un poco las alas, sólo para sobresaltarlo.

¡Ya descendía! En una caída rápida, a diez demoledoras gravedades. Ni siquiera su traje de presión podría protegerlo adecuadamente de eso. Asajj pudo sentir que la inconsciencia empezaba a apoderarse de él.

De forma piadosa, la verdad.

La presión hizo que la sangre se espesara en sus venas y apenas fue vagamente consciente de que el *Última Oportunidad* pasaba por debajo de él y le sobrepasaba. En ese momento carecía de la consciencia necesaria para darse cuenta de que Asajj se le había adelantado y le cortaba el paso. No podía ni prestar la atención necesaria para ver el pequeño objeto que seguía a su enemiga.

El nuevo ángulo de intercepción del torpedo de protones le llevó directo al vientre del Tavya y detonó. La nave se abrió como un huevo, derramando luz blanca y una yema manchada de rojo. Otra pequeña vela titiló destripada.

Yoda debió de sentir eso.

El Tavya que había disparado los torpedos de protones contra ella daba media vuelta para reunirse con Yoda. Asajj lo abatió casi sin esfuerzo en el momento en que otra corbeta, la última de las cuatro que acompañaban a Yoda, se materializaba en el espacio real.

Había acabado con tres guardias, quedaba uno, y después le tocaría al propio Maestro.

Asajj frunció el ceño. Resultaba especialmente curioso que Yoda no se hubiera unido ya al combate. Aunque normalmente se le citaba farfullando algún comentario bondadoso sobre la belleza inherente de la paz o de la vida, el viejo sapo de pantano no era ningún inútil con el sable láser, y por lo que había leído sobre la batalla de Geonosis, esperaba que acudiera en defensa de su cortejo, disparando por todos sus cañones.

Su nave abrió fuego, como respondiendo a sus pensamientos, pero los disparos eran lentos y pasaron muy lejos del blanco. O el viejo o su unidad R2 atacaban en un momento difícil para ellos, o Yoda tenía un plan tan sutil que ella aún no había podido adivinarlo. En cierto modo, casi esperaba que fuera lo segundo. Si estaba sentado en su carlinga, presa de un infarto, eso sólo conseguiría aminorar de forma notable la gloria de matarlo, aunque, evidentemente, no se pararía a comentar eso en el momento de informar a Dooku de sus actos.

Otros pocos parpadeos láser se perdieron en la distancia, errando el impacto por treinta claros grados. Si el viejo tenía un plan, era demasiado profundo para que ella lo comprendiera. Igual estaba haciendo señales a los refuerzos, y la cadencia de sus disparos contenía algún código.

Asajj se encogió de hombros y aceleró en un ataque sacacorchos contra la corbeta restante. Lo mejor era acabar primero con las distracciones.

El cortagemas tartamudeó una alarma por sus monitores, y, un momento después, el último de los protectores de Yoda saltaba de vuelta al hiperespacio. Asajj alzó una ceja. Como decía el refrán, más valía ser una rata womp viva que un felino salvaje muerto. Mejor. Las estrellas sabían que entre sus vicios no se contaba un sentido de la compasión muy desarrollado, pero no sentía especial placer en matar a espectadores indefensos.

Y ahora, a por el Maestro Jedi.

Cerró los ojos, buscándolo en la vasta oscuridad del espacio. Le costó más de lo que había supuesto. Dooku era una presencia que podía localizar a medio planeta de distancia, una sombra ardiente, la oscuridad hecha visible. No esperaba menos del Gran Maestro de la Orden Jedi..., pero cuando por fin sintió el pequeño puntito de asustada vida en su nave, le pareció algo débil e insignificante.

Puede que por fin le hubiera abatido ese cazador incansable que era la vejez. Había visto a seres ancianos apagarse así, en los que el fuego de la vida

ardía tan poco que apenas les quedaba calor para las grandes pasiones como el amor, el odio y la furia, y que pasaban sus últimos años como rescoldos, capaces de alimentar sólo los pequeños fuegos de la avaricia, la irritabilidad y la ansiedad. El pobre y dilapidado estertor luminoso de la vida.

Volvió a buscarlo, esta vez con ojos abiertos, viendo cómo su nave quedaba cubierta poco a poco por la sombra del *Última Oportunidad.* Posó los dedos en los botones de disparo, a medida que los ordenadores de puntería localizaban sus toberas, sus motores y su carlinga. Al principio había pensado atacar directamente a los motores, creyendo que lo mejor sería asegurarse, pero si el viejo Jedi iba a morir con tanta facilidad, igual podía intentar volarle la carlinga y dejar paso al vacío. Eso le dejaría con un trofeo para Dooku mucho más convincente que una serie de análisis espectrográficos que insinuaran algún residuo orgánico en un montón de chatarra.

El Seltaya saltó y se movió de forma mecánica en su mirilla, pero sin elegancia en sus movimientos. Sus dedos se tensaron.

No.

Ventress apartó las manos de los controles de disparo. Sabía con precisión lo que estaba haciendo el Seltaya. Su unidad R2 ejecutaba las maniobras evasivas preprogramadas de fábrica que ella había visto ya en una docena de blancos previos.

El que iba en esa nave no era Yoda.

Ventress profirió un gruñido y disparó un único tiro con sus láseres.

Alcanzó el estabilizador trasero del Seltaya y lo envió dando vueltas al espacio. Los sistemas de ampliación le permitieron ver que los cristales de la carlinga se volvían verdes. El que estuviera dentro —evidentemente, un señuelo— se había mareado y estaba vomitando.

Había emboscado un señuelo.

Un punto para el bando contrario.

Asajj respiró hondo, recuperando la concentración. ¿Qué podía hacer ahora? Matar a la pobre criatura que tenía delante en un ataque de ira no sería muy constructivo. Ahora que lo pensaba, el señuelo bien podía ser un niño; había visto grabaciones de él caminando por el espaciopuerto hasta subir en el caza, y si medía más de un metro de alto no era mucho más.

Conectó los rayos tractores y atrajo lentamente la tambaleante nave. Siempre podía dejarlo marchar, claro. El R2 lo pilotaría hasta Ithor, aunque el descenso le resultaría difícil con los daños recibidos por el estabilizador trasero. Una vez allí, las autoridades locales podrían empaquetarlo y enviarlo de vuelta a Coruscant. Menuda farsa.

Asajj negó con la cabeza. Qué idiota había sido. Pensar que el Gran Maestro de la Orden Jedi podría hundirse tan fácilmente en la larga noche.

A no ser...

...para el resto del mundo, eso era justamente lo que acababa de pasar.

El cobarde cuarto caza había visto cómo destruía al resto del cortejo. Los controles automáticos de la batería ithoriana confirmarían el combate. Si dejaba

que el señuelo llegara a Ithor, la República se vería en una situación un tanto embarazosa. Pero si destruía su nave de modo que sus pedazos permanecieran en el sistema y pudieran ser encontrados por las autoridades..., ¿qué pasaría entonces?

Su hermosa y cruel boca se curvó en una sonrisa. ¿Qué le había dicho Dooku una vez? "Hay al menos dos cosas que uno aprecia más a medida que envejece: un buen vino y confundir al enemigo".

Lanzó una carcajada y arrastró al indefenso Seltaya sistema adentro.

—Confundir al enemigo —dijo.

Obi-Wan Kenobi y Anakin Skywalker estaban metidos hasta los tobillos en el agua de la nieve fundida por la primavera de la tundra arkaniana, enfrentados a una tercera figura, una mujer alta y de gesto regio, con los ojos nevados de su especie.

—Por favor —dijo Obi-Wan—, reconsidéralo.

—He considerado la cuestión mucho tiempo y con cuidado —dijo la arkaniana. Se llamaba Serifa Altunen, y era una Dama Jedi.

Había sido un Jedi.

Se quitó con cuidado la capa Jedi, la dobló y se la entregó a Obi-Wan.

—Sigo a la Fuerza, no a la ley. Sirvo al pueblo, no al Senado. Haré la paz, no la guerra.

— ¡Hiciste un juramento a la Orden Jedi! —dijo Anakin.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces renuncio a él. Pero debo decirte que no lo lamento mucho.

—Si todos los Jedi pudieran elegir que órdenes acatar y cuáles no, no tardaríamos mucho en perdernos todos —dijo Obi-Wan.

Serifa alzó las cejas.

—Yo no me siento perdida. La Fuerza está como siempre ha estado. Es la Orden la que se ha desviado del camino.

Obi-Wan lo tenía bien merecido, por ponerse filosófico con una arkaniana. Yoda siempre conseguía resolver esas cuestiones trascendentales, pero a Obi-Wan nunca parecían salirle bien. Igual había que tener más años.

—Digamos más bien que se perderá la guerra —dijo Anakin, furioso—. Dirás lo que quieras sobre seguir tu conciencia, pero si dividimos nuestras fuerzas, quien ganará será la Federación de Comercio. Si crees que la República se ha desviado del sendero de la benevolencia y la sabiduría, espera a ver un Gobierno de androides de combate.

—Entonces, ¿te preocupa ganar esta guerra? —dijo la arkaniana.

— ¡Pues claro que sí!

— ¿Por qué?

Anakin alzó las manos al cielo.

— ¿Cómo que por qué?

Serifa le dirigió esa mirada condescendiente que los arkanianos habían perfeccionado en el curso de los milenios.

—Puede que tú también debas examinar tu camino, al menos hasta que obtengas una respuesta mejor a esa pregunta.

Los dos observaron cómo ella se subía al aerotrineo que la había llevado a la cita y se alejaba en él por la deshelada tundra, levantando fuentes gemelas de helada agua fundida y perdiéndose entre los dispersos parches de hielo y nieve, blancos como los ojos de la arkaniana, mientas un sol también blanco brillaba en la llanura acuática como si fuera cristal roto.

Obi-Wan lanzó un resoplido.

—Esto no ha ido muy bien.

— ¿De verdad tiene alguna influencia en el Gobierno?

—Es de suponer que algún peso tendrá un Jedi respetado que aparece diciendo que ha renunciado a la Orden y que recomienda que Arkania se declare neutral en esta guerra. En el mejor de los casos es una situación diplomáticamente dañina, y una pesadilla de relaciones públicas.

Obi-Wan se volvió y chapoteó de regreso a sus naves. Habían aterrizado lejos de cualquier pueblo para no llamar la atención, pero, por un instante, Obi-Wan echó de menos un bar acogedor con una buena chimenea y una oportunidad de beber un chupito de excelente leche dulce arkaniana, forma comedida de llamar a un licor cremoso que podía tumbar a cualquier hombre por resistente que fuera.

—Acompáñame un momento —dijo Obi-Wan, alejando a Anakin de su propia nave. Éste le siguió hasta el caza—. Límpiate los pies o dejarás huellas húmedas por todas partes. Y ya sabes cuánto les molesta eso a los erredós.

— ¿Cuándo recuperaremos a tu viejo erredós?

—Cuando hayan concluido sus reparaciones. Dada la cantidad de guerra que ha visto siendo mi copiloto, seguro que no tiene ninguna prisa en volver al servicio —dijo Obi-Wan secamente, sentándose ante la consola de comunicaciones—. Has estado enviando mensajes privados a Coruscant.

Anakin se sonrojó.

—Has estado rastreando mis mensajes de... —Se calló de pronto—. Lo has adivinado.

—Soy un Caballero Jedi sabio y poderoso, ¿sabes? —repuso Obi-Wan, permitiéndose una pequeña sonrisa.

El pequeño R2 rodó al interior de la zona de navegación y comunicaciones y pitó infeliz ante las huellas húmedas de botas.

Hubo una pausa incómoda.

—Dado que parte de mi deber como tu Maestro es comunicarte mi vasta sabiduría... —empezó a decir Obi-Wan.

—Ya estamos —dijo Anakin.

—...supongo que debo recordarte oficialmente que en la vida de un Jedi no hay lugar para... cierto tipo de relaciones.

—Lo tendré en cuenta.

—La ausencia de ataduras es un precepto fundamental de la Orden, pádawan. Lo sabías cuando aceptaste seguir en la Orden.

—Supongo que olvidé leer la letra toydariana —gruñó Anakin.

Por primera vez, Obi-Wan se apartó del transmisor de holocomunicaciones.

— ¿Hasta qué punto vas en serio con esa chica, Anakin?

—Ésa no es la cuestión —dijo Anakin, todavía acalorado y enfadado—. La cuestión es que estamos aquí, pidiendo a la gente que apoye a una República que apenas reconoce su existencia, ¡y a la que apoya una fuerza policial Jedi que ha jurado no preocuparse por nadie! ¿Y todavía nos preguntamos por qué nos cuesta tanto convencerlos? —Hizo un gesto hacia las ventanillas delanteras—. ¿Y si Serifa tiene razón? ¿Y si somos nosotros los que hemos perdido el camino? Confío en lo que siento, Maestro. Es lo que me has enseñado siempre, ¿no? Confío en la Fuerza viviente. Confío en el amor. ¿El "principio de la ausencia de ataduras..."? Eso es algo demasiado abstracto para jurarle lealtad. — ¿Confías en el odio? —Claro que no...

—Hablo en serio, pádawan —Obi-Wan mantuvo la mirada en los ojos del joven—. Seguir a tu corazón, tanto en el amor como en el odio, a la larga acaba siendo el mismo error. Siempre acaba nublándote el juicio. Y tus motivos se vuelven confusos. Si no tienes cuidado, pádawan, el amor te llevará al Lado Oscuro. De forma menos rápida que el odio, sí, pero con la misma certeza.

El aire que los separaba estaba lleno de tensión, pero Anakin acabó por bajar la mirada.

—Te escucho, Maestro.

—Eso es algo que no puedes evitar —dijo Obi-Wan con tono de burla—. Lo que importa es si me crees o no —lanzó un suspiro—. Por si te sirve de algo, la mayoría de los Jedi comete el mismo error. Aprende de él, crece gracias a él. Si la Orden estuviera compuesta sólo por seres invulnerables al amor, sería un lugar muy triste.

Se volvió para mirar su transmisor de holocomunicaciones, escaneando las noticias arkanianas mientras tecleaba la clave codificadora de la transmisión que iba a enviar a Coruscant.

— ¿Significa eso que hay una mujer por descubrir incluso en el pasado del Maestro Obi-Wan? —inquirió Anakin—. Me la imagino alta y de cabellos oscuros. Por supuesto, no hace falta decir que estaría desesperada por salir con cualquiera...

—Anakin —dijo Obi-Wan con un resoplido, mirando las noticias que parpadeaban en su monitor—. Cállate. — ¡Sólo estaba bromeando!

Obi-Wan se giró en su silla. Nunca se había sentido tan perdido. —Es el Maestro Yoda. Ha muerto.

— ¿Qué? —gritó Padmé.

—Emboscado en las afueras del sistema Ithor —dijo su doncella—. Los ithorianos han encontrado los restos de la nave del Maestro.

Pensamientos del desastre pasaron por la mente de Padmé como meteoritos. La pérdida de Yoda era un golpe demoledor para la República, y seguramente Dooku estaba detrás, pero ¿qué significaría eso para Anakin? Anakin quería a Yoda, como todos, por supuesto, pero también le había dicho que el viejo Maestro nunca había confiado del todo en él, que siempre le contenía... Y si eso era cierto, ¿quién cogería el relevo y se convertiría en la cabeza visible de la Orden Jedi? Mace era un soldado en tiempo de soldados, pero no se llevaba muy bien con el Canciller Palpatine...

Sus pensamientos se agitaban enloquecidos, como copos de nieve al viento, depositándose por fin en un único y frío hecho: Yoda había muerto y el universo entero se había oscurecido un poco más.

Valor, se dijo. *Esperanza. Cuando los tiempos se tornan oscuros, es cuando más debe brillar la esperanza. Si pudiera dar la vida a cambio de entregar a la siguiente generación la posibilidad de un amanecer más luminoso, ¿la daría?*

Sin dudarlo.

—Voy a la Cámara del Senado. El Canciller tendrá noticias más certeras y fiables.

En el umbral de la puerta, se volvió para mirar por encima del hombro a sus doncellas. Parecían temblorosas y asustadas, mucho más que si hubiera muerto el Canciller. ¿Quién podía culparlas? Al cabo de más de ochocientos años, resultaba natural pensar que Yoda siempre estaría con ellos.

—Yo no dejaría de contar todavía con el viejo Maestro —dijo Padmé—. Creeré que no está con nosotros cuando les vea traer su cadáver. No antes.

—Gracias por recibirme, Canciller —dijo Mace Windu con tirantez a la imagen holográfica del Canciller Palpatine, que se proyectaba en la Cámara del Consejo Jedi.

—Tengo muy poco tiempo, Maestro Windu, pero valoro en extremo su opinión —dijo el inteligente rostro de Palpatine, arrugado por una pequeña sonrisa formal—. Creo que podrá usted suponer sin dificultad que si se me da a elegir entre escuchar el consejo de Mace Windu o, pongamos, el del honorable senador de Sermeria, con su impresionante habilidad para convertir cualquier tema a discutir en un minucioso análisis del impacto que tendría en el comercio de tubérculos de su mundo natal, siempre preferiré escucharle a usted.

Mace Windu tenía sus debilidades, pero la susceptibilidad al halago no era una de ellas.

—Gracias —repuso—, pero puedo preguntarle por qué no ha emitido un desmentido inmediato a los informes sobre el Maestro Yoda. Ya sé que...

— ¿Este canal está codificado, Maestro? —le interrumpió Palpatine.

—Siempre.

—Lo suponía, pero mis servicios de seguridad me dicen que Coruscant está ahora mismo infestado de espías de todo tipo, incluyendo los electrónicos. Es un desafortunado efecto colateral de nuestra política el conceder el paso sin

restricciones a prácticamente todo el mundo, pasando sólo por el más leve de los controles de seguridad.

—El Maestro Yoda decía que la mejor seguridad consistía en crear una sociedad que nadie desee atacar.

— ¡Por supuesto! Pero al no poder convencer de ello a la Federación de Comercio, debemos conformarnos con jugar las cartas que nos han tocado. No vivimos en un mundo perfecto, y no todas nuestras decisiones son fáciles. —Esto era obviamente cierto, y era el tipo de verdad en la que Mace Windu solía encontrarse más cómodo que siendo blanco de las galanterías y alabanzas del Canciller—. Dejando al margen la cuestión de los espías, aceptaré su garantía de que esta transmisión es confidencial. Continúe, Maestro Windu.

—Sé que Yoda no iba a bordo de la nave estelar destruida por Asajj Ventress. Usted sabe...

—Así que fue Ventress. Creo que me enviaron ustedes un expediente sobre ella hace tiempo.

—Si, Canciller. Al menos la atacante fue su nave. Tiene un diseño muy particular, parejo al de la nave del Conde Dooku. Hemos analizado las grabaciones del cuarto piloto...

—Que mañana por la noche será juzgado en consejo de guerra por cobardía, con una condena rápida y pública —dijo con tristeza Palpatine.

—...y la nave es, sin duda, el *Última Oportunidad* de Ventress. Lo que quería decirle —añadió Mace Windu, insistente— es que sé que el Maestro Yoda no estaba en esa nave. Ya le dije que el Maestro Yoda no iba en esa nave. Así que, ¿cómo es que su despacho no emite un comunicado al respecto, teniendo en cuenta que la noticia de su muerte está teniendo un efecto negativo en la moral de todos.

La voz de Palpatine adquirió por primera vez cierto tono cortante.

—Maestro Windu, igual recuerda que sólo se le ocurrió informarme de que la nave que transportaba ostentosamente al Maestro era un señuelo después de que despegase. De hecho, sólo tengo su palabra de que no está muerto.

—Mi palabra —dijo Mace Windu despacio— es una de las pocas cosas de la galaxia en las que puede confiar un Canciller de la República.

—Por supuesto que confío en usted —exclamó Palpatine—. Pero eso no basta. Los procedimientos existen por un motivo. El Canciller sirve al pueblo y al Senado, no a la Orden Jedi. Y, del mismo modo, los Jedi no pueden ser considerados como mi ejército privado. El pueblo de esta República debe pensar que su Gobierno responde directamente ante ellos y sólo ante ellos. Es el Conde Dooku quien afirma que la República está dirigida por un puñado de senadores corruptos y sus cómplices en la Orden y en la burocracia del Gobierno. Si yo me presento ante el pueblo y le digo: "Sé que han visto las imágenes, pero mis colegas del Templo me dicen que sólo es una broma, que el Maestro Yoda sigue con vida, pero que ahora mismo no quieren que lo vea nadie...". ¿Cómo cree que se interpretaría eso?

Mace Windu se frotó el rostro cansinamente.

—El político es usted.

—Lo soy, Maestro Windu. No es una profesión que usted tenga en mucha estima, pero soy un político, un político soberbio, y mientras yo no le aconseje a usted cómo sujetar el sable láser, le ruego que piense que sé lo que estoy haciendo.

Al cabo de un breve silencio, el Canciller suspiró y su tono dejó de ser áspero.

—El Maestro Yoda hizo despegar un señuelo para que él pudiera viajar sin ser detectado y realizar una misión muy delicada. Es una desgracia que varios seres murieran para que ese engaño tuviera éxito. ¿Debemos hacer que su sacrificio sea inútil? ¿O debemos honrarlo y dar al Maestro Yoda unos días más para que viaje en secreto a Vjun y, quizás, acabe con esta terrible guerra?

—Muy bien —dijo por fin Mace Windu—. Espero que estemos haciendo lo correcto.

—Yo también —dijo Palpatine con gravedad—. Mientras tanto, agradecería mucho que usted se hiciera cargo, de un modo más formal, de los informes diarios que solía hacerme el Maestro Yoda.

—Por supuesto.

En los bordes de la transmisión apareció un ayudante, diciendo al Canciller en voz baja que llegaba tarde a la siguiente cita.

—El deber me llama —dijo Palpatine, moviéndose para cortar la comunicación. Pero se detuvo—. Maestro Windu, dado que hoy estamos siendo francos el uno con el otro, deje que le diga que me gustaría oír en esos informes sus propias opiniones, no lo que usted cree que diría el Maestro Yoda. Es una gran persona, puede que la más grande de toda la República, pero en el fondo es un instructor. Usted es un guerrero. Y, lamentablemente, puede que vivamos en una época más apropiada para usted que para él.

—El Maestro Yoda es muchas cosas, y yo no soy su igual ni en la paz ni en la guerra.

—Es una pena porque ahora mismo usted es todo lo que tengo. Espero que me rinda su mejor servicio.

—Por la Orden y por la República, lo daré todo y lo que sea, incluso la vida.

El Canciller alargó la mano para cortar la comunicación.

—Bien —dijo—. Puede que también necesitemos eso.

—Y en esta época de crisis —continuó diciendo el senador Orn Free Taa de Ryloth—, o quizá debo decir de acentuada crisis, la aparente muerte, el despiadado asesinato del Gran Maestro de la Orden Jedi no hace sino subrayar la urgente necesidad de un nuevo grado de seguridad. Por supuesto, los Jedi seguirán haciendo todo el bien que puedan, pero ahora mismo ya están en exceso forzados. La trágica muerte del Maestro Yoda deja esto impresionantemente claro.

El murmullo de sentimiento recorrió la vasta cámara del Senado.

—Lo que necesitamos —continuó diciendo el senador twi'lek— es una gran fuerza de expertos en seguridad y contraespionaje. Compañeros legisladores, quizá nos resulte muy difícil ganar combatiendo una guerra como ésta en la que nos encontramos, pero es mucho más fácil perderla a causa de la traición y el sabotaje. Propongo, pues, esta resolución para crear una gran fuerza ofensiva que no esté sometida a la jurisdicción de ninguna de nuestras innumerables burocracias, que se mueven a ritmo de glaciar, sino que responda directamente ante el despacho del Canciller y, a través suyo, ante nosotros. Ya es hora de que antepongamos la seguridad de la República. ¡Ya es hora de poner la seguridad de la República en manos de su pueblo!

Es decir, de nosotros, pensó la senadora Amidala, mirando a sus compañeros senadores. A su alrededor, sus colegas gritaban, pateaban, silbaban y aplaudían. El corazón de Padmé se entristeció. Por supuesto, todo el mundo tenía muchas ganas de tener algún control sobre una situación que parecía cada vez más incontrolable. Pero si se aprobaba esa resolución, y todo indicaba que sería así, la misión de proteger a la República pasaría de algún modo desde las manos profesionales, frías y desapasionadas de la Orden Jedi a las gritonas, emocionales y muy politizadas de sus colegas.

Por algún motivo, eso no la hacía sentirse más segura.

Cuando la nave en la que viajaban Whie, *Exploradora,* Maks Leem, Jai Maruk y el Maestro Yoda rumbo al Borde Exterior salió de la cadena de montaje de Verpin, se bautizó inicialmente como *Aproximación Asintomática a la Divinidad,* ya que estaba destinada a ser una nave peregrina para una colonia de cultistas matemagos. Desgraciadamente perdieron sus ahorros comunitarios en un escándalo de inversiones bancarias, dejando a la *Aproximación* sin comprador. Una vez rebautizada como *Polvo Estelar,* entró en el negocio de los cruceros de placer, transportando a adinerados viajeros sofisticados a lugares y acontecimientos exóticos de la galaxia, como el Agujero Negro de Nakat, o la muy esperada Nova de Ariach-17. Desgraciadamente, un error en el cálculo de la onda de expansión de la estrella moribunda provocó un fallo dramático e inesperado en la gravedad artificial de la nave, dando pie a docenas de pleitos. La litigación duró dos generaciones enteras, hasta que los abogados de los propietarios de la *Polvo Estelar* decidieron quedarse la nave en pago por las facturas que se les debía, rebautizándola como *Duda Razonable* y vendiéndola a Kruceros Koste-Reducido, cuyos protocolos de mantenimiento consistían básicamente en llenar la nave de atmósfera respirable y esperar un par de días en dique seco para ver a qué ritmo perdía aire.

Los verpin, además de excelentes constructores de naves estelares, son básicamente insectos bípedos de dos metros de alto que se comunican instantáneamente mediante ondas de radio producidas en su abdomen, y cuya agudeza visual es tanta que pueden distinguir si los piojos de la piel de un nerf a veinte pasos de distancia son machos o hembras. Por tanto, los catres del *Duda Razonable* apenas tenían un palmo de ancho, el sistema intercomunicador era inexistente y la señalización de a bordo, que seguramente sería más que evidente para los verpin, resultaba completamente invisible para *Exploradora.* Durante su primer día en el espacio tardó casi una hora en encontrar un aseo, vagando por los pasillos con creciente agitación

hasta que por fin se rindió y pidió a un miembro de la tripulación que le indicara uno. Por vergonzante que le resultara hacer eso, mucho peor fue salir dos minutos después para confesar al tripulante que no conseguía adivinar qué parte de los lavabos era la que se utilizaba y para qué.

Tres días después, Whie y ella se perdieron, otra vez, cuando tuvieron que recorrer cansinamente el laberinto de pasillos demasiado estrechos para los seres humanos. El Maestro Yoda, al que no le gustaba estar atrapado dentro de la carcasa del R2, pero que procuraba mantener su disfraz, los había enviado a por comida más de una hora antes. Los Kruceros Koste-Reducido no tenían extravagancias tales como servicio de camarotes y otros servicios lujosos, como, por ejemplo, que te hicieran la cama. Destacaban por su ausencia.

Exploradora se había pasado literalmente toda la vida soñando con el día en que saldría del planeta, escapando del Templo Jedi y del atestado Coruscant para encontrar las maravillas de la galaxia. Pero un error en aduanas los había mantenido tantas horas atrapados en el muelle espacial, que estaba dormida en el momento del despegue, dando cabezadas en lo que era más tabla que cama, todavía vestida y envuelta en su capa, y consciente del gran momento sólo porque un bache repentino la tiró al suelo. Había sido algo un tanto anticlimático, y había estado gruñona desde entonces.

Además, ahora estaba segura de que no le caía bien a Jai Maruk, su Maestro Jedi. Pero no pensaba permitirse pensar en eso.

En cuanto a la comida... *Exploradora* se estremeció. El Maestro Yoda no tenía quejas, pero, claro, igual había evolucionado más allá de las pre-ocupaciones de cualquier mortal corriente.

Como la del olor.

El caso es que creía recodar que la última vez que había visto al viejo Jedi con un cuenco de comida en la rectoría del Templo, había una cola asomando por el borde.

—Te digo que estamos demasiado abajo —dijo *Exploradora—.*

Debimos tomar el tuboascensor hasta el Nivel Catorce. Es lo que ponía en el cartel.

—Eso no era un cartel. Era una raspadura en la pared del tuboascensor.

—Un cartel.

—Una raspadura.

— ¡Un cartel!

Whie respiró hondo.

—Puede que sí fuera un cartel y que yo esté equivocado. Probemos en el Nivel Catorce.

Exploradora avanzó por el estrecho corredor.

— ¿Sabes que la forma que tienes de hacer eso le quita toda la diversión a tener razón?

— ¿La forma en que hago qué?

—Rendirte. Es como si aunque yo tuviera razón, y tú estuvieras equivocado, te limitaras a seguirme la corriente. La serenidad Jedi está muy bien, pero resulta algo siniestra en un niño de trece años.

— ¿Qué quieres que haga?

— ¡Discute! ¡Pelea! No seas este..., este "simulacro de Jedi". ¿Es que no puedes ser humano, aunque sólo sea por una vez?

La boca de Whie se contrajo en una sonrisita.

—No —dijo.

La verdad era que Whie estaba preocupado. La Maestra Leem había insinuado que se dirigían a Vjun para ver a alguien muy importante, puede que el mismísimo Conde Dooku, o hasta la famosa Asajj Ventress, asesina de Jedi. Whie había hecho una búsqueda en el ordenador sobre ella y se encontró mirando a la mujer de su sueño.

Ventress debía de estar esperándolos en Vjun. Dentro de unos días, una semana como mucho, estaría en una habitación con un detonador con temporizador. Ventress le sonreiría. *Exploradora* le miraría con sangre goteando en su túnica. "Bésale", le diría Ventress.

Ojalá supiera qué le respondería.

Estaban parados en la fila de la comida cocinada, ya que las filas para la comida cruda eran demasiado largas, cuando alguien dio a *Exploradora* un educado golpecito en el hombro.

— ¿Pasajera Pho?

— ¿Qué? Digo, ¿sí? —respondió *Exploradora,* recordando tarde que Whie, Jai Maruk y ella viajaban como la familia Pho, que iban a la boda de un primo en Corphelion.

Se encontró mirando a un androide alto de forma humanoide que había visto días mejores. Si alguna vez tuvo alguna marca —pintura, interfaz o incluso alguna señal de marca—, hacía tiempo que lo había perdido, de forma que todo su cuerpo tenía un aspecto mate, apagado y arañado, como si hubiera salido directamente de la línea de ensamblaje y nunca se le hubiera pulido para la venta.

—El sobrecargo de la nave me ha pedido que la busque —dijo el androide —. Parece ser que se ha depositado una de sus pertenencias en Objetos Perdidos.

Exploradora palideció. En los primeros días ya le había quedado deprimentemente claro que Jai Maruk no tenía una gran opinión de ella. Podía imaginar la expresión que se pintaría en su rostro enjuto al saber que había tenido que recuperar el sable láser de la oficina de Objetos Perdidos del *Duda Razonable.*

— ¿Qué he perdido?

—El sobrecargo olvidó mencionarlo —dijo el androide con educación—. ¿Quiere acompañarme?

Ella miró a Whie, que asintió.

—Ve. Ya me las arreglaré solo. —Aun así, *Exploradora* titubeó—. No te preocupes. No se lo diré a nadie.

No está intentando humillarme, se dijo *Exploradora. Es que es así.*

El androide arañado dio media vuelta y se dirigió al tuboascensor. *Exploradora* fue tras él.

—Tienes muy gastado el acabado —dijo ella, buscando conversación.

—No soy miembro de la tripulación regular del *Duda Razonable* —explicó él —. Me ofrecí a trabajar para ellos a cambio de mi pasaje. Lamentablemente, mi dueño está muerto. Soy responsable de mi propio mantenimiento.

Las puertas del tuboascensor se abrieron.

—Nunca me había parado a pensarlo —dijo *Exploradora*—. Lo que le pasa a un androide sin dueño, quiero decir.

—Tampoco yo —comentó secamente su acompañante—, hasta que me pasó a mí.

— ¿Cómo haces tu mantenimiento? ¿Vuelves a la fábrica? ¿Buscas un técnico en reparaciones? ¿Cómo pagas las reparaciones?

—Su comprensión del problema es admirable. Resulta que pertenezco a un modelo de producción escasa, por lo que estoy muy obsoleto. Fui programado para efectuar una buena cantidad de reparaciones en mí mismo, pero resulta difícil encontrar piezas de repuesto, y son muy caras, ya que hay que comprarlas o bien como antigüedades o fabricadas ex profeso a partir de mis especificaciones. Como ha supuesto, el reto es considerable.

—Tampoco te costarían muy caras un par de latas de pintura metálica —dijo *Exploradora,* mirando las arañadas superficies de metal desnudo de su guía.

—La ornamentación no es una prioridad lógica.

—Pero es más fácil encontrar un trabajo teniendo buen aspecto. Podrías considerarlo un gasto laboral.

El androide se encogió de hombros en un gesto extrañamente humano.

—Hay algo de verdad en lo que dice..., pero, a la vez, hay algo honesto en esto —dijo, tocándose la superficie de metal desnudo de la mejilla—. Tengo la impresión de que la mayoría de los seres inteligentes viven encerrados en un... capullo de ilusiones y expectativas. Estamos llenos de suposiciones: creemos conocernos a nosotros y a los que nos rodean, creemos saber lo que nos deparará cada día. Estamos seguros de que comprendemos el arco y la trayectoria de nuestras vidas. Pero entonces interviene el destino, nos reduce a metal desnudo, y entonces vemos que somos poco más que pecios a la deriva, flotando entre tinieblas.

Exploradora se le quedó mirando.

—Guau. Debías de ser un androide filósofo cuando saliste de la línea de montaje.

—Todo lo contrario —dijo con una expresión contenida—. La filosofía es algo que adquirí con el tiempo. —El tuboascensor llegó al nivel 34, y las puertas se deslizaron, abriéndose—. Detrás de usted, Srta. Pho.

—Mis amigos me llaman *Exploradora* —repuso, alargando la mano.

El androide la aceptó con seriedad.

—No creo que pueda considerármela mí mismo un amigo, aún. Sólo un androide con un trabajo que hacer.

—Ahora tienes que decidme tu nombre —le acució *Exploradora*—. Así es como funciona esto.

—En absoluto. Por confiada que seas tú, yo desde luego no te conozco lo bastante como para darte mi verdadero nombre. Por el momento, puedes llamarme Solis, si lo prefieres.

—Es mejor que *¡Oye, arañadito!* —*Exploradora* tuvo la clara impresión de que si la programación de fábrica del androide incluyera una función de poner los ojos en blanco, los habría puesto. Sonrió—. Solis, entonces.

La cola de la cafetería era interminable hasta para la comida cocinada, pero Whie consiguió por fin hacer su pedido y pagarlo al cabo de lo que le pareció una era galáctica. Ahora miraba incómodo lo que cargaba: una gran burbuja con chorretones, cinco raciones de flores de vacío, media docena de lo que el menú llamaba "¡blasteroides!", y que parecían brotes de judías refritos, un cubo de patas crujientes y medio cubo de chapoteante pestazón (extra gomoso), junto a cinco bebidas y un puñado de servilletas. Esto debería bastar, pensó Whie. Pero ¿cómo conseguiría volver al camarote?

¿Sería Asajj quien derramaría la sangre de Exploradora? ¿O serían capturados por guardias y la llevarían ante él ya herida?

Si la besaba, ¿saborearía la sangre de la comisura de su boca?

¡Déjalo! No pienses en ello.

No pienses. No pienses.

El primer instinto de Whie fue hacer una pila con la comida y confiar en que el equilibrio y una juiciosa aplicación de la Fuerza impedirían que se derrumbara, pero eso resultaría demasiado llamativo. ¿Cómo resolvería esto una persona normal? *Con torpeza,* decidió, mirando por la cafetería y viendo cómo una hembra pasaba de lado entre mesas con una bandeja en cada mano y un bebé lloriqueante agarrado a cada pierna. Igual podía coger uno de los pequeños androides de servicio de la nave y hacer que le ayudara a llevar las bandejas hasta sus camarotes.

— ¿Puedo ayudarle, señor? —dijo un androide alto y pintado con una inmaculada librea crema y carmesí que apareció a su lado como invocado por sus pensamientos.

La Fuerza está conmigo, pensó Whie, sonriendo para sus adentros.

—No, no pasa nada. No quiero distraerte de los deberes de tu dueño. Pero si me ayudas a encontrar un androide de la nave...

El androide cogió los blasteroides y el cubo de pestazón.

—Insisto, Amo Whie.

—Eso es muy am... —Whie se calló de pronto—. Perdón. ¿Cómo me has llamado?

—Amo Whie —dijo el androide en voz baja y agradable.

—Me llamo Pho...

El androide negó con la cabeza.

—Eso es inútil, Amo Whie... Inútil del todo. Sé muchas cosas sobre usted. Puede que incluso yo le conozca más que usted a usted mismo.

Whie depositó la comida en una mesa vacía. Sentía la mano ligera y con un cosquilleo, y estaba listo para hundirla bajo la túnica y sacar el sable láser.

— ¿Quién eres tú? ¿Qué eres tú? ¿A quién perteneces?

—Sugiero que se haga a usted mismo esas preguntas concretas —dijo el androide, y su voz era ahora impaciente.

En la sala de ejercicios de la nave, Jai Maruk se ejercitaba para su segundo encuentro con el Conde Dooku, templando su cuerpo como otra persona afilaría un cuchillo.

Maks Leem estaba meditando en lo que una vez fue un cuarto de almacenaje, pero que ahora constaba en el directorio del *Duda Razonable* como camarote 523. La Maestra Leem tenía su propio camarote, contiguo al de los demás. En parte era porque le gustaba dedicar cada día varias horas a la meditación, a ser posible envuelta, como ahora, en una asfixiante nube de incienso de gran que olía, para el sistema olfativo humano, como espesolóbulo quemándose. Pero el principal motivo por el que los demás la habían animado a coger un camarote propio era que los cuatros estómagos rumiantes de los gran seguían trabajando de forma continua y ruidosa durante la noche, de modo que imposibilitaba a los humanos dormir cerca de ellos.

Al ser una criatura social, la Maestra Leem lamentaba verse aislada de sus camaradas humanos, y, de hecho, pasaba con ellos casi todas sus horas despierta. Pero en ese momento, con Jai ejercitándose y los pádawan enviados a la cafetería, había ido al camarote contiguo para realizar su pequeña meditación. Estaba restableciendo encantada su conexión con la Fuerza viva que une todas las cosas, envuelta en una humareda lo bastante espesa como para asfixiar a un mamífero pequeño.

En la puerta contigua, en el camarote 524, el Gran Maestro Yoda se preguntaba qué cosa del universo podría estar entreteniendo a los pádawan. No le preocupaba su seguridad. Tenía hambre.

Lo interesante de viajar, reflexionaba *Exploradora,* es que aprendes cosas de uno mismo. En ese sentido, el viaje estaba yendo muy bien. Había aprendido todo tipo de cosas. Había aprendido que ser elegido pádawan no conlleva forzosamente la felicidad, como había supuesto, cuando resulta evidente que tu Maestro te considera exceso de equipaje. Había aprendido que su cuerpo estaba demasiado acostumbrado a la comida familiar y confortable que se servía en el Templo Jedi, y que la galaxia era grande y estaba llena de gente dispuesta a comer voluntariamente las cosas más desagradables imaginables. Y había aprendido que no tenía ningún sentido de la dirección, porque tenía la impresión de que su interminable viaje con el androide Solis, en

el que no conseguía dejar de pensar como *Arañadito,* le había hecho recorrer la nave entera como tres veces.

—Mira, esto es ridículo —dijo al fin—. Haz que el sobrecargo envíe a mi camarote lo que sea. Si es que consigo volver a encontrar alguna vez mi camarote.

—Ya hemos llegado —dijo Solis, imperturbable.

Y al volver la esquina se vieron ante una pequeña puerta con el letrero: "DESPACHO DEL SOBRECARGO: SÓLO PERSONAL DE LA NAVE" en el sistema señalizador verpine, lo cual significaba que era tan poco visible que la nariz de *Exploradora* tocaba la puerta mientras intentaba distinguir las letras.

—Espera aquí un momento —dijo el androide, y desapareció dentro. *Exploradora* esperó.

Y esperó.

Y esperó.

—Ya esta bien —gruñó. Pero en el momento preciso en que iba a marcharse furiosa, la puerta se abrió con un siseo y Solis volvió a su lado.

—Buenas noticias —dijo el androide con educación—. El objeto perdido no te pertenece. Ya ha sido reclamado por otra persona.

—¿Qué?

—Parece ser que era un bolso perteneciente a otra señora Pho. Un simple caso de confusión de identidades. Lamento mucho las molestias.

Los Jedi, se recordó *Exploradora, son serenidad. No se exasperan por los pequeños caprichos de la vida. Un verdadero Jedi nunca estaría imaginando el aspecto que tendría este androide desguazado en tres cubos de tornillos y un montón de chatarra.*

La cabeza del androide se inclinó a un lado.

— ¿Sucede algo, señora?

—No —dijo *Exploradora* con voz rota—. Nada en absoluto. Me vuelvo a mi camarote ahora mismo. Se alejó del despacho del sobrecargo y dobló la esquina para internarse en el laberinto de pasillos de la nave. Solis, cuya audición se basaba en la legendaria tecnología de audiofilamentos Chiang/Xi, oyó cómo sus pasos se alejaban por un tiempo, se detenían, y volvían despacio.

—De acuerdo —gruñó ella, reapareciendo por la misma esquina varios minutos después—. ¿Puedes decirme cómo, en nombre de todos los agujeros negros, puedo encontrar mi camarote?

—Permite que te ayude —dijo el androide con suavidad.

—Encantada —ladró la chica.

Muy lejos de allí, la puerta del camarote 524 de tercera clase, situado en el pasillo Taupe del Nivel 17A, registrado a nombre de la familia Pho, se deslizó hacia abajo casi por completo y se hundió en el suelo. Los verpine solían construir las puertas para que se deslizaran hacia abajo, de forma que el

ocupante del camarote pudiera mirar hacia fuera y, de ser necesario, conversar con quien estuviera ante la puerta sin padecer ningún tipo de sonrojo aunque sólo estuviera vestido con una bata. Esta puerta se abría sólo en casi todo su recorrido, quedando sobresaliente un pequeño dintel que cualquier niño de cinco años medianamente activo podía saltar sin problemas, ya que el simpático ingeniero de la nave había emitido órdenes expresas de que los ciclos de mantenimiento sólo debían afectar a la tercera clase cuando algo se estropeaba "más allá de toda *duda razonable".*

Sortear un dintel de sólo quince centímetros de alto no supone un gran reto para un humano bípedo. Pero, para una unidad R2, con forma de cubo de basura que se desplaza sobre ruedas, el reto resulta algo mayor.

La seguridad de rutina en los espacios públicos del *Duda Razonable* corría de la mano de unidades de vigilancia carbanti de no muy reciente generación. Cada unidad se componía, básicamente, de una pequeña cámara y un micrófono dependientes de una pequeña inteligencia artificial muy obtusa. La fabricación de una IA eficiente era tanto arte como ciencia, y las IAs asignadas a las unidades de vigilancia eran, con mucho, las últimas de la clase. Incluso dentro de esos estándares, la consciencia mecánica que controlaba el pasillo situado ante el camarote 524 del nivel 17A era notablemente torpe. Cualquier clase de conducta delictiva, con sus pautas y motivaciones, la superaba ampliamente. Ante sus cámaras se habían desarrollado de forma flagrante varios robos espectaculares y un timo especialmente gracioso con un pescado, un diamante y dos sordomudos, sin que en ella se despertara la menor urgencia por enviar un Informe de Actividades Cuestionables a la IA más grande e inteligente que dirigía la seguridad de la nave. La verdad era que esta unidad concreta sólo contenía una única idea en lo que se hacía pasar por su cerebro, y esa idea era "¡Fuego!". Llevaba toda su existencia, de unos setenta y tres trillones de ciclos de procesamiento, esperando que a algo se registrara en sus detectores de humo o infrarrojos. Entonces sería, por fin, capaz de romper su eterno silencio con un alarido de luces y bocinazos.

Decir que la unidad de seguridad del pasillo Taupe, en el nivel 17A, "ansiaba" que tuviera lugar algún fuego no sería exagerar. Las luces de alarma que nunca habían lanzado un solo destello y las bocinas que nunca habían podido emitir un sonido se sentían como un estornudo que llevara setenta y tres trillones de ciclos amenazando con producirse, pero sin llegar a hacerlo. Para entonces, la pequeña unidad de seguridad habría derretido voluntariamente sus propios procesadores hasta volver a su estado primigenio de arena, si así pudiera soltar antes el sonido y la alarma de: "¡Fuego!".

Así que la visión de una unidad R2 saltando la puerta atascada del camarote 524 no la afectó en nada, ni siquiera cuando el susodicho R2 golpeó dolorosamente la barrera y emitió un chillido sorprendentemente poco metálico, seguido de un bufido de frustración. La visión del pequeño androide golpeando repetidamente hacia abajo la puerta atascada con un brazo mecánico, en un gesto que resultaba notablemente petulante en una máquina, habría provocado la curiosidad en cualquier IA de mayor alcance intelectual. Siendo estrictos, los ingenieros de Carbanti habrían dicho que hasta el unidad de seguridad más obtuso habría encontrado chocante la visión de esa unidad R2 elevándose lentamente en el aire, sin la ayuda de ningún propulsor o cohete visible.

Cuando el androide se posó con un fuerte sonido metálico en el pasillo y se alejó rodando con aire enojado y decidido, no habría sido esperar demasiado que un unidad de seguridad con la más mínima iniciativa marcara al pequeño androide para que se le mantuviera en observación.

Pero la unidad del pasillo Taupe no hizo nada por el estilo. La triste realidad era que la única circunstancia en que habría prestado el menor asomo de atención a ese R2 volador, malhumorado y hambriento, habría sido si algún pasajero servicial hubiera regado al pequeño androide con combustible y le hubiera prendido fuego.

Mientras tanto, en la cafetería seguía habiendo largas filas de pasajeros aburridos haciendo cola para la comida. Los niños hacían dibujos en las mesas de plástico de la cafetería mojando los dedos en la salsa, o intentaban convencer a sus padres de que ya se habían terminado la verdura, escondiéndola bajo cuencos volcados. Al otro lado de la sala, frente a la zona comedor, una pantalla gigante de holovídeo emitía continuamente noticias e imágenes de las últimas tragedias de las Guerras Clon.

En resumen, que no había ninguna evidencia de que el mundo tal y como lo conocía Whie hubiera franqueado alguna terrible frontera sin posibilidad de regreso.

—Usted se llama Whie Malreaux —le decía el androide rojo y marfil, con su entonación precisa y puntillosa—. Vino a esta vida en el planeta Vjun, tras un parto difícil que se prolongó un día y dos noches estándar de una primavera temprana. Fue un niño bueno y paciente, a diferencia de su desafortunado hermano, y pronto aprendió a andar y hablar. Lo único que él hacia mejor que usted era dormir —dijo el androide, hablando todavía en voz baja, pero sosteniendo sin problemas la mirada de Whie—. Pues incluso siendo muy joven, ya se veía atormentado por sus sueños.

— ¿Cómo sabes todo eso? —susurró Whie.

—Yo estaba allí.

—Pero...

El androide se tocó la librea de pintura metálica.

—Éstos son los colores de la Casa Malreaux, carmesí y crema; sangre y marfil, si lo prefieres. Y yo soy un servidor de esa casa.

Whie se sentía como si su mente acabase de dar el salto al hiperespacio. En su interior saltó la imagen de su último sueño visionario, con *Exploradora,* la mujer malvada y él parados en una casa adinerada, con una alfombra cara bajo sus pies, y bajo ella, extendiéndose desde sus ajados bordes, un suelo ajedrezado de baldosas rojo y marfil.

Mi casa. Las palabras sonaron con certeza en su corazón.

Volvía a casa.

—Cuando los Jedi le robaron de su casa...

— ¡Robarme! ¡Los Jedi no roban!

El androide descartó eso con un gesto de la mano.

—Pillaron a su madre en un momento de debilidad, muy afectada por la muerte de su marido y tan borracha que apenas estaba consciente. Yo la urgí a que lo reconsiderara, pero nadie escucha los consejos de un androide. La cuestión es que ya estaba hecho, y no podía deshacerse. Pero al cabo de unos días su madre se dio cuenta de que los Jedi habían secuestrado al heredero de una casa noble. Me envió a Coruscant a velar por usted, y esperar.

— ¿Diez años? ¿Once? —dijo Whie, incrédulo.

El androide se encogió de hombros. Estaba extremadamente bien programado; aunque seguía siendo, con toda evidencia, una máquina, sus movimientos eran fluidos, naturales y precisos.

—Me llamo Fidelis. Estoy programado para sentir lealtad absoluta hacia la Casa Malreaux, a la que he servido durante doce generaciones, en tiempos de guerra y de locura. Ahora le sirvo a usted.

—Pero, pero... Yo no quiero... —tartamudeó Whie—. Soy un Jedi. No tengo otra familia. No puedo aceptar tu servicio.

—Le ruego me disculpe, amo, pero soy yo quien concede ese servicio. El que usted decida aceptarlo o no está al margen de los parámetros de mi programación.

— ¡Entonces te ordeno que me dejes en paz! —Su madre es la actual dirigente de la Casa Malreaux, y, aunque respeto los deseos de usted, carece de la autoridad necesaria para contrarrestar las instrucciones de ella. Al margen de lo cual, mi lealtad final es para con la Casa Malreaux en sí, y se me programó con amplios poderes discrecionales para decidir cuáles son las acciones que mejor sirven a la familia. En este caso, me siento muy cómodo cuidando de usted, tanto si lo desea como si no. Puedo ofrecerle varias opciones sobre la forma que podrían adquirir mis servicios —continuó diciendo en tomo apaciguador—. Me siento muy cómodo en mi actual papel de ayudante personal de un caballero, pero si prefiere que sea un guardaespaldas menos mundano, o incluso un asesino discreto que se limite a vigilarlo durante sus viajes, estoy ampliamente equipado para desarrollar esos papeles.

—No lo entiendes —dijo Whie lastimosamente—. No hay ningún Jedi que recorra la galaxia acompañado de un... un... ¡ayudante personal de caballero!

—Ahora lo hay, amo Whie, dadas sus obligaciones familiares. En este momento tiene usted una madre esperándolo en el *château* Malreaux, insultada y degradada a diario por el odioso Conde Dooku.

— ¡Dooku! —exclamó Whie. ¿Dooku está *ahora mismo* en mi casa? —se levantó de la mesa de un salto y se dirigió hacia las hileras de ascensores—. Tengo que contárselo a Y... Tengo que contárselo enseguida a los demás.

Fidelis, zumbando para sus adentros y dándole vueltas a la forma en que Whie había utilizado las palabras *mi* casa, recogió las bandejas de comida y bebida y le siguió. No le ayudaba la Fuerza en esa tarea, pero había atendido las mesas del *château* Malreaux a lo largo de doce generaciones, y sabía cómo moverse con rapidez cargando con grandes cantidades de comida.

Al otro lado de donde estaban Whie y Fidelis en la cafetería, el holotransmisor de la nave se interrumpió para emitir un boletín especial de noticias.

—Mientras tanto, en un tuboascensor que se dirigía a buen ritmo hacia el pasillo Taupe del nivel 17A, *Exploradora* y Solis debatían el comportamiento de la República y la Confederación en el conflicto actual.

—Dime la verdad —dijo *Exploradora* con cierto acaloramiento—, ¿quieres vivir en un mundo dirigido por androides de combate?

Si el fabricante de Solis hubiera visto adecuado equiparlo con ceja, en este momento las habría alzado.

—Ah —dijo *Exploradora,* mirando su apagado reflejo en la arañada placa metálica del pecho del androide—. Bueno, supongo que las cosas se ven de otro modo desde tu punto de...

Se calló de pronto, cuando su atención fue atraída por las palabras "Maestro Yoda", que resonaban metálicas en la pequeña holopantalla situada sobre los botones del tuboascensor: "...esta grabación, tomada desde una instalación defensiva en las fronteras del sistema ithoriano muestra con toda claridad al atacante destruyendo a todas las naves guardianas del Maestro Yoda menos una. La nave del atacante, una versión modificada del conocido velero del Conde Dooku, ha sido identificada como el Última Oportunidad, registrada a nombre de la conocida pirata y saboteadora Asajj Ventress, buscada en ocho mundos por el asesinato de once Caballeros Jedi".

— ¡Diecisiete! —ladró Asajj, negando con la cabeza—. ¿Te lo puedes creer? Y se hacen llamar periodistas.

Palleus Chuff, firmemente atado al asiento del copiloto del *Última Oportunidad,* consideró que la pregunta era retórica. Pero eso daba igual. Era considerado como una persona ingeniosa en los mejores círculos de la fraternidad de actores de Coruscant, lo cual era decir mucho, pero entre la mordaza de su boca y la desafortunada tendencia al desmayo que le había sobrevenido a intervalos regulares desde que los rayos tractores de Ventress se habían apoderado de su nave, mantener una conversación le resultaba una tarea muy superior a sus actuales capacidades.

"...una segunda grabación enviada por oficiales ithorianos muestra con toda claridad un montón de chatarra identificado como la nave del Maestro Yoda. El despacho del Canciller Palpatine ha declinado hacer comentarios previos a que se complete una investigación exhaustiva sobre esta emboscada. Pero la tristeza se ha enseñoreado de la capital, mientras la República se prepara a afrontar las próximas ofensivas de la Confederación sin el Jedi que, además de ser su principal estratega militar, era de una forma muy importante, el corazón y el alma de la República."

—Pero eso no es cierto —barbotó *Exploradora—.* Es imposible. —Miró fijamente a Solis—. ¡Tenemos que decírselo!

— ¿Decir qué?

—Esto..., nada —dijo, recuperando la cordura—. Nada. Decírselo a mis amigos, eso. Tengo que volver al camarote y decírselo *enseguida a* mis amigos.

—Por supuesto. Ya casi estamos allí.

En la Zona Infantil, Donni Bratx miraba cómo su hermano empezaba su cuarta partida consecutiva de Sendero de Guerra Wookiee.

— ¿Me toca ya? —preguntó tímidamente. Procuró decirlo en voz baja, para no interrumpirle.

—Cállate, Donni. Estoy en medio del nivel Gozar.

Chuck jugaba muy concentrado, empleando un poco los pies y todas las ventajas que le proporcionaban sus cuatro pulgares.

Donni consideraba a Chuck un dios en todo lo relacionado con el Sendero de Guerra Wookiee.

Chuck había dejado sus Patatas-Estelares y su Bip-Espumoso al lado de la máquina. Una parte muy mala de Donni pensó en derramar el Bip-Espumoso, pero él nunca haría nada así. Chuck, como mamá nunca se cansaba de decirle, era el mejor hermano mayor que podía tener nadie. Además, la última vez que hizo una cosa así, Chuck le ató al viejo trineo zink al que le faltaba el gimble trasero derecho y lo puso en marcha hasta que vomitó encima de la silla recién tapizada del salón.

Donni miró jugar a Chuck, intentando conformarse con admirar la pericia de su hermano, pero cuando pasó por el nivel del Pantano y el de los Cuchillos Voladores, y ya había reventado a todos los Sapos Flotadores del Destino, Donni no pudo contenerse más.

—Dijiste que podría jugar un turno después de ti. Lo dijiste. Y eso fue hace cuatro créditos —añadió entre dientes.

—No seas plasta, *Cara de Albóndiga.*

Las antenas de Donni se encogieron.

—Mamá dijo que no debías llamarme eso.

Chuck le arrancó el brazo a un wookiee verde con una Llave Remolino ejecutada con habilidad.

—Pero mamá no está aquí, ¿verdad, *Cara de Albóndiga?*

Sin que Chuck se diera cuenta, sumido en un tenso combate cuerpo a cuerpo con cuatro wookiees enloquecidos, una pequeña unidad R2 entró algo erráticamente en la Zona de Juegos y se paró en seco con los videosensores centrales, enfocando el Bip-Espumoso. Donni miró, desconcertado, cómo el pequeño androide se desplazaba hasta el Sendero de Guerra Wookiee y cogía el Bip con una torpe garra mecánica. La garra se cerró, falló y volvió a cerrarse.

—Eh —dijo Donni.

— ¡Cállate, *Cara de Albóndiga!* ¡Todavía no es tu turno!

—Pero...

Donni tragó saliva cuando la parte superior del pequeño R2 giró sobre sí mismo y le enfocó a los ojos. Una extraña sensación casi vidriosa se apoderó de él, y entonces, como por arte de magia, dos ideas asomaron vividas en si mente, la una tras la otra. La primera era que, si uno lo pensaba bien, la verdad es que Chuck era una sabandija y tendría bien merecido que una unidad R2 le robara la bebida.

La segunda era: ¿Qué bebida?

Mientras salía de la Sala de Juegos, el pequeño R2 se detuvo, orientándose hacia una pequeña holopantalla situada en la puerta, donde un holopresentador meticulosamente arreglado hablaba con voz casi inaudible sobre la simulación de los disparos láser: "Para comentar las abrumadoras noticias de hoy, tenemos al otro lado de la línea a nuestro corresponsal Zorug Resumido, que nos hace la pregunta del momento: ¿Qué vais a hacer ahora, Caballeros Jedi?".

Dos carillones sonaron suavemente en el banco del tuboascensor situado al final del pasillo Taupe, y dos conjuntos de puertas se deslizaron suavemente hacia abajo a ambos lados del vestíbulo. *Exploradora* se encontró ante la unidad R2.

— ¡Tú! —dijo ella—. ¡Se supone que no puedes salir! ¿Dónde has estado?

El pequeño R2 dejó caer un cartón vacío de Bip-Espumoso en lo que un observador atento podría llamar un gesto furtivo. *Exploradora,* alterada por las noticias que traía, no lo notó.

En cambio, el androide de metal desnudo que tenía a su lado sí se dio cuenta.

Exploradora ya corría pasillo abajo.

—Da igual. Escucha, tenemos que enviar un mensaje a... —Miró a Solis— ...a nuestros amigos cuanto antes. Ha habido una terrible confusión.

El R2 emitió un gorjeo poco convincente y rodó tras ella, doblando la esquina con tanta rapidez que lo hizo sobre una sola rueda.

Solis contempló muy pensativo al pequeño R2, y sin aparentar prisa, se movió rápidamente tras ellos.

Segundos después, Whie aparecía en el otro extremo del pasillo Taupe, gritando y corriendo a toda velocidad.

— ¿Te has enterado? —le gritó *Exploradora* mientras golpeaba la puerta del 524.

— ¡Está en Vjun! —dijo Whie—. ¡El Conde Dooku está en Vjun!

La unidad de seguridad del pasillo Taupe no estaba lo bastante cerca como para notar que este comentario no iba dirigido a *Exploradora,* sino a la pequeña unidad R2.

Solis, en cambio, estaba lo bastante cerca como para observarlo. Puede que no tuviera instaladas en el sistema las últimas descargas de holojuegos, pero el destino le había proporcionado una vida mucho más variada que la de su compañero Fidelis, que en ese momento llegaba trotando tras Whie. Bajo su exterior metálico, Fidelis estaba algo abrumado por la ansiada consumación de

servir finalmente al niño Malreaux. Pero a Solis, que no albergaba especiales sentimientos por la Casa Malreaux en general ni por este chico en particular, le emocionó mucho más el hecho de que la bandeja con la que cargaba Fidelis tuviera cinco bebidas en vez de cuatro.

— ¡Maestro Jai! ¡Maestro Jai, abra! ¡Soy yo! —dijo *Exploradora* sin dejar de golpear la puerta—. ¡Tenemos que enviar un mensaje al Templo!

En ese momento tuvieron lugar varios sucesos en rápida sucesión. Primero la puerta del camarote 524 casi se abrió (pero no del todo), liberando una nube de vapor y mostrando al Maestro Jedi Jai Maruk con una expresión de notable irritación y vistiendo sólo la toalla que había cogido al salir de la ducha.

—Más vale que sea importante —dijo, mirando fijamente a *Exploradora.*

Mientras decía esto, la puerta del camarote 523 descendió, y la cara preocupada de la Maestra Maks Leem se asomó por ella envuelta en una nube de denso humo negro de incienso.

— ¿Whie? ¿A qué viene toda esta conmoción?

—Acabo de saber dónde está Doo...

En este momento, Whie fue interrumpido por un sonoro choque cuando, la pequeña unidad R2 derrapó, al parecer por accidente, y chocó contra Fidelis. Las demás palabras del pádawan se vieron ahogadas por el estrépito y escándalo que provocaron cuatro raciones de comida al caer al suelo.

En ese momento, la unidad de seguridad del pasillo Taupe contempló con eléctrico éxtasis cómo las nubes de vapor e incienso del pasillo sobrepasaban por fin el nivel de riesgo de sus detectores de humo. Las luces destellaron y las alarmas sonaron con toda la pasión implícita en setenta y tres trillones de ciclos de procesador de previsión.

—Señorita Pho —dijo Jai Maruk con toda seriedad—. ¿Recuerda cuál era la principal prioridad de este viaje?

Sujetó la toalla con una sola mano y miró con hosquedad a *Exploradora* y a las luces de alarma, a la comida derramada y a los androides que miraban, para luego volver a mirar a *Exploradora.*

Esta tragó saliva.

—Sí, Maest..., digo, padre.

— ¿Y cuál era ésa?

Whie y *Exploradora* intercambiaron miradas empalidecidas antes de responder al unísono:

—Viajar sin llamar la atención.

En la consola extremadamente privada del *Última Oportunidad* se oyó un tintineo.

-¿Sí?

Era un androide.

—Poseo cierta información que igual le interesa adquirir.

—No es probable —dijo Asajj.

—Sé dónde está Yoda. El auténtico.

Asajj se enderezó en su asiento.

— ¿Qué quieres decir? ¿Es que no ves las noticias? Yoda está...

—Puedo cortar ahora mismo la conexión —dijo el androide. Carecía de pintura y de marcas, y su voz calmada denotaba una convicción absoluta.

— ¡No! —repuso Asajj con voz aguda.

— ¿Admite estar interesada?

—Es posible.

— ¿Estaría interesada en pagar setecientos cuarenta y cuatro mil novecientos noventa y cinco créditos de la República?

—Una suma curiosa.

El androide se encogió de hombros.

—Mis tablas de equivalencia en traición están calibradas con mucha precisión.

Asajj lo pensó por un momento.

—Creo que podremos ponernos de acuerdo.

Una vez negociadas las condiciones, y con la comunicación cortada, Asajj puso rumbo al espaciopuerto de Phindar. Tras meditarlo un momento sacó una imagen de la cara del androide de la memoria de la consola de comunicaciones y pidió al ordenador que realizara una búsqueda de su serie y modelo. Era una búsqueda lenta, dada la diferencia de transmisión entre su actual posición y la de la Red, así que tomó un almuerzo rápido y administró a su prisionero una ampolla de adrenalina, cuya tendencia a dejar de respirar y desmayarse empezaba a resultar molesta.

La consola de comunicaciones emitió una tosecita cortés para anunciar el final de su búsqueda.

—Identificación concluida —dijo, mostrando una imagen de la completa *Guía Peterson de los androides de la República,* Vol. VII: *La era de la Gran Expansión Corporativa.*

EL LEGENDARIO ANDROIDE LACAYO TAC-SPEC.

PRODUCIDO CON UN COSTE MUY ELEVADO AL SER UNA SERIE LIMITADA.

LA MAYORÍA DE LOS EXPERTOS CONSIDERAN A LOS LACAYOS LAS UNIDADES DE SERVICIO PERSONAL MÁS LETALES QUE SE HAN FABRICADO NUNCA, AL COMBINAR UNA LEALTAD FANÁTICA CON UNA CAPACIDAD DE MATAR QUE HACE PALIDECER EN COMPARACIÓN A LAS ESTADÍSTICAS DE LOS ASESINOS MODERNOS.

Asajj se apartó de la consola con aire pensativo.

CAPITULO 7

Jai Maruk siempre había tenido el sueño ligero, y estuvo completamente despierto al primer crujido furtivo. Tenía la mano ligera y nerviosa, dispuesta a sacar el sable láser de debajo de su camastro. Buscó en la Fuerza y sintió el cuarto. La chica Esterhazy dormía como un tronco, emitiendo pequeños ronquidos. Pudo percibir, incluso a través de las delgadas paredes, el brillo suave, como una hoguera cubierta, del Maestro Yoda, que ahora dormía en el camarote contiguo, ya que el 522 había quedado libre desde que dos días antes desembarcó otro pasajero.

Otro crujido. Jai Maruk se relajó. No era ningún intruso; sólo Whie, que se ponía furtivamente la ropa. Estaba tenso por algo, con nervios tirantes como las cuerdas de una triarpa; Jai podía sentirlo en la Fuerza desde el otro lado de la habitación.

Bueno, pensó Jai, *tampoco es de extrañar.* Es su primer viaje fuera del Templo y ninguno de los retos a los que se estaba enfrentando se parecía a aquellos para los que se había preparado. Los aprendices siempre pensaban que la vida de un Caballero Jedi era todo batallas con sable láser y negociaciones diplomáticas a alto nivel, porque para eso se entrenaban. No tenían clases con simulaciones sobre encontrarse con un sirviente que afirmaba que eras alguna clase de príncipe perdido de Vjun.

Una vez los equipos de limpieza pasaron por el pasillo Taupe, Maks Leem y él hablaron con Fidelis, el androide que afirmaba servir a la familia humana de Whie, y con su compañero, Solis. Al menos Jai tenía claro que eran compañeros; no estaba muy seguro de si los pádawan se habían dado cuenta de que el viaje de Tallisibeth al despacho del sobrecargo sólo había sido un truco para que Fidelis pudiera hablar a solas con Whie. Con todo, era un asunto extraño, y lo cierto era que distraía al chico.

Jai había tenido la esperanza de que el androide pudiera proporcionarles información sobre Dooku y sus movimientos, pero resultó que su información era de segunda mano; hacía una década que no estaba en Vjun.

Aun así, las descripciones que proporcionó del *château* Malreaux coincidían con lo poco que pudo ver Jai durante su breve entrevista con el odiado Jedi caído que era el Conde Dooku, y su despreciable perro faldero, Asajj Ventress. Jai había pedido a Fidelis un plano completo del *château* y los terrenos circundantes para preparar un plan de fuga en el supuesto de que fueran mal las negociaciones de Yoda con Dooku. El androide se había limitado a ignorarlo de forma exasperante; sólo aceptaría órdenes de Whie. Sabía que Jai y Maks eran Jedi, un término que consideraba prácticamente intercambiable con los de "robacunas" o "cultista secuestrador".

Una de las cosas que nunca se mencionaban en el Templo era cómo mucha gente, incluso dentro de la República, veía a los Jedi con desconfianza y hasta con claro miedo y hostilidad. Era un sentimiento que había aumentado durante las Guerras Clon, hasta el punto de que Jai odiaba ir en misiones para identificar a nuevos Jedi. Por mucho que supiera que los niños que encontrase tendrían una vida mucho mejor, más rica y más útil que la que habrían tenido de otro modo, le preocupaban tanto los susurros de "secuestra-niños" como los

ojos tristes de los padres que veían cómo apartaban a sus hijos de su lado. Menos doloroso, pero también desagradable, era el alivio que brillaba en los ojos de otra clase de padres, los que se alegraban de librarse de la carga de otra boca que alimentar.

No podía ver eso sin preguntarse a su vez qué clase de niño fue él.

Y ahora la frase que cada vez se oía más y más era la de "policía secreta de Palpatine", incluso, de forma más dolorosa, por los Jedi cismáticos que dejaban la Orden.

Pero, por desagradable que resultase a Jai ver cómo la palabra "Jedi" llenaba de miedo y desconfianza los ojos de la gente, en vez de con esperanza y gratitud, al menos él se había acostumbrado a ello. Maks Leem, que apenas salía del Templo, y sobre todo los jóvenes pádawan, se habían sorprendido al ver lo dividida que estaba la opinión pública sobre los Jedi.

Y, para colmo, en el caso de Whie, estaba el problema de la chica.

Tallisibeth era arrogante, lista y bonita, de una forma atlética, y la Fuerza era débil en ella. Resultaba difícil encontrar una combinación más perturbadora, pensó Jai, cansado. Era presumible que el Maestro Yoda tenía sus motivos para traerla, pero un pádawan más fuerte y con menos personalidad le habría facilitado mucho más la vida. Para empezar, Whie no podía dejar de mirarla. Por supuesto, era normal en un niño de trece años obligado a convivir en un recinto estrecho con una chica bonita durante interminables días, pero eso no ayudaba a la concentración de nadie. *Exploradora* no parecía haberse fijado en el hábito del chico de mirarla furtivamente, pero, a juzgar por la sonrisa afectuosa de la Maestra Leem, Whie no había conseguido engañar a su Maestro. En el Templo Jedi eso habría sido motivo de diversión y bromas, pues la adolescencia convertía cada año a algún pádawan en blanco de risas, pero aquí, en una misión para ver al Conde Dooku, era otra distracción que no quería Jai.

Además, a Jai le caía bien la chica.

Y la verdad era que no quería que le cayera bien. Tal como iba la guerra, los Jedi arriesgaban la vida con mucha más frecuencia que nunca desde la Guerra Sith. Una chica como *Exploradora...,* Enwandung-Esterhazy, se recordó; *no caigas en la familiaridad de los apodos, Jai...,* una chica así moriría en menos de un año.

Lo cual ya le dolería bastante. No necesitaba que le doliera aún más.

Whie se había vestido ya. La puerta se deslizó hacia abajo, casi hasta el suelo, descubriendo un pasillo en penumbra. Las luces del pasillo se habían apagado cuando se dispararon las alarmas, y Mantenimiento no había conseguido arreglar la iluminación pese a llevarse la muy excitada unidad de seguridad.

Jai observó cómo el chico sorteaba el escalón de la puerta y cerraba ésta tras él.

Jai habría apostado diez créditos a que se dirigía al gimnasio. Cuando él fue pádawan también había realizado algunos ejercicios a medianoche para no pensar en alguna chica... ¿cuál era su nombre? La amiga pelirroja de Jang Li-

Li. Se llamaba Politrix. Murió en una emboscada, dos meses después de Geonosis. Por una granada de plasma.

Recordaba la caída de sus cabellos, los rizos pelirrojos en sus hombros, cómo olían aquel día en que se enfrentaron en la sala de ejercicios y ella le tumbó y le sujetó contra el suelo, riéndose, con el pelo cayendo hasta rozarle la mejilla.

Había muerto.

Jai sintió una lágrima y la dejó correr. También la pena era parte de la vida; era inútil negarlo. Contempló esta pena desde un centro de calma. El dolor era mucho. Habían muerto tantos de sus amigos de infancia.

Cada vez le costaba más sentir la pena sin ceder a ella. ¿Qué le había dicho una vez el Maestro Yoda? *Demasiadas penas en piedra al corazón convierten.*

Así que intentaba no cogerle demasiado afecto a *Exploradora,* y al mismo tiempo se veía empujándola, empujándola, deseando que fuera más fuerte, más rápida y más letal, porque es lo que ella necesitaba. Ya era lo bastante valiente, por las estrellas que eso no podía negárselo. Pero la valentía no bastaba. Él había sido valiente ante Dooku y Asajj Ventress. Y eso no le había impedido fracasar.

Respiró hondo en un siseo de exasperación. No podía decirse que sintiera la serenidad Jedi.

Yació un poco más en la oscuridad, renunció a toda esperanza de dormir, se puso sus ropas (mucho más silenciosamente que Whie) y siguió al chico al interior de la nave, dejando atrás los ronquidos de niña, extrañamente conmovedores de *Exploradora.*

Tal como había predicho, encontró al niño en el gimnasio, realizando la rutina del combate sin armas Pórtico Roto: ¡girar, pisar, golpear, arrojar! Era bueno, más que bueno, veloz como el rayo. Dejaba que la Fuerza bailara y girara en contraposición a sus movimientos, suspendiéndole en una patada voladora, antes de descender como un rayo en un último embate. Allí donde aterrizaron los pies del chico, la esterilla del suelo reventó, lanzando chorros de espuma.

—Excelente —dijo Jai en voz baja.

Whie giró, dio una voltereta y aterrizó en posición de combate, con las manos abiertas y las palmas apuntando hacia arriba, acunando la Fuerza en sus manos como una cadena de relámpagos.

— ¿Qué quieres?

Jai pestañeó.

— ¿Te parece eso la manera de dirigirte a un Maestro Jedi, pádawan?

Whie se le quedó mirando, jadeando.

— ¿Pádawan?

— ¿Mataría a otro Jedi? —dijo Whie bruscamente—. ¿Si creyera que se ha pasado al Lado Oscuro?

—Sí.

— ¿Así como así? ¿No se supone que todos pertenecemos a la misma familia?

—Porque era miembro de la familia. Un Jedi que se ha pasado al Lado Oscuro no es un simple criminal, Whie. Sus dones y habilidades le proporcionan un gran poder para dedicarlo al mal.

— ¿No le daría una oportunidad para reformarse?

—Cuando se está en poder del Lado Oscuro, nunca te suelta —Jai inclinó la cabeza, antes de añadir, con cuidado—: Espero, pádawan, que no confundas un momento de debilidad con la aceptación completa del Lado Oscuro. Todos tenemos nuestros vicios...

— ¿Hasta el Maestro Yoda?

— ¡Hasta el Maestro Yoda! O al menos eso dice él. No sé cuáles son, pero yo diría que el genio del Maestro Yoda no se endulza cuando tiene hambre. —Jai sonrió—. Yo tampoco controlo mucho mi genio. Podría decirse que mi temperamento es iracundo y lleno de resentimiento. Soy demasiado rápido en condenar y demasiado lento en perdonar. He golpeado a hombres movido por la ira. —A continuación habló con cuidado, procurando no poner demasiado énfasis—. He tenido sentimientos por mujeres. Son sentimientos naturales. Pero aunque el Lado Oscuro obtiene gran parte de su poder de esos sentimientos, el mero hecho de tenerlos no significa que se elija el mal camino. ¿Lo entiendes? Lo que indica que uno se ha pasado al Lado Oscuro es la decisión de dominar, de aplastar, de hacerte fuerte a costa de la debilidad ajena. La luz o la oscuridad no son un "sentimiento", sino una "elección".

Parte de la energía furiosa de Whie abandonaba lentamente su cuerpo en tensión. Los hombros se le relajaron y las manos cayeron a sus costados.

—Siempre me consideré una buena persona —dijo en voz baja—. Nunca le ví el atractivo a... robar comida de la cocina. O a hacer trampas en los exámenes. He sido un buen chico. Creí que eso era lo mismo que ser virtuoso.

—Resulta asombroso lo fácil que es resistir las tentaciones que tienen los demás, ¿verdad? —repuso Jai con tono seco. Sintió una inesperada oleada de piedad por el joven, en parte simpatía por Whie y en parte compasión por él mismo a su edad: tenso y furioso y apenas consciente de serlo. Al cabo de toda una vida simulando ser bueno, el chico empezaba a ser consciente de las difíciles elecciones de la vida, las que debe afrontar cualquiera, y más un aspirante a Caballero Jedi—. No te preocupes. El Maestro Yoda y la Maestra Leem te conocen mucho mejor que tú mismo. Hasta yo sé algunas cosas sobre ti, joven Whie. La vida nunca es fácil en este mundo, pero todos nosotros seguimos viendo en ti lo que tú creíste ver en ti mismo: un buen hombre que un día será un buen Caballero Jedi. Toma tus decisiones, pádawan. No todas serán acertadas, pero muchas sí, y ninguno de tus Maestros teme que puedas pasarte al Lado Oscuro.

Al rostro del chico asomó cierta esperanza precavida, junto con algo de alivio.

—Gracias —dijo.

— ¿Vuelves ya a tu catre? Esta noche aún tienes sueños por soñar.

No fue una frase feliz. El rostro de Whie volvió a ensombrecerse.

—N... no —tartamudeó—. Creo que me quedaré levantado, gracias. —Ajustó una máquina de pesas que estaba graduada para un cuerpo con aletas—. ¿Y qué pasa con *Exploradora?* ¿Cree que podría pasarse al Lado Oscuro?

Jai negó con la *cabeza.*

—Perdona por decirlo de este modo, pero ella nunca ha tenido las cosas tan fáciles como tú. Lleva años viviendo con sus tentaciones, con el hacer trampas, con el copiar el examen de otros, con el conspirar contra estudiantes mejores para así quedar en mejor lugar. Puede que no siga las reglas "normales", pero ha dedicado toda su alma a vivir con honor pese a sus limitaciones. Estará bien, mientras siga dentro de la Orden. Quizá de expulsarla, la amargura la condujera al Lado Oscuro. Si siente que la hemos traicionado.

—Es lo que creo yo. Siempre supuse que la enviarían a los Cuerpos Agrícolas, pero ahora me doy cuenta de por qué no ha sido así. No es que le dé pena al Maestro Yoda. Es que ya ha pasado la prueba que todos nosotros tendremos que pasar con esta horrible guerra.

—*Exploradora* me dijo ayer que encontraba muy irritante que un chico tan joven fuera tan sabio —dijo Jai—. Empiezo a entender a qué se refería.

Whie lanzó un bufido y se sentó en la máquina de pesas, tirando con fuerza durante diez rápidas repeticiones. No empleaba la Fuerza para mover las pesas, sino su cuerpo animal, que le ardía en las piernas, y respiraba más hondo a medida que sus células reclamaban más oxígeno. Se sentía bien esforzándose así, carne contra metal. La verdad era que había tenido otro sueño profético, el peor hasta ahora. Mucho peor que la visión de sí mismo con *Exploradora* sangrando en una habitación con Asajj Ventress...

No. Tira de las pesas. No pienses no pienses no pienses.

Pero en cuanto reposó entre series, las imágenes de su sueño volvieron a él.

— ¿Maestro Maruk? —dijo cuando Jai se dirigía de vuelta al camarote.

-¿Sí?

— ¿Tiene miedo a la muerte?

—Eso es lo único que no me preocupa. Mi tarea es vivir con honor, defender la República, proteger a la gente, cuidar de mi nave, de mi arma y de mi pádawan... Pero mi muerte —dijo con una sonrisita—, es responsabilidad de otro.

El espaciopuerto de Phindar, Pórtico del Borde Exterior. Los phindianos, conocidos en toda la galaxia por su adusto sarcasmo, eran altos, delgados y de aspecto triste, con ojos amarillos manchados de rojo y brazos extremadamente largos, así que arrastraban sus equipajes a medida que caminaban por la abarrotada estación espacial. Un vendedor les vendió bolas de pan hinchado con aire y estimcafé en bulbos prensiles de baja gravedad en vez de en tazas. Hasta el aire de la estación espacial olía diferente, y la voz sintetizada que se oía por los altavoces hablaba el Básico con un tono sarcástico que hacía que el acento de Coruscant pareciera entrecortado y brusco: "Si desean que les cojan y registren los androides, sólo tienen que dejarlos vagar sin compañía".

— ¿Has oído eso? —siseó *Exploradora,* golpeteando la cabeza de la unidad R2 con las uñas—. Así que sé bueno.

De la carcasa del pequeño androide brotó un bufido apagado.

Hacían cola para comprar los billetes del siguiente tramo de su viaje, de la estación Joran al mismo Vjun, esta vez con la identidad de la familia Coryx.

— ¿Placer o negocios? —preguntó con tono aburrido el empleado cuando Jai Maruk se puso a la cabeza de la cola.

—Placer más bien.

— ¿En Vjun? —dijo el empleado—. Sí, claro.

—Eso espero —añadió Jai Maruk con una vacilación muy ensayada—. Soy químico del agua, y siempre he querido estudiar su famosa lluvia ácida. Los chicos vienen sólo para, bueno, jugar en la playa y esas cosas...

—Jo, eso sí que será divertido —dijo el empleado, mirando a *Exploradora*—. Tampoco le estropeará el aspecto. Por cierto, sólo veo un niño. ¿Estoy ciego o usted no sabe contar?

—Mi hijo está usando las, esto, instalaciones —dijo Jai—. Pero tengo conmigo su carta de identidad.

El empleado cogió sus documentos. Eran buenas, estupendas falsificaciones Jedi, pero *Exploradora* sintió que se le aceleraba el corazón cuando las examinó.

Si desean que les cojan y registren los androides sólo tienen que dejarlos vagar sin compañía.

—Todo está en orden —sugirió Jai.

—Jo, imagine qué alivio —dijo el empleado, devolviendo las identificaciones —. Pongan al androide en la báscula, junto con sus bolsas, por favor.

Exploradora se sobresaltó al sentir que alguien le tocaba el hombro, y se encontró mirando al gastado androide que había conocido en el *Duda Razonable.*

— *¡Arañadito!* —la cabeza de él se inclinó—. Digo, ¡Solis! ¿Estás embarcando?

—En cierto modo. La verdad es que me preguntaba si podrías hacerme un pequeño favor —dijo el androide—. Señaló hacia arriba, a la zona de comidas del vestíbulo superior—. Se supone que debo encontrarme allí con un amigo. Sólo es un paseo de cinco minutos, pero parece ser que la Federación de Comercio atacó hace dos días el espaciopuerto Greater Hub, y los phindianos están muy estrictos con la seguridad. —*Exploradora* le miró, inexpresiva—. Estaría recorriendo el espaciopuerto como un "androide sin compañía" —terminó de explicar.

— ¡Ah! No se me había ocurrido.

—Phindar es conocida, entre otras cosas, por el DCPI, Despacho Criminal de Propiedades Inteligentes, propenso a la recolección y reventa entusiasta de artefactos dotados de personalidad como yo. Y dado que preferiría no ser capturado y revendido, me preguntaba si no podrías acompañarme a mi cita.

Jai Maruk estaba ocupado levantando y colocando al indignado R2 en la balanza del mostrador, pero *Exploradora* atrajo la mirada de los tres ojos de la Maestra Leem.

—Puedes ir —dijo la gran con una sonrisa—. Será tu buena obra del día. Y recoge a tu hermano a la vuelta, si es que lo ves.

—Estoy en deuda —repuso Solis, inclinando la cabeza.

Se movieron a paso ligero por la abarrotada terminal; *Exploradora* se deslizaba entre los grupos de phindianos con el androide a su lado.

—Eres del mismo modelo que el androide que afirma ser sirviente de Whie, ¿verdad?

—Tienes buena vista.

— ¿Puedes...? Espera un momento. ¿Los androides pueden ofenderse?

—Normalmente no —respondió Solis con ambigüedad.

—Mm.

—Adelante, prueba.

—Bueno, sólo me preguntaba si no te, esto, tiraría tu dueño, y por eso no vas pintado y esas cosas. Siento una curiosidad morbosa por ese tipo de cosas —se apresuró a añadir—. Casi me envían a..., casi me echan de la escuela a la que voy por eso.

—No me tiraron. Pero podríamos decir que perdí mi trabajo —Solis señaló un tramo de escaleras, y ambos empezaron a subirlas—. Tanto Fidelis como yo fuimos construidos como androides sirvientes.

—Asistentes personales de Caballero —dijo *Exploradora* con una sonrisa—. Nos lo contó Whie.

—Así es. Inicialmente se nos programó para realizar un amplio abanico de... tareas domésticas. Los fabricantes de propiedades inteligentes descubrieron que, cuando se tiene un modelo inteligente, se le equipa con un amplio espectro de habilidades y talentos, se le envía al mundo para que realice una tarea que requiere cierta anticipación e iniciativa y se le permite vivir solo, la propiedad tiene el desconcertante hábito de desarrollar personalidad y opiniones propias.

Exploradora no supo decir si el comentario era irónico o no.

—Por tanto, en nuestro caso, la base de nuestra programación era la lealtad, una lealtad a nuestro comprador completamente integrada en nuestro sistema.

—Pero esa lealtad no era mutua. Dado que parece que tu familia se libró de ti.

—En cierto modo —dijo Solis, llegando a lo alto de las escaleras—. Fue asesinada.

Exploradora no supo qué decir.

—Fue durante una pequeña guerra. Los soldados consiguieron entrar en la casa. Mi familia pretendía usar un pasaje secreto para huir. Mi señora me envió a la caja fuerte a por las joyas de la familia. Dije que creí que debía quedarme

para cubrir su retirada. Mi señora me llamó idiota y anuló mi capacidad de decisión. Cogí las joyas. Pero la familia había sido traicionada, y el pasaje secreto no era tan secreto. Los soldados los cogieron y los mataron antes de que yo volviera a su lado. Cuando llegué allí, habían muerto todos. Solté las joyas sobre los cuerpos y me fui.

Un alienígena alto y quitinoso de género indeterminado empujó a *Exploradora,* que se dio cuenta de que se había quedado parada en lo alto de las escaleras con la mirada fija.

—Por las estrellas —murmuró—. ¿Qué pasó con los soldados? ¿Los que mataron a tu familia?

—No lo recuerdo —dijo Solis con voz inexpresiva.

Si, *claro,* pensó ella. Tragó saliva, preguntándose cómo sería el resto de la historia. Volvieron a andar hacia la zona comedor, y se sorprendió mirando los agujeros y arañazos del cuerpo metálico del androide, preguntándose cuántos de ellos serían debidos sólo al uso, y cuántos podrían deberse a disparos láser, aguijones o vibrocuchillas.

—Fidelis todavía tiene una familia, pero ¿no sois iguales aparte de eso?

—En absoluto. Mi familia fue asesinada hace más de doscientos años estándar. Si tú tuvieras una hermana gemela, algo muy posible, ¿cómo sería de diferente su vida a la tuya en tan sólo una década?

— ¿Doscientos años? —repuso *Exploradora* con ojos muy abiertos—. ¿Cuántos años tienes?

—Menos que tu erredós —dijo con una mirada incómodamente penetrante. *Exploradora* se sintió apropiadamente cortada y no poco inquieta.

Llegaron al pequeño círculo de mesas de la zona comedor. Whie, que se suponía estaba en los lavabos, se sentaba a una mesa con Fidelis, escuchando atentamente y con la cabeza gacha.

— ¡Eh! —dijo *Exploradora—.* ¿Qué haces aquí?

Whie se volvió bruscamente, con un sobresalto de culpabilidad.

—No es asunto tuyo —dijo—. Hablando. Tengo permiso.

— ¿Qué no es asunto mío? ¿Acabo de oír eso salir de la boca de San Whie? Claro que es asunto mío si te pillo alternando con extraños y mintiendo al respecto. ¿O es que has olvidado cuál es tu verdadera familia? —dijo con los labios apretados, moviendo la cabeza hacia el vestíbulo de abajo, en dirección a Jai, que contaba laboriosamente los créditos para pagar los billetes a Vjun.

—Pues desde aquí parece que los dos alternamos al mismo nivel —repuso Whie, recuperando el control.

Pero una curiosa clase de control: todavía enfadado y a la defensiva. Por fácil que le fuera a *Exploradora* el ofenderse, algo en la situación le resultaba tan extraño que no pudo mantener el enfado.

— ¿Qué te pasa hoy? —dijo, desconcertada de verdad—. Has estado todo el día muy raro. No quería pincharte. De hecho, ni siquiera sabía que pudiera pincharte. Sólo me extrañó. ¿Qué te pasa?

—Llegas tarde —dijo Fidelis a Solis.

El androide sin pintar se encogió de hombros. *¿Tarde?,* se preguntó *Exploradora. ¿Tarde para qué?*

Un pequeño pelotón de phindianos armados y uniformados de blanco y azul entraron a paso ligero en la zona comedor, enarbolando sus rifles láser y con una expresión seria. El capitán, un phindiano de rostro severo con una insignia de rango en el hombro, era el único que aún llevaba el rifle colgado a la espalda.

—Mantengan la calma —dijo a los comensales que le miraban—. Soy el mayor Quecks, del DCPI del espaciopuerto de Phindar. Se nos ha informado de la presencia aquí de un androide sin licencia extremadamente peligroso —dijo, mirando a Fidelis—. Marca, modelo y número de serie, por favor.

— ¿Amo? —dijo Fidelis, mirando a Whie.

A Whie se le desorbitaron los ojos.

— ¿Es usted el propietario de este androide —dijo el capitán, cortante.

—Sí —dijo Fidelis.

— ¡No! —dijo Whie—. ¿Qué pasa aquí? ¿Quién es usted?

—Despacho Criminal de Propiedades Inteligentes, Escuadra Táctica —comentó Solis—. Llevan rifles láser y borradores de neurorred reglamentarios.

La atención de la Escuadra Táctica se desvió hacia el castigado y despintado androide.

—Este viene conmigo —dijo *Exploradora.*

—Eso está por comprobar. ¿Alguno de vosotros lleva armas? —preguntó el mayor Quecks a Whie.

A mí no me mires, pensó *Exploradora,* sabiendo lo que iba a hacer Whie. *No mires a tu alrededor, limítate a* mentir.

Whie la miró.

— *¿Exploradora?*

—Te acordaste de cargar el cañón láser, ¿verdad, hermano?

—Me encanta su sentido del humor —comentó Quecks—. A los de seguridad nos encantan los chistes sobre cañones láser que hacen los adolescentes extranjeros que viajan con androides peligrosos. Es lo que más nos gusta.

Los soldados aferraron sus armas con más fuerza.

Exploradora miró al Mayor a los ojos e invocó a la Fuerza lo mejor que pudo.

—No, no llevamos ningún arma. ¿Verdad, Whie?

Whie abrió los ojos y siguió su ejemplo.

—No, señor. Sólo somos niños —explicó...

...y hasta *Exploradora,* que sabía perfectamente que llevaba un sable láser escondido bajo la capa, notó lo absurdo que era que el Mayor se pusiera matón

con dos niños tan claramente inocentes. Los ocho soldados que había tras él miraron a su alrededor y bajaron las armas.

El phindiano se relajó despacio. Tenía los brazos tan largos que sus manos, al colgar a sus costados, casi le rozaban los tobillos.

—Muy bien. Permanezcan sentados en esta mesa con los androides, por favor, hasta que informemos de que no hay problemas.

Fidelis inclinó la cabeza a un lado en medio de la última frase del Mayor, como si escuchara algo. Un instante después, Solis hacía lo mismo.

— ¿Qué? —dijo *Exploradora* con urgencia—. ¿Qué pasa?

—Lo malo que tiene la seguridad de los espaciopuertos —comentó Solis— es que está concebida para impedir que los pasajeros accedan al personal de las naves. — Ahora hasta *Exploradora* podía oír los distantes disparos láser y oler el ardiente ozono de los rayos en el aire—. En vez de ser al revés.

Un pelotón de androides de combate llegó rodando por los pasillos de la zona de embarque en un borrón arremolinado de metal y cerámica de alta tecnología, atravesando las líneas de seguridad y desenrollándose en el vestíbulo de abajo hasta asumir posiciones de combate, desplegando un arsenal de cuchillas, láseres, lanzadardos y armas que *Exploradora* no podía ni reconocer. Los androides en sí eran la mitad de altos que un humano, estaban construidos como cortantes exoesqueletos, y sus delgadas cabezas alargadas se afilaban hasta acabar en punta. Las luces fluorescentes del espaciopuerto se reflejaban en cada superficie letal.

La mezclada multitud de phindianos nativos y viajeros galácticos de paso por el espaciopuerto permaneció inmóvil por un largo momento, mirando fijamente toda la maquinaria de muerte que les apuntaba de pronto. Una serie de pequeños pitidos rompió el escalofriante silencio.

—Mira qué cosas, han disparado los detectores de metal del espacio-puerto —observó secamente Solis.

Y entonces se desató el caos.

Hojas gemelas de luz aparecieron cuando el Maestro Maruk y la Maestra Leem sacaron el sable láser, listos para desviar los disparos láser de los androides de combate. *A paseo el disfraz,* pensó Jai Maruk.

—NO SE ASUSTEN —bramó, tiñendo su voz con la Fuerza para que se oyera con un tono de mando absoluto.

En ese momento, los civiles podían ser tan peligrosos para ellos mismos como los androides de combate, dependiendo de lo que buscara ese pequeño comité de bienvenida. ¿Había sido una traición de Dooku o simple mala suerte?

—MANTENGAN LA CALMA Y DIRÍJANSE A LAS SALIDAS.

La multitud aterrorizada, que había mantenido cierta semblanza de orden gracias a la fuerza de su voluntad, se agachó y se apresuró a moverse como cucarachas araña en dirección a los pasillos laterales de la gran galería, desapareciendo en tiendas de regalo libres de impuestos, corriendo hacia los

tuboascensores y amontonándose en las estaciones de aseo, buscando un lugar donde esconderse.

Los seis androides de combate se movieron a un lado, apartando cuerpos de su camino, para asumir posiciones de fuego cruzado contra la Maestra Leem y él.

— ¿Superandroides de combate Ohm-D'un? —preguntó ella.

Jai Maruk negó con la cabeza.

—Son androides asesinos de la Confederación —bramó, gritando para ser oído por encima del estruendo reinante.

Los reconocía de un informe de Anakin Skywalker sobre su misión en Jabiim. Pero los enemigos de Anakin empleaban un armamento bastante corriente, apenas un láser manual y uno de reserva montado en la espalda. Este pelotón tenía una panoplia de armas mucho más ecléctica y, además de esos dos láseres incorporados, podía ver un par de lanza-dardos, granadas sónicas, dos lanzallamas e incluso dos grandes tubos huecos que estaba bastante seguro de que eran prototipos tácticos de rayos tractores.

Un arsenal incorporado por encargo. *Más o menos con lo que uno equiparía a sus androides de combate si supiera que iba a cazar Jedi y se hubiera enterado de lo buenos que son desviando disparos láser,* pensó Jai con hosquedad.

Dos de los androides asesinos se irguieron y abrieron lo que parecían pequeños platos de antena, no más grandes que un plato para comer. Un trueno repentino explotó en el cráneo de Jai, una explosión aguda de sonido, agonizantemente elevado, que le reventó los tímpanos y le hizo ponerse de rodillas. El ruido era aturdidor, lo bastante fuerte como para derribar a la pequeña unidad R2. Tan elevado que el ataque sónico golpeó a Jai como una barra de hierro en la cara. Maks Leem soltó el sable láser. Tenía la boca abierta y debía de estar gritando, pero Jai no podía oírlo. Tenía la sospecha de que no podría oír nada en mucho tiempo.

Concéntrate.

No podía pensar. La cabeza se le desmoronaba por capas, los huesos del cráneo se agitaban como cerámica rota. Armas de sonido sólido; había oído informes sobre ellas, pero nada podía haberle preparado para ellas.

Notó algo húmedo en el cuello. Sangre. Le salía sangre de los oídos.

Concéntrate.

Un chisporroteo de energía se transmitió entre Maks Leem y él cuando el rayo tractor táctico levantó en el aire a la unidad R2 como si fuera la bala de un lanzacartuchos. Entonces, el rayo se estabilizó y golpeó el suelo con fuerza con la carcasa del R2 fuertemente sujeta en su torno electromagnético.

Los androides sabían que el Maestro Yoda estaba allí.

Venían a por él.

Al lado de Jai, la Maestra Leem alargó la mano. Tenía los labios de su larga y estrecha mandíbula contraídos en una mueca de concentración. Su sable láser voló a su mano. Trazó un arco y cortó la parte superior de una de las

pequeñas varillas de metal que sujetaban las cintas divisorias. El trozo de metal giró en el aire. La gran lo cogió con la otra mano, giró y lo arrojó hacia uno de los dos platillos proyectores de ruido sólido. Explotó en una lluvia de chispas.

Jai no podía decir si el otro seguía haciendo ruido. Era como si se le hubiera reventado un fusible a la parte auditiva de su cerebro, ya que todo pasaba deprisa pero de forma insonora. Por fin disminuyó la sensación de ruidoso agitar de su cráneo y consiguió encontrar un punto de silencio, casi un centro de calma en el ojo del huracán. Una vida de entrenamiento se hizo cargo de la situación y corrió, saltó y se retorció en el aire entre una cortante lluvia de dardos que abrieron docenas de cortes en su cuerpo. Todo era cristalino e insonoro, como si tuviera lugar detrás de transpariacero. La última batalla de su vida resultaba curiosamente impersonal.

Aterrizó delante del androide con el segundo proyector de sonido sólido, y su sable láser lo convirtió en una ruina humeante.

La terminal era un pandemonio de gritos y chillidos. La multitud, al ver que Jai caía de rodillas con sangre chorreándole por los oídos, había perdido su tenue sentido del orden, y la gente corría descerebrada por el vestíbulo, como mermyns huyendo de un nido en llamas.

Y en la zona comedor del segundo vestíbulo, *Exploradora* apartó la mirada del manicomio y empezó a pensar de nuevo.

— ¡Eh, Mayor! —gritó al comandante del DCPI—. A mí lo de abajo me parecen Propiedades Inteligentes Peligrosas. ¡Dispare ya!

Los hombres miraron inseguros al indeciso mayor Quecks. Un soldado del DCPI apuntó con el rifle láser al vestíbulo principal. Un androide asesino de la Confederación alzó la mirada, y medio segundo después el soldado del DCPI caía hacia delante con un cráter humeante donde antes estuvo su cara.

El mayor Quecks miró al cuerpo.

—Se acabó —dijo, inseguro. Sacó el borrador de neurorred de la cartuchera y apuntó a Solis y Fidelis con una mano temblorosa—. Pongan esas unidades bajo custodia y retirémonos hasta que lleguen refuerzos.

—Eso parece una buena idea —dijo Solis—. Si no fuera por la primera parte.

Un breve borrón de movimiento, inconcebiblemente rápido, como un disparo láser de repetición, y el Mayor se vio de pronto pasando la mirada de los dedos rotos de su mano derecha al borrador de neurorred que ahora estaba en la cómoda garra de Solis.

— ¿Quieres vivir? —dijo el androide.

— ¡S... s... sí!

—Yo también —dijo el androide, apretando el arma hasta hacerla chatarra. No fue un apretón lento, con el metal doblándose y chirriando. Fue instantáneo y sin esfuerzo, como si el borrador hubiera caído bajo las gigantescas patas de un transporte AT-PT.

Los soldados del DCPI dieron media vuelta y echaron a correr.

Otro pelotón de androides asesinos bajó por la pasarela del hangar de la terminal. Unas pocas sirenas y luces parpadeantes les saludaron al pasar por

los detectores de metal del espaciopuerto, en dos grupos de a cuatro. Entre ellos caminaba una esbelta mujer calva con el cráneo tatuado. Sonreía al caminar, y no era una sonrisa agradable.

Los dieciocho androides asesinos, todos los que podía transportar el *Última Oportunidad* en sus depósitos exteriores, se habían dividido ya en cuatro grupos. Cuatro de los recién llegados se quedaron con Asajj. Los otros cuatro se alejaron a toda prisa en dirección a los niveles superiores para asegurar la zona comedor. Cinco de ellos combatían a los dos Jedi, pero el que Jai había reducido a un montón de metal humeante no era uno de ellos. Dos más operaban el rayo tractor táctico, manteniendo a la unidad R2 clavada al suelo a una distancia segura, mientras los otros dos se acercaban lo bastante como para lanzar dos granadas sónicas a apenas unos centímetros de distancia de la carcasa del pequeño androide. Las granadas estallaron con una intensa vibración ardiente que dobló el suelo bajo el R2, agrietando y abollando su carcasa.

Ventress encontraba toda la situación algo anticlimática. Una parte de ella habría preferido enfrentarse al viejo Jedi: Asajj Ventress y el Maestro Yoda, sable láser contra sable láser, con todo para el vencedor. Pero Dooku, pese a ser un hombre elegante y con un profundo sentido de la estética, nunca confundía el donaire con la eficiencia, y nunca aceptaba el estilo como sustituto de la sustancia. Había que matar a Yoda, y si se hacía de forma torpe y brutal, e incluso algo funcional, seguiría siendo preferible a darle una oportunidad para que saliera con vida.

Aun así, eso no hacía que la siguiente parte fuera muy agradable. Asajj no era especialmente delicada bajo ningún estándar, pero no estaba impaciente por ver lo que le habrían hecho un par de granadas sónicas de muchos decibelios a un cuerpo anciano atrapado en una carcasa metálica, en el supuesto de que el pequeño tullido hubiera sobrevivido a la primera descarga de sonido sólido y a la subsiguiente paliza que le propinaron los rayos tractores. Pero debía hacerse. Asajj se acercó a la unidad R2 flanqueada por su guardia, sacó los sables láser gemelos y abrió el contenedor de metal con un florilegio, de modo que cayó hecho pedazos, como una flor a la que se le desprenden los pétalos arrastrados por la brisa.

Fue un gran momento, lleno de dramatismo, completamente frustrado por el hecho de que el contenedor estaba vacío.

Asajj parpadeó. Allí donde debía estar el fondo de la unidad R2 había un limpio agujero circular. Yoda había abierto una escotilla de escape en el suelo, dejándose caer al oscuro nivel inferior de aparcamiento.

Ventress gruñó como una pantera de las arenas a la que se le hubiera escapado la presa y abrió otro círculo alrededor de la escotilla de escape de Yoda para que los androides asesinos pudieran pasar por él.

— ¡Bajad ahí! —ladró ella.

El primero de sus androides se dejó caer por el agujero con los pies por delante, y desapareció.

Se oyó un golpe.

Brilló un fogonazo.

Un breve chorro de chispas salpicó por el agujero, seguido de varios golpes metálicos y un estrépito.

Silencio.

—Androide Asesino A Siete Siete, informe —dijo con voz mecánica el jefe de los asesinos androides.

Al cabo de una breve pausa, la cabeza de A77 saltó por el agujero, golpeó el suelo de la terminal con un ruido metálico y rodó lentamente hasta detenerse.

Asajj estudió la cabeza, y luego le dio una patada furiosa. Respiró hondo.

—Bueno. Parece que tendremos que hacer un agujero más grande.

El tiempo pasaba más lento para Maks Leem. Sangraba por docenas de pequeños cortes provocados por los aspersores de dardos de los androides. Ninguna de las heridas era grave, pero tenía que detener primero los dardos que se dirigían hacia sus ojos, y siempre acababa con algunos cortes causados por cada chorro de cuchillas. Ahora era un blanco en movimiento, ya no estaba aturdida por los proyectores de sonido sólido, pero los lanzadardos eran un arma bien elegida, imposible de bloquear por completo y difícil de rechazar del todo. Los mismos dardos eran lo bastante ligeros como para que los androides no tuvieran que preocuparse por si se acertaban unos a otros; las pequeñas cuchillas golpeteaban y rebotaban en sus exoesqueletos de transpariacero, dejando sólo cortes menores. Pero el peligro era considerablemente mayor para los seres de carne y hueso. Tarde o temprano, con un poco de mala suerte por parte de Maks, uno de los chorros acertaría a los tendones de detrás de las rodillas, o a los tobillos, y la situación se agravaría mucho.

Se sentía lenta. Nada en forma. Ahora, en la claridad cristalina de la batalla, le pareció evidente que su odio hacia la guerra se había manifestado en una resistencia pasiva a la idea de luchar. Se había entrenado, por supuesto, pero no lo bastante. No lo bastante para esta nueva situación en la que los Jedi eran envilecidos, y en la cual caían de la gracia de su verdadera vocación de pacificadores para convertirse en algo muy semejante a mercenarios.

Se giró, dio una voltereta lateral en el aire, recibiendo en el flanco el borde de una nube de dardos, y descendió como el relámpago, convirtiendo su sable láser en un rayo. La cabeza del androide asesino estaba a su alcance, pero ahora no podía permitirse atacarla. En vez de eso le cortó el brazo, cogiéndolo cuando sus pies tocaron el suelo. Ella acunó el brazo cortado contra su cuerpo mientras pasaba rodando junto al sobresaltado androide. Se puso en pie y disparó la pistola láser que seguía sujeta a la mano, cerrando sus dedos sobre los dedos de metal metidos en el gatillo y haciendo un disparo, dos, tres, cuatro, cinco, en la espalda del androide que disparaba a Jai Maruk. Acertó, con cada pulsación de luz diamantina, en el mismo lugar, hasta que la armadura reventó desde dentro.

El fuego brotó como sangre por su boca y sus ojos.

Jai parecía ferozmente feliz en medio del caos, como si estuviera en su casa, como si la violencia fuera su verdadero elemento y este momento una consumación largo tiempo esperada. Tenía el rostro bañado en sangre, pero le dirigió una sonrisa fugaz a su compañera y hundió el sable láser en el pecho de otro asesino. Ella deseó sentir esa alegría. Un pequeño toque de locura del

combate le habría venido bien, pero no se había formado de ese modo. Por mucho que le costara mantener la serenidad Jedi, la tristeza seguía brotando desde el centro de su ser, anegándola, escapando de un centenar de cortes para manchar sus ropas.

Otra andanada de cuchillas la alcanzó por detrás, y cayó, apoyando una rodilla en el suelo.

— ¡Vamos! —gritó *Exploradora*—. ¡Tenemos que ayudar!

Posó las manos en la barandilla que daba al vestíbulo principal y empezó a saltar, pero sus músculos pensaban más deprisa que su cabeza, y no estaban preparados para arriesgarse a una caída de ocho metros. Se giró para mirar a Whie.

—Tú salta por aquí, puedes hacerlo. Yo bajaré por las escaleras. De todos modos, es mejor que acudamos desde direcciones diferentes. ¡Solis, tú vienes conmigo!

—No —dijo el androide.

Exploradora se volvió.

—¿Qué?

El androide se encogió de hombros.

—No es mi lucha.

— ¡Pero ahí abajo están muriendo!

—Los animales mueren. Es lo que hacéis vosotros —dijo—. Las máquinas, en cambio, funcionan mientras se las pueda reparar. A la larga, puede que mi vida no signifique mucho, pero llevo cuatrocientos años estándar trabajando, complotando, abusando y engañando para conservarla. He acabado sintiendo apego por mi existencia, y no pienso arriesgarla por algo tan absurdo como posponer el final inevitable de la carne.

La expresión de ultraje de *Exploradora* se desvaneció lentamente para dar paso a algo parecido al desdén.

—Si ésa es tu idea de la vida, puedes quedártela.

Fidelis se estremeció, mostrándose completamente de acuerdo.

—Una pasmosa ausencia de valores. Siempre hay uno en cada tanda que sale de fábrica —dijo remilgadamente, negando con la cabeza.

Exploradora reservó el aliento para correr y se precipitó a las escaleras.

Detrás de ella, Whie posó una mano en la barandilla, examinando la lucha que tenía lugar abajo para decidir dónde aterrizar. Cuatro de los androides recién llegados se dirigían a las escaleras. Muy bien; mejor que la pelea acudiera a ellos. Podía correr por la barandilla, dar un salto largo y aterrizar sobre los dos de atrás. Con suerte, esa distracción daría a *Exploradora* una apertura para hacer algún daño a los dos de delante.

Una mano de acero se cerró en su muñeca. Bajó la mirada. La mano de Fidelis sujetaba la suya, inmovilizándolo contra la barandilla con la misma efectividad que si lo hubiera clavado allí.

— ¿Qué haces?

—No es seguro —dijo Fidelis.

—Pero...

—No he esperado diez años ante el Templo Jedi para dejar que ahora desperdicies tu vida en la defensa sin sentido de una pareja de Jedi superados en número —dijo el androide, como si le explicara algo a un niño pequeño—. Si los androides no acaban con ellos, lo hará Asajj Ventress.

— ¡Estás loco!

Whie buscó su sable láser, sólo para encontrar su otra mano atrapada dentro del puño de hierro del androide.

—No, amo. Sólo lógico.

Whie oyó gritar a *Exploradora:*

— ¡Ya voy, Maestro Maruk!

Un instante después bajó las escaleras a saltos, de cuatro en cuatro escalones, con el sable láser brillando en la mano. ¿Sabía acaso que iba a encontrarse con una partida de cuatro androides asesinos?

—Mira —siseó Whie—. Si soy tu amo, tendrás que hacer lo que te diga, ¿verdad?

— ¡Ah! —gorjeó Fidelis—. Por fin llegamos a alguna parte. Entonces, ¿admite ser mi amo?

— ¡Sí, sí! Lo que quieras, pero ahora tienes que soltarme.

—Mucho mejor —dijo Fidelis, complaciente—. Pero debo decirle, señor, en mi capacidad de consejero suyo, una función notablemente considerable de mi papel de asistente personal de un caballero, que no puedo recomendar su participación en este enfrentamiento. Las posibilidades de éxito son escasas, señor. Muy escasas.

Exploradora había llegado ya al descansillo de las escaleras cuando descubrió a diez metros de ella a cuatro androides asesinos convenientemente armados acercándose a toda velocidad. Los ojos de ella se cruzaron con los de Whie, y ella le miró a él, todavía a salvo en la zona comedor, con una expresión que mezclaba furia, sorpresa y creciente miedo.

Whie sabía que si ella moría, esa mirada le atormentaría el resto de su vida, cada vez que respirara.

Exploradora y los androides se miraron unos a otros por el espacio de tres sonoros latidos de corazón. Entonces, la chica se volvió y corrió escaleras arriba, esquivando y saltando mientras los disparos láser gemían y siseaban a su alrededor.

—Perdóneme —comentaba Fidelis—. Pero considero que dar consejo es parte de mis deberes.

— ¡Suéltame! —rugió Whie.

Fidelis titubeó, dividido entre sus órdenes y su deber.

—Yo no lo haría —dijo tranquilamente Solis.

Pero ese momento de indecisión fue bastante. Whie empleó la Fuerza para abrir los dedos del androide, voltearlo en el aire y correr junto a la barandilla, hacia las escaleras.

— ¡Ya voy, *Exploradora!*

La chica se volvió, distraída por una fracción de segundo al oír su nombre. Un disparo la rozó, y ella cayó con fuerza contra las escaleras.

CAPITULO 8

El hangar era el oscuro bajo vientre del espaciopuerto de Phindar. Las naves grandes como los transportes comerciales, los transbordadores de pasajeros o las naves de transporte de tropas flotaban fuera del puerto, empleando pequeñas pasarelas extensibles para descargar al personal. Las naves más pequeñas, desde saltadores intersistema monoplazas a yates de lujo con capacidad para treinta pasajeros, entraban por las abiertas fauces del hangar y atracaban dentro del espaciopuerto en sí. Tras posarse con un chasquido metálico sobre la cubierta reforzada, esperaban a que el hangar se llenara de aire y presión, y luego dejaban que los androides pilotos aparcaran la nave según los planes de vuelo prefijados. Asajj Ventress, que prefería un lugar cerca de las puertas para poder hacer una salida rápida, había decidido no utilizar el servicio de atraque. De hecho, lo único que quedaba de los androides de servicio era un montoncito de tuercas, arandelas, chatarra y humeante lubricante.

Las cámaras de seguridad colgaban del techo como globos oculares arrancados de sus cuencas, en tristes y humeantes marañas de cables con trozos de cristal humeante en el extremo. De haber seguido en funcionamiento, habrían visto a dos notables figuras moviéndose la una hacia la otra. De un lado, moviéndose rápidamente entre las naves aparcadas, estaba el Maestro Yoda, con el brillo verde del combate destellando peligrosamente en sus ojos.

También era Yoda, un Yoda diferente, quien bajaba torpemente por la pasarela de la carlinga del *Última Oportunidad.* Este Yoda parecía tener muy mal aspecto, herido, sucio y deshidratado. Aún tenía las muñecas y los tobillos atados, y se le había despegado una de las orejas, por lo que ahora colgaba tristemente de un lado de la cabeza, balanceándose de un lado a otro.

El primer Yoda alzó su sable láser como si fuera una varilla luminosa y estudió la castigada parodia de su persona.

—Mmmm —bufó—. ¡Mal aspecto tengo!

—Por las estrellas —croó Palleus Chuff—. ¡Eres yo! ¡Digo, tú!

Un fogonazo de luz brilló en la distancia, en alguna parte de la oscuridad, seguido de una serie de golpes distintivos: uno, dos, tres, cuatro androides asesinos saltando los ocho metros que había entre el vestíbulo principal y la cubierta de los hangares.

—Ahora dos de nosotros hay —gruñó Yoda—. Cero pronto habrá si rápido no nos movemos.

Agitó los dedos, y Palleus Chuff contempló asombrado cómo la cinta que unía sus muñecas y tobillos empezaba a desenvolverse sola. Lanzó un gañido cuando los bucles de cinta acabaron por liberarse del todo, llevándose consigo tiras de vello corporal.

—Escocer puede —añadió Yoda.

Pasos de metal resonaron en la oscuridad, dirigiéndose hacia ellos.

— ¡Es Ventress! —dijo Chuff—. Ha venido a matarte. Me cogió prisionero creyendo que yo era tú, pero descubrió de algún modo que tú ibas a estar aquí

y vino a por el de verdad. Pero cometió un error —jadeó, triunfante—. Dejarme solo en la nave. No creyó que pudiera hacerle daño, ¡qué va! ¿Cómo podría hacérselo Chuff, el pobre actor? ¡Pues he programado su horrible nave para que se autodestruya!

Un disparo láser iluminó la oscuridad como un relámpago repentino. Yoda lo bloqueó.

— ¿Autodestruirse?

— ¡Sí! Hago lo mismo en *¡Jedi!,* acto tercero, escena cuarta, cuando escapas de los tholianos... —Chuff hizo una pausa—. ¿No crees que igual deberías apagar esa espada? Parece un blanco perf...

Yoda empleó la Fuerza para hacer girar a ambos en el aire y caer al otro lado del *Última Oportunidad,* mientras una andanada de dardos rebotaba y caía con un tintineo del costado de la nave estelar.

— ¿Para explotar la programaste? —volvió a decir Yoda.

—Sí, le programé una cuenta atrás que conecta el hiper... —Palleus Chuff hizo una pausa—. Aunque, claro, en *¡Jedi!* la nave está en el espacio y tú tienes una cápsula de salvamento. ¿Crees que hacer que los motores del *Última Oportunidad* se enciendan y den un salto al azar al hiperespacio desde dentro de la estación espacial es algo malo?

Resultaba difícil interpretar la expresión del Maestro Jedi en los fogonazos estroboscópicos de los disparos casi continuados, pero Chuff, que había estudiado durante meses vídeos de Yoda, le pareció que el arrugado rostro del viejo Jedi estaba un pelín irritado.

Mientras, en la cubierta principal, Whie saltaba de la barandilla profiriendo un grito sonoro y esperando distraer al androide asesino que apuntaba un lanzadardos contra *Exploradora.* El androide se volvió, el ronco sonido del arma se hizo oír, y una andanada de trazadores afilados como navajas surcó el aire en dirección a Whie. El joven pádawan se retorció en el aire, empleando la Fuerza para desviar al techo el chorro de metal. La gravedad artificial de la estación era de sólo 0,69 g, lo que acentuaba la apariencia de gracia sin peso que tenía el chico. Descendió girando y con el sable láser de un furioso verde azulado. Los cuatro androides de las escaleras se separaron. Dos cayeron bajo Whie; los otros dos se lanzaron a por *Exploradora.* Uno la cogió del tobillo y trató de aplastarlo en su mano de metal, pero sólo consiguió que el zumbante borrón azul del sable láser de ella le cortara la mano a la altura de la muñeca de metal.

El androide se miró el muñón cortado del brazo. Sus engranajes y cables echaban chispas. *Exploradora* saltó hacia delante, intentando hundir su arma en el pecho fuertemente acorazado, pero éste se giró a un lado, dejando que la hoja atravesara el espacio, inofensiva, y dirigiendo hacia ella un tremendo golpe que, de tener todavía el androide una mano unida al extremo del brazo, le habría arrancado la cabeza. Ahora, su muñón se limitó a pasar junto a su cara, siseando y escupiendo chispas.

Los años de entrenamiento con *Mano de Hierro* se hicieron cargo. *Exploradora* soltó el sable láser sin dudarlo, cogió el muñón que pasaba junto a ella, lo sujetó cerca de su cuerpo, se agachó y giró en dirección a las escaleras,

usando la inercia del propio androide para arrojar su enorme cuerpo sobre la barandilla. Pareció flotar un momento en el espacio, antes de caer con gran estrépito al suelo de seis metros más abajo.

—Buen lanzamiento —dijo una voz metálica.

Exploradora se volvió justo cuando la mano del segundo androide se cerró alrededor de su cuello.

Maks Leem yacía jadeante en el vestíbulo del espaciopuerto, sangrando por un centenar de heridas. Su sable láser yacía allí donde lo había dejado caer cuando la última andanada de dardos convirtió su mano en carne picada.

Quedaban dos de los seis androides asesinos asignados a acabar con Jai Maruk y con ella.

Al viajar de incógnito por el espaciopuerto, ni Jai ni ella llevaban armas que pudieran disparar a distancia, y sus contrincantes se habían aprovechado de ello. Los estúpidos androides de combate habrían atacado con cualquier arma a su disposición, pero estos superasesinos androides se habían mantenido enloquecedoramente fuera de su alcance, contentándose con disparar a distancia y protegiéndose tras los empalidecidos vendedores de billetes y los guardias de seguridad que pillaban intentando huir. Tenían una buena programación, una buena información táctica o ambas cosas.

El androide cuya descarga había acabado derribándola arrojó a un lado al piloto de saltador que había estado usando de escudo y se acercó hasta ponerse a cinco metros. No más cerca, claro. La sangre goteaba de los tres ojos de la gran mientras ella miraba su sable láser. No sabía de qué le serviría recogerlo con la Fuerza. Tendría que luchar con la zurda, y, de todos modos, el implacable androide seguiría manteniéndose lejos, esperando a que llegara su ocasión.

—Vas a ser desguazada —comentó éste, alzando su láser.

—Lo sé —dijo Maks—. Pero no por ti.

Y empleó la Fuerza para hacer dos cosas en rápida sucesión; la primera, la más complicada, fue aplastar el cañón de su láser. Esto había sido difícil, pero una vez aplastado el metal fue juego de niños tirar del dedo del gatillo y mantenerlo apretado.

El láser reventó, llevándose consigo la mano del androide y derribándolo de espaldas.

Entonces hizo lo mismo con el cañón de gran calibre que llevaba en el hombro. Éste le reventó el pecho, lanzando por todo el vestíbulo goterones de metal fundido.

Jai Maruk se volvió al oír la primera explosión, sonriendo con ferocidad triunfal. Cuando tuvo lugar la segunda explosión, estaba preparado. Buscó con la Fuerza, conformando la explosión para guiar los fragmentos fundidos y hundirlos como humeantes balas de cañón en el cuerpo del asesino que le había estado atormentando. El impacto arrojó al androide contra una pared, mellando su forro de transpariacero. Jai empleó la Fuerza para mantenerlo ahí clavado y corrió hacia él. Movido por una rabia peligrosamente próxima al Lado

Oscuro, su sable láser lanzó un destello y, con un poderoso mandoble, partió al androide asesino en dos humeantes mitades.

Se paró sobre su enemigo, jadeando, y con el aire arañándole la garganta. Notó sangre en la boca. *Es sólo una máquina,* se dijo. *Una simple herramienta.* Su verdadero enemigo era la mente que había comprado e informado a esos asesinos.

Un único par de manos aplaudió cansinamente en el complejo casi desierto.

—Bien hecho, Jedi —dijo una voz burlona.

El Maestro Maruk se volvió despacio. El gran vestíbulo seguía sin estar vacío. Unas pocas personas se acurrucaban, aterradas, tras las cabinas de billetes y las cintas de equipaje. Al otro lado de la mesa de información, Maks Leem había conseguido ponerse de rodillas. Salpicaduras de su sangre manchaban el suelo de baldosas a su alrededor, rojo sobre blanco. Las formas rotas de los cinco androides asesinos que habían destruido yacían dispersas por el vestíbulo. El sexto se agitaba espasmódicamente y echaba chispas junto a las escaleras. Intentaba erguirse, pero algo se había roto en las articulaciones de su pierna o su cadera. En vez de levantarse, sólo conseguía girar a su alrededor en lentos e irregulares círculos, como el juguete roto de un niño.

No había ningún rastro del Maestro Yoda.

Sólo una figura permanecía fresca y erguida en todo ese paisaje de destrucción: Asajj Ventress, tan alta, esbelta, elegante y letal como la recordaba.

—Ah... Eres diecisiete, ¿verdad? —dijo con placer. Un par de sables escupieron y relucieron, cobrando siseante vida en sus manos—. Me alegro de que los androides no acabasen contigo. Eso me habría estropeado el conteo.

— ¿Numeras a tus víctimas? —dijo Jai—. Debes de necesitar un ejército de contables.

—Oh, la verdad es que trabajo sola, y me gusta viajar ligera de equipaje —dijo Ventress, flexionando las muñecas y cortando rápidos arcos de luz en el aire—. Sólo cuento a mis Jedi, y sólo a los muertos.

En el hangar, Palleus Chuff había programado el *Última Oportunidad* para que conectara sus motores al cabo de diez minutos. Ya debían de haber pasado al menos cinco de esos minutos, y cuanto más pensaba el actor en esos motores gigantes encendiéndose dentro del cerrado muelle, más pensaba que igual su idea no había sido tan buena.

Yoda trabajaba muy deprisa. El *Última Oportunidad* estaba anclado a la cubierta con cinco enganches magnéticos de gran potencia situados al final de las cinco patas sobre las que se apoyaba. El viejo Jedi los estaba cortando uno a uno.

— ¿Por qué haces eso? —preguntó Chuff, mirando hacia delante, de modo que puso la cabeza bajo la esquina de la nave que acaba de quedarse sin apoyo.

Yoda chilló e hinchó sus mejillas redondas con el repentino esfuerzo de usar la Fuerza para impedir que la nave aplastara a Chuff convirtiéndolo en una mancha de grasa en el suelo del hangar.

— ¡Atrás! —ladró.

—Tampoco tienes por qué ponerte tan susceptible. —Un chorro de plasma supercaliente se dirigió hacia Chuff, curvándose y alejándose de forma misteriosa en el último minuto—. ¡Guauuu! ¡Qué suerte he tenido!

Yoda profirió un ladrido. Cogió al actor por la muñeca y lo desplazó hacia arriba hasta situarlo bajo la aparcada nave estelar, dejando que la esquina se estrellara donde ellos habían estado una décima de segundo antes. El aire chisporroteó y tintineó cuando una ristra de dardos se clavó en el casco de la nave.

— ¿No crees que sería mejor acabar con esos androides? —chilló Chuff—. No es que quiera enseñarte a hacer tu trabajo, pero dadas las circunstancias...

Una granada sónica llegó rebotando hasta detenerse debajo de la nave. Un empujón de la Fuerza, y Yoda la envió hacia fuera.

—Si los motores de la nave se encienden, el espaciopuerto destrozarán —gruñó.

—Oh —dijo Chuff, alicaído—. Me parece que no se me había ocurrido...

— ¡Cierto! —gruñó Yoda, y con otro tirón de la Fuerza, los dos se elevaron para pegarse a la parte inferior de la nave, mientras una línea de fuego de plasma barría la cubierta allí donde habían estado antes. Un instante después volvían a caer al suelo, ahora caliente bajo sus pies.

—De las máquinas me ocuparé —dijo Yoda con ojos brillantes. Apagó el sable láser y se lo pasó a Chuff—. Coge esto. Cortar la última pata debes para que fuera de la cubierta de amarre la nave yo pueda empujar. Después a los tuboascensores corre.

— ¡Yo! —dijo el actor—. Pero...

Yoda cogió las manos de Chuff, cerrándolas alrededor del sable láser.

—Vivir tu papel puedes. ¡Un héroe Jedi debes ser!

Y, de algún modo, la fuerza, el valor y la confianza parecieron fluir de las manos del anciano, y Chuff se sintió más vivo que nunca. Como si el valor fuera una hoguera y estuviera demasiado cerca de Yoda para evitar quemarse.

Sintió que le brillaban los ojos, y la boca se le curvaba en la sonrisa Yoda del Alegre Caos.

—Que la Fuerza te acompañe, Maestro Yoda.

El viejo Jedi lanzó una carcajada.

— ¡Normalmente lo hace!

Entonces, el sonido tableteante de un láser de repetición mordió el oscuro hangar, arrancando una línea de chispas del suelo, y Yoda desapareció. Un instante después, uno de los androides asesinos era cogido como por una

mano invisible y arrojado contra un camarada. Los trazos de luz de los disparos convergieron en una figura en sombras que se alejaba de Chuff.

¿Cuánto tiempo queda?, se preguntó el actor. *¿Tres minutos? ¿Dos?* Respiró hondo. Se arrastró en silencio hacia el último ancla magnética del *Última Oportunidad.*

Todo el hangar se llenó de un ruido chirriante y raspante cuando una nave monoplaza localizada a cierta distancia empezó a arrastrarse por el suelo. Yoda estaba alejando de él a los androides.

Chuff cojeó hasta la última pata de la nave. Tras pasar varios días atado en la bodega de Ventress, sentía todo el cuerpo rígido, dolorido y torpe. Tenía erizado el vello de la espalda porque esperaba la descarga de fuego láser que le mataría allí mismo. Se obligó a ignorarlo, decidido a no fallar a Yoda.

Fogonazos de disparos iluminaron el otro extremo del hangar como si fuera un relámpago continuado, y una granada sónica estalló, añadiendo su fragor grave al chirriar y tabletear de los láseres de repetición.

Sin tener ni un sable láser a mano, el Maestro Yoda estaba dando a los androides asesinos más trabajo del que podían atender.

Cuando Chuff llegó al último anclaje, tuvo un momento de pánico, pensando que no sabría cómo conectar el sable láser. Apretó lo que habría sido el botón de encendido en el sable de atrezo que había empleado en las 1.437 representaciones de *¡Jedi!* Para su delicia, el arma siseó inmediatamente, cobrando vida.

—Por la estrellas —murmuró, sintiendo que a su rostro acudía su mejor sonrisa de Yoda Sabe—, la Fuerza está conmigo.

Cortó rápidamente el soporte, apagó el sable láser para no delatar su posición y saltó hacia atrás cuando una repentina llamarada de disparos trazadores gimieron sobre él.

La nave se asentó en la cubierta con un sonoro estrépito, libre de sus ataduras magnéticas.

Cuando Chuff llegó al tuboascensor, la cuenta atrás de su mente le decía que los motores del *Última Oportunidad* rugirían cobrando vida en cualquier momento. Tuvo una repentina imagen de lo que significaría eso: bandas de energía magnética y descargas de fusión latiendo por todo el hangar, la nave estrellándose ciegamente contra las paredes. Energía acumulándose para el salto a ciegas al hiperespacio, y que la Fuerza ayudase a todo el que se viera atrapado con eso en un espacio cerrado.

Chuff tragó saliva. Había sentido un tembloroso valor por todo su ser jugando a ser un héroe con el sable láser de Yoda en las manos, pero el valor empezaba a abandonarle, dejando sólo el temblor. Se encogió en una esquina y puso la cara contra la pared para no ver el primer brillo de los motores del *Última Oportunidad al* encenderse.

Una mano le tocó en el hombro. Se sobresaltó, se dio media vuelta y vio los alegres ojos de Yoda mirándolo. El Maestro Jedi le cogió y saltó hacia el ascensor mientras una hilera de dardos se clavaba en la pared ante la que habían estado parados.

Las luces se encendieron por todo el *Última Oportunidad,* y un zumbido grave empezó a latir en sus motores. La nave resbaló a ciegas por el suelo del hangar, ganando velocidad y, entonces, atravesó la pared de la estación espacial con un ensordecedor grito metálico. Botó por la abertura y salió al espacio en una lluvia de transpariacero, aislante y cables chisporroteantes. Ganó velocidad, alejándose de la estación a medida que se conectaban las primeras troneras.

La descompresión explosiva absorbió todo el aire fuera de los hangares, arrastrando sillas, papeles, herramientas, cajas pequeñas y, lo que era más importante, los cuatro androides asesinos, que fueron arrojados al negro vacío del espacio. El aullante viento casi arranca a Chuff del tuboascensor, obligándole a seguirlos, pero la mano del Maestro Yoda le retuvo. Una bolsa de aire permanecía en el ascensor, mantenida allí por la voluntad de Yoda.

Fuera, en la profunda oscuridad del espacio, los androides asesinos giraban, chocando unos con otros mientras se alejaban más y más, hasta que sus erráticos disparos no fueron más que el titilar de luces distantes.

Yoda se volvió hacia Chuff.

—Gracias —dijo.

De vuelta a la escalera entre el vestíbulo principal y la zona comedor, la mano metálica del androide asesino tenía un tacto frío en el cuello de *Exploradora.* La joven sintió cómo le crujían las vértebras cuando fue levantada despacio del suelo por el cuello. Whie la miraba. Los otros dos androides estaban hechos pedazos a su alrededor.

—Baja tu arma —dijo el androide a Whie.

—No lo hagas —jadeó *Exploradora*—. Yo no soy impor...

Los dedos del androide se apretaron sólo una fracción más, ahogando toda clase de habla. Apenas podía conseguir aire. Con la experiencia de toda una vida en llaves de lucha libre, supuso que caería inconsciente en treinta segundos. A no ser que el androide decidiera apretar una vez, con fuerza, claro; entonces estaría muerta.

Whie estudió la situación. Por una vez hasta respiraba con fuerza. Asintió, y la llama de su sable láser se redujo y se apagó.

—Hazle daño y te... desguazaré.

—Eso es irrelevante —dijo el androide con voz monótona—. Sólo la misión es relevante. No debes interferir con la misión.

Un suave anillo negro se formaba en los bordes de la visión de *Exploradora.* Luchó por mantenerse consciente. El androide estaba parado de lado en las escaleras, sosteniéndola lejos de su cuerpo con mecánica facilidad, en clara advertencia a Whie, parado cinco escalones más abajo.

Había algo extraño en un lado de la cabeza del androide. *Exploradora* pestañeó y se obligó a enfocar la mirada. Sí, allí estaba: una pequeña mota roja, como la punta de una varilla luminosa, centrada en el costado de la cabeza del androide. Qué raro.

— ¿Hay algún problema? —dijo Fidelis, bajando las escaleras con aire puntilloso.

—Cualquier interferencia con la misión tendrá como consecuencia la terminación de esta unidad —dijo el androide, haciendo énfasis en su argumentación con un apretón que arrancó un chillido estrangulado de *Exploradora.*

Fidelis se acercó despacio.

—La chica no me interesa. Yo sólo sirvo al amo Malreaux, que está parado detrás de ti. Parece que tus camaradas y tú le habéis ofrecido violencia.

—Intentó interferir con la misión —dijo el androide. No parecía notar la pequeña mota roja de su frente—. Todo el que interfiera con la misión debe ser suprimido. Retrocede o tú también serás desguazado.

—Eso no es muy educado —dijo Fidelis. Sus dedos salieron disparados para hundirse en las cuencas oculares del androide asesino y arrancarle la cabeza.

En ese mismo instante, brilló el borrón verde del sable láser de Whie, y *Exploradora* cayó al suelo con la mano cortada del androide todavía rodeándole el cuello. A medio metro de ella pudo ver los engranajes y cables cortados del muñón de su muñeca, intentando cerrar la mano y aplastarle el cuello.

La máquina sin cabeza y sin mano se inclinó para ponerse en pie.

—Creo que no —dijo Fidelis.

El asistente personal de caballeros hundió la mano en la conexión del cuello del androide y la sacó sujetando las entrañas del androide, arrastrando tubos y cables como si fueran un corazón arrancado con los ventrículos aún bombeando. Fidelis cerró la mano con la misma fuerza aplastante con que había pulverizado el arma del soldado del DCPI, reduciendo las entrañas del androide asesino a un brillante bloque del tamaño de un terrón de azúcar.

El androide se derrumbó en las escaleras como un montón de chatarra.

—Matones baratos —bufó Fidelis—. Terriblemente inferiores.

Whie miraba fijamente a su sirviente.

— ¿Qué eres tú?

—Su asistente personal de caballeros, señor.

—Esto..., ¿me echáis una mano? —dijo *Exploradora* entrecortadamente. Whie cerró la boca que mantenía abierta y empleó la Fuerza para abrir los dedos de metal engarriados alrededor de su cuello.

Exploradora aspiró una gran bocanada de aire. Por viciado, enlatado o reciclado que fuera el aire, ninguna brisa del océano le habría sabido mejor. Miró los pedazos de androide dispersos por las escaleras. Whie había hecho un buen trabajo con la espada mientras ella caía e intentaba romper manos de metal con el cuello.

—Gracias por el rescate, apuesto príncipe.

Whie sonrió. *Exploradora* decidió que cuando el chico no intentaba ser *Sereno y Superior A Todo,* tenía un rostro bastante agradable. Él le cogió la mano y la ayudó a levantarse.

—Me limito a cumplir con mi jornada laboral, princesa.

Miraron hacia abajo desde su lugar de ventaja en las escaleras. No había ni rastro de la pequeña unidad R2 en la que se había escondido el Maestro Yoda. El vestíbulo del espaciopuerto estaba cubierto de restos de androides. Los suelos de ferrocerámica estaban agujereados y chamuscados. La parte cercana a Maks Leem estaba salpicada de sangre.

Unos pocos phindianos seguían intentando escapar de la zona. Se oían sirenas en la distancia. Un estrépito apagado se oyó procedente de alguna parte de los hangares inferiores.

Jai y Maks tenían problemas. La Maestra Leem intentaba ponerse en pie, pero incluso a esa distancia pudieron ver por sus movimientos tambaleantes e inseguros que luchaba por no perder la consciencia. A treinta metros de ella, Jai Maruk libraba una lucha feroz contra Asajj Ventress, su sable láser azul celeste se enfrentaba a dos hojas rojo sangre. Asajj estaba ganando.

Whie y exploradora se miraron consternados.

— ¡Vamos! —dijo *Exploradora.*

Jai Maruk estaba sordo y se movía en una neblina de ruido blanco que bajaba gradualmente de tono hasta convertirse en un débil siseo, el sonido de la sangre circulando bajo su piel.

En toda su vida había luchado con tanta fiereza. Los androides sólo habían sido un calentamiento, un ejercicio de estiramientos que le había costado un vaso de sangre y algo de movilidad en el costado derecho, gracias a un dardo clavado en la cadera.

En las once semanas y media transcurridas desde que vio a Ventress por primera vez, había repasado ese encuentro una y otra vez, catalogando cada error, analizando todo lo que podía recordar de aquel primer salvaje duelo. En Coruscant llegó a comprender que la había subestimado. Desde las primeras estocadas de su encuentro había buscado desarmarla; y cuando se dio cuenta de su error, ella ya había tomado la iniciativa y lo hacía retroceder con un ataque incesante. Sus bloqueos se volvieron excesivos, y eso acabó por erosionar su postura defensiva y su equilibrio.

Había imaginado un centenar de veces cómo se desarrollaría su reencuentro, pensando en las aperturas que utilizaría, qué ataques tendrían más éxito y en cuál de sus puntos fuertes se centraría. El control que ella tenía de la esgrima a dos espadas era admirable, pero su experiencia le decía que esos combatientes tendían a depender demasiado de sus armas y prestaban una atención excesivamente escasa a la Fuerza.

Sólo había una cosa que nunca había admitido del todo en su análisis: Que ella era mejor que él.

Simplemente.

Mejor.

Durante el largo vuelo de regreso a casa le había resultado muy fácil ignorar ese hecho. Mientras yacía en su cama en el Templo Jedi, planeando combinaciones y movimientos, había olvidado ese único detalle, aparentemente crítico.

Ella era mejor.

Más rápida. Más elegante. Con mejor juego de pies. Más precisa con sus armas. Sucumbir al Lado Oscuro de la Fuerza podría ser una mala decisión en la vida, pero hasta su manejo de la Fuerza era mejor que el de él: más poderoso, más sutil, más delicado y, lo que más le costaba admitir, ofrecía una mejor comprensión de ella. Asajj Ventress comprendía su propia naturaleza, sus habilidades y sus debilidades mucho mejor de lo que Jai se conocía a sí mismo. Simplemente era mejor.

Ese conocimiento le había abandonado en cuanto salió de Vjun, como si fuera un sueño. No era algo que soportase creer. Pero ahora, la profunda verdad de que Ventress iba a matarlo empezaba a entrar en la comprensión de Jai Maruk, afilada y dura, como una daga entrando en su cuerpo, como una pesadilla olvidada durante el día pero que se arrastra hasta él por la noche.

Con sólo tres movimientos, ella le hizo una larga herida en el brazo, cuando su parada llegó tarde. Para entonces ya era evidente que la habilidad sola no le salvaría. Intentó un truco, empleando la Fuerza para coger un pedazo roto de androide y arrojarlo contra ella por detrás. Ella, de algún modo, lo sintió venir, se giró como una bailarina askajiana y arrojó el pedazo de metal contra él. Él intentó apartarlo, pero sólo consiguió partirlo en dos, y una de las mitades le golpeó con fuerza en la pierna derecha.

Pasó de los trucos a la fuerza de voluntad. Ya había ganado así antes. Cuando era un niño pequeño, en el Templo, su carta triunfante había sido su fuerza de voluntad. Había ganado concursos de miradas desde los siete años porque se limitaba a desear mantener los ojos abiertos mientras éstos le ardían y se le llenaban de lágrimas, mirando fijamente hasta que el dolor resultaba excesivo para su contrincante. Así era Jai Maruk. Lo llamaban murcielalcón por su feroz mirada. No era bastante.

Odiaba eso. La mujer era malvada. Despreciable. El había dedicado toda su vida a servir a la justicia, la verdad y la sabiduría, a templar su cuerpo hasta convertirlo en una especie de sable, una espada espiritual, rápida y certera. Y no era bastante.

Esta mujer, cinco o más años más joven que el. Esta repugnante asesina burlona era, sencillamente, mejor que él, y él odiaba eso. Atacó con negra furia, haciéndola retroceder, dejándose llevar como nunca lo había hecho, derribándola, medio ciego y enloquecido por el odio. Presionó, haciéndola cruzar el suelo manchado de sangre.

Se oyó un gran estrépito y todo el vestíbulo se estremeció Saltó alto, empujando a Ventress hasta donde estaba la pobre Maks Leem, su buena, amable y moribunda compañera, a la que se le escapaba la vida, desangrándose al borde de un agujero cortado en el suelo. Era blanda e iba a morir por eso, porque al final del día los que aguantaban eran los que mataban.

Ventress sonreía. Movía la boca. No podía oírla, claro, pero sí seguir el movimiento de sus labios. *Muy bien,* le decía. *Se acabó, diecisiete.*

Ventress se volvió con un gesto casi casual y trazó un humeante corte en el vientre de la Maestra Leem. La gran se desplomó sobre sus rodillas. Ni siquiera se miró la herida. Miraba a Jai, y sus tres ojos estaban tristes, muy tristes. *No lo hayas Jai,* decían sus labios.

Otro estrépito rechinante. No podía oírlo, pero sí sentirlo en las plantas de los pies. Entonces se creó un huracán en el vestíbulo, un poderoso viento, cuando todo el aire empezó a ser absorbido por el agujero del suelo. *Han agujereado el casco de la estación espacial,* pensó Jai.

El humo se enroscaba al desprenderse del vientre de la Maestra Leem. Aun así, seguía mirándolo fijamente. *No lo hayas, Jai.*

Todo estaba en silencio. Todo era quietud.

Una verdad floreció en el pecho de Jai desde el corazón de esa quietud: iba a morir.

Iba a morir aquí. Ahora.

No habría ningún rescate milagroso. No habría ninguna fuga maravillosa. Los dos iban a morir. Ventress iba a matarle, y la pregunta que se reflejaba en el rostro de Maks Leem era si él moriría como un Jedi o si pasaría los últimos segundos de su vida cediendo finalmente, para siempre, al Lado Oscuro.

Porque era allí donde estaba en ese momento. Jai podía sentir todo su odio en los bordes de este lugar de quietud de su corazón. Y, sí, también su desesperación. Por el criminal desperdicio que suponía, por la horrible perversión de que fuera Ventress quien ganara. Todo estaba allí, todos los motivos que pudiera llegar a necesitar para admitir que el Lado Oscuro era el más fuerte. Para rendirse a él.

Hubo un ligerísimo titubeo en su gesto. El cuerpo de Maks Leem estaba siendo absorbido en el agujero practicado en el suelo. Ya no podía mirar a Jai, al concentrar hasta el último ápice de sus energías en la Fuerza para sellar la abertura, para impedir que se llevara todo el aire de la estación.

—No lo haré —dijo. No podía oírse—. No lo haré —gritó, y de algún modo supo que Maks Leem, sorda y moribunda, le había oído y estaba satisfecha.

Nadie llegaría a saber nunca lo cerca que había estado Jai de rendirse al Lado Oscuro. Nadie, salvo Maks, sabría que se había resistido al final. Los dos habrían muerto al cabo de pocos minutos, y su elección no marcaría ninguna diferencia en el universo.

Pero para Jai Maruk lo era todo.

Durante los siguientes treinta segundos luchó de forma más elegante y hermosa que en toda su vida, y cuando Asajj lo abatió finalmente, cayó sonriendo.

Whie tenía un sentido del equilibrio tan fenomenal que se las había arreglado para no caer incluso cuando corría escaleras abajo en el momento en que la primera ráfaga de viento provocado por la descompresión golpeó el vestíbulo principal. *Exploradora* no tuvo tanta suerte. La ráfaga la derribó y la

arrastró escaleras abajo. Tuvo que recuperarse de un golpe que se dio en la cabeza antes de poder forcejear para levantarse. Para entonces, la Maestra Leem parecía estar conteniendo la ruptura y Whie estaba muy lejos de ella, corriendo hacia Asajj Ventress.

Exploradora había empezado a correr cuando Ventress mató a Jai. El Maestro Maruk había alzado el sable láser para bloquear un golpe descendente de una de las armas de ella; la otra le traspasó limpiamente medio pecho en un corte lateral que le derribó como a un montón de ramas de mijo cortadas.

El aliento abandonó el cuerpo de *Exploradora* como si hubiera sido atropellada por un deslizador. Ni se le ocurrió preocuparse de sí misma. Jai Maruk había muerto de pronto. Su Maestro, al que había jurado honrar y defender. Una hora antes había estado quejándose de él, pero cuando llegó el momento de ponerse a prueba sólo había conseguido demostrar que todo lo que él le había dicho sobre que no estaba lista era cierto. Había caído por las escaleras, había soltado el sable láser y había perdido tiempo al dejar que el estúpido androide la cogiera por el cuello. Todo había sido un estúpido error tras otro, y cada uno de ellos consumió los preciosos segundos que resultaron ser todo el tiempo que había tenido su Maestro.

Y ahora se estaba muriendo, si es que no estaba ya muerto.

Whie titubeó y de detuvo.

—Por las estrellas —susurró mientras *Exploradora* le alcanzaba. Tenía el rostro mortalmente pálido y miraba a Asajj Ventress—. Esto no puede ser. No se supone que sea aquí.

Otro estrépito rechinante subió desde el nivel inferior. El viento ya no silbaba por el agujero del suelo.

La rígida concentración abandonó el cuerpo de la Maestra Leem, que se derrumbó junto al agujero, respirando rápida y superficialmente.

Ventress se apartó del cuerpo de Maruk y caminó hacia Maks Leem.

—Eso ha sido muy noble, pero parece que alguien ha arreglado la ruptura del casco. —Hundió el sable láser en el pecho de la Maestra Leem—. Dieciocho —añadió.

Whie se lanzó hacia ella con un grito de rabia, enarbolando el sable láser. Ventress dio un paso atrás.

—No lo hagas —dijo ella con calma.

Él atacó cegadoramente rápido. Ella era más rápida aún. Avanzó, ella se echó a un lado, desviando la hoja de él, buscando con la Fuerza y arrojándolo contra un mostrador de billetes con fuerza suficiente como para que el aire abandonara sus pulmones y no pudiera hacer otra cosa que quedase allí parado, boqueando, con el diafragma moviéndose en espasmos.

—No tengo especiales ganas de matarte —dijo ella—, pero lo haré si insistes.

El aire volvió al pecho de Whie.

—No, no lo harás aquí —jadeo—. Ni siquiera hoy. ¿Eres Jedi?

—No —escupió deliberadamente Ventress.

—Llevas un sable láser.

—Mi primer Maestro fue un Jedi. La Orden le abandonó al tormento y la muerte. No es un club al que me apetezca unirme.

Whie se rió. No era un sonido agradable. *Está histérico,* pensó *Exploradora. Ver morir a la Maestra Leem le ha desquiciado por completo.*

—Normalmente no hace falta que te unas a la Orden Jedi. Infiernos, yo no lo hice. Normalmente ellos se limitan... a apuntarte en ella.

Ventress le miró, y luego, con precaución, miró a Fidelis, que llegó para detenerse al lado de su amo.

—La Fuerza es grande en ti —comentó ella.

—Eso me dicen. Tengo un talento muy peculiar —dijo el chico—. Sueño el futuro. Por ejemplo, anoche soñé con mi muerte. Y no era esto.

Exploradora miró con los ojos muy abiertos. No era de extrañar que Whie estuviera tan raro esta mañana.

—La verdad es que creo que encontrarás esto divertido —dijo Whie, todavía al deshilachado borde de la histeria—. Supe que moriré a manos de un Jedi. Así que me temo que se te ha acabado la suerte. Porque eso no significa que yo no pueda matarte.

— ¿Quieres matarme?

—Has matado a la persona que más quería en el mundo. Le traspasaste el pecho cuando estaba indefensa. Yo diría que mis razones son muy buenas.

—Creo que estoy de acuerdo —dijo Ventress, examinándose las uñas—. Pero no muestras un sentido de desapego muy Jedi, ¿no crees? —Seguía examinándolo con cuidado, y más aún a Fidelis, mientras caminaba y hablaba, recalcando sus palabras con el taconeo de sus botas en el suelo—. Un Jedi de verdad no me atacaría nunca, ¿no crees? Un Jedi de verdad examinaría la situación de forma táctica, pensaría en sus responsabilidades para con la chica, en la necesidad de mantenerse vivo para acabar convirtiéndose en una valiosa herramienta de la República. Un verdadero Jedi iría a buscar al Maestro Yoda. Un verdadero Jedi sería un cobarde —dijo ella. Ya no había nada burlón en su voz. Sólo un tono pensativo. Las botas golpeaban el suelo de forma constante, como un péndulo —*click, clack*—, dividiendo el tiempo en segundos —. Un verdadero Jedi dejaría aquí sus cuerpos. —Le miró fijamente, con curiosidad—. ¿En serio quieres ser un verdadero Jedi?

Él la miró con odio.

—Yo creo que no —dijo Ventress. *Click, clack*—. Aún eres joven. Aún no te han adoctrinado del todo. Y creo que, en lo más profundo de tu corazón, sabes que el camino Jedi es una mentira. ¿Quieres que no te importe que yo haya matado a tu Maestro? ¿Quieres ser una persona a la que eso no le importa?

Click, clack. Click, clack. Botas negras. Pasos lentos. Voz calmada. Extrañamente amable. Extrañamente conmovida, como si se viera reflejada en la pálida furia de Whie. En los horrorizados ojos de *Exploradora.*

—Deja que te hable del Lado Oscuro —dijo Ventress en voz baja. *Click, clack*—. Sólo se le llama así por la típica propaganda Jedi. Llamémosle "la verdad".

Hizo una pausa para estudiar el cuerpo de la Maestra Leem con algo semejante a la tristeza.

—La verdad es que te importa que esta Jedi haya muerto. Debería importarte. La verdad es que los principios que parecen válidos para un hipócrita de ochocientos años de edad, que igual vive para siempre, carecen de sentido para los que vivimos, sufrimos y morimos en este mundo. Nuestra existencia aquí es tan breve, tan valiosa, tan dulce, que darle la espalda, refugiarse en un monasterio y enseñarse a uno mismo a no sentir es un desperdicio —dijo Ventress. Le temblaba la voz—. Es una... blasfemia.

"Si el universo ama el "bien", como quieren hacerte creer los Jedi, si la moralidad de los débiles gobierna el baile de las estrellas, si la vida es justa, ¿por qué entonces yo sigo con vida mientras tu Maestra está muerta?

Por un momento pareció como si fuera a tocar el cuerpo de Maks Leem con la bota. De haberlo hecho, Whie la habría matado allí mismo, o habría muerto intentándolo.

En vez de eso, siguió andando, sin parar, con ese hipnotizador *click clack* que levantaba ecos en el vacío vestíbulo.

—La verdad es que el bien no existe, y tampoco el mal —dijo ella con una sonrisa macilenta—. Sólo existe la vida... o no.

"Los poderosos siempre engañan a los simples con la promesa del poder. Ésa es la forma más sencilla de llevar a alguien al Lado Oscuro. Decir: "¡Cede ante tu ira!", es un truco simple, y efectivo, porque siempre funciona. Cuando la gente deja de negar lo que en su corazón siempre supo que era cierto, acaba cayendo, hasta cierto punto, en su poder. Pero ése no es el final del viaje. Sólo el principio. Esa desesperación, ese instante de furia en el que se te abren los ojos y ves el mundo tal como es de verdad... no es más que un primer paso necesario.

Ella paseó la mirada de Whie a *Exploradora,* y de vuelta a éste.

—Yo te ofrezco el don de la vida. Ódiame si quieres. Pero odia también esto —dijo, mirando a los cuerpos de los dos Jedi—. Debes odiarlos. Te doy el don de mi propio corazón roto. Si aprendes de él, podrás enfrentarte al vacío del universo, con alguna posibilidad de crecer. —Se encogió de hombros—. Si sois niños asustados que no queréis soltaros de la mano de Yoda y volvéis a su lado para escuchar sus cuentos de hadas y sus mentiras tranquilizadoras, que así sea. Si teniendo una oportunidad de ver la verdad, elegís voluntariamente vivir en la mentira Jedi, entones la próxima vez que nos encontremos sabré lo que debo hacer, y lo haré con mucho menos remordimiento que al ejecutar a éstos.

Un comunicador pitó en su muñeca. Asajj se lo acercó a la boca.

— ¿Sí...? ¿Dónde estás...? Te has dejado... ¿Que estás girando en el espacio...? No, no pienso pararme a recogerte —dijo, poniendo los ojos en blanco ante los pádawan. Escuchó un momento más, después apagó el

comunicador y suspiró—. Yoda ha destruido mi nave y arrojado a mis androides al vacío. Varios cruceros militares phindianos se dirigen hacia aquí. Dada la situación —sus ojos volvieron a mirar con curiosidad a Fidelis—, será mejor que robe otra nave antes de que vuelva el Maestro Yoda.

Exploradora pulsó con mano temblorosa el mando de encendido de su sable láser.

—Tú no vas a ninguna parte.

Ventress sacó de una cartuchera de la cadera lo que parecía una pequeña pistola de dardos y disparó contra la pared. Debía de contener en la punta alguna clase de producto corrosivo o incendiario al contacto, porque nada más tocar la pared, ésta cedió y reventó al momento.

—Una ruptura en el casco —dijo alegremente Ventress cuando el aire empezó a aullar nuevamente al salir de la estación—. Yo en vuestro lugar arreglaría eso.

Les dio la espalda y corrió rápidamente hacia los puntos de control de seguridad, en dirección a los cruceros aparcados en los hangares externos de la estación. Tras dirigirle una última mirada de furia, Whie concentró toda su atención en la pared rota. Recurrió a la Fuerza y se concentró en mantener el agujero sellado hasta que llegase Yoda.

— *¿Exploradora?* —la palabra era un susurro agónico.

Exploradora se volvió. Jai Maruk, que no había muerto aún, intentaba decir su nombre. Ella corrió hasta arrodillarse a su lado. El golpe de muerte de Asajj Ventress le había abierto en el pecho una herida terrible. Jadeaba, en respiraciones breves y entrecortadas.

Él sonrió al ver su cara. Hizo una mueca ante la sangre y las heridas de su cabeza y cuello.

—Sigues... ganando... por la vía difícil —susurró. Bajó la mirada hacia su destrozado cuerpo—. Yo... también.

Estaba sonriendo. Ella no creía haberle visto sonreír antes. Las lágrimas acudieron a *Exploradora.*

—No intente hablar. Todo saldrá bien, Maestro. El Maestro Yoda llegará enseguida para cuidar de usted. —Las lágrimas cayeron de sus ojos hasta el destrozado pecho. Hubo una larga pausa en su respiración. Cerró los ojos—. ¿Maestro Maruk? ¡Maestro Maruk! No me deje —gritó *Exploradora*—. ¡No me deje!

Él abrió los ojos, y volvió a sonreír.

—Nunca... —susurró—...mi pádawan.

Sus ojos se cerraron, y murió.

CAPITULO 9

El Conde Dooku apartó su silla de la mesa del comedor en el *château* Malreaux, chapoteando en el vino derramado que goteaba de su borde. La medio loca Whirry se abalanzó hacia el salón comedor, como si esperara que se derramase el vino, ajustándose la estola de colas de zorro alrededor de las raídas hombreras del sucio vestido de baile rosa.

— ¿Puedo limpiar eso por usted, señoría? ¿Puedo? ¿Puedo?

Dooku suspiró. La razón, y él era un hombre razonable, le decía que él había derramado el vino. Estaba distraído meditando en los progresos de la guerra. Las cosas iban tan bien en el Borde Exterior que la prensa de la República insistía en que se enviaran más tropas allí "antes de perder para siempre todo el Borde a manos de la Confederación". La verdad era que a Dooku le parecía que a veces los planes de Darth Sidious resultaban innecesariamente complejos. Empezaba a parecer que Dooku podía limitarse a ganar, a llegar a Coruscant con sus androides de combate y reclamar la República allí mismo.

No es que cuestionase el poder de Darth Sidious, o el oscuro secreto que controlaba. Pero cada uno acaba utilizando sus propios recursos. Si se da un problema a un soldado, se obtiene una solución militar; con el mismo problema, obtendrás diplomacia de un diplomático y ropa de un sastre. Darth Sidious tenía mente de intrigante, así que depositaba su fe en intrigas.

Dooku se controló. El pensamiento era injusto. Digamos más bien que Darth Sidious era el único ser de la galaxia que conocía más íntimamente los brotes oscuros que florecían en el corazón de todas las criaturas. Era un experto en la desintegración personal, en cómo uno puede llegar a traicionarse. No era de extrañar, pues, que hasta un choque de imperios se presentara ante los Sith como una simple batalla psicológica que debía ganarse o perderse al nivel de la fortaleza o debilidad interior de cada ser. El mismo Dooku —aunque psicológicamente estable, tanto de forma natural como por mediación de su entrenamiento Jedi primero y luego gracias a la sabiduría de los Sith— había nacido también en la riqueza y el poder, y había dirigido durante años grandes grupos de partidarios, tanto ejércitos como corporaciones. Le parecía que la naturaleza interna de un ser, por noble o vil que pudiera ser, tenía el mismo aspecto al ser aplastada por las ruedas de un tanque. Cuando se tienen fuerzas suficientes, no hay necesidad de intrigas.

—Uh..., oh —dijo Whirry. Se había agachado para limpiar con un trapo viejo el vino derramado. Las estrellas no quisieran que corriera el riesgo de manchar de vino las servilletas de tela de los Malreaux, pero su mano se había detenido en pleno aire, sobre la mancha de borgoña de la mesa—. Tienes problemas.

—Whirry —empezó a decir Dooku con severidad—. Ya te he dicho antes que no me gusta...

Se oyó un carillón en la consola de comunicaciones. Echando una mirada, el Conde vio quién llamaba e interrumpió la frase.

—Lo cogeré en mi estudio.

Darth Sidious no habló durante un buen rato, limitándose a reenviar la noticia a la holoconsola de Dooku: Un sonriente Palleus Chuff, magullado pero

moderadamente triunfante; largas panorámicas del interior del espaciopuerto de Phindar; reporteros señalando excitados los dardos clavados y las quemaduras de plasma; agujeros parcheados con rapidez en suelo y paredes; primeros planos del Maestro Yoda, "otro brillante triunfo en su legendaria carrera"; grabaciones de seguridad de los androides asesinos de la Federación de Comercio atacando descontrolados; dos Caballeros Jedi combatiendo valientemente para salvar a civiles antes de ser asesinados; Asajj Ventress, claro; un plano de las cámaras exteriores de la estación espacial con el *Última Oportunidad* dando pesados tumbos por el espacio, acelerando y dando un salto hiperespacial a un seguro final; una nave de alta tecnología construida con cargo a Dooku, la tercera que ella perdía, si se contaba la nave que Anakin y Kenobi le habían robado...

Dooku deseaba que Darth Sidious hablase.

Era culpa de Ventress. La mujer era imposible. Tenía talento, sí, pero, la verdad, un batallón de androides debía utilizarse en cuestiones más prácticas. Y, a este paso, en empresas más baratas. Tendría que acabar con ella.

La despiadada figura encapuchada titiló en la holoconsola como un fantasma.

—No era consciente de esto. Gracias por mostrármelo. No hace falta que diga que Ventress actuaba por iniciativa propia. —La arrogancia, hasta podría decirse condescendencia, con la que había estado pensando en su Maestro unos minutos antes le abandonó ahora como la sangre al derramarse por una vena abierta—. No obstante, lo importante no ha variado: Yoda viene a verme aquí, y aquí acabaré con él, de una vez por todas.

—Eso espero.

Darth Sidious sonrió. Una vez, al principio de su carrera Jedi, Dooku llegó a un planeta distante demasiado tarde para detener una masacre. Una gran sala de madera y hierba, el interior lleno de enemigos tribales, el exterior mojado de keroseno al que se arrojaba una cerilla... Las llamas, al bailar, fueron como la sonrisa de su Maestro.

—Por supuesto, Conde, dejo en tus manos matar a Ventress como consideres adecuado, pero ¿deseas saber lo que yo hago cuando mis servidores muestran demasiada... iniciativa?

Dooku sorprendió a su dedo tocando, sólo tocando, el botón rojo de su escritorio.

— ¿Maestro?

—Los aplasto —dijo Darth Sidious.

Sala del Consejo Jedi, Coruscant.

— ¡Maestro Windu!

—Canciller.

— ¡Gran alegría me han producido las buenas noticias del día! Allí donde más se necesita ayuda y menos se espera, el Maestro Yoda aparece para salvar la situación. Ha sido un maravilloso subidón para la moral: un día se le

da por muerto, y al otro reaparece al otro extremo de la galaxia con una victoria gloriosa! El que dijo que el público había perdido la fe en los Jedi debe de estar comiéndose ahora mismo sus palabras.

—Lo intentamos, Canciller.

Una pausa.

—Está muy serio.

—Hemos perdido dos Caballeros Jedi, señor, amigos a los que conozco desde mi infancia en el Templo, y agentes de excepcional valía. El Maestro Yoda viaja ahora por el corazón del territorio enemigo, sin tapadera, acompañado por dos aprendices que son poco más que niños.

—Ah. Sí, ya veo. El político está impresionado con una victoria en el campo de batalla de las relaciones públicas; si bien no tanto el comandante militar. Pero me había anticipado a usted en esto, al menos en cierto modo. Le aseguro, Maestro Windu, que, precisamente por los motivos que ha descrito, no estoy cómodo con la situación de Yoda. Me quedaría más tranquilo si pudiera reemplazar a los caídos con otro destacamento. No sabría decirle exactamente con quién... Bueno, ¿por qué no con Obi-Wan? ¿No dijo usted en su último informe que su última misión ya había concluido? Obi-Wan y el joven Skywalker. Me sentiría más cómodo sabiendo que van rumbo a Vjun. Tengo una gran opinión del Maestro Yoda, pero es ya muy anciano y puede que no sea como una vez fue. La idea de que se enfrente solo al Conde Dooku, en la fortaleza del Conde... hace que se me hiele la sangre en las venas. Sí, Obi-Wan y Skywalker estaría bien.

— ¿Es eso una orden, Canciller?

—Considerémoslo una petición, Maestro Windu. Una petición de corazón.

—Esta transmisión se ha demorado mucho —dijo Dooku, un holo-fantasma de veinte centímetros de alto, en brillante malva, en la cubierta de transmisión de la goleta que Asajj había robado en los hangares del espaciopuerto de Phindar.

—He estado algo ocupada, Conde. —Asajj intentó arreglar los controles de color de la consola, preguntándose si el sistema era defectuoso o sí sólo estaba configurado específicamente para algún alienígena con peculiaridades ópticas que hacían que el malva pareciera natural. Y tampoco tenía prisa por mirar a Dooku a los ojos—. Tuve que calcular un par de saltos de hipervelocidad para quitarme de encima a los servicios de seguridad phindianos.

—Has perdido el *Última Oportunidad.*

—Sí. Ante Yoda.

—No, parece ser que ante un actor.

— ¡¿Cómo?!

—Puede que yo disponga de información más reciente —dijo Dooku. Su voz era muy calmada. Muy considerada.

Asajj supo que tenía problemas.

—El actor estaba haciéndose pasar por Yoda. Lo cogí en Ithor.

—Nos habría ahorrado tiempo y problemas dejarlo entre las ruinas de su nave, ¿no crees?

Ventress tenía las manos pegajosas. Habría preferido mil veces que le golpeara, a oír esta voz fría, quirúrgica, distante. Una pelea habría sido una escaramuza entre aliados, entre colegas. Esto era más bien una disección.

—Si le hubiera dejado entre los restos, habrían podido identificarlo y saber que no era Yoda. Podría haberlo expulsado por la escotilla en alguna otra parte, pero...

— ¿Pero qué?

Ella se encogió de hombros.

—Elijo a mis amigos y enemigos. Matar al azar, sin otro motivo que el despecho me parece de débiles. De poca disciplina.

— ¿Y si yo te hubiera pedido que lo mataras?

—Entonces lo habría hecho, por supuesto.

— ¿Qué pasaría entonces con tus escrúpulos?

—Mi lealtad por ti es más fuerte que ellos.

—Pero yo no te pedí que lo mataras, ¿verdad?

— ¿Acaso llegaste a saber que estaba a bordo de mi nave? —dijo Ventress, dándose cuenta nada más decir esas palabras de la trampa en la que se había metido—. No, no lo sabías. Porque no te di oportunidad de saberlo. No te lo dije. Aunque igual debí hacerlo. —Cuadró los hombros—. Aceptaré esa responsabilidad. Actuaba por iniciativa propia.

Una emoción difícil de identificar asomó en el rostro malva al oír la palabra "iniciativa".

—Principios, escrúpulos, son cosas de jóvenes. A medida que uno envejece —dijo el Conde—, se vuelve más práctico. No me importan gran cosa los conceptos teóricos de lo que está bien o mal. Me importan la oportunidad, el efecto, la precisión. Si tengo un prisionero, o más bien un aliado —la miró despacio— que me cuesta muy caro en recursos o introduce demasiadas incertidumbres en el esquema de las cosas, elimino a esa persona, ¿me entiendes?

Asajj tragó saliva.

—Creo —continuó el Conde con tono tranquilo— que harías bien en convencerme que supones una ganancia neta para mi eficiencia, Asajj. Has perdido dos de mis naves, una ante Obi-Wan y otra ante un actor de segunda fila de los teatros de Coruscant. Sin consultarme, has intervenido en una cadena de acontecimientos que puse en marcha para hacer que Yoda viniera a mis calabozos por su propia voluntad. Y en vez de estar contemplando ahora su cabeza, tengo que presenciar un aumento en la popularidad de los Jedi y una subida de la moral de la República que hace dos días estaba a punto de derrumbarse. En este momento resultas una aliada muy cara, Asajj. Ahora mismo me estás costando mucho más de lo que vales.

La fría quemadura de sus palabras la golpeó como un chorro de nitrógeno líquido. No estaba sólo furioso. Si ella no hacía algo en ese mismo momento, él tendría que matarla. Ni siquiera se molestó en pensar en escapar. Si Dooku quería matarla, la mataría. No le había enseñado toda la sabiduría Sith que poseía, pero hasta la débil conexión que les unía la hacía terriblemente vulnerable a sus artes. Además de eso, bien podía ser el ser más poderoso de la galaxia, y disponía de recursos casi ilimitados a su disposición. Una cantidad de dinero que apenas se notaría en las cuentas de Dooku bastaría para mantenerla huyendo de asesinos contratados por el resto de su breve y miserable vida, escondiéndose en selvas y viviendo a base de ratas womp, o sometiéndose a una serie de inyecciones chop que le mutilasen los rasgos en una débil y desesperada posibilidad de disfrazarse.

No. Asajj sabía con todas las fibras de su ser que huir, esconderse, defenderse, no era la estrategia más apropiada. En todos los enfrentamientos hay que tomar la iniciativa. En todos los enfrentamientos la clave radica en atacar.

—Mata a tu Maestro —dijo.

Dooku pestañeó.

— ¿Qué?

Bueno, al menos no se lo esperaba, pensó Asajj con una sonrisa salvaje. Había hecho su apuesta, y ya no le quedaba más que respaldarla.

—Mata ahora a tu Maestro, con mi ayuda. Ahora, mientras puedes. —Notó cierto gesto en el rostro del Conde—. Tarde o temprano, el aprendiz Sith intenta derrocar a su Maestro. Yo lo sé. Tú lo sabes. El lo sabe. Éste es tu momento. Eres un agente independiente en un planeta fortaleza. Tienes ejércitos bajo tu mando. Tienes a tu disposición la riqueza de mundos enteros. Éste es tu momento.

—Admiro el estilo inesperado de tu ataque —murmuró Dooku—. Ya te he mencionado más de una vez los beneficios de la edad, pero también tiene sus inconvenientes. Uno se acostumbra a una forma de actuar. Pero tú... Tú sigues sorprendiéndome. Sigues siendo inesperada.

— ¿Cómo crees que marcha esta guerra? —dijo Ventress, aprovechando su pequeño momento de ventaja—. ¿Qué pasará si ganas? ¿Volverás triunfante a Coruscant? ¿Te sentarás a la diestra del gran hombre cuando acabe la lucha? No lo creo. ¿Cómo podría dejarte vivir...? Eres Dooku, general conquistador. Dooku el rico. Dooku el sabio. Tendrás que aguantar demasiado a la luz de su sol, Conde.

—Te estás marcando un farol con cosas que no conoces, Asajj. Es un esfuerzo valiente, pero inútil.

Su intento de formar una sonrisa condescendiente no la convenció.

—Él te utilizará. Te pondrá en primera línea de combate siempre que pueda. Lanzará a Yoda contra ti, y a sus aduladores: Kenobi, Windu, Skywalker.

—Una gran habilidad conlleva una gran responsabilidad, Ventress. Algo que, claramente, no es tu fuerte.

—Vale, vale, encaja esto —dijo con impaciencia—. Ahora mismo me estás concediendo tiempo sólo porque tengo razón. Hazte una pregunta, hazla desde el Lado Oscuro y con la mirada clara, Conde. Ahora mismo tu Maestro te utiliza porque se ve rodeado de peligros. ¿Qué pasará cuando tú seas el hombre más peligroso que quede en pie?

Por el canal de comunicaciones no llegó más sonido aparte del siseo estático de las estrellas, ardiendo y ardiendo.

—Si te digo que te mates, ¿lo harías? —preguntó Dooku.

—No.

— ¿Y si te digo que vuelvas aquí, a Vjun?

—Iría.

— ¿Tendrías miedo?

—Estaría aterrada.

Fuera, en las profundidades del espacio, podía retrasarlo. Huir. Pero en cuanto pusiera el pie en el *château* Malreaux, en cuanto se colocara en el área de poder de Dooku, no podría salir viva de allí, a no ser que él lo deseara.

—Pero, ¿vendrías?

—Si tú lo ordenas.

Dooku la miró.

—Lo ordeno.

Se acabó el farol.

— ¿Harás que me maten o escucharás lo que tengo que decirte?

—Eso no es asunto tuyo.

—Él te utilizará, Conde. Te sacará la sangre y te arrojará a un lado. Buscará a alguien más joven, más débil, más fácil de influir.

— ¿Alguien como tú?

—Ojalá. No, cuando tú no estés, a mí me barrerá contigo —dijo con tono taciturno—. Para él sólo soy una de tus criaturas. Puede que incluso también para ti. Por si no lo habías notado, la lealtad suele ser más fuerte cuando discurre hacia arriba que hacia abajo.

—Eso suele ser cierto —admitió el Conde—. El Maestro Yoda puede ser la excepción. Creo que su lealtad para con sus estudiantes es mucho más profunda que la que ellos sienten por él.

—Admirable —dijo Ventress, cortante—. Pero eso no nos sirve de nada a ninguno de los dos, ¿no crees?

Asajj Ventress permaneció un rato largo sentada ante el ordenador de navegación de su nave robada, pensando qué hacer y maldiciendo continuamente en voz baja. Por fin, tecleó las coordenadas de Vjun. Al final, su estilo no era huir y esconderse. Sus posibilidades de convencer al Conde de que debían trabajar juntos serían mucho mejores cuando lo viera cara a cara. A

él le gustaba su fuego y su pasión y, aunque nunca perdía su férreo autocontrol, sabía que la consideraba guapa, y eso tampoco podía perjudicarla.

Y si las cosas salían mal..., más le valía que la matara con rapidez, en persona, con las hojas desenvainadas, a vivir ocultándose en la miseria por el resto de sus días, sintiendo que cada rayo de sol que le acariciaba la espalda era la mota trazadora de un francotirador.

Una vez dicho todo esto, forzar a sus dedos a teclear las coordenadas de Vjun fue como meterlos deliberadamente en fuego, y estaba de un humor bastante negro cuando la consola de comunicaciones gorjeó. Ignoró la señal. Después de todo, no era su nave. Pero la llamada siguió repitiéndose, una y otra vez, hasta que vio, irritada, que el código de llamada era el del androide Lacayo Tac-Spec, el que le había proporcionado el paradero de Yoda.

Oh, estupendo.

— ¿Qué quieres?

—Creo que lo sabes —dijo la voz calmada del otro extremo—. Quiero el resto de mi dinero. Acordamos un precio concreto, y ahora descubro que sólo un tercio de esa cantidad se ha ingresado en mi cuenta.

—No conseguí el objetivo.

—Mi información era precisa y correcta, y es por lo que tú pagaste. Tu incapacidad para realizar tu misión no es motivo para penalizarme a mí.

—Ya. Bueno, la vida es difícil para todos —soltó Ventress—. Ya debes de saber que he perdido una nave estelar. No tengo créditos para ti..., y, a decir verdad, renuncié a la vida de los chicos por hacerte un favor. Considéralo un pago en especias.

—Ellos no eran parte de nuestro acuerdo.

—Hablas como un androide de sangre fría. ¿O debería decir de aceite frío?

Mientras hablaba, Ventress buscó el manual de mantenimiento y reparaciones en el sistema de la nave. Durante el último salto hiperespacial había empezado a brillar una luz de servicio, un pequeño icono representando a una medusa púrpura con lo que parecían flechas traspasándola, y una gran barra roja. No tenía ni idea de lo que podía significar.

—Verás, regatear dinero no es mi actividad preferida en mi mejor momento, y para serte franco, regatear con una lata de conservas, una lata de conservas traidora, me interesa todavía menos.

—Yo seré un traidor —dijo el androide—, pero no soy de los que hacen descuentos en sus tarifas... Te recomiendo encarecidamente que lo reconsideres.

¡Aja!, pensó Ventress, pasando el manual de la nave, ¡Ya lo tenía! La luz parpadeante era el indicador de revoluciones del fluido de ligaduras. Leyó rápidamente la sección de ayuda:

...cuando la luz brilla es porque el fluido de las ligaduras puede correr peligro de revolucionarse, o se ha revolucionado ya. Las revoluciones pueden provocar un uso excesivo, pérdida de presión translumínica o ganancia de peso debida a

una inestabilidad en los sistemas de gravedad artificial. Y, en raras ocasiones, la muerte...

...en ocasiones, el indicador de revoluciones del fluido de ligaduras puede brillar sin motivo.

Y allí estaba ella, volviendo a Vjun en una nave robada que podía haber revolucionado su fluido de ligaduras, o no, con un peligro aparentemente inminente de obtener un peso inducido por la gravedad, con la perspectiva de entrevistarse con un enfurecido señor Sith que la esperaba con la ejecución en mente.

—Hombre de hojalata, debo decirte que, en este momento, eres la última de mis preocupaciones.

En el mismo instante en que se apagó esa conexión, otra cobró vida entre la Cámara del Consejo Jedi y la nave de Anakin Skywalker.

— ¡Se te saluda!

— ¡Maestro Windu!

— ¿Obi-Wan? ¿Por qué no estás en tu propia nave?

Obi-Wan hizo una mueca.

—La están reparando. Anakin aceptó llevarme.

—Ya veo. ¿Localización actual?

Obi-Wan le puso los ojos en blanco a Anakin, que le respondió con una sonrisa. Mace Windu, espléndidamente preparado para muchas cosas, no lo estaba para las conversaciones banales.

—Rumbo a Coruscant, según el plan de vuelo previsto —respondió Anakin —. Pasaremos un día y medio en subluz para reaprovisionamiento y almacenaje. Deberíamos estar en casa dentro de cuatro días. Según los noticiarios locales, las noticias de la muerte del Maestro Yoda fueron muy exageradas.

—Cierto. Pero no puede decirse lo mismo de Maks Leem y Jai Maruk —dijo Mace con gesto serio.

—Oh. —Los Jedi se miraron el uno al otro, perdiendo la sonrisa—. No nos habíamos enterado.

—El Maestro Yoda se dirige a... ¿Está codificado este canal?

Los protocolos de comunicación de la nave de Anakin estaban permanentemente programados para que cualquier canal que comunicase con el Templo estuviera triplemente codificado, pero, aun así, lo comprobó. Una avería en los impulsores del reactor podía costarles la vida a Obi-Wan y a él, y unos fallos mucho menores en la codificación de una señal podía costarle la vida a millones de seres.

—Es seguro —dijo, cortante. El tono huraño de Mace Windu era contagioso.

El Maestro Yoda se dirige a Vjun para negociar en secreto la posible deserción de una importante figura situada en las esferas más elevadas de la Confederación. En las más elevadas —dijo Mace con significado.

— ¿El Maestro Yoda? —dijo Anakin, desconcertado—. Seguramente tendrá cosas más importantes que hacer que...

Se calló cuando Obi-Wan le miró con fijeza.

—Adivino que se trata de la más elevada —dijo el hombre más mayor.

Anakin lo entendió medio segundo después.

— ¿Dooku? ¿Va a negociar con Dooku? Es una trampa. Sabrá que es una trampa, ¿no?

—Una trampa, sí..., pero ¿para quién? —murmuró Obi-Wan.

—En este momento, el Maestro Yoda se dirige a Vjun para llevar a cabo una misión muy importante —continuó Mace—. Queríamos ser discretos al respecto, pero es evidente que el secreto se ha descubierto.

También es igual de evidente que vuestra vieja amiga, Asajj Ventress, va a por él. Ya mató a los dos Jedi que viajaban con él; sólo quedan sus dos pádawan. Me gustaría...

—Oh, oh —dijo Obi-Wan—, ¿por qué tendré la sensación de que al final no vamos a Coruscant?

—...que los dos os dirigierais a Vjun a toda la velocidad posible y proporcionéis al Maestro Yoda toda la ayuda que solicite y requiera.

— ¡Es que no hay nadie más? —preguntó de pronto Anakin—. Ya hace tres semanas que deberíamos haber vuelto a Coruscant. Ya rompí una promesa para volver...

Sus palabras pendieron en el aire, irrevocables.

— ¿Una promesa? ¿A quién le hiciste esa promesa?

—A los estudiantes de la clase de la Maestra *Mano de Hierro* —dijo Obi-Wan, como si nada—. Anakin prometió enseñarles algunos trucos.

—Tendrás que posponer el momento de exhibirte —dijo Mace. Anakin se había familiarizado con aquella mirada de desagrado. La desaprobación de Anakin por parte de Mace parecía tan genérica, tan reflexiva, que le costaba no notarla en momentos como éste, donde había más por desaprobar de lo que Mace suponía—. Id a Vjun, por favor. Windu, fuera.

Anakin enrojeció un poco y no miró a Obi-Wan.

—Gracias.

Obi-Wan se encogió de hombros.

—No sé por qué me molesto en arriesgar el cuello por ti. —Se afanó en programar el rumbo a Vjun—. Sobre todo cuando siento con todos los nervios del cuerpo que un día no me agradecerás haberlo hecho.

Lo único que quería hacer *Exploradora* tras la lucha en el espacio-puerto de Phindar era hacerse una bola y llorar.

Yoda tenía otras ideas.

Convenció a las autoridades para que les dejaran alquilar una nave hasta Jovan. Una vez allí tomaron una lanzadera pública hasta la zona de renta baja de la estación de Jovan, abarrotada de vendedores de naves usadas y talleres de desguace. Yoda dijo que ya no quería seguir usando el transporte público. Arrastró a los pádawan de chatarrería en chatarrería, buscando una nave que pudiera llevarlos a Vjun.

Pudieron elegir entre varias naves de aspecto decente, pero el Maestro Yoda las rechazó todas: "demasiado llamativa, demasiado nueva, demasiado cara".

— ¿Cara? —había preguntado *Exploradora*—. Puedes emplear los créditos del Templo Jedi, ¿no? O los del Despacho del Canciller, ya puestos.

Yoda había tomado aire y sus orejas se encogieron en un gesto de repugnancia.

— ¿Y malgastar el dinero del pueblo debo?

Exploradora había alzado las manos al cielo, frustrada.

Así que los cuatro siguieron buscando: Yoda, Whie, *Exploradora* y Fidelis, el asistente personal de caballeros. No habían visto ni rastro de Solis desde que dejaron el espaciopuerto. No había premio para adivinar por qué. Ventress había ido allí buscándolos. Sus androides habían ido enseguida a por la unidad R2. Cuando Solis desapareció tras la batalla, resultó evidente que los había traicionado. El rostro de *Exploradora* se endurecía al recordar cómo la había engañado el androide, apartándola de los demás con su historia de necesitar un acompañante humano en el espaciopuerto. Dividiéndolos. Puede que, de quedarse, las cosas hubieran pasado de otro modo. Igual no habría podido salvar a Maks Leem y al Maestro Maruk. Pero al menos no habría estado en una escalera a cien metros de distancia, viendo cómo los asesinaban.

Fidelis se había mostrado inconsolable. Al principio, *Exploradora* quería desguazarlo o abandonarlo, pero su angustia por haber traído un acompañante que había puesto en peligro el linaje de los Malreaux era tan profunda y obsesiva, tan evidentemente incorporada a sus circuitos, que ni siquiera ella creyó que pudiera estar implicado en la traición. Pensaron en enviarlo lejos, pero también eso habría resultado al final poco práctico. Además, tras haberse reunido finalmente con Whie, nada que no fuera cortarlo por la mitad con un sable láser impediría que el androide los siguiera.

—Si te niegas a dejarme entrar en la nave, me atornillaré al casco —les dijo, y la verdad era que le habían creído.

Yoda encontró finalmente lo que buscaba en la quinta chatarrería de la estación de Jovan que visitaron: una vieja nave abollada, un viejo carguero ligero B-7 con manchas rojas en las puertas de la bodega de carga.

— ¿Óxido? —dijo Whie—. ¿Cómo se te puede oxidar algo sin aire ni agua?

Eso provocó una risotada en el empleado de la chatarrería.

—Nah, esta pequeña cayó en manos de piratas, ¿sabe? Esas manchas rojas no son de óxido, sino de...

— ¿Cuánto? —preguntó rápidamente Yoda.

Exploradora y Whie se hicieron una mueca. El Maestro Yoda prefería no utilizar la Fuerza para algo tan simple como discutir por un precio. Dijo que sería irrespetuoso con la Fuerza y con tu contrincante en un combate comercial, pero, la verdad, pensaba *Exploradora* en privado, era que Yoda era un comprador alegre, quejoso e incansable que consideraba divertido el regateo. Buena parte del regateo se basa en la paciencia, y los vendedores de un centenar de mundos habían descubierto, para su pesar, que no sabían lo que era la paciencia hasta que intentaron superar a un viejo y tacaño Jedi de ochocientos y pico años de edad. Whie y *Exploradora* ya habían visto a Yoda pasarse horas discutiendo un precio en las últimas dos chatarrerías, para luego alejarse descontento de ellas, agitando el bastón y murmurando entre dientes, dejando a los pobres vendedores con la misma cara que tendrían de haber sido aplastados lentamente en un triturador de basura.

Los dos pádawan se alejaron de la Zona del Regateo. A *Exploradora* le pareció que Whie tenía un aspecto terrible: macilento y con los ojos inyectados en sangre por la pena y la falta de sueño.

—Eh —dijo—. ¿Cómo lo llevas?

—Bien.

—Estás mintiendo.

—Sí.

Él la miró de forma escrutadora, casi desesperada. Ella notó que su mirada se desviaba hacia Yoda, que seguía regateando.

Exploradora movió el pulgar en dirección a una pequeña zona despejada entre el B-7 y la siguiente nave, una vieja fragata clase Epoch con una única torreta de cañones láser, con el cañón doblado como una antena rota, Evidentemente, a Whie le pasaba algo; *Exploradora* supuso que algo de intimidad le facilitaría hablar de ello. Por benévolo que fuera Yoda, había algunas debilidades, algunas dudas que uno no querría confesar ante el ser con poder para convertirte o negarte ser un Caballero Jedi.

Exploradora se paseó sin prisas por el estrecho sendero, pasando las manos por el fuselaje del Epoch. Tenía el casco abollado, arañado y agujereado con una rociada de punzadas de micrometeoros. La nave había debido de pasar sus últimos años como comerciante dentro de un sistema, navegando por el peligroso espacio solar y manchándose con restos de asteroides y otras clases de partículas de materia. Con las naves estelares pasa lo mismo que con los barcos de alta mar, y sólo los novatos disfrutan al ver tierra. El buen marinero sólo estaba a gusto rodeado de mar azul o negro espacio, lejos de los peligros de las costas de sotavento y de los campos de gravedad.

—Bueno, suéltalo —dijo *Exploradora* cuando estuvieron lejos de las miradas de los demás.

Whie dio una patada con aire ausente al viejo carguero.

—Ayer... ¿Fue ayer o el día anterior? He perdido el sentido del tiempo. Da igual. La última vez que dormí tuve un sueño. —Hizo una pausa—. Una clase especial de sueño.

— ¿Ése en el que tú...?

—En el que me mataba un Jedi. Sí. —Tragó saliva y le dirigió una sonrisa apagada—. Pero no es el único sueño que he tenido recientemente. Tuve otro, justo antes de dejar Coruscant. Tú estabas en él.

—¿Yo?

—Sí. —Por primera vez desde que murió la Maestra Leem, algo de color asomó al rostro de Whie—. Estábamos en una habitación, una habitación hermosa, terrible. Y tú sangrabas...

— ¿Amo Whie? —llamó la voz ansiosa del asistente personal de caballeros de la familia Malreaux desde detrás del casco del Epoch—. ¿Amo? ¿Dónde está?

— ¡Aquí! ¿Qué pasa? —exclamó Whie.

— ¡Está aquí! —Fidelis dobló la esquina apresuradamente—. Estaba haciendo cálculos de cambio de moneda para el Maestro Yoda, ¡y cuando alcé la mirada, usted no estaba!

—Veinte metros, Fidelis. Ni que me hubieran secuestrado piratas espaciales.

—Eso no sería culpa suya —dijo el androide agriamente—. Por favor, no se aleje solo. Nunca se sabe lo que podría encontrar en un lugar como éste.

—Esto..., ¿nada? —aventuró Whie—. No estamos precisamente en una zona de chabolas. Ni tampoco va a salir un grupo de marineros con traje espacial de un bar cercano para buscar bronca conmigo.

—Aunque es usted noble y posee muchos recursos, sigue siendo un ingenuo respecto a cómo funciona el mundo —dijo Fidelis, inalterable—. Un cementerio de chatarra como éste es justo el lugar donde uno podría encontrase con androides marginales. Fugitivos que buscan piezas de recambio. Criaturas sin dueño que no sienten prejuicios al coger un rehén humano si su programación se ha desmandado lo suficiente.

—Esa advertencia llega un poco tarde —dijo *Exploradora* acaloradamente—. ¿Por qué no lo pensaste antes de contratar a Solis?

—El que cometiera un error de juicio no es motivo para...

—Piérdete, Fidelis —dijo Whie con voz ronca.

El androide se irguió muy digno y se retiró hasta el final del camino entre los dos cargueros, procurando no perder el contacto visual.

— ¿Tu crees que puede leer los labios? —murmuró *Exploradora.*

—Sí —dijo Fidelis.

—Cállate, androide —gruñó Whie. Era evidente que había desaparecido la posibilidad de tener una charla en privado.

Exploradora pestañeó.

—No creo haberte oído nunca poniéndote grosero.

—Perdona.

—No hay por qué —rió ella—. Resulta encantador.

— ¿...encantador?

Hasta *Exploradora* tuvo que admitir que Yoda había conseguido una ganga fantástica con el B-7.

— ¿Cómo has podido conseguirlo tan barato? —le preguntó, mirando al viejo Jedi mientras éste se guardaba un datapad en el cinto—. Debe de haber usado sus poderes mentales Jedi. Creía que dijo que no era justo.

—Lo justo no me interesa. Sólo los resultados —bufó—. Pero poderes Jedi no usé. Precio justo pagué.

Exploradora y Whie miraron dubitativos el destartalado casco.

— ¿Qué tiene de malo? —dijo *Exploradora—.* Aparte de lo evidente, claro.

Yoda golpeó con el bastón la parte externa de la nave, levantando una pequeña nube de polvo. Y de pintura. Y de metacerámica.

—Buen casco. Buena línea —dijo.

—Un solo cañón láser —dijo Whie—. Nada de tubos de misiles de impacto. Nada de lanzadores de plasma.

—Lleva a bordo un Superflujo Hanx-Wargel II y una antena de sensores pasivos Sipe-Irol —dijo con vehemencia el propietario de la chatarrería—. Generadores de reserva, sensores activos de Carbanti y escudos deflectores de popa casi nuevos, de fabricación local, pero con nada malo.

— ¿Qué hay de los escudos de proa?

—Si alguien os apunta con un arma, echad a correr —dijo el vendedor.

— ¿Y si eso no funciona?

—Rendios.

—De lo más prometedor —dijo *Exploradora.*

—No acabo de asimilar que se lleven de mi lado a mi precioso... —el vendedor echó una mirada rápida al costado de la nave donde estaba pintado el nombre— *...Halcón Nocturno.* Me dan ganas de subir el precio, sólo por lo estirados que sois.

—Si tiene tantas ventajas —insistió *Exploradora—,* ¿por qué lo vende tan barato? ¿Qué es lo que no hace?

El vendedor miró al cielo y se alejó. *Exploradora* se volvió hacia Yoda, que sonreía beatíficamente.

—Volar —dijo.

—"¡Una ganga es!", dice. "¡En nada de tiempo se arreglará!". Pásame la llave sónica, anda —gruñó *Exploradora.*

Un pálido fluido color miel goteó del motor que intentaba instalar. Cada gota caía y se dispersaba en la gravedad relativamente escasa de la estación de Jovan.

—Creo que ya tengo casi instalados esos acoples —dijo Whie.

— ¿Con el extremo rojo hacia arriba?

—Sí.

Trabajaban codo con codo, instalando la unidad de encendido que Yoda había rescatado de un carguero ligero corelliano que había al final del patio de chatarra.

— ¿Qué hace el Maestro Yoda mientras nosotros trabajamos? —gruñó *Exploradora.*

— ¡No puedo saber eso! Dijo algo de suministros. ¿Te has enterado de lo del agua? —dijo Whie, y *Exploradora* le miró—. Diez kilocascos de quinientos para nuestro uso y como refrigerante. Y lo vamos a cargar nosotros.

— ¿De quinientos?

—El Maestro Yoda consideró que sería malgastar dinero alquilar un elevador de paletas para un solo trabajo.

Intercambiaron una mirada.

Otra burbuja de lubricante goteó libremente. Ésta contenía un insecto muerto, un horadado del metal con antenas emplumadas y las mandíbulas manchadas de óxido rojo.

—Uajjj —exclamó *Exploradora.*

—Pásame el soldador láser, ¿quieres? —dijo Whie, que trabajaba a cinco metros de distancia de ella.

Exploradora se lo lanzó con un gesto suave. Flotó hasta la mano de él en la baja gravedad. A continuación le lanzó una barra soldadora.

—Gracias.

Whie alzó la mirada. Tenía un mamparo levantado, exponiendo cables y tubos retorcidos como intestinos multicolores. No era de extrañar que la gente hablara de las "tripas" de una nave, pensó. Estaba trabajando en el protector de la bomba de vacío; tenía la cubierta protectora agrietada, así que el sello al vacío no paraba de fallar. Resultaba gracioso que una pequeña grieta de un pelo de gruesa causara tantos problemas, porque dejaba pasar la nada.

El vacío en una nave era como el honor de un Jedi, nada que pudiera notarse hasta que se perdía.

— ¿*Exploradora?* ¿Te preguntas alguna vez si eres una mala persona?

— ¿Si me lo pregunto? Lo sé —dijo, riéndose.

—Lo digo en serio. Si descubrieras que no eres una buena persona, te preocuparía, ¿no?

—Yo nunca he sido una buena persona. —*Exploradora* empleó la llave sónica para abrir una tuerca que se había oxidado en su sitio—. Sólo aspiro a ser lo bastante buena. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

Exploradora esperó, sin mirar a Whie. Según el calendario, ella era un año mayor que él, pero era tan calmado, tan centrado, que normalmente olvidaba la diferencia de edad. Hoy sonaba joven, y ella se sentía más vieja que él en mucho. Se acordó de algo que dijo Yoda una vez: "La edad más que una cuenta de latidos de corazón es. La edad cuántos errores has cometido es".

Contando las meteduras de pata, ella debía de tener como diez años más que Whie.

—Yo solía considerarme una buena persona —dijo despacio Whie—. Pero entonces pasaron varias cosas. Tuve ese sueño. Y en el sueño pensaba cosas malas.

—Vamos, chaval. No tienes por qué ponerte así por lo que piensas cuando estás durmiendo.

—No lo entiendes. Eso no era un sueño, no era mi subconsciente manifestándose. Eso pasó de verdad. Acabará pasando —se corrigió.

El dolor en su voz era ahora evidente, y *Exploradora* se dio cuenta de que eso era muy importante para él.

Whie presionó la soldadura con la resquebrajada cubierta de la cámara de vacío y pasó el soldador por él. Resultaba extraña la forma en que esos palos de metal, que parecían tan duros y rectos, pudieran ablandarse tan fácilmente. Eran inconstantes.

—Y después está el otro sueño. Ése en el que muero. Nunca había soñado antes sobre eso.

Exploradora esperó.

—Todo era muy confuso. No estoy muy seguro de dónde estaba yo, ni de lo que estaba haciendo. Estaba dentro de mi propia cabeza; y un sable láser relampagueaba. Intenté defenderme, pero el otro era demasiado fuerte para mí. Demasiado rápido. Entonces, una barra de luz me cruzó los ojos. Como un sol —la soldadura de hierro soltó chispas y brilló en los oscuros recovecos del castigado carguero—. Y luego nada.

—El que fuera un sable láser no significa que fuera un Jedi.

—Oh, pero lo sabía. El sueño fue muy corto, ni siquiera vi quién era, pero cuando me sumí en ese momento, ni siquiera estaba asustado, sólo muy sorprendido. Yo pensé: *¿Así es como voy a morir?* Era muy raro. Incluso habiendo tenido este sueño, mi muerte seguirá sorprendiéndome cuando ocurra. Supongo que siempre te sorprende.

Exploradora aplicó a la reticente tuerca otra dosis de disolvente.

—Igual lo has interpretado mal. Igual no te mueres. En el sueño no moriste, ¿verdad? No lo sabes con seguridad. Igual sólo era una prueba, un ejercicio. Ésa es la explicación más probable si pensabas que era un Jedi. Una instrucción, o un torneo como el que tuvimos antes de salir. Apuesto a que es eso.

—Puede —dijo Whie. Ella sabía que él no lo creía—. ¿Quieres que te devuelva el soldador láser?

—Nah. Me las arreglo. —*Exploradora* consiguió sacar por fin la tuerca oxidada—. Y el sueño que tuviste en el que salía yo, ¿me moría?

—No en la parte que vi.

No era una respuesta tan reconfortante como *Exploradora* esperaba.

—Mira, creo que voy a pasarme al Lado Oscuro —dijo Whie atropelladamente—. Es lo único que tiene sentido. Por eso pensaba yo lo que pensaba en el primer sueño. Por eso me mata un Jedi.

—Eso es ridículo —dijo *Exploradora,* pasmada de verdad—. Eres la última persona del mundo que podría pasarse al Lado Oscuro. Y eso lo sabe todo el mundo. Eres mejor que cualquiera de nosotros. Siempre lo has sido. Yo odiaba lo bueno que eras. No hay manera de que pase eso —añadió con aire positivo.

—Yo siempre me consideré una buena persona. Estaba orgulloso de ello. Pero ahora, mirando hacia atrás, me doy cuenta de que sólo simulaba ser bueno. ¿Sabes? Actuaba. No era de verdad. Sólo... simulaba ser un jedi.

Por primera vez, *Exploradora* dejó en el suelo sus herramientas, se arrastró bajo el casco de la nave y posó la mano en el brazo de él.

—Mira, Whie. A veces lo único que se puede hacer es simular.

Una hora después, Fidelis llenaba de provisiones las alacenas de la pequeña cocina del carguero. Yoda le había pedido que comprara comida suficiente para un festín, y él había hecho todo lo posible. Programado para complacer, le alteraba la idea de cocinar sin conocer los gustos de sus invitados, pero, como se recordó filosóficamente, toda vida es improvisación y, de todos modos, la única cocina que había probado Whie era la que servían en la cafetería del Templo Jedi. Si Fidelis no conseguía superar ese estándar es que merecía que se le abandonase en las chatarrerías de la estación de Jovan. Además, aunque su exposición ante Whie había sido escasa, había cocinado para doce generaciones del clan Malreaux y, por supuesto, tenía a su disposición un escaneo genético completo del muchacho. El desarrollo de las papilas gustativas seguía siendo más arte que ciencia, pero creía que, al estar armado con tanta información, sería extraño no poder acercarse mínimamente a su objetivo.

Mientras colocaba los ingredientes, pudo oír a Yoda en la carlinga delantera, gruñendo y bufando mientras repasaba el manifiesto de la nave y el manual del propietario. Ruidos, crujidos y golpes venían de popa. Donde el amo Whie y la chica almacenaban los grandes cascos de agua.

Fidelis metió la cabeza en la carlinga.

—Perdone, Maestro Yoda, pero quisiera posponer de momento la tarea de cocinar y ayudar a almacenar el agua. Volveré en cuestión de momentos.

—No —gruñó el viejo Jedi.

—Perdón, ¿cómo dice?

—No vayas. Trabajo de pádawan es cargar la nave.

—Pero al ser yo considerablemente más fuerte, seguramente sería más eficiente que yo me ocupara de levantar los objetos pesados, sobre todo cuando eso elimina el riesgo de lesiones o tirones musculares en los jóvenes.

—Usar la Fuerza deben. Buena práctica será.

—Pero ninguno de ellos ha dormido en más de un día.

Yoda alargó la mano y golpeó a Fidelis en la pierna con su bastón, sin molestarse en alzar la vista del manual de la nave en el que estudiaba los

protocolos bastante extraños que necesitaba el B-7 para salir del hiperespacio. El androide emitió un agradable sonido tintineante, como una campanita de bronce.

—Lo importante no comprendes, *cosa-tostadora.* Los pádawan trabajar necesitan. Si no trabajan pensarán.

—Oh —dijo Fidelis.

Yoda se volvió y miró por encima de su joroba para que sus ojos se estudiaran. Hombre y máquina.

—Viejos somos, y fuertes; árboles que a muchos inviernos han sobrevivido. Pero, para esos dos, la muerte de sus Maestros primer invierno es. Trabajar déjalos —dijo con amabilidad—. Y comer. Y llorar. Y quizá, sólo quizá, dormir después.

El androide le miró.

—Eres sabio, Maestro Yoda.

—Eso me dicen —gruñó Yoda—. Pero como aquí estás, de los cuarteles del Conde Dooku háblame.

—Apenas son eso —dijo el androide muy estirado—. Confío en que el Conde permanezca en la Casa Malreaux como invitado. La naturaleza exacta de la situación es poco clara, al llevar yo muchos años en Coruscant y haberse vuelto algo errática mi comunicación con la Dama Malreaux.

Yoda estudió al androide.

—Jai Maruk me mencionó una dama que vio en la casa. Un zorro de Vjun la seguía.

—Ésa debe de ser Dama Malreaux. El zorro es su familiar.

— ¿Su familiar?

Fidelis se encogió de hombros.

—Así le llaman los sirvientes. No me importa achacarlo a la superstición, aunque se dice que la Fuerza es muy grande en Vjun, y, por supuesto, la Casa Malreaux ha producido los mejores adeptos en sus artes.

—Grande es... en el Lado Oscuro —murmuró Yoda.

Fidelis se encogió de hombros.

—Los intentos del Conde Malreaux de aplicar la manipulación genética a los cuerpos midiclorianos fueron, quizá, y con la distancia que dan los años, en exceso ambiciosos. ¡Pero no se puede dejar de admirar el alcance de su visión!

— ¿No se puede? —dijo Yoda secamente—. Un viejo refrán sobre jugar con el fuego hay, asistente personal de caballeros. Pero tu Dama Malreaux, loca ama de llaves de Dooku ahora es.

Ni siquiera Yoda había visto a un androide presa de un *shock,* pero ésa era exactamente la expresión que se pintaba en el rostro metálico del androide: *shock,* mortificación y algo más que una persona casi habría llamado ira.

—Eso no puede ser.

—El suelo dijo Jai que fregaba. Y limpiaba lavabos. ¿"Ama de llaves" la palabra apropiada no es? ¿"Sirvienta" lo es? ¿"Fregona"? —preguntó inocentemente—. ¿"Esclava"?

—El término adecuado es "dama" —repuso Fidelis, cortante—. O "señora".

—Con Dooku encontrarme yo querría—continuó el Maestro Yoda alegremente—. Convencerlo de que vuelva a Coruscant debo. Pero fácil no es. Guardias habrá. Discípulos quizá. Soldados. ¿Alguna forma privada de entrar al *château* Malreaux conoces?

—Sí conozco —dijo Fidelis.

Tres horas después, el *Halcón Nocturno* se alejaba de la estación de Jovan, empezando la larga y lenta carrera que necesitaba para calentar motores de cara al salto al hiperespacio. Su desigual tripulación se reunía en lo que el propietario del manual del B-7 denominaba con optimismo "la sala de la tripulación", una pequeña burbuja en el cuello de la nave, situada entre la carlinga y la cocina, y lo bastante amplia como para encajar en ella una pequeña mesa proyectora que permitiera tener holojuegos o disfrutar de holovídeos, siempre y cuando estuvieran codificados en uno de los dos formatos de la Vía Hydiana, ninguno de los cuales era el estándar de Coruscant para películas de la República.

Entre los demás elementos de la sala había dos mazos incompletos de cartas, cuatro taburetes de bar de segunda mano del diseño *hundido-en-el-centro* que tan de moda estuvo veinte años estándar antes, y que te hacía sentir como si te hubieras sentado en un tubo, y un tablero plegable plancharropas. El maestro Yoda se sentaba ahora en la tabla de planchar, columpiando los pies en el aire. Era demasiado pequeño para sentarse en los taburetes sin arriesgarse a quedar atascado en el agujero del centro.

Fidelis emitió un sorprendente tintineo desde la cocina:

—La cena está servida.

Whie conectó la mesa de proyección a los sensores externos de la nave, de modo que en medio de la pequeña sala había ahora un paisaje estelar, una profunda negrura salpicada por soles como cabezas de alfiler, en la cual su pequeño carguero era una mota luminosa en el centro. El chico tenía el rostro macilento y agotado, los ojos ribeteados por un círculo oscuro.

—No tengo hambre —dijo.

—Ah, pero he hecho *crepés* Malreaux —dijo Fidelis, entrando en la sala con dos bandejas de humeante comida—. Una receta que creé para el noveno Conde. Mis gentilseres fueron tan amables como para aplaudirlas con calidez durante las últimas ocho generaciones.

—Huelen deliciosamente —dijo *Exploradora.*

—Evidentemente, no dispongo de remolachas ácidas para la guarnición habitual; de hecho, no sé si Vjun sigue exportándolas. Aun así, pude obtener una ristra de eperlanos secos y un queso excelente para servir como aperitivo, junto con unas galletas reythanas y una tapenada a la mostaza cáustica que saqué de una vieja receta ortolana que espero sea de la satisfacción de todos.

Fidelis depositó en la mesa de proyección las bandejas de comida. El eperlano con queso tostado humeaba suavemente entre las estrellas.

—He tomado la precaución de coger servilletas —dijo Fidelis, repartiéndolas—. Son comidas para comer con los dedos; hay poco espacio en la cocina y pensé que sería mejor no embarcar con mucha vajilla.

—También saben deliciosamente —dijo *Exploradora* como pudo, con la boca llena de galletas y tapenada—. Por las estrellas, no sabía que tuviera tanta hambre.

—Para usted, Maestro Yoda, crema de pescado abisal —repuso Fidelis, depositando un cuenco de materia ocre, negra y pegajosa, con innombrables coágulos pálidos color liquen de árbol flotando en ella. Olía de forma extraordinariamente semejante al lubricante ardiendo—. He seguido la receta al pie de la letra —añadió el androide impaciente.

Yoda se inclinó sobre el cuenco y olió. Puso los ojos en blanco de placer.

— ¡Excelente!

Exploradora tenía los ojos semicerrados en soñadora apreciación de un eperlano con queso tostado.

—Guau.

El Maestro Yoda alzó su cuenco.

—A la *tostadora* que este festín preparara le pedí —dijo, asintiendo con benevolencia a Fidelis—, para que nuestra comida compartir pudiéramos y a nuestros perdidos Maestra Leem y Maestro Maruk recordar.

Fidelis entregó a los pádawan jarras de un líquido hermosamente púrpura que sabía a moras y agua de lluvia y olía a dulce. Cosquilleó en la lengua de *Exploradora* cuando bebió el brindis.

—Por la Maestra Leem y el Maestro Maruk.

— ¿Eso es todo? —dijo Whie furioso—. ¿Eso es todo lo que queréis hacer? ¿Comer? Maks y Jai Maruk han muerto, ¿y en lo único que pensáis es en llenaros la tripa?

Exploradora le miró con aire culpable, lamiéndose migajas de galleta de las comisuras de la boca.

— ¿Qué hay de buscar a Ventress? —exigió Whie—. ¿Qué hay de hacerle pagar lo que hizo? ¿Es que los Jedi están por encima de la justicia, o del postre?

—Profiteroles Ukio —dijo Fidelis en tono calmado—. Con un relleno de ganache de caramelo.

Yoda saboreó una cucharada de crema.

—Honra la vida viviendo, pádawan. Matar sólo a la muerte honra, sólo al Lado Oscuro.

—Entonces se ha honrado mucho al Lado Oscuro —dijo Whie con amargura.

—Chico, hace demasiadas horas que no duermes —dijo *Exploradora.*

—No me llames "chico" —dijo Whie con tono peligroso—. No soy tu hermano pequeño. Soy yo quien cuida de ti, y no al revés, Tallisibeth. Jai Maruk tenía razón contigo. Si yo no hubiera cuidado de ti en el espaciopuerto, podría haber saltado al vestíbulo a tiempo de impedir que ella los matara a los dos.

— ¡Cuidando de mí! —gritó *Exploradora,* ultrajada—. ¿Quién estaba atrapado contra la barandilla por su androide mayordomo mientras yo intentaba llegar abajo? ¿Quién se escapó para oír historias sobre su supuesta familia de verdad? —dijo ella, pálida de rabia.

Yoda apartó con pesar su cuenco de crema.

—Oyes como actúa, ¿verdad?

— ¿El qué oigo? —soltó Whie.

—Al Lado Oscuro. Siempre nos habla desde el dolor. Desde la pena. Nuestro dolor a todo el dolor conecta, nuestro sufrimiento a todo el sufrimiento.

—Igual es porque tiene mucho que decir —Whie miró el paisaje estelar que flotaba sobre la mesa de proyección—. Para usted es muy fácil. ¿Qué puede importarle? No siente afecto por nada, ¿no es así? Probablemente no morirá nunca. ¿Qué era Maks Leem para usted? Otra pupila. ¿Quién podría culparle de que no pueda seguir el rastro de todos ellos al cabo de tantos siglos? Pues para mí era mucho más que eso. —Le miró, retador. Las lágrimas surcaban brillantes su rostro, pero sus ojos seguían serios y furiosos—. Era lo más parecido a una madre que tuve, ya que usted me apartó de mi madre real. Ella me eligió para ser su pádawan y yo la fallé, dejé que muriera, ¡y no pienso quedarme aquí, cruzado de brazos, para atiborrarme y superarlo de una vez!

Acabó con un chillido, barriendo la bandeja de *crepés* de la mesa de proyección, y arrojándola al suelo.

Los ojos de Yoda, de párpados pesados y semicerrados como los de un dragón adormilado, brillaron. El Maestro Jedi agitó un dedo. Comida, bandeja, bebidas y todo lo demás quedó suspendido en el aire. La bandeja se posó en la mesa, las *crepés* volvieron a ella, el vaso volcado de Whie se enderezo solo y el sabroso líquido púrpura goteó de vuelta a él. Todo volvió a estar sobre la mesa.

Otro movimiento de los dedos de Yoda, apenas un agitar, y la cabeza de Whie se giró como si un cordel tirara de ella, hasta que se encontró mirando de frente a los ojos del viejo Jedi. Eran verdes, verdes como el agua de un pantano. Nunca antes se había dado cuenta de lo aterradores que podían ser esos ojos. Uno podía ahogarse en ellos. Uno podía verse arrastrado hacia ellos.

— ¿Enseñarme qué es el dolor crees poder? —dijo Yoda con voz suave—. Crees que al viejo Maestro afectarle no puede. *¿Mmm?* ¿Quién soy has olvidado? Viejo soy, sí. Mmm. Más que tú yo he amado, pádawan. Más he perdido. Más he odiado. Más he matado. —Los ojos verdes se estrecharon hasta ser brillantes rendijas bajo los pesados párpados. Ojos de dragón, viejos y terribles—. ¿Crees que precio la sabiduría no tiene? El Lado Oscuro, sí, más fácil para ellos es. El dolor demasiado grande se hace, y consumen la

oscuridad para de él poder huir. Yoda no. Yoda por ello ama y sufre, ama y sufre.

Se habría podido oír una pluma al tocar el suelo.

—El precio de la sabiduría de Yoda elevado es, muy elevado, y debe pagarse eternamente. Pero, ¿enseñarme a mí lo que es el dolor quieres?

—Yo —Whie consiguió hacer funcionar su boca—. Lo siento, Maestro. Estaba furioso. Pero... ¿y si ellos tienen razón? —gritó, angustiado—. ¿Y si la galaxia es oscuridad? ¿Y si es como dice Ventress, que nacemos, sufrimos, morimos y eso *es todo?* ¿Y si no hay ningún gran plan?, ¿y si no existe el "bien"? ¿Y si sufrimos a ciegas, intentando encontrar un motivo para el sufrimiento, pero en realidad nos estamos engañando al buscar una esperanza que no existe? ¿Y si sólo existen las estrellas y el negro espacio entre ellas, y a la galaxia no le importa si vivimos o morimos?

—Cierto es —dijo Yoda.

Los pádawan le miraron aturdidos.

Las cortas piernas del Maestro se balancearon adelante y atrás, adelante y atrás.

—Quizás —añadió. Y suspiró—. Muchos días de que existe una esperanza mayor seguro estoy. Algunos días no tanto. —Se encogió de hombros—. ¿Qué más da?

—Ventress tenía razón —dijo Whie, dejando atrás la ira y sustituyéndola por la sorpresa.

— ¡No! ¡Equivocada está! ¡Más equivocada estar no puede! —bufó Yoda—. ¿Dolor en la galaxia hay? Oh, sí. Océanos de dolor. Mundos de dolor. ¿Y oscuridad? —Yoda señaló el paisaje estelar de la mesa de proyección—. Ahí la ves: oscuridad, oscuridad por todas partes, y unas pocas estrellas. Unos pocos puntos luminosos. Si ningún plan hay, ni destino, ni providencia, ni Fuerza, ¿qué queda entonces? —Los miró a uno a uno—. Nada salvo nuestras decisiones, *¿Mmm?*

"Asajj consume la oscuridad y a ella la oscuridad la consume a su vez. Haz eso si lo deseas, Whie. Hazlo si lo deseas. —El viejo Jedi miró al paisaje estelar: soles, planetas y nebulosas girando, pequeños puntos de luz brillando en la oscuridad—. Ser Jedi afrontar la verdad es, y elegir. Proyectar luz, o proyectar oscuridad, pádawan. —Sus enmarañadas cejas se arquearon sobre sus ojos color pantano, y pinchó a Whie con la punta del bastón. *Punk, punk*—. O ser una vela o ser la noche, pádawan, pero ¡elegir debes!

Whie lloró durante lo que pareció mucho tiempo. *Exploradora* comió. Fidelis sirvió. El Maestro Yoda contó historias de Maks Leem y Jai Maruk, historias de sus aventuras más emocionantes, por supuesto, pero también anécdotas cómicas de los tiempos en que sólo eran niños en el Templo. Bebieron juntos, brindaron mucho.

Exploradora lloró. Whie comió. Fidelis sirvió.

Yoda contó historias, comió, lloró y rió, y los pádawan vieron que la misma vida era un sable láser en sus manos; que incluso ante la traición, la muerte y la desaparición de la esperanza, seguía ardiendo como una vela en la

oscuridad. Como una estrella resplandeciente en la negra eternidad del espacio.

CAPITULO 10

El *château* Malreaux se alzaba en un elevado risco en el lado norte de la Bahía de las Lágrimas, un puerto de aguas profundas protegido por repentinos bancos de arena. El Río Doloroso, que desembocaba en la bahía, había tallado un fantástico laberinto de cuevas en los farallones de la costa. Todos estos rasgos —un puerto amigo para quien conociera sus secretos, muerte para quien no los conociera, y las galerías de cuevas conectadas que convertían la costa en una colmena— habían convertido la Bahía de las Lágrimas en un puerto perfecto para los contrabandistas. El primer Conde Malreaux había sido un pirata que extorsionó sus títulos nobiliarios sobre el territorio circundante a cambio de la promesa, rota sólo de forma ocasional, de dejar de saquear los barcos que pasaran por la zona.

La vista desde el risco tenía cierta grandeza árida: la punta azotada por el viento, completamente desnuda a excepción del ubicuo musgo de Vjun que lo cubría todo, resaltaba con un verde venenoso contra un cielo plomizo y un mar de peltre. El viento soplaba con fuerza, desplazando grandes olas que rompían contra el risco. Finos hilos de lluvia se doblaban y latigueaban en el aire, mezclándose con las salpicaduras del mar. Unas pocas gaviotas pirata, negras y con manchas plateadas, giraban y chillaban sobre la pequeña ensenada.

El sistema de cuevas y túneles que ascendía desde la playa tenía salidas en todas partes, incluso, por supuesto, en las bodegas del *château* Malreaux. Uno de esos pasajes subterráneos daba a la ladera de una gran colina coronada por árboles espina, medio kilómetro tierra adentro. Un observador interesado resguardado bajo esas espinas observó cómo un viejo carguero B-7, acompañado de dos cazas ala de avispa de la Federación de Comercio, descendía de las alturas con la aparente intención de posarse en las pistas de aterrizaje abandonadas de las ruinas de Amargo Final, una ciudad situada en la otra punta de la bahía, lejos del *château.* Amargo Final había acogido a sesenta mil almas antes de que las plagas y la locura la convirtieran en una ciudad fantasma una década antes.

El carguero dio un salto repentino, como si sufriera algún problema en sus toberas de altitud. Se escoró rápidamente a un costado, girando de forma convincente, y desapareció en una grieta entre dos colinas rocosas. Una actuación muy bien realizada, pensó el observador. Los cazas de la Federación de Comercio se pararon en seco, ascendieron, y finalmente concluyeron el descenso a Amargo Final.

Ciento doce segundos más tarde, el primer deslizador llegaba aullando desde Amargo Final, en dirección al risco que había frente a *château* Malreaux. La carretera acababa allí, en el mirador.

En su escondido puesto de observación, Solis utilizó su mira telescópica T/Z con retícula incluida para identificar a las tropas que saltaban de los deslizadores y entraban en el accidentado terreno. Diez, doce, quince humanos en total, además de diez androides asesinos de élite como los que Ventress había llevado al espaciopuerto de Phindar, y dos pelotones de androides gruñones para ayudarles a batir los matojos. No había duda de que pronto llegarían más rastreadores especializados; el comité de recepción que enviaba Dooku para ser la "guardia de honor" de Yoda.

Una entrada de cueva se abría a tres minutos de marcha apresurada desde donde había aterrizado el B-7. La tripulación de Yoda podría llegar a ella con tiempo sobrado, pensó Solis. Una vez dentro podrían ampliar su ventaja, al menos hasta que los cazadores consiguieran sensores más sofisticados.

En todo, nada de esto era inesperado, sólo razonables movimientos de apertura por parte de ambos bandos, cada uno buscando una reunión, y los dos prefiriendo controlar cuándo y cómo tuviera lugar ese encuentro.

Solis asintió para sus adentros. Era hora de dirigirse a las cuevas.

—Llegas tarde —dijo el Conde Malreaux suavemente cuando Whirry entró en su estudio, acalorada y jadeante.

—Lo lamento, pero estaba buscando a la Srta. Vix. ¡Oh, ahí está la pequeña! —gritó Whirry al ver que el Conde sujetaba al zorro manchado.

Lo sujetaba pasando una mano bajo el pecho del animal, mientras acariciaba con la otra su piel marrón y rojo. El zorro forcejeaba y gemía en sus manos. Jadeaba y tenía los ojos muy abiertos y aterrados.

Dooku pasó los dedos detrás de sus orejas y le acarició el lomo entre los delgados omoplatos, frágiles como ramitas.

—Te dije que venían invitados; a uno le invité yo, a un par de ellos no. —Siguió acariciando al aterrorizado zorro—. He estado examinando algunos archivos de la casa. Cuando tu marido enloqueció, tú diste un hijo a los Jedi.

—El pequeño —susurró Whirry—. Los muy brutos me lo robaron.

Me lo quitaron cuando tenía la mente mal. La sangre manchaba mi vestido. —Se miró con aire ausente el vestido de baile, fijándose en las manchas del dobladillo y las bocamangas, en las apagadas manchas más oscuras que las de la simple mugre—. Me lo robaron.

—En aquel entonces había aquí un androide —dijo Dooku—. Un Lacayo Tac-Spec que sirvió a la Casa Malreaux durante doce generaciones, y que luego desapareció misteriosamente. No hay mención alguna de él en los últimos diez años. Curiosamente, Asajj Ventress se encontró hace ocho días con un androide así que viajaba con un pádawan Jedi hacia aquí.

Una caricia, otra; el pequeño zorro temblaba y gemía.

— ¿Acaso pensabas en dar una pequeña fiesta de bienvenida sin informarme de ello, Whirry? Eso me resultaría... decepcionante.

—Se suponía que sería una sorpresa —susurró la vieja.

—No me gustan las sorpresas.

—Oh, vale, de acuerdo —tragó saliva.

— ¿Puedo suponer que puedes comunicarte con este androide?

—Sí.

El Conde la miró.

—Sí, amo —dijo con rapidez.

Dooku pasó la mano con suavidad por el lomo de la Srta. Vix. El zorro se encogió y soltó un gañido. Dooku levantó la mano. Tenía las yemas de los dedos llenas de pelo.

—Mmmrn —dijo.

Agitó la mano para desprenderse del pelo y volvió a sus caricias. Otro gañido. Más pelo. Hizo una pausa, como si se le hubiera ocurrido algo, y movió al zorro para mostrar su piel mutilada.

—Oye, Whirry..., ¿quieres leer tu futuro?

El ama de llaves miró a su amo y al zorro, antes de volver a mirar a su amo, con la boca temblorosa.

— ¿Qué quiere que haga?

— ¿Qué le pasa a tu cacharro asistente? —preguntó *Exploradora* a Whie. Ya llevaban un tiempo recorriendo las cuevas, siguiendo el brillo del sable láser de Yoda, cuando el androide se paró de pronto, como si se le hubiera colgado la programación.

— ¿Fidelis?

La voz de Whie era cortante y de mando. Sus ecos se alejaron de la cámara por ambos lados.

Un chirrido, un chasquido. Fidelis pareció despertarse. Sacudió la cabeza.

— ¿Sí, amo Whie?

— ¿Hay algún problema?

—En absoluto, señor. Sólo, ah, sólo comprobaba mis mapas internos, señor.

—Vamos —dijo Yoda—. Una gran cámara aquí hay. En ella descansaremos.

—No necesito descansar —dijo Whie. Su caminar, siempre elegante, era eléctrico, y su voz resonaba con excitación contenida—. Necesito ir a casa.

Exploradora se movía como podía por esas siniestras cuevas, con los ojos doloridos por el esfuerzo de intentar ver en la oscuridad. Ya se había arañado las espinillas, dos veces, en su primera entrada en el sistema de cuevas. Whie, en cambio, se movía por ellas como si estuvieran a la luz del día. Tenía los ojos luminosos, casi enloquecidos.

—La Fuerza es intensa aquí —dijo, y se reía con el placer de que fuera así.

Tenía razón en lo de la Fuerza. Hasta *Exploradora* podía sentirla, como un cosquilleo nervioso en su interior, como si el mundo estuviera lleno de imanes y pudiera sentirlos tirando del hierro de su sangre. Whie lo encontraba vivificante. *Exploradora* lo encontraba siniestro. Había algo terminal en la Fuerza de ese lugar: una sensación cortante, desequilibrada, tan diferente del suave brillo del Templo Jedi como lo era el viento húmedo y ácido de Vjun del aire de casa.

Whie se adelantó saltando, seguido por Fidelis. *Exploradora* llegó más despacio. El Maestro Yoda la cogió suavemente del brazo.

—En voz baja —le dijo en un susurro—. Un momento escucha, pádawan. Aquí dejaros debo.

— ¡Dejarnos! —siseó ella.

—No sé si Fidelis de confianza es. A tu compañero pádawan sé que a salvo mantendrá, pero los asuntos de Jedi otra cosa son.

Muy cierto, pensó *Exploradora,* recordando la traición de Solis.

Yoda aspiró aire.

—Una salida a la superficie cerca hay; el aire puedo oler. Tomarla debo. Los otros y tú en las cuevas quedaros debéis. Si todo va bien, con vosotros volveré. Si en doce horas no nos vemos, a la nave volved y un mensaje al Templo Jedi enviad, diciendo que Yoda no regresa.

— ¡Pero...!

La mano le apretó el brazo.

— ¡A tu compañero pádawan vigilar debes! Vjun el Lado Oscuro llama en él.

— ¡Mirad eso! —gritó Whie de algo más adelante—. ¡Esqueletos!

— ¿Qué se supone que debo hacer con él? —susurró *Exploradora,* pero Yoda ya se había ido.

Exploradora trepó por una serie de piedras calizas mientras maldecía entre dientes. La única luz que había procedía del débil brillo del sable láser de Whie, muy adelante. El suelo estaba cubierto de un polvo gris, fino como la ceniza. Nada crecía allí, aunque *Exploradora* veía algún que otro hueso pequeño, de animales que habían caído por un agujero o habían sido arrastrados hasta allí por las mareas. En algún lugar en la distancia, el agua goteaba hasta un estanque subterráneo. *Plic, ploc, plic.* Cada gota con un eco que se desvanecía y moría.

Entonces se le ocurrió que cada gota era como una vida que se hinchaba hasta nacer en el invisible techo de la caverna, para luego cobrar vida, arrojarse al vacío y terminar estrellándose en el agua fría, despertando ecos, que son como los recuerdos que quedan en lo que se deja atrás, débiles, apagándose, desapareciendo.

— ¿Qué crees que le ha pasado a *Exploradora?* —oyó que decía Whie con una voz extraña, cómica—. ¡Mejor voy a verlo! —se respondió Whie con voz aguda, chillona.

Se oyó un estrépito de palos viejos entrechocándose. Cuando Whie trepó hasta el borde de la siguiente caverna, un sonriente cráneo blanco le miró. Un brazo huesudo alargó una mano esquelética. Whie estaba empleando la Fuerza para hacer flotar en el aire los frágiles huesos.

—Parece que te vendría bien una mano —dijo con esa voz aguda, chillona, y los flotantes dedos huesudos se cerraron en su muñeca.

Exploradora gritó y golpeó la mano contra la piedra caliza. Los huesos se soltaron y astillaron. El esqueleto flotante, no más grande que un niño, se llevó la mano, ahora sin dedos, ante las vacías cuencas de sus ojos.

—Guau. Estoy tullido —chilló con voz de niño pequeño.

Un segundo esqueleto del tamaño de un hombre adulto llegó saltando en el aire para unirse al primero.

—Ándate con cuidado, hijo —dijo Whie en una horrenda parodia de la voz de una madre—. Que ésta es guerrera.

A *Exploradora* el corazón le golpeaba el pecho.

—Corta ya, Whie.

—Sólo me divertía un poco —dijo Whie, apareciendo ante ella—. Es increíble. Hay algo en este lugar... ¿No lo sientes? Nunca había sentido la Fuerza con tanta intensidad. Normalmente tendría que concentrarme sólo para poder levantar esos huesos en el aire, pero aquí...

Imitó el sonido de un zumbido, agitando el sable láser como si fuera la batuta de un director de orquesta. Los dos esqueletos unieron las manos y empezaron a bailar.

—Deja los huesos —dijo *Exploradora,* esforzándose por mantener la voz calmada.

— ¿Por qué? Sus dueños ya no los utilizan.

—No es respetuoso.

—No veo por qué...

—Whie. Te lo suplico. Por favor.

Silencio.

—Vale. —Whie dio media vuelta. Los huesos cayeron al suelo con estrépito —. Supongo que no está bien asustar a las niñas pequeñas.

Exploradora esperó a que su corazón dejara de correr.

— ¿Whie?

— ¿Sí?

—Sabes que no suenas muy normal, ¿verdad?

Silencio.

—Lo sé.

—Eso me asusta —dijo *Exploradora*—. La Fuerza es aquí muy potente. Si hasta yo puedo sentirla, sólo puedo imaginar cómo será para ti. No creo que sea muy buena idea que la utilicemos a no ser que no nos quede más remedio. Es como..., como aire con demasiado oxígeno. El Lado Oscuro sólo espera el momento de prender.

—Tengo una noticia para ti, *Exploradora.* El Lado Oscuro está aquí —dijo Whie, golpeándose el pecho—. Lo llevamos con nosotros donde quiera que vayamos.

Apagó el sable láser.

La oscuridad fue absoluta e instantánea. En alguna parte, una gota de agua se formaba, se hinchaba, caía al estanque sin luz. *Plic, ploc. oc... oc...*

Silencio.

Las estrellas aparecieron en la oscuridad, pequeños puntos de luz en

el techo de la caverna.

—He visto antes esas luces —dijo Whie.

—Gusiluces —respondió Fidelis—. Solíamos bajar aquí cuando era un bebé, Amo. Usted y yo, y su hermano y su padre antes de su, esto, enfermedad.

— ¿Qué le pasó?

Exploradora sacó su propio sable láser y lo encendió a la menor potencia, sólo para tener luz.

—Tradicionalmente, las mejores familias de Vjun tienen cantidades muy elevadas de midiclorianos —dijo Fidelis—. Era señal de rango. Sólo en las últimas generaciones estableció Vjun relaciones comerciales significativas con la República; antes de eso, los Jedi no tuvieron ninguna oportunidad de, perdone que hable con franqueza, mantener subyugados a los habitantes con su costumbre de secuestrar a todos los niños que mostrasen una habilidad extremadamente elevada. Vjun mantuvo contacto en el pasado con los Sith, pero fueron los recientes contactos con la República los que supusieron su primera exposición prolongada al culto Jedi. Por supuesto, el interés por el fenómeno de los midiclorianos siempre fue elevado, pero la llegada de los cazadores de bebés Jedi indujo a las mejores familias a buscar una forma de aumentar sus propias habilidades y protegerse así de la amenaza que representaban los... —tosió con delicadeza— ...forasteros.

"Su padre, el Conde, era miembro de un consorcio dedicado a aumentar genéticamente los niveles naturales de midiclorianos del populacho de Vjun. De hecho, el experimento tuvo un éxito increíble.

— ¿Quieres decir que crearon todo un planeta de personas sensibles a la Fuerza sin el entrenamiento mental necesario para asimilarla? —dijo *Exploradora,* pasmada.

—Oh, a eso huele el aire —dijo Whie—. A locura. Todos se volvieron locos, ¿verdad? Se puede oír gritar a las rocas.

A *Exploradora* se le secó la boca.

— ¿Whie?

— ¿Es que no lo oyes? No puedo hacerlo callar —dijo.

—Estás volviendo a asustarme.

—No te preocupes. Éste es mi sitio. Mi casa. Aquí me conocen. —Atravesó el montón de huesos con el pie—. Supongo que serían una madre y su hijo. Vinieron aquí escondiéndose de mi padre, ¿verdad?

—Bueno, señor —tartamudeó Fidelis—. No sabría decirle.

Exploradora alzó la mano ante el sonido de pisadas distantes, el tintineo y el roce del metal. Entonces, gracias a algún efecto de las cuevas, por una grieta les llegó un conjunto de órdenes, como si el soldado las diera a sólo unos metros de ellos:

—Dispersaos por las cuevas. Podéis coger a los prisioneros vivos o muertos.

—Los androides de Dooku vienen a por nosotros —repuso *Exploradora.*

—Es hora de moverse —admitió Whie—. Eh..., ¿dónde está el Maestro Yoda?

—Se fue. Dijo que debíamos reunimos con él en la nave dentro de doce horas.

—Yo no he oído eso —dijo Whie con sospecha—. ¿Por qué te lo dijo a ti y no a mí?

—No lo sé —replicó ella—. ¿Porque estás actuando de forma muy rara?

Whie empezó a soltar una réplica furiosa, pero se contuvo. Asintió, con labios apretados.

—Buena respuesta. Estar aquí no es fácil para mí. Mis pensamientos no dejan de dar vueltas, tengo que aislarme de ellos. He estado empleando la Meditación Silenciosa que nos enseñó el Maestro Yoda cuando teníamos cinco años. ¿La recuerdas?

-Sí.

Ojos semicerrados, lengua tocando el paladar, la Fuerza girando desde lo alto de la coronilla, derramándose por la columna vertebral, llegando hasta la médula de los fémures y vaciándose por los puntos de presión de las plantas de los pies. "Un niño lleno de la Fuerza como una nube que transporta el rayo es", solía decir. "Dejad que la carga os traspase hasta llegar al suelo, al suelo". Todavía podía oír su amable voz de anciano, "¡relajaos debéis!", y el sonido de los niños riéndose a su alrededor en el aula iluminada por la adormilada luz del sol.

La voz de Whie interrumpió sus recuerdos.

—Esto es lo que le pasó al Maestro de Asajj Ventress, ¿sabes? Quedó abandonado en un planeta extraño y violento, y los Jedi le dejaron allí. El Maestro Yoda lo abandonó.

— ¿De verdad crees que ésa es toda la historia?

Whie se encogió de hombros.

—Sólo digo que es una curiosa coincidencia. Fidelis, ¿podrás alejarnos de esos androides?

—Desde luego, señor. Conozco cada rendija y grieta de estas cuevas. ¿Si quieren seguirme?

Los pádawan le siguieron, con *Exploradora* en primer lugar, su sable láser proyectaba su pálido brillo azul, y Whie cerraba la retaguardia, moviéndose con facilidad. El peso de las rocas que tenían sobre sus cabezas no parecía preocuparle, pero a *Exploradora* no le gustaba nada ese peso abrumador, de millones de toneladas métricas de piedra podrida con agujeros y aberturas. Un par de disparos de mortero o una granada de impacto podía derribar toda esa ristra de cavernas, enterrándolos en vida.

Déjalo ya, se dijo. *Un Jedi no cae presa del pánico, ni siquiera uno joven y frenético. Has trabajado toda la vida para asumir estos riesgos, Tallisibeth. Te has ganado este miedo. ¿Qué habría pensado Jai Maruk?*

Al pensar en él, la pena y el cariño se apoderaron de ella. Se recordaba llorando sobre él mientras yacía moribundo en la estación de Phinda. "No me dejes, Maestro", le había dicho. "Nunca, mi pádawan", fue su respuesta.

Whie se rió detrás de ella.

— ¿Recuerdas lo que solía decirnos el Maestro Yoda? *Cuando al Lado Oscuro mires, cuidado debes tener...*

—... *pues el Lado Oscuro la mirada te devuelve* —dijo *Exploradora.*

Pric, tap, proc, tick.

El Conde Dooku estaba sentado ante el escritorio de su estudio, pretendiendo leer los informes diarios sobre las Guerras Clon, pero en realidad escuchaba la incesante lluvia de Vjun golpeando las ventanas que tenía a su espalda. También escuchaba con otro sentido que no era el del oído.

Yoda estaba cerca.

Se movía con cuidado, en silencio, ocultando su presencia en la Fuerza, viajando con ella como una hoja arrastrada suavemente por un arroyo. Pero en Vjun, la Fuerza estaba poderosamente sesgada hacia el Lado Oscuro, y de vez en cuando el Maestro se movía contra la corriente. Eran esos momentos los que buscaba Dooku. En una ocasión, varios minutos antes, el viejo Jedi había pisado mal, poniendo un pie a contracorriente, y la perturbación había retumbado en el mismo lecho rocoso sobre el que se alzaba el *château* Malreaux, anunciando la llegada del Maestro como un terremoto distante.

O igual no había sido un error. Puede que Yoda quisiera hacer saber que estaba en camino.

Desde entonces, el mundo había permanecido en silencio. El viejo Jedi se movía por la superficie de la Fuerza como un patinador acuático, sin otra cosa que anunciara su llegada que una débil sensación de calor en la piel de Dooku, como un ciego que contempla un amanecer, invisible para él, pero percibe una pálida calidez que le recorre el cuerpo.

La verdad era que no esperaba que el Maestro permitiera que se le llevara custodiado al *château* Malreaux. "El combate el momento oportuno es", solía decir el Maestro, "y el trabajo del guerrero destruir la oportunidad de su contrincante es". Dooku todavía podía ver en su mente la contrahecha y pequeña forma del Maestro vestido con una túnica parda aquel primer día de práctica del sable láser, parloteando y repartiendo las espadas de madera de las prácticas, los chicos riendo, el olor a sábanas y esteras limpias, el Maestro arrastrando los pies ante ellos, el largo suspiro, como un estornudo, y después el subidón; la pequeña figura llamando a la Fuerza para que lo llenara, con un tirón tan potente que Dooku y los demás niños pudieron notarlo como una corriente que brotaba de los rincones de la sala en dirección a los cálidos pies de Yoda, recorriendo sus piernas y su tronco como descargas eléctricas, con fuego en los ojos; la Fuerza concentrada en la punta de su espada de madera, como un rayo enjaulado, y cuando levantó el pie y pisó con fuerza la estera, poniéndose en posición de guardia, pudo sentirse temblar al Templo entero.

Tap, ploc, tip.

Sería interesante volver a ver a Yoda. Como revisitar la casa de tu infancia. Aunque Dooku no quería verse embargado por un sentimiento de nostalgia, era lógico que al estar allí sentado, teniendo en sus manos el destino de millones de seres, subordinados suplicando órdenes y víctimas suplicando piedad, le

resultara tentador recordar esos días primerizos comparativamente despreocupados, cuando era un niño soñando con las vidas que iba salvar, en vez de contando cadáveres por miles. Resultaba gracioso pensar que alguna vez fue tan joven como para considerar preciosa una sola vida.

Pero ahora era adulto y había superado ese sentimiento, ya no era un niño al que pudieran dar órdenes.

Exceptuando a Sidious, por supuesto.

Las palabras de Ventress acudieron a su mente: "¿Cómo podría dejarte vivir...?", "Él te utilizará...". Hablaba para salir de su aprieto, por supuesto, pero por las estrellas que había sabido elegir bien su envite. Si algo podía decirse de Asajj es que sus instintos para saber dónde hundir el cuchillo eran impecables.

"Tendrás que aguantar demasiado a la luz de su sol, Conde."

Dooku miró a los holomonitores agrupados en su escritorio, donde muchas escenas reclamaban su atención: una panorámica de la batalla en Omwat; una imagen de la devastación de Honoghr, seis meses después de la catástrofe tóxica; parte de la proposición del General Grievous de incrementar el uso de bioarmas en las campañas del Borde Exterior; una holotransmisión de la cámara del Senado de la República; un comunicado urgente mostrando una nave pequeña entrando a toda velocidad en la órbita de Vjun, perseguida por dos interceptores que partieron de las fragatas orbitales; actualizaciones a tiempo real de las tropas que siguieron a Yoda y sus niños a las cuevas, y una batería de imágenes de vigilancia del *château* en sí mostrando la fachada principal, el vestíbulo, la puesta del servicio y el pasillo que había fuera de ese estudio.

Al Conde no le gustaban las sorpresas.

¡Tap, pric, tap! La lluvia caía con más fuerza, golpeando las ventanas.

Alargó la mano para ampliar la imagen de la nave que perseguían sus interceptores, se detuvo, se examinó la mano. La muy estúpida volvía a temblar. La sensación de calidez en la piel se intensificó, como un sonrojo por la vergüenza, y el temblor empeoró. De un modo extraño, era como si estuviera asustado. Su mente racional estaba muy calmada, pero, por algún motivo, su cuerpo estaba reaccionando como si fuera un colegial a punto de dirigirse a una niña bonita: sentía miedo, vergüenza, añoranza y esperanza, todo enloquecedoramente mezclado.

¡Tap, tap!

Por fin, el Conde se dio cuenta de que ése no era el sonido de la lluvia. Se volvió para mirar a la ventana de su estudio. El Maestro Yoda golpeaba el cristal con su bastón, imposiblemente parado en la delgada cornisa exterior, a cinco pisos de altura. La lluvia corría por las grietas de su arrugado rostro, y estaba sonriendo como una gárgola.

Una veloz nave correo Hoersch-Kessel clase Chryya modificada entró en la atmósfera de Vjun como el rayo, perseguida acaloradamente por dos corbetas de la Federación de Comercio. "Acaloradamente" era la palabra adecuada, ya que el piloto de la Chryya parecía haberse saltado la asignatura de frenado en la atmósfera en sus clases de piloto. En vez de reducir velocidad en una larga

serie de bucles en la atmósfera superior, el muy veloz correo descendía en un ángulo suicida. Sus protectores térmicos tenían un profundo y ominoso color anaranjado. Un rastro de aire supercaliente y partículas atmosféricas incendiadas le seguía como el rastro de un cometa.

Una de las cornetas que le perseguían se desvió hacia arriba; no se atrevía a mantener ese ángulo de entrada tan pronunciado. La otra, brillando al rojo, se mantuvo tras el Chryya, disparando cortas descargas con los cañones delanteros que no consiguieron dar en el blanco. El cielo gritó cuando las naves lo desgarraron por la mitad como si fuera plastifino. El Chryya se movió alegremente de un lado a otro por entre la andanada de disparos, hizo girar el láser montado en su lomo, apuntó directamente hacia popa y liberó un chorro de fuego continuado.

Los deflectores delanteros de la corbeta aguantaron durante un largo momento.

Cuando le llegó el fin, lo que acabó con ella no fue la descarga de energía que le traspasó el blindaje; sino el calor ambiental, que alcanzó el punto de fusión del casco. Durante un instante eterno, los borde de la nave parecieron emborronarse y echar a correr, arrojándose contra el suelo como una gota de sangre ardiente. El piloto intentó salir de la barrena, pero las enormes fuerzas gravitacionales arrancaron la carcasa que se estaba fundiendo, y la nave se disolvió, estrellándose en las ruinas de la ciudad de Amargo Final como una ardiente bola de nieve.

A un par de kilómetros de allí, el Chryya se posó elegantemente en el suelo, a un centenar de metros del abandonado B-7 de Yoda.

— ¿Qué fue eso? —dijo Obi-Wan Kenobi, soltándose el cinturón de la silla de artillero del cañón de la torreta—. Creí que ibas a conseguir que nos pegaran un cañonazo. Después estuve seguro de que conseguirías que acabásemos incinerados. Luego estuve convencido de que íbamos a estrellarnos.

Anakin saltó de la silla del piloto, con una gran sonrisa en el rostro.

—Sólo era algo que me gusta llamar...

— ¿Presumir?

— ¡Presumir! La cuestión no es ganar, Maestro. Androides de combate de la Federación acercándose en dos hileras desde el lugar de aterrizaje del B-7. Seis, siete, ocho —añadió despreocupadamente, mirando el monitor táctico del Chryya—. Se trata de ganar con estilo—. Posó la mano en el sable láser que pendía de su costado y se dispuso a lanzarse por la escotilla delantera del Chryya—. ¿Listo?

— ¡No! —Obi-Wan volvió a la silla del artillero de la torreta y utilizó el cañón láser del Chryya para abrir agujeros en tres de los androides de ataque que se dirigían hacia ellos, antes de que los demás se dispersaran buscando ponerse a cubierto—. Vale. Ahora sí estoy listo.

Anakin sacó dos pistolas láser del armarito para armamento de la escotilla delantera.

—Me encanta este planeta. Está empapado en la Fuerza. Pude sentirlo en el momento en que tocamos la atmósfera. Normalmente soy un buen piloto.

—Un gran piloto —admitió Obi-Wan.

—...pero aquí era como si el casco de la nave y mi piel fueran la misma cosa. Podía sentir con precisión cuánto calor podía aguantar, cuanta torsión, cuantos giros...

—Era evidente que no utilizabas la Fuerza para conectar con mi estómago.

Obi-Wan, con el rostro aún algo verdoso, cogió un rifle láser y un par de granadas de impacto.

—La diferencia entre Coruscant y este planeta es como la diferencia entre nadar en agua fresca y nadar en el océano. Me siento optimista.

Anakin dio un golpe al interruptor de la escotilla y se lanzó al exterior con un enorme salto. El resplandor de los disparos láser centellearon alrededor de la escotilla, pero él ya estaba fuera, girando en el aire, con una pistola en cada mano y disparando continuamente; una, dos, tres, cuatro veces, abriendo agujeros en los videosensores de dos androides que corrían ciegamente por la ladera de la colina, echando chispas por sus destrozadas carcasas.

Anakin pendió en el aire por un tiempo imposiblemente largo, y finalmente se dejó caer. Giro por el suelo con el hombro, disparó dos veces más a un androide que intentaba atacarlo por la espalda, le quitó su arma de mano y le voló una rodilla. Luego se levantó perfectamente equilibrado, con las pistolas humeando bajo la lluvia de Vjun. —Puedo caminar sobre el agua —dijo.

Los androides empezaron a retirarse de forma rápida y eficiente por parte de los que aún permanecían intactos, pero los dos que Anakin había cegado se tambaleaban y daban vueltas por el terreno, emitiendo chillidos agudos que sonaban como chillidos antinaturales de dolor mecánico. Obi-Wan siguió a Anakin fuera, empleando el sable láser para desviar un par de disparos que le dirigieron los androides en retirada. — ¿Por qué hacen ese ruido? —preguntó Anakin. —Ecolocación. Es un sentido direccional de reserva para usar como último recurso; chillan como murcielalcones, intentando crear un gráfico de sonar del terreno —Anakin le dirigió una mirada—. No estoy bromeando. Estaba en uno de los últimos informes.

—Se me debió de pasar ése —murmuró Anakin, mirando cómo los androides cegados chocaban unos contra otros mientras se tambaleaban tras sus compañeros.

—Vamos. Comprobemos si tienen a Yoda y los pádawan. Corrieron tras los androides en retirada, deteniéndose en el B-7 el tiempo justo para asegurarse de que allí no había cautivos Jedi.

Los androides subieron por una colina y se metieron en la boca de una cueva.

— ¿Tú qué piensas? —preguntó Obi-Wan, pasándole unos electrobinoculares. Los dos estaban ahora tumbados tras un pequeño saliente musgoso, mirando a una grieta oscura, un corte, como una herida, en el venenoso verde de la ladera de la colina. Pudieron ver el destello que la luz

arrancaba a las puntas de los rifles láser que tenían los androides tumbados en la boca de la cueva.

—Es una larga carrera hasta allí —consideró Anakin—. Al descubierto. Dispararían contra nosotros en terreno abierto desde una posición protegida. Sería un campo de muerte, ya puestos.

—Más o menos lo que yo pensaba.

Anakin liberó de su cinturón una esfera con hoyuelos y la arrojó colina arriba.

— ¡Espera! —dijo Obi-Wan demasiado tarde.

Anakin ya había utilizado la Fuerza para guiar la granada de impacto hasta la boca de la cueva, donde detonó con un sonido grave y profundo, como un tubo sónico al caer desde la torre más alta del Templo Jedi y chocar con el pavimento de piedra de abajo.

Un latido. Dos.

Restos metálicos salieron volando de la boca de la cueva como si fueran confeti. Un momento después, Obi-Wan sintió una profunda sacudida que hizo temblar el suelo bajo sus vientres. Luego otra. Luego más. El sonido de la piedra al caer rugió, saliendo de la boca de la cueva y seguido por una enorme exhalación de polvo, una vaharada que salía de la abertura como si fuera el aliento de un gigante moribundo.

—Estupendo —dijo Obi-Wan—. Las cavernas se están hundiendo.

Partes enteras de la ladera se contrajeron y se desplomaron, volviéndose blandas y oscuras, como si fueran frutos aplastados bajo la delgada piel del musgo de Vjun. El estruendo de la piedra al desmoronarse continuó y continuó. El suelo se arqueó cuando partes completas de la colina se hundieron lentamente sobre sí mismas y se plegaron en la tierra.

La sonrisa abandonó lentamente el rostro de Anakin.

—No estoy seguro de que una granada fuera la mejor idea —recalcó Obi-Wan.

— ¿No supondrías que Yoda estaba dentro? —preguntó Anakin—. ¿Y los pádawan?

—Más te vale que no —Al ver la cariacontecida expresión del joven, Obi-Wan cedió—. Estoy seguro de que habríamos sentido la muerte de Yoda en la Fuerza. Pero la próxima vez piensa un poco más antes de alterar el paisaje, ¿quieres?

—Sí, Maestro —dijo Anakin. Técnicamente ya no era el pádawan de Obi-Wan, pero tendía a hablar como si lo fuera cuando era muy consciente de haberla pifiado—. ¿Y ahora qué?

Obi-Wan se puso en pie.

—La próxima vez, creo que..., ¡ugh! —dijo, mirándose.

Su túnica Jedi estaba manchada de verde, como su fuera el jugo de algún fruto venenoso, y allí donde la tela había tocado el musgo de Vjun, húmedo por la lluvia débilmente ácida del planeta, ya empezaba a pudrirse.

—Lo sé. Ya noto mi piel empezando a quemarse por la llovizna —dijo Anakin.

—Qué planeta más horrible —comentó Obi-Wan—. No quisiera ser su ministro de turismo. Señaló a una magnífica mansión de piedra blanca ribeteada por rojo sangre, situada a cosa de un kilómetro tierra adentro—. Creo que debemos ir allí. Parece ser del estilo del Conde Dooku, y allí donde esté Dooku, Yoda no estará muy lejos.

Normalmente, la Fuerza sólo ayudaba a *Exploradora* a predecir los movimientos de sus enemigos cuando se enfrentaba a ellos cara a cara, pero el aire de Vjun era rico hasta para ella, y en su piel bailó una cosquilleante premonición segundos antes de que las cuevas empezaran a derrumbarse.

— ¡Fidelis! ¡Sácanos de aquí! —había dicho, y el androide, en respuesta a su urgente tono de mando, la cogió por el cinturón y cargó con ella.

Corrieron a toda velocidad por un largo y estrecho pasaje. Entonces tuvo lugar la primera explosión, un crujido apagado como el disparo de un láser a quemarropa, seguido por el retumbar de un trueno que no se apagó, sino que aumentó en intensidad a medida que las cuevas que tenían detrás empezaban a derrumbarse.

Se miraron el uno al otro mientras el aire inmóvil de la caverna empezó a soplar y removerse como un viento enloquecido. El suelo del pasaje tembló bajo sus pies.

—Uh, oh —susurró *Exploradora.*

— ¡Sigue corriendo! —gritó Fidelis—. ¡Ya casi hemos llegado!

Se movió con rapidez en la oscuridad, metiéndose en otro pasaje y arrastrando a *Exploradora* tan alto y tan rápido que los pies de ella no tocaban el suelo cada varios pasos.

Un retumbar, un crujido, un estrépito ensordecedor.

— ¡Uno de los lagos se ha hundido! —dijo Fidelis.

Exploradora seguía intentando comprender lo que significa que una pared de agua cayera repentinamente encima de ellos. Debió de abrirse alguna grieta en uno de los grandes lagos subterráneos, y lo que una vez había sido un laguito tranquilo y predecible fue de pronto una catarata en movimiento que caía desde las alturas, aplastando la cabeza de *Exploradora* contra el costado metálico del androide con tanta fuerza que le zumbaron los oídos.

— ¡Amo! —gritó el androide.

Exploradora pudo ver a Whie en los fogonazos del brillo estroboscópico de su sable láser, derribado por el repentino aluvión de agua y arrastrado pasaje abajo. Entonces tuvo lugar otro estrépito titánico, cuando se derrumbó el techo de la caverna que acababan de abandonar.

Fidelis arrojó a *Exploradora* a un lado, poniéndola a salvo, y volvió corriendo por el pasaje que se había convertido en el lecho temporal de un río. La corriente arrastraba a Whie hacia el borde de una catarata recién creada que atronaba hasta perderse en el abismo. El rostro pálido de Whie asomaba ocasionalmente del agua helada. El joven alargó una mano, buscando un

saliente en la roca al que asirse para luchar contra el río que lo empujaba hacia la muerte.

Exploradora ignoró la impresión que le provocó el agua helada y el zumbido de su cabeza, hizo acopio de energías y añadió su voluntad a la de Whie, empleando la Fuerza para clavar su mano a la piedra.

Segundos después, el peligro había pasado. El lago de agua se había vaciado, la corriente se aflojó y Fidelis llegó hasta su amo. El androide lo cogió y cargó con él. Un enorme alivio floreció en el pecho de *Exploradora.*

—Gracias —dijo Whie entre jadeos.

— ¿Por qué?

—Sentí que me cogías. La roca estaba demasiado resbaladiza, intenté agarrarme a ella, pero me resbalaba. Entonces tú me cogiste, y yo aguanté allí. —Sonrió, respirando hondo, con el rostro húmedo y magullado—. Así que gracias por salvarme la vida. Aunque sea un presumido arrogante.

—Ya, bueno, pero eres mi presumido arrogante —gruñó *Exploradora.* Estaba sonrojada de placer—. Son cosas que los Jedi hacen unos por otros.

El suelo volvió a temblar bajo sus pies, y ante ellos se desplomó algo que resultaba incómodamente parecido a varios centenares de toneladas métricas de roca.

— ¡Vamos! —dijo Fidelis.

Los empujó por el pasaje, y cruzaron junto a una cueva lateral, una segunda, y torcieron por la tercera. Luego entraron en otra grieta estrecha, tanto que *Exploradora* tuvo que ponerse de lado para poder pasar, y de pronto sintió baldosas bajo sus pies. Estaban en un pasaje oscuro, semejante a una cloaca vacía. Momentos después estuvieron ante una puerta.

Fidelis la abrió.

— ¡Deprisa!

Cuando el androide los empujó dentro y cerró la puerta tras ellos, la luz les asaltó, deslumbrando sus ojos acostumbrados a la oscuridad.

Pestañeando en la luz repentina, Whie se dio cuenta de que no estaban en una mazmorra o una bodega polvorienta, sino en una habitación bien amueblada, con tapices en las paredes y un fuego chisporroteando en una chimenea. En el suelo había una elegante alfombra, con una escena de bosque bordada y un fileteado crema y carmesí.

Era la habitación de su sueño.

Era la habitación de su sueño, sólo que en ella había seis androides asesinos esperándolos con las armas preparadas, y, tras ellos, junto a la puerta que acababan de cruzar, estaba Asajj Ventress.

—Amo Malreaux —dijo con tono indolente—. Bienvenido a casa.

CAPITULO 11

Hasta donde alcanza la memoria de cualquiera, Yoda había pasado la mayor parte de su tiempo en el Templo Jedi con los más jóvenes. Lo recordaban jugando con ellos cuando tenían dos y tres años; al escondite, a esquivar y correr, al escondite con la Fuerza. Las primeras lecciones durante excursiones por el jardín en las cuales les enseñaba la vida secreta de los vegetales, el irresistible florecer de los retoños y las flores vistiéndose de colores. Todos a su alrededor para ver a una araña-orbe tejer su tela, o a una abeja dirigiéndose hacia un macizo de flores.

Yoda les guiaba en las primeras lecciones de combate, con sus caídas, sus rodadas y juegos de pies. Para empezar, porque él tenía su mismo tamaño. El primer toque de verdadero combate que Dooku podía recordar fue jugando con el Maestro a un juego llamado Empujar la Pluma. El objetivo del juego era ser consciente del menor, del más ínfimo, cambio en la presión y el equilibrio, y aprender a contrarrestar la fuerza de tu contrario no bloqueándola con tu mayor fuerza, sino volviendo contra tu contrario su propia fuerza.

A medida que uno mejoraba en ese juego, y Dooku fue con mucho el alumno más aventajado de aquel año, más y más se parecía a un combate real. Obtenía la victoria el primer combatiente que hiciera perder el equilibrio a su contrincante. A medida que el alumno crecía, más se empezaba el encuentro en posición de combate, tocando ligeramente con los dedos los antebrazos del contrincante. El primer embate de Dooku podía ser ligero y rápido, o lento y pesado, la energía podía aplicarse desde abajo o cayendo desde arriba, o en un empujón repentino directo al pecho. Ganó el Torneo de Hasta Doce Años cuando tenía nueve, utilizando el truco de empezar con tanteos muy suaves, como calibrando a su enemigo en la versión infantil del encuentro, para luego apretar de repente el punto de presión del codo de su enemigo y atacar en el instante de sorpresa y dolor.

Pero, por bueno que fuera, nunca pudo vencer al Muestro Yoda. Fuera cual fuese el truco empleado, un empujón de la Fuerza por detrás o un golpe a los ojos, el Maestro siempre sentía venir el golpe antes de que llegase y se apartaba a un lado, como un moscardón esquivando manos furiosas. Cada vez que Dooku creía tener atrapado al viejo Jedi y propinaba el empujón final, Yoda evitaba el golpe, y Dooku se encontraba manoteando en el aire y perdiendo el equilibrio, como alguien que baja una escalera y se encuentra de pronto con que faltan dos escalones de forma inexplicable. Y cayendo.

Lo más frustrante era que Yoda solía perder con frecuencia en esos juegos de Empujar la Pluma. Si empujaba a algún niño o niña con la mitad del talento de Dooku, éste se retorcía con torpeza, apartándose a un costado, y el Maestro se arrojaba cómicamente a sus pies, poniendo muecas de tristeza mientras el niño reía y gritaba de alegría. Dooku se daba cuenta de que los dejaba ganar a propósito, para ayudarles a tener seguridad en sí mismos. Pero nunca perdió con Dooku, ni una sola vez. Era injusto, claramente injusto, y durante seis meses, Dooku atacó con creciente furia, intentando lo que fuera para ganar, haciendo al mismo tiempo más vulnerable su propio equilibrio, de forma que cuando perdía (y siempre perdía, siempre, siempre, siempre), lo hacía de forma progresivamente espectacular. Y se esforzaba por dejar claro que perdía

malamente, dolorosamente, retando a todos los demás a darse cuenta de que Yoda lo trataba de una forma muy injusta.

Dooku tenía doce años la última vez que jugaron. Yoda acudía una vez por semana, o así, a las clases de combate sin armas, y aquella primavera se habían enfrentado en una larga serie de humillantes derrotas en las que Dooku obtenía una satisfacción amarga, desdeñosa y progresivamente orgullosa. Ya doblaba al Maestro en altura, y Yoda seguía sin dejarle ganar, ni siquiera una vez. El viejo Maestro no admitía lo que le hacía, y Dooku se negaba a concederle la satisfacción de llorar o quejarse por ello.

Cuando se saludaron, Dooku decidió convertir esa derrota en algo espectacular, tan evidente que todo el mundo tendría que admitir lo que pasaba. Decidió que se rompería su propio brazo.

Se irguieron de la reverencia. Dooku asumió la posición de guardia, calmándose y preparándose para el dolor que se avecinaba.

—Gano —dijo Yoda.

— ¿Qué? —chilló Dooku entonces—. ¡Si ni siquiera hemos empezado!

—Cuando un combatiente el equilibrio pierde, su contrincante gana —dijo Yoda suavemente—. Yo gano.

Y en ese instante, otra vez, como siempre, sintió que se tambaleaba y caía, y vio que Yoda tenía razón. Por mucho que Dooku aflojase las extremidades, su orgullo seguía siendo rígido, y contra él había estado empujando Yoda, no dejándole ganar nunca, hasta que se sintió tan inmerso en su rabia y humillación que había acudido al encuentro con intención de perder.

La realización fue tan grande que apenas pudo asimilarla. Pestañeó, deslumbrado por el genio contenido en la enseñanza del Maestro al mostrarle una debilidad que él nunca habría descubierto por sí mismo, por muchas veces que venciera a sus compañeros estudiantes.

—Gra..., gracias —había tartamudeado, dividido por dentro entre la rabia, la humillación y la abyecta gratitud. Y el rostro del viejo Jedi había roto a sonreír.

Éste estrechó entonces la mano de Dooku y tiró de ella para acercárselo y abrazarlo, riendo.

—Cuando tú caigas, aprendiz..., ¡para cogerte yo estaré!

Aquella noche, tumbado en su cama, dos sensaciones seguían mezclándose con dificultad en el pecho de Dooku. La de tambalearse, precipitarse y caer en el espacio, nuevamente desequilibrado, superado y vencido; y el estrecho y encantador abrazo de Yoda que recibió a continuación una promesa física, realizada cuerpo a cuerpo: "Cuando tú caigas, para cogerte yo estaré".

Y fue ese tambalearse y caer, esa pérdida de equilibrio y la repentina caída en la impotencia, lo que volvió a adueñarse de Dooku tras tantos años, cuando miró maravillado al viejo duende agazapado y sonriente en el repecho de su ventana.

Tuvo la breve fantasía de desahogarse con una única descarga de energía de la Fuerza, rompiendo la ventana y flagelando al viejo Maestro con las astillas. Imaginó a Yoda cayendo en el aire, ensangrentado e inconsciente,

reventándose los sesos contra las losas de abajo. Entonces todo habría acabado de una piadosa vez, y Dooku ya no tendría que sentir esa extraña y caótica confusión. Las manos dejarían de temblarle y estaría seco por dentro, y tenso: tenso, seco y vacío como un tambor, un tambor que sería tocado por Darth Sidious. Qué cómodo sería eso.

Pero Yoda estaría preparado; nunca sería tan fácil. El Conde Dooku se enorgullecía de su habilidad para ver la realidad como era de verdad.

Abrió la ventana.

— ¡Maestro! Pasa.

Yoda saltó del repecho de la ventana al escritorio de Dooku, pisando por entre los diferentes paisajes que se transmitían a los holomonitores. Se sacudió como un perro, salpicando uno a su alrededor con una rociada de lluvia de Vjun, y mojando la superficie del escritorio y el lomo de varios de los volúmenes más valiosos de la impresionante colección de Dooku de libros antiguos. Yoda llevaba su sable láser, pero por el momento seguía en el cinto. Llevaba el bastón en una mano, ya que, por supuesto, tenía que arreglárselas para trepar hasta una ventana del quinto piso sin soltar el bastón. En la otra tenía una rosa de Malreaux, de pétalos blancos ribeteados de rojo sangre.

— ¿Has estado cogiendo rosas de mis setos?

Yoda alzó la rosa.

—Sí. Bonitas son —dijo, examinando las espinas afiladas como agujas.

Inclinó con cautela la flor crema y carmesí hacia él, y aspiró. Cerró los ojos y suspiró con placer ante su fragancia. Era un viejo perfume silvestre, cabezón, pronunciado y cosquilleante como un secreto de infancia.

—La verdad es que fueron las rosas por lo que decidí quedarme aquí —comentó Dooku—. En Vjun hay otras mansiones que me habrían servido igual, pero en la gran casa de Serenno había rosas; supongo que me recordaba al hogar.

— ¿A ellas las recuerdas? —preguntó Yoda sin darle importancia.

—Evidentemente. Acabo de decir...

— ¿De antes?

—Ah —Dooku soltó una risita—. La verdad es que sí. Es uno de los pocos recuerdos que tengo de antes de ir al Templo. Recuerdo que era un día cálido, un día brillante, con el sol en el cielo. El olor de las rosas era muy fuerte, como si el sol les arrancara la fragancia. Quemándolas como si fuera incienso. Yo estaba escondido en el jardín de rosas y me sangraba el dedo. Supongo que me pinché mientras jugaba en los arbustos. Todavía me recuerdo chupándome la sangre, y cómo brotaba por el agujero de mi dedo.

— ¿Escondiéndote?

— ¿Qué?

Yoda se sentó en el escritorio de Dooku.

—Escondiéndote dices que estabas. —Sacó las piernas cortas por el borde y dejó colgar sus pies. Detrás de su cabeza tenía lugar una muda

holotransmisión desde Omwat—. ¿Por qué a la casa no fuiste a buscar un vendaje, o recibir un beso?

—Mi madre se enfadaba si yo me hacía daño.

Yoda le miró con curiosidad.

— ¿Se enfadaba?

Silencio.

—Ésa no es nuestra costumbre —dijo bruscamente Dooku—. Los condes de Serenno no se quejan ni lloran. Nacemos para cuidar de los demás. No esperamos que los demás cuiden de nosotros.

—Pero, tu dedo..., ¿te dolía?

—No espero que lo comprendas —dijo Dooku, sintiendo rabia contra el viejo Jedi, enfurecido de forma absurda, sin motivo.

Desequilibrado.

En la puerta sonó una llamada.

— ¿Qué? —exclamó Dooku, cortante.

La puerta se abrió con un crujido, y Whirry entró en la habitación con evidente agitación.

— ¡El pequeño! —dijo—. ¡El pequeño ha vuelto! Pero la tierra se desmorona demasiado deprisa para que pueda leer la fortuna, y me preocupa que su joven señora le haga mal, le ruego me perdone, Conde.

El pequeño zorro de Vjun entró en la habitación por entre las piernas de la mujer. Vio y olió a Yoda, se paró con las patas en tensión, arqueó el lomo y siseó. Yoda miró al animal desde el escritorio, enseñó los dientes y siseó en respuesta.

Whirry se sobresaltó con un chillido.

—Si es uno de esos desagradables trasgos de bodega —gritó, mirando a Yoda—. No se preocupe, Su Señoría, cogeré una escoba y le pegaré en la cabeza.

—El Maestro Yoda será pequeño, viejo y arrugado como una malévola patata verde —recalcó el Conde Dooku—, pero es mi invitado, y preferiría que no le pegaras con una escoba a no ser que yo lo desee.

— ¡Oh! Así que es invitado de Su Señoría —dijo el ama de llaves, dubitativa —. Cada cual con sus preferencias, como suele decirse. Pero, vamos, ¿quiere usted hablar con su joven señora de ojos como cuchillos y avisarla antes de que haga algún mal al pequeño? Hice lo que usted me dijo, Señoría; el androide los trajo aquí como si hubiera pescado un eperlano en la red —añadió patéticamente, y su amplio pecho le tembló de emoción bajo el sucio vestido de baile rosa.

—En este momento estoy ocupado —dijo Dooku, cortante—. En lo que a mí se refiere, Asajj puede jugar como le apetezca con los ratones que ha cogido.

— ¡Pero, señor...¡

—Ahora no pretendas quererle —dijo el Conde—. Si lo quisieras, lo habrías mantenido a tu lado.

Whirry le miró, sorprendida.

— ¿Querer al pequeño? Claro que siempre lo he querido...

—Tenías una buena casa, riquezas, todo lo que puede desear una persona, y renunciaste a él. Los Jedi llegaron a tu puerta como mendigos y te pidieron tu primogénito, tu heredero, tu precioso pequeño... Y tú se lo entregaste. —El rostro del Conde estaba pálido. Su mano traidora le temblaba y temblaba—. Lo mandaste a un planeta distante sin enviarle nunca una carta o un mensaje, lo alejaste del único hogar que había conocido y dejaste que lo encerraran en el Templo. Le robaste todo lo que habría sido legítimamente suyo, ¿y ahora tienes la desvergüenza de venir aquí y decir que le quieres?

Whirry y el zorro retrocedían asustados. Dooku controló su voz.

— ¿Madre? ¿Hijo? ¿Amor? —dijo cansinamente—. No sabes lo que significan esas palabras. —Le hizo un gesto con la mano—. Déjanos.

El ama de llaves dio media vuelta y salió corriendo. El zorro se quedó un momento en el umbral de la puerta, mirando a Dooku y al Maestro Yoda. Entonces también él dio media vuelta y se fue.

Dooku se frotó las sienes con manos cansadas.

—Perdóname. Ya sabes que enloqueció casi todo Vjun, y Whirry no es la excepción.

—Creo que todo el mundo en Vjun loco acaba —murmuró Yoda—. Tarde o temprano.

—Perdona mis comentarios sobre el Templo. Sabes que nunca he dudado de tu bondad. Pero, y esto lo digo con todo el respeto, hay cosas que tú prefieres no ver, Maestro. Los principios Jedi, tus principios, son nobles, pero los Jedi se han convertido en un instrumento en manos de una República corrupta. Si de verdad quisieras hacer justicia...

Yoda alzó los ojos y enfrentó la mirada de Dooku con un aburrimiento tan infinito y distante que éste interrumpió en seco su discurso.

—Con mentiras no me vengas, Dooku —dijo Yoda, derribando con un golpe casual de su bastón una estatuilla que estaba en el escritorio—. Por este camino no me dejaré llevar. Sora Bulq no soy, para en una red de ideales dejarme atrapar . Bah. Eso superficial es. Para los jóvenes resérvalo.

Hizo una pausa y clavó sus profundos ojos verdes en Dooku antes de continuar.

—Joven no soy. Y los viejos pronto nos aburrimos. Incluso Yoda, aunque intento no herir sentimientos mostrándolo. Pero, ¿a Yoda la galaxia has hecho cruzar para de nobleza y justicia oírte hablar?

Yoda se rió. Era de lejos el sonido más cansino, amargo y desagradable que Dooku le había oído. Se creía más allá de toda sorpresa, pero el desagrado en la voz de Yoda le resultaba sorprendente.

Yoda miró al suelo, haciendo dibujos en el aire con su bastón.

—Algo real dime. Otra forma de acabar esta guerra muéstrame. Algo que Dooku sepa y Yoda no cuéntame. —El Conde miró desconcertado a Yoda—. Sólo por una cosa la galaxia he cruzado, Dooku.

— ¿Sí, Maestro? —dijo Dooku, odiando las palabras en cuanto salieron de su boca. Ahora sólo tenía un Maestro, y era muy celoso.

—Evidente es, Dooku. —Y entonces Yoda se lo hizo otra vez: el tambaleo inesperado, la desaparición de su equilibrio, y su mundo se giró del revés cuando le dijo—: Conviérteme, Dooku. Te lo suplico. La grandeza del Lado Oscuro muéstrame.

Más abajo, en la Sala del Dolor del *château* Malreaux, *Exploradora* rugió y se llevó la mano al sable láser.

Ventress la arañó en la *cabeza* con un zarpazo salvaje, tirándola al suelo.

—Estate quieta hasta que yo diga que te muevas —dijo.

Un fuego ardía en una rejilla al otro lado de la habitación. La leña era húmeda y hacía chasquear y chisporretear las llamas. Finos hilachos de humo acre se arrastraban de los troncos y ascendían hacia el techo.

Exploradora jadeo, encogida sobre manos y rodillas, esperando a que las estrellas se despejaran de sus ojos. La sangre goteaba desde los cortes de su frente y cuero cabelludo, formando pequeñas manchas rojas en la alfombra ricamente bordada. *Pit, pal.* Manchas rojas aparecieron en la alfombra.

Pit, tick, pat, tock, plic.

—Gracias —dijo Asajj, mirando a Fidelis—. ¿Quién no disfruta con la pequeña traición personal de un asistente de caballeros? Oh, no pongas esa cara —dijo a Whie—. ¿O es que creías que estar esperándoos aquí se ha debido sólo a la mala suerte?

Whie se volvió hacia Fidelis.

—Pero... se suponía que debías cuidar de mí.

—Así es —dijo Fidelis, pareciendo avergonzado—. Pero su señora madre sigue siendo la cabeza de la Casa Malreaux, y me sugirió que lo mejor para los dos, para los intereses a largo plazo de la Casa Malreaux, sería que usted llegase a un acuerdo con el Conde Dooku y sus, ah, representantes.

—Hoy en día no hay forma de conseguir un buen servicio —cloqueó Ventress—. ¿Tú sabes con qué estás jugando, chico? Éste es un Lacayo Tac-Spec. Muy peligroso. Ahora mismo, sólo su *hardware* podría venderse al coleccionista adecuado por el precio de un pequeño planeta. —Frunció el ceño —. De hecho, me vendría bien algo de metálico. El precio de un planeta pequeño me vale. Presenten armas —añadió con aire ausente.

Los androides asesinos apuntaron al instante al pecho y la cabeza de Whie.

— ¿Qué está haciendo? Exijo hablar con mi señora —dijo Fidelis, añadiendo con intención—: Bajen esas cosas o me veré obligado a tomar las medidas oportunas.

—No seas ridículo. Ni siquiera tú podrías acabar con los seis androides y conmigo antes de que matásemos al chico. Y mataré al chico si me causas más problemas. Ya le di una oportunidad de vivir la última vez que nos vimos.

Exploradora se puso en pie, tambaleándose y enjugándose con la manga la sangre de los ojos. Miró a Fidelis, preguntándose qué haría el androide. Números y diagramas desfilaron en un brillo titilante por los ojos de éste, a medida que calibraba tácticamente la situación.

Asajj sacó un arma cuadrada de mano.

— ¿Sabes lo que es esto?

Los pádawan se miraron, inexpresivos. Fidelis se movió y tosió.

—Un borrador de neurorred —dijo.

—Así es —dijo Asajj con placer—. Cógelo. —Se lo alargó—. Vamos, androide. Cógelo o ya sabes.

Sus ojos miraron a Whie.

Fidelis cogió con rigidez la fea arma.

—Llévatelo a la cabeza y aprieta el gatillo —dijo Asajj.

Tip, plic, tap. Del rostro de *Exploradora* goteo más sangre.

—Vamos, androide. Llévatelo a la cabeza y aprieta el gatillo o le vuelo la cabeza al chico. ¿A qué esperas? ¿Es ésta la lealtad legendaria sobre la que tanto he leído? Aquí hay un Malreaux bajo una amenaza clara y presente.

Whie se humedeció los labios.

—Fidelis. No. No moriré aquí. No puedo. Sólo puede matarme un Jedi. Lo he visto en un sueño. No desperdicies así tu vida.

—Eso sería arriesgar demasiado por un sueño —dijo Asajj—. Y en el supuesto de que sea cierto, ¿por qué crees que pasará así? Porque Fidelis te salvará ahora la vida. Va a realizar el sacrificio último, como un buen androide. Sabe cuál es su deber, ¿a que sí?

Si el androide hubiera sido programado para odiar, la habría mirado con odio. En vez de eso, se llevó la pistola neural a la cabeza.

—No olvide nunca que serví a la Casa Malreaux —dijo.

— ¡Fidelis, no! ¡No lo hagas!

El androide parpadeó.

—No pensé que fuera a acabar así —dijo. Y apretó el gatillo.

Exploradora y Whie gritaron a la vez. Los ojos del androide se tornaron blancos y su cuerpo se derrumbó al suelo, entre espasmos y temblores. Líneas azules brillaron por sus mapas de circuitos a medida que la nanoquemadura recorría sus conductos procesadores, surcándolos como delgadas corrientes de ácido. El androide se convulsionó y estremeció durante un largo rato, y entonces, al final, emitió un horrible y tableteante sonido mecánico, como la horrible parodia de un grito humano que seguía y seguía, hasta que finalmente el cuerpo se quedo inmóvil, convertido en un montón de *hardware* en el suelo.

Asajj miró hacia abajo y dio un empujoncito con la bota a la máquina muerta.

—Lealtad —dijo filosóficamente—. Siempre acaba siendo tu perdición.

Lo mejor que tenían los sensores auditivos Einblatz/Docker de fidelidad ultra-alta, con *software* incorporado de análisis sonográfico a tiempo real y capacidad para micrófonos virtuales direccionales HyperBolic™, era que podían apagarse y dejarse mudos, pensó con furia Solis desde su escondite al otro lado de la puerta de la bodega, mientras el grito de muerte de Fidelis seguía y seguía.

Solis tampoco había sido programado para sentir odio, pero aprendía deprisa.

— ¿Quieres que te hable del poder del Lado Oscuro? —dijo Dooku, desconcertado.

Yoda volvía a tener los ojos de un dragón: semicerrados, brillando bajo pesados párpados.

—Grande, grande el Lado Oscuro en este lugar es —murmuró—. Tocarse puede, como el vientre de una serpiente deslizándose bajo tu mano. Saborearlo, como sangre en el aire... Del Lado Oscuro háblame, aprendiz.

—Ya no soy tu aprendiz —dijo Dooku.

Yoda resopló, se rió y agitó el aire con su retorcido bastón.

— ¿Crees que Yoda de enseñar deja sólo porque su estudiante oír no quiera? Yoda profesor es. Yoda enseña como los borrachos beben. Como los asesinos matan —dijo suavemente—. Pero ahora enseña tú, Dooku. Dime: ¿el poder del Lado Oscuro cuesta mucho encontrar?

—No. Los conocimientos de los Sith son otra cuestión. Pero para tocar el poder del Lado Oscuro, para empezar a conocerlo, lo único que tienes que hacer es... permitirte hacerlo. Relajarte. Llevamos al Lado Oscuro dentro de nosotros. Seguramente ya sabrás eso. Seguramente hasta Yoda lo ha sentido. Es media vida, oscuridad para compensar la luz, esperando en tu interior como un huérfano. Esperando para ser bienvenido a casa.

"Todos deseamos, Yoda. Todos tenemos miedo. Todos sufrimos. Un Jedi aprende a reprimir esas cosas, a ignorarlas, a simular que no existen, o que, de existir, son aplicables a otro, no a nosotros. No a los puros. No a los protectores.

Dooku se descubrió andando de un lado a otro.

—Para conocer el Lado Oscuro sólo hay que dejar de mentir. Dejar de simular que no quieres lo que quieres. Dejar de simular que no temes lo que temes. La mitad del día es noche, Maestro Yoda. Para ver de verdad sólo hay que aprender a ver en la oscuridad.

—Mmmm —murmuró y gruñó Yoda, con ojos ya casi cerrados—. El Lado Oscuro poder me dará.

—Poder sobre todo. Cuando comprendes tu propia maldad y la maldad de los demás, éstos resultan lamentablemente fáciles de manipular. Es otra forma de Empujar la Pluma. El Lado Oscuro te muestra los lugares entumecidos de

un ser. Sus temores y necesidades. El Lado Oscuro te proporciona la llave para acceder a ellos.

—Mmmm. Muy bien eso está, pero poder Yoda ya tiene —dijo el anciano Maestro, examinándose los peludos dedos de los pies—. En un lugar más grande que éste vivo, si el Templo un palacio considero. Dooku ejércitos manda, pero Yoda también. De momento, iguales somos.

— ¿Acaso existe algo parecido a tener demasiado poder? —musitó Dooku antes de continuar con cuidado—. Por ejemplo, hubo un día en que tu poder era claramente mayor que el mío. Pero hoy he crecido, como tú has disminuido. Estás en mi ciudadela. Tengo a mis órdenes sirvientes, androides y grandes poderes propios que creo podrían superarte incluso a ti. Podría hacer que te mataran diciendo una sola palabra. Y, sin ti, ¿cuánto durarían tus seres queridos? Podría acabar con ellos, uno a uno: Mace y *Mano de Hierro,* Obi-Wan y su precioso Skywalker. Seguramente te sentirías más a salvo de no ser así.

Yoda inclinó la cabeza a un lado.

— ¿Por Anakin aprecio no sientes?

—Quizá me recuerda demasiado a mí mismo a su edad. Arrogante. Impulsivo. Orgulloso. Me doy cuenta de que la humildad es una de las importantes Virtudes Obligadas, las que nadie adquiere por elección, pero, una vez dicho esto, si el Destino buscase un instrumento con el que humillar a Skywalker, confieso que yo me presentaría voluntario.

Yoda se llevó el bastón a la espalda, intentando rascarse un lugar entre los omoplatos.

—Poder sobre los seres no necesito. ¿Qué más ese Lado Oscuro tuyo puede darme?

— ¿A qué juegas, Maestro Yoda?

Yoda sonrió ante el uso de la palabra "Maestro". Maldito sea, y se encogió de hombros.

—Un juego no es. Una pérdida esta guerra es. Incluso tú en eso de acuerdo estás. La vela te envié; sabías que a casa volver puedes. Los dos lo sabemos, y si volver al Templo deseas, allí te acogeré.

—Muy amable —dijo Dooku secamente—. Es muy decente por tu parte ofrecerme un brazo en el que apoyarme.

—Siempre te cogeré cuando caigas —dijo Yoda—. Lo juré.

Dooku se encogió como si le hubiera dolido.

—Pero otra forma de solventar esta guerra hay. Si a mí unirte no quieres, quizá yo unirme a ti deba. Dime más —dijo Yoda, testarudo—. Si poder sobre los seres no necesito, ¿qué más tu Lado Oscuro por mí puede hacer?

— ¿Qué quieres? —soltó Dooku—. Dime lo que quieres y yo te mostraré cómo puede ayudarte el Lado Oscuro a conseguirlo. ¿Quieres amigos? El Lado Oscuro hará que acudan a ti. ¿Amantes? El Lado Oscuro sabe lo que es la pasión de una forma que ni te imaginas. ¿Quieres riquezas, vida eterna, gran sabiduría...?

—Quiero... —Yoda alzó la flor que tenía en la mano y respiró otra vez—. Quiero una rosa.

—Habla en serio —dijo Dooku, impaciente.

— ¡En serio hablo! —gritó Yoda. Se puso en pie de un salto. Parado en el escritorio era casi tan alto como Dooku. Alargó la flor imperiosamente hacia su antiguo pupilo—. ¡Otra rosa haz para mí!

—El Lado Oscuro brota del corazón. No es un manual para hacer trucos baratos de conjurador.

— ¡Pero este truco me gusta! El truco que la flor del suelo hace brotar. El truco que fuego al sol prende.

—La Fuerza no es magia. No puedo crear una flor de la nada. Nadie puede, ni tú, ni el Señor de los Sith.

Yoda pestañeó.

—Mi Fuerza sí puede. La Fuerza que entiendo yo, a todas las cosas vivas une.

—Maestro, eso son juegos de palabras. La Fuerza es como siempre ha sido. El Lado Oscuro no es otra clase de energía. Para utilizarlo sólo debes abrirte a nuevas formas de dominar esa energía que está en el corazón de los seres. ¿Quieres algo más? ¿Quieres poder?

—Poder tengo.

— ¿Quieres riqueza?

—Riquezas no necesito.

— ¿Quieres estar a salvo —dijo Dooku, frustrado—. ¿Quieres liberarte del miedo?

—Yo a salvo nunca estaré —dijo Yoda, dando la espalda a Dooku—. El universo grande, frío y muy oscuro es, ésa la verdad es. Lo que quiero, pronto o tarde de mi lado me quitarán, y no existe poder alguno, oscuro o luminoso, que salvarme pueda. Asesinado fue Jai Maruk cuando de él yo cuidaba, y Maks Leem, y los muchos, muchos Jedi que he perdido. Mi familia eran.

— ¡Pues enfurécete por ello! —dijo Dooku—. ¡Odia! ¡Llénate de rabia! ¡De desesperación! Permítete, por una vez, dejar de jugar a ser el gran Caballero Jedi y admite lo que siempre has sabido: que estás solo, y que eres grande, y que cuando el mundo te golpea es mejor responder al golpe que poner la otra mejilla. ¡Siente, Yoda! Puedo sentir la oscuridad asomando en ti. Sé honrado por una vez, aquí, en este lugar, y siente la verdad sobre ti mismo.

En ese momento, Yoda se volvió, y Dooku se sobresaltó. Quizá por los holomonitores, al proyectar sus imágenes del espacio y distantes batallas, o por algún truco de la luz, el rostro de Yoda estaba ahora profundamente sumido en sombras, moteado de negro y azul, y, por un terrible instante, pareció exacto a Darth Sidious. O más bien al Yoda que podría haber sido, o en el que todavía podía convertirse; un Yoda podrido, un Yoda cuyos impresionantes poderes se habían desencadenado por completo gracias a su conexión con el Lado Oscuro. Por un fugaz momento, Dooku vio lo imprudente que había sido al intentar llevar al viejo Maestro al Lado Oscuro. Si Yoda

hubiera tomado ese camino, el mismo Sidious quedaría aniquilado. El universo aún no comprendía la clase de maldad que podría causar un Caballero Jedi de casi novecientos años.

Yoda habló desde las sombras.

—Ser decepcionado no me gusta, aprendiz —ladró en tono malévolo, maléolo de verdad—. ¡Dame mi rosa!

Había rosas talladas en la pared de la Sala del Dolor, y también espinas, maravillosamente realistas. Maravillosamente afiladas. La sangre parecía correr un poco más deprisa por la cara de *Exploradora. No es grave,* se dijo. *Las heridas de la cabeza siempre sangran mucho. No hagas que sea grave.* La sangre se derramaba despacio por sus mejillas, hasta llegar a la línea de la mandíbula; *pat, plic, plic, ploc,* goteaba la sangre, cayendo como granos en un reloj de arena. Deslizándose hacia abajo. Alejándose de ella.

Plic, ploc. De la chimenea le llegaba el olor de la madera mojada al quemarse. Llamas que engullían y se agitaban. Allí por donde pasaban las llamas, marcas y ampollas ennegrecían la pálida madera. *Crack, creck,* chisporroteaba la madera.

— ¿Qué vas a hacernos? —gruño *Exploradora* roncamente—. Nosotros no...

—No debes dirigirte a tus mayores —dijo Asajj tranquilamente.

Crak. Plic.

Exploradora intentó hablar, pero Asajj mantuvo la Fuerza alrededor de su garganta como si fuera un grillete.

Ploc.

—Te haré saber cuándo es el momento en que puedes hablar —dijo Ventress.

A *Exploradora* le ardían los ojos mientras forcejeaba buscando aire.

Plic. Crak. Ploc.

—No le hagas eso —dijo Whie.

— ¿A ella? La Fuerza es débil en ella. Me importa poco si vive o muere. Matarla sería más pulcro, pero no insistiré. Tú, en cambio, me interesas mucho. —Asajj alargó una mano y tocó, sólo tocó, la mejilla de Whie—. Hay cosas que quieres. ¿Por qué no las coges?

—No sé a qué te refieres.

—Yo no soy tu madre —dijo Asajj suavemente—. No tienes por qué ser... bueno para mí. Siento muy bien el Lado Oscuro, aquí. Muy bien. —Miró a *Exploradora—.* He notado cómo la miras.

—Te estás inventando eso —dijo Whie ronco—. ¿Crees que puedes matar a mi androide, herir a mi amiga y luego convencerme para que me pase a tu bando?

—Eso es justo lo que creo. —Una vez más, volvió a tocarle la mejilla, sólo con el dorso de los dedos—. He matado a tu androide y puedo matar a la chica. La vida no es un cuento de hadas, chico. Los buenos no ganan siempre. Y a

veces los malos no saben que están en el bando equivocado. Pero tú sí sabes que estás en el lado equivocado, ¿verdad? —Su voz seguía siendo suave e indolente—. La única regla que hay en el mundo es el poder. Quién lo tiene, y quién está dispuesto a usar lo que tiene.

—Yo no soy como tú —dijo Whie, pero la voz se le quebró como si estuviera a punto de romper a llorar.

— ¿Crees que no? Dijiste que te mataría un Jedi. A mí me parece que estás destinado a cambiar de bando.

El fuego siseó.

—Luchas contra mí con todo lo que tienes —murmuró Ventress—. Como si yo quisiera hacerte daño, cuando lo único que quiero es liberarte. —Ella estaba parada tan cerca de él que podía sentir el calor de su cuerpo. Su voz era un susurro ligero, como una araña arrastrándose hasta su oído—. Puedes tener todo lo que quieras, chico. Tomar lo que desees. Todo esto es tuyo —dijo, haciendo un gesto que abarcó toda la habitación—. Esta habitación es tuya, la mansión es tuya. Los Jedi te lo quitaron todo, pero es tuyo y puedes recuperarlo. El fuego también te pertenece. Todo es para ti, y con ello todo lo que quieras coger. Ella también puede ser tuya —añadió, mirando a *Exploradora—.* Puedes tenerla si quieres.

El olor amargo de la madera húmeda quemándose.

—Dile que puede hacerlo —susurró Ventress a *Exploradora.*

Y, para su horror, *Exploradora* sintió que Asajj empleaba la Fuerza para tirar de sus labios y forzar una sonrisa.

Plic, ploc.

—Bésala, Whie. —La sangre goteaba de la cara de *Exploradora.* Mojando el cuello de su túnica—. Bésala.

Y él quería hacerlo.

Asajj sonrió.

—Bienvenido a casa —dijo—. Ahora, elige.

—La mano te tiembla —dijo Yoda.

—Sí —Dooku se la miró, frunciendo el ceño—. Los años.

Yoda sonrió.

—El miedo.

—No creo...

Yoda salió de entre las sombras. La visión de su avatar Sith se desvaneció. Sólo era Yoda, el mismo de siempre. Cogió la mano de Dooku y la estudió fijamente, como si fuera la loca Whirry, intentando leer el futuro en la pauta de manchas hepáticas.

—Hasta tú el temblor sentir debes.

El ataque a Omwat se desarrollaba detrás de él, en los holomonitores.

—Yo te engañé para que vinieras aquí —dijo Dooku—. Es una trampa.

— ¿Una trampa? Oh, sí, lo es.

Su anciano tacto era cálido y firme. "Si tú caes, para cogerte yo estaré".

No. No "si", sino "cuando". Yoda había dicho: "cuando tú caigas, para cogerte yo estaré". ¿Habría sabido entonces, hace setenta años, que llegaría este día? Seguramente, ni siquiera Yoda podía adivinar que su pupilo estrella caería tan, tan lejos.

—Al Lado Oscuro creo que no iré —dijo Yoda en tono conversacional—. Hoy no. ¿El tirón siento? ¡Claro! Pero un secreto deja que te cuente, aprendiz.

—No soy tu aprendiz —dijo Dooku. Yoda le ignoró.

—Yoda con una oscuridad carga —dijo el Maestro—, ...y Dooku con una luz. ¡Al cabo de tantos años! ¡Tras todos esos océanos de espacio! ¡Tras todos esos cuerpos que amontonar entre nosotros has intentado, aún el pequeño Dooku a mí me llama! Hacia la Fuerza verdadera vuela, como el hierro a un imán atraído —Yoda se rió—. Hasta la semilla ciega hacia la luz crece. ¿Podrá el poderoso Dooku ser incapaz de conseguir lo que hasta la rosa pudo?

—He avanzado demasiado por el sendero oscuro para poder retroceder.

—Bah —Yoda chasqueó los dedos—. El universo vacío no está. Solo estás, Conde, y tu dueño nadie es. Cada instante el universo se aniquila a sí mismo y a empezar vuelve. —Pinchó con fuerza a Dooku en el pecho, con su bastón—. ¡Elige, y a empezar vuelve!

Más abajo, Whie estaba parado a centímetros del rostro ensangrentado de *Exploradora.*

Y entonces, *Exploradora* sonrió de verdad, porque supo, supo lo que él haría. La Fuerza desbordó en ella y pudo romper el grillete con el que Asajj le apretaba la garganta.

— ¡Todo va bien! —jadeó—. ¡Vas a tomar la decisión correcta!

— ¿De verdad?

-¡Sí!

El alivio recorrió el rostro del chico como la luz del día inundando un lugar oscuro.

— ¿Qué haces? —dijo Asajj, furiosa.

Whie se rió y chasqueó los dedos.

— ¡Despertar! —respondió—. *¡Exploradora, Exploradora,* tienes razón! ¡No voy a rendirme! ¡No soy de los malos!

—Vas a ser de los muertos —dijo Ventress. Sus dos sables láser cobraron vida con un relampagueo.

Whie volvió a reírse.

—La verdad es que eso me asusta menos que la idea de que yo estuviera a punto de... de convertirme en ti —dijo—. Sin ánimo de ofender.

—No me ofendo —dijo despacio Asajj—. Androides, matar al...

Una salva de relámpagos atravesó la puerta, reduciéndola a humeantes astillas. Al otro lado de la sala, donde antes hubo seis androides asesinos apuntándoles con los láser, de pronto hubo dos androides asesinos dañados de gravedad, uno a cada lado de un montón de escoria fundida.

— ¿Qué ha sido eso? —preguntó Ventress.

—Un minicañón Ruka/Moab —dijo Solis, atravesando el espacio donde solía estar la puerta.

—Eso no estaba en las especificaciones del Lacayo.

Él se encogió de hombros.

—Una mejora.

Y liquidó a los androides restantes.

—No sabía que fuerais dos —dijo Ventress, mirándolo con precaución—. Creía que fue éste quien me llamó para darme el paradero de Yoda. —Dio una ligera patada al cadáver de Fidelis.

—No, ése fui yo.

— ¿Por qué nos rescatas? —dijo *Exploradora,* desconcertada.

—Aún no os ha rescatado —repuso Asajj, burlona.

—Se echó atrás en el trato. Uno no puede permitir que te hagan eso a menudo —dijo Solis—. Es malo para el negocio. Os he salvado porque las posibilidades de vencerla son mayores estando los tres vivos y luchando.

Exploradora lo miró con ojos como rendijas.

—No creo que eso sea todo. Creo que no te gusta la idea de que muramos.

Solis suspiró.

—No quería que murieras tú —dijo el androide—. Nunca llegué a sentir mucho apego por el chico.

Exploradora encendió su sable láser, una llama azul pálido.

—También me gusta lo de tener más posibilidades de vencerla.

Asajj saltó sobre la muerte repentina que escupía el cañón al final del brazo de Solis. Un armario estalló en una lluvia de astillas. Ventress iba a por la chica, pero la Fuerza también era grande en *Exploradora* en este lugar y hora, y ya paraba el golpe de muerte antes de que cayera sobre ella.

Whie sacó el sable láser. La habitación era todo caos y fuego, olor a humo y a metal fundido.

Otro cosquilleo de premonición recorrió la columna vertebral de *Exploradora,* que se sobresaltó al ver que Ventress empleaba el más sutil de los tirones de la Fuerza para levantar el olvidado borrador neural de la mano metálica de Fidelis.

— ¡Solis! —gritó *Exploradora,* cuando se movió el gatillo—. ¡Detrás de ti!

Demasiado tarde. Líneas de fuego azul recorrieron la espalda de Solis.

— ¡Corred! —gritó el androide.

Disparó contra Ventress con velocidad y puntería mecanizadas, atravesando su pierna izquierda con un chorro de metal superacelerado. El borrador de neurorred se apoderó de sus circuitos y empezó a disparar detrás de ella, para luego disparar contra nada en absoluto, cuando sus extremidades se sacudieron presa de espasmos. Whie contempló, con el rostro pálido, cómo empezaba a morir.

— ¡Vamos! —gritaba *Exploradora,* tirando de él por el cuello de la túnica—. ¡Tenemos que salir de aquí y buscar al Maestro Yoda!

Lo arrastró hacia la otra puerta, y los dos corrieron por la casa desconocida. Se oyeron sirenas y se dispararon alarmas. Doblaron por un pasillo al azar, y *Exploradora* corrió hacia una arcada que parecía conducir a un gran vestíbulo que daba a la entrada de la mansión. Se paró en seco cuando una descarga láser cruzó el arco.

—Vale..., a la siguiente opción —jadeó, y eligieron otra puerta.

Detrás de ellos, Asajj Ventress se arrancó una tira de tela de su propia túnica y, con un gruñido, se vendó la ensangrentada pierna con ella. La herida no era grave, pero le dolía, y pensaba hacérselo pagar a los pádawan. Tensó el improvisado vendaje y corrió tras ellos, con un rugido retumbando en su garganta. Cruzó el mismo pasaje que ellos, siguió el sonido de los láseres y saltó por la arcada para entrar en el gran vestíbulo del *château* Malreaux.

— ¡Ya os tengo! —ladró...

...y se vio cara a cara con Obi-Wan y Anakin.

—Es tal y como dices —dijo Obi-Wan, siempre educado—. Pero ¿qué vas a hacer con nosotros?

Detrás de él, el sable láser de Anakin siseó, cobrando zumbante vida.

Ventress dio media vuelta y huyó.

—Explotando tu casa está —comentó Yoda, mirando con interés la imagen de varios holomonitores. Una luz parpadeaba en la consola de comunicaciones. Una luz roja, especial. Dooku la miró, y luego apartó la mirada.

—Un mensaje —dijo Yoda voluntarioso—. ¿A responderlo vas?

El sudor corría libremente por el rostro del Conde.

—Igual es alguien que no quiere que yo vea. Tu nuevo Maestro llama. Preguntarte algo debes, Dooku: ¿Cuál de nosotros te quiere más?

—Yo sólo sirvo a Darth Sidious.

—Esa mi pregunta no es, aprendiz.

La luz roja parpadeó. En los pisos inferiores tuvo lugar otra explosión. Se disparó una sirena, y en varios de los holomonitores se vieron fogonazos.

—Ven —dijo Yoda con urgencia. Volvió a posar la mano en el brazo de Dooku—. Que te cogería dije. Creerme debes: más perdón que en el nuevo en tu viejo Maestro encontrarás.

Hubo un rumor de pisadas asustadas, y el ama de llaves entró en la habitación.

—Maestro, hay jedi en la sala de baile. ¡Vienen a llevarse a mi pequeño! —chilló.

Dooku fue cambiando los canales de los monitores de seguridad hasta encontrar el de la sala de baile.

—Ah —dijo. Algo en su rostro pareció congelarse y morir—. Veo que has traído a tu protegido.

—Comprenderte no puedo —dijo Yoda.

—No mencionaste haber venido con el joven Skywalker —dijo Dooku, señalando al holomonitor—. Y también a Obi-Wan. Eso cambia considerablemente la situación. Ahí esta tu *Chico Maravilla* combatiendo los androides asesinos que puse de centinelas en la puerta principal. —Su mano estaba ahora maravillosamente firme—. Tu nuevo hijo favorito.

— ¡A él yo no traje!

—Y, sin embargo, ahí está, con Obi-Wan. Un milagro y un prodigio. Supongo que lo dejarías a cubierto. Igual fallaste a una cita con él. Es tan fácil perder el sentido del tiempo cuando se charla con los viejos amigos.

En la entrada, Whirry se posaba en un pie y en otro, sumida en la agitación.

— ¡Por favor, amo! ¡No deje que los Jedi vuelvan a robarme a mi pequeño! Haga algo por mí, por haber trabajado tanto, amo.

Dooku alzó la mirada.

— ¿Hacer algo por ti? —Sus ojos se fijaron en Yoda y en el sable láser en el cinturón del Maestro Jedi—. Claro que haré algo por ti.

Con un gesto de la mano, cogió a la corpulenta mujer con la Fuerza y la arrojó a través de la ventana. Los ojos de Yoda se desorbitaron por la sorpresa.

Yoda estuvo en la ventana con un solo salto. Whirry giraba hacia abajo por el negro aire, gritando y precipitándose hacia las losas de piedra de abajo. Yoda estrechó los ojos y buscó en la Fuerza para cogerla a apenas tres metros del suelo.

Un instante después, él mismo estaba en el aire, apartándose del salvaje ataque de Dooku antes incluso de ser consciente de ser atacado. El cegador borrón escarlata que era el sable láser de Dooku cortó el aire, abriendo una ardiente herida en el costado de Yoda antes de partir en dos su escritorio.

Yoda sacó su arma mientras intentaba depositar suavemente a Whirry sobre las losas de abajo.

— ¡Hacerte daño no deseo!

—Qué extraño —comentó Dooku—. Yo pienso disfrutar mientras te mato.

Cuando Yoda liberó a Whirry del abrazo de su mente y la derramó suavemente en el suelo, la punta del sable láser de Dooku trazó una ardiente línea en su hombro. La hoja del Conde era rápida como una víbora atacando. De los demás Jedi, puede que el único que lo igualara en terreno neutral fuese

Mace Windu, pero aquí, en Vjun, sumido en el Lado Oscuro, su esgrima era maldad hecha visible, malevolencia iluminada por una luz roja.

— ¡Te he hecho daño! —gritó Dooku.

—Muchas veces —dijo Yoda. Calibró su dolor y lo apartó de él. Ahora en lo único que debía concentrarse era en Dooku, y su sable láser brilló con la misma feroz luz verde que destellaba tras sus ojos de pesados párpados—. Pero no me mataste cuando oportunidad tuviste. Un error fue. Más de ochocientos años ha sobrevivido Yoda, a peligros que tú ni soñar puedes.

—Sé cómo matar —siseó Dooku.

Los ojos de Yoda se abrieron mucho, y fueron como bolas de fuego verde.

—Sí, ¡pero Yoda cómo vivir sabe!

Entonces, sus hojas se entrechocaron en un encaje de fuego verde y rojo, pero el verde ardía con más calor. Dooku fue cediendo lentamente, lentamente, y, en el oscuro y emborrachado aire de Vjun, Yoda era una visión terrible de contemplar.

—Sí —susurró Dooku—. Siénteme. Siente la traición. Todos esos años enseñándome, criándome. Confiando en mí. Y aquí estoy, tu hijo preferido, masacrando uno a uno a tus preciosos Jedi. Ódiame, Yoda. Sabes que quieres odiarme.

El Conde Dooku atacó con su sable láser. Yoda dio un rápido paso atrás y sintió el calor de la hoja roja cortar el aire a centímetros de su túnica. Saltó, giró y golpeó la espalda de Dooku antes de que éste aterrizara. Dooku se apartó en el último momento, trazando un arco por el espacio en el que Yoda había estado segundos antes. Nuevamente de frente, sus hojas se encontraron, chocaron, se inmovilizaron.

—Hábil eres —dijo Yoda, respirando con fuerza.

—Tuve excelentes Maestros —dijo Dooku.

Yoda se dejo caer y rodó a un lado con el sable láser refulgiendo, buscando los tobillos de Dooku. Dooku saltó y giró hacia atrás, aterrizando suavemente para situarse cara a cara ante Yoda. Nuevamente en pie, Yoda giró y golpeó a Dooku, chocando su hoja verde contra la de Dooku, haciéndolo retroceder. Dooku atacó incesantemente, con abandono alimentado por el odio. Sus hojas murmuraron juntas, siseando y chisporroteando.

Dooku bajó la hoja hacia el diminuto Maestro Jedi, y Yoda la bloqueó, enganchando su sable láser en el de Dooku. Yoda respiró, calmándose.

—Pero, incluso aquí en Vjun, donde el Lado Oscuro me susurra y me susurra... a ti lo bastante quiero como para matarte.

Volvió a hacer retroceder a Dooku, y las hojas destellaron y desprendieron fogonazos de luz, rojo sangre y verde mar.

El sudor chorreaba por la barba de Dooku mientras contrarrestaba cada movimiento de Yoda con labios blancos. Holobatallas rugían alrededor de ellos mientras las consolas mostraban a Obi-Wan y Anakin enfrentándose a una oleada tras otra de androides de combate. Dooku miró fugazmente al botón rojo de su escritorio y, con un empujón de la Fuerza, lo pulsó.

Yoda inclinó la cabeza a un lado.

— ¿Una elección has hecho, Dooku?

—Veo que ya no soy tu aprendiz —dijo Dooku entre respiraciones—. Por supuesto, siempre hay una posibilidad de que puedas vencerme. —Yoda atacó, Dooku bloqueó—. Así que puse un misil en órbita, programado para esta localización. Ya está cayendo. Ganando velocidad. —Dooku retrocedió un paso hacia la ventana—. ¿Notas cómo cae? Una espina, una aguja, una flecha. Cada vez más rápido. —Hizo una pausa para recobrar el aliento—. Obi-Wan, tu precioso Skywalker y tus pequeños pádawan serán borrados cuando golpee el misil. Por tanto, lo que tienes que decidir es: ¿qué te importa más, Maestro Yoda? ¿Salvar sus vidas, o tomar la mía?

Tras decir esto, saltó hacia atrás, fuera de la ventana. Yoda botó tras él. Era todo lo que podía hacer en el oscuro aire de Vjun para no saltar tras Dooku, caer sobre él como un rayo verde y aniquilarlo por completo.

...pero ya podía sentir el misil, cayendo con un grito rojo a través de la atmósfera, doscientos kilos de explosivos apuntados hacia el *château* Malreaux. Con un bufido, Yoda giró los ojos hacia el cielo y encontró la brillante mota que se acercaba desde el horizonte.

Bajo él, Dooku aterrizaba suavemente en el suelo y se perdía en los jardines de rosas.

El misil se acercaba con terrible potencia y velocidad, demasiada y demasiado deprisa para que Yoda pudiera detenerlo por completo, incluso con tiempo para perfeccionar su paz interior. Pero buscó hacer acopio de la Fuerza, incluso de la que había en el amargo musgo verde y en los retorcidos árboles espina de Vjun, y la dejó fluir a través de él como un viento; el aliento de un mundo, reunido y liberado en un juego de Empujar la Pluma con todas sus vidas en juego, no para enfrentar la potencia del misil con más potencia, sino para tocarlo suavemente en un costado, lo bastante para desviarlo y que pasase aullando ante la ventana rota y se hundiese a un kilómetro de allí, en el frío e invitador mar.

Un largo instante después, un chorro de agua se elevaba del océano en un relámpago luminoso de trescientos metros de alto, que después se desplomó nuevamente en el agua.

El *château* y todos los que lo habitaban estaban a salvo, pero Dooku se había ido.

Momentos después, Yoda trotaba hasta lo que fue el gran vestíbulo del *château* Malreaux, ahora convertido en una rota y humeante ruina.

Obi-Wan tocaba pensativamente con el pie los restos de un androide de combate que su compañero había partido por la mitad.

—Buen trabajo, Anakin —repuso, mirando a su alrededor, examinando la carnicería—. Pero tendrás que tomar algunas clases más si se te ocurre empezar una carrera como decorador de interiores.

—Oh, no —comentó Anakin—. Esto es Nuevo Brutalismo. Creo que hará furor si las Guerras Clon no acaban pronto.

— ¡Maestro Yoda! —dijo Obi-Wan, cruzando el vestíbulo cuando el anciano bajó por la gran escalera curva—. ¿Está bien?

—Triste estoy, pero ileso —suspiró el viejo Jedi—. ¡Cerca he estado!

— ¿Casi mata a Dooku? —dijo Anakin, compasivo—. ¡Qué frustrante!

Yoda le dirigió una mirada extraña..., casi de furia.

Anakin no se dio cuenta.

—Igual podemos cogerlo todavía, debe de estar en alguna parte cerca de aquí. Creí que podríamos acabar de una vez por todas con Ventress, pero se nos escapó. Este sitio es una locura, está lleno de pasajes secretos.

—Y androides de combate detrás de cada pared —añadió Obi-Wan.

El sonido familiar de los motores de una nave estelar cobrando vida llegó hasta ellos desde la distancia. Obi-Wan se dirigió a la puerta principal.

— ¡Maestros! —siseó Anakin, deteniendo a los demás donde estaban.

Se llevó un dedo a los labios, pidiendo silencio a los otros, y se movió pegado a la pared del vestíbulo hasta llegar a una puerta que daba al interior de la mansión. Tocó su sable láser, haciendo que cobrase vida, y salto al pasillo, lanzando un grito escalofriante, en el momento exacto en que *Exploradora* y Whie saltaban hacia él desde la otra dirección. Por un largo y cómico instante, los tres se quedaron congelados en sus posiciones, empuñando los sables láser, gritándose unos a otros.

Yoda apareció entonces, resoplando de risa.

Anakin fue el primero en recuperarse.

—Eh... ¡si son los renacuajos!

— ¡De veros me alegro! —dijo Yoda—, pero heridos estáis —añadió. La preocupación rizó la punta de las largas orejas.

Las ropas de Whie estaban chamuscadas y rasgadas por el fuego descontrolado de los estertores de muerte de Solis, y *Exploradora* tenía el pelo manchado de sangre coagulada.

—No es nada —dijo *Exploradora* con una sonrisa—. No podemos estar mejor.

Whie se rió y *abrazó a* Anakin con alegría.

— ¡Estoy tan contento de que no hayas venido a matarme!

Anakin le palmeó la espalda, divertido.

—Yo también —repuso, y mirando por encima de su hombro dijo—:

Igual quieres examinar a éste por si tiene alguna lesión en la cabeza, Maestro.

— ¿Anakin? —dijo Obi-Wan.

— ¿Sí?

— ¿Recuerdas que la primera ves que me crucé con Asajj Ventress, le robé la nave espacial?

—En Queyta, ¿verdad?

— ¿Y que cuando volvimos a verla le volvimos a quitar la nave?

—Sí, ¿por qué lo mencionas? —dijo Anakin, acercándose al umbral en el que estaba parado Obi-Wan.

Los dos vieron juntos cómo su querida Chryya se elevaba lentamente por el lloroso cielo de Vjun y se dirigía hacia el espacio, acelerando cada vez más.

—Oh, por nada —dijo Obi-Wan.

Las manos de Obi-Wan se movieron por los controles del Seltaya de segunda mano que Yoda había comprado en la Vía Hydiana. El Maestro había conseguido un precio excelente, una vez incluyó en la negociación el valor de las dos fragatas de la Federación de Comercio que habían cogido para salir de Vjun.

— ¿Listos para salir del hiperespacio?

—Más que listo —dijo Anakin.

El jedi miró al joven, que sonreía con anticipación. *Le envidio,* pensó, sorprendido.

— ¿En qué piensas, Obi-Wan? Has sonreído.

— ¿Recuerdas la máxima de Yoda sobre la humildad?

—"La humildad incesante es" —citó Anakin.

—Ésa. ¿Has oído la traducción de Mace Windu? —Anakin negó con la cabeza—. "Nunca se es demasiado viejo para cometer otro gran error".

Obi-Wan programó los controles para el salto al subespacio.

—Saltando del hiperespacio al espacio de Coruscant. A la de tres, dos, una.

La nave se tambaleó como si chocara con una ola, las emborronadas estrellas volvieron a ser puntos brillantes, y Coruscant se recortó en la negrura como iluminada por las almas de sus miles de millones de habitantes.

Anakin miró impaciente la imagen del planeta que aumentaba de tamaño en las pantallas, como si, incluso desde los confines de ese sistema estelar, pudiera ver una calle concreta, una residencia determinada, una ventana iluminada en la que otro par de ojos escrutaban el cielo, esperándolo.

—Me alego de volver a casa —dijo.

En la otra punta de la nave, *Exploradora* y Whie miraban esa misma imagen en las pantallas. *Exploradora* negó con la *cabeza.*

—Resulta extraño pensar que mañana volveremos a estar en el Templo. Me pregunto si no nos parecerá todo un sueño.

En el momento en que dijo la palabra "sueño", lamentó haberla utilizado.

—No, ahora estamos despiertos —dijo Whie con tranquilidad—. El Templo fue el sueño.

—Puede..., puede que tu última visión no se haga realidad —dijo *Exploradora—.* O puede que la interpretaras mal.

—Puede —dijo Whie. Ella se dio cuenta de que no lo creía—. Pero no pasa nada. Tengo miedo de morir. Pero me daba más miedo acabar siendo... —No terminó la frase—. Pero no llegó a pasar, gracias a ti. Lo que dijiste fue como si me devolviera a mí mismo. Me diste permiso para ser bueno.

Exploradora negó con la *cabeza..*

—No fue ningún truco mental, Whie. Yo no hice nada. Sólo supe qué camino ibas a escoger.

Whie sonrió.

—Como tú quieras. La verdad es que resulta interesante verte humilde. Me resulta... encantador.

Exploradora le dio una palmada en la cabeza con la Fuerza, pero flojito. No lo bastante como para impedir que siguiera riéndose.

—Bichejo —dijo ella con dignidad.

Yoda salió de la cocina cargando una bandeja con una botella de algo color ámbar y tres vasos.

—Preocuparte no debes —dijo—. Oportunidades de ser malo volverás a tener. —Se rió, mientras llenaba un vaso para cada uno—. Y de ser bueno. Cada instante el universo de nuevo empieza. Eliges, y empieza otra vez.

Exploradora alzó su vaso y miró insegura el contenido. Yoda resopló, indignado.

— ¿Que algo malo Yoda te daría crees?

Exploradora y Whie intercambiaron una mirada, inclinaron nerviosos el vaso y olieron. La fragancia de un buen zumo de bayas reythano se dispersó por el pequeño camarote, dulce como la luz del sol en una millaflor.

—Ya casi estamos en casa —dijo *Exploradora,* inclinando con valentía el baso y bebiendo. El zumo entró como melosa lluvia de verano.

—Gracias a ti —dijo Whie, sonriente—. Apenas puedo esperar para contar a todos cómo dirigiste a esas naves del espaciopuerto para sacarnos del Vjun. "Rápido, teniente, ¡los asesinos Jedi escapan en su Chryya! ¡Tenemos que llamar a las naves e iniciar la persecución!".

—Fuisteis vosotros, con los poderes mentales, los que hicisteis que funcionara —dijo *Exploradora* con modestia, enrojeciendo de placer.

Era muy amable por parte de Whie hacerla sentir como si de verdad hubiera contribuido en algo a la misión, en vez de limitarse a ser el exceso de equipaje que Jai Maruk esperaba que fuera. *Jai y muchos más,* pensó, recordando a Hanna, con sus blancos ojos arkanianos llenos de desprecio en el Torneo de Aprendices. Sorbió de su zumo.

—Guauu. Acabo de echar de menos a Hanna Ding.

— ¿La chica arkaniana que se metió contigo?

—Le preocupa que la maten en esta guerra —dijo *Exploradora,* sorprendiéndose—. No quiere morir. Los Jedi le importan mucho. Nos importan a todos. La Orden es toda la familia que tenemos.

Se llevó la mano a la boca por segunda vez en otros tantos minutos. Whie le dirigió una mirada dolorida.

Yoda sorbió aire.

—Difícil fue, creo, ver a tu madre después de que Dooku huyera.

—Llevaba tantos años esperándome —dijo Whie—. Pero lo más extraño es que no me esperaba a mí. Para nada. Lo que había perdido era un niño pequeño, y ese niño ya no existe. Cuando me vio, vio a un extraño.

—Fue como cuando todos se fueron a Geonosis —dijo de pronto *Exploradora*—. El Templo estaba desierto. Intentamos estudiar nuestras lecciones y ser buenos, pero en realidad sólo estábamos haciendo tiempo, esperando a que volvieran. Pero no volvieron nunca. —Volvió a beber del zumo—. No me refiero sólo a los que murieron. Hasta quienes sobrevivieron volvieron siendo gente diferente. Más serios.

Whie removió el zumo en el vaso.

— ¿Tú crees que..., que encajaremos cuando volvamos? No puedo imaginarme asistiendo a las mismas clases, hablando con la misma gente como si no hubiera pasado nada. Todo me resulta diferente —dijo, y la preocupación vibraba en su voz.

Ha cambiado, pensó *Exploradora.* Antes era el chico que lo sabía todo. Ahora sonaba mucho menos seguro, pero eso le hacía parecer mayor. Ya no era un chico fingiendo ser un Jedi; era un joven que empezaba a asimilar el mundo inseguro y voluble de los adultos en el que vivía un Caballero Jedi.

Whie la miró.

—Bueno... ¿y todavía te preocupa que te envíen a los Cuerpos Agrícolas?

Para su propia sorpresa, *Exploradora* descubrió que no le preocupaba.

—Nah —dijo con comodidad—. Creo que ahora los Jedi tendrán que cargar conmigo.

—Supongo que podremos aprender a vivir con ello —repuso Whie con una sonrisa, pero había dolor en sus ojos—. ¿Sabes? —añadió al cabo de un momento de silencio—. Yo elijo dejar el *château* Malreaux. Yo elijo volver a Coruscant. Esperaba sentirme como en mi casa, como me sentí en Vjun cuando pise el planeta. Pero no es así.

Miró el planeta que crecía rápidamente en las pantallas.

—Me siento como si me hubiera despegado de él. Ya sé que no pertenezco a Vjun, que no puedo volver allí por mucho que mi madre quiera que vuelva. No soy el Vizconde Malreaux. Soy yo, Whie, aprendiz de Jedi. Pero tampoco siento que pertenezca a Coruscant. ¿Es ése el destino de un Jedi? —preguntó a Yoda—. ¿Vagar por todas partes sin descansar nunca? Si es así, lo acepto. Juré vivir para la Orden, y no pienso retractarme, pero creo..., creo que no sabía que sería tan difícil. Creo que no sabía que nunca podría sentirme como en casa.

Yoda volvió a llenar el vaso de Whie y suspiró.

—Nunca dos veces el mismo río puedes cruzar. Cada vez el río corre. Cada vez quien cruza ha cambiado. —Frunció las orejas, recordando—. Muchos viajes largos he hecho. Y mucho he esperado también a que otros de sus propios viajes volvieran. Los Jedi a las estrellas viajan, y esperan, y tienen esperanza, con una vela en la ventana. Algunos vuelven, algunos rotos, tan diferentes que sólo sus nombres permanecen. Algunos eligen el Lado Oscuro y hasta el último viaje se pierden, ese que todos juntos debemos hacer. A veces, en los días más negros, el tirón de ese último viaje siento. —Vació el vaso de zumo y miró a Whie—. El Lado Oscuro dentro de ti está, eso lo sabes.

Whie apartó la mirada.

—Sí.

—Pero otras cosas dentro de ti hay —Yoda le dio un golpecito suave en el pecho—. La Fuerza dentro de ti está. Un verdadero Jedi en la Fuerza vive. La Fuerza toca. Le rodea, y surge de dentro de él para tocar lo que le rodea —Yoda sonrió, y *Exploradora* sintió su presencia, cálida y luminosa en la Fuerza, como una linterna encendida en medio del camarote—. Un montón de permeocemento una casa no es. Ni un palacio o una cabaña, un nave o una cama. Allí donde un Caballero Jedi hay, también la Fuerza está. Estemos donde estemos, nuestra casa es.

Exploradora alzó el vaso y lo chocó con seriedad contra los de los demás. *Tink, ting.*

—Por volver a casa —dijo, y bebieron juntos.

Muy, muy lejos de allí, en un planeta menor de un insignificante planeta tras las líneas de la Federación de Comercio, el Conde Dooku paseaba por la playa de un mar extraño, solo. Había establecido allí su nuevo cuartel general, y en una hora volvería a su campamento, a verse rodeado de consejeros, androides, sirvientes, aduladores, ingenieros y oficiales, todos reclamando una parte de su tiempo, todos presentándole sus planes y estratagemas, chupando como abejas del néctar de su poder. Puede que hasta Asajj Ventress, su protegida, estuviera allí, pidiendo que la convirtiera en su aprendiz. Tenía una reunión programada con el formidable general Grievous, todavía más poderoso que Ventress, pero mucho menos interesante a la hora de conversar en la mesa. Y, por supuesto, su Maestro podía convocarlo en cualquier momento.

¿Qué somos?

En la superficie de la bahía, el agua se alzaba y rodaba, cayendo en un blanco encontronazo contra la playa y recorriendo siseante la fría arena.

¿Qué crees que somos, Dooku?

El mar espumeó alrededor de sus botas y se retiró, dejando una concha vacía en la arena. Dooku la cogió. Tuvo un recuerdo repentinamente intenso de hacer eso mismo en Serenno, cuando aún era un niño pequeño, antes de que llegara el Jedi. Podía recordar el olor del mar, el fino cieno salado goteando de la concha cuando se la llevó al oído, y, en su recuerdo, algo maravilloso pasó, algo mágico que lo llenó de alegría, sólo que ahora no podía recordar el qué.

Sacudió la concha para secarla y se la llevó al oído. Ahora era el oído de un viejo, no el de ese niño que vivió tanto tiempo antes. Sintió que el corazón se le

aceleraba como si, qué idea más absurda, como si pudiera oír algo en la concha, algo terriblemente importante.

Pero la concha era diferente, o el mar, o algo se había roto en su interior sin posibilidad de arreglo. Lo único que oía era el débil siseo del viento y las olas, y bajo todo ello, el apagado eco de los latidos de su corazón.

Al final, lo que somos es seres solitarios.

Solitarios, susurraba la concha. *Solitarios, solitarios, solitarios.*

Aplastó la concha en su mano, dejando que los fragmentos fueran arrastrados lejos de la playa. Entonces se volvió y empezó a caminar hacia el campamento.

La madre de Whie se sentaba en la gran silla del estudio del esa concha rota que era el *château* Malreaux, mirando el anochecer. La ventana que Dooku había destrozado con su cuerpo no se había reparado, y cortantes astillas de cristal asomaban por los bordes del marco, como dientes en una boca aullante. El cristal le había hecho harapos el vestido de baile rosa, salpicándolo de sangre. No le importaba. El pequeño se había ido.

Cuando leyó su futuro en el cristal roto, se echó a llorar. Pero el tiempo para llorar ya había pasado. Ya no quedaba nada. Nada que hacer, salvo sentarse ante la ventana.

El sol se puso. Con la llegada de la noche, el viento se convirtió en una rara brisa terrestre que apartó las omnipresentes nubes. El sol tocó el agua, se sumergió, se ahogó. La oscuridad se arrastró por el cielo, esta vez despejado. Las estrellas del cielo eran como esquirlas de hielo. Su chico estaba entre ellas, en alguna parte. No volvería nunca.

La oscuridad cayó del todo, pero la mujer no se movió para poner una luz en la ventana.

Todo estaba oscuro, y más frío aún. El pequeño zorro de Vjun gimió y olisqueo alrededor de las piernas de la mujer, que cada vez estaban más rígidas.

Por la mañana, tampoco él se habría ido.

Luz.

Al principio gris, tocando las torres del Templo Jedi, las altas cumbres de la residencia del Canciller. Una luz suave del mismo color que las adormiladas palomas trantorianas cubrió sus nidos en los grandes rascacielos de ferrocemento de Coruscant. El rumor grave y constante del tráfico empezó a aumentar a medida que los primeros ciudadanos corrían a sus madrugadores trabajos en panaderías, fábricas y estaciones holocomunicadoras. Entonces, el borde del sol asomó por el horizonte. La luz se volvió de un acuoso tono dorado pálido, salpicando las ventanas. El rocío brillaba en las naves aparcadas, y sus esbeltos costados metálicos adquirían el primer tono de color del día.

Amanecía en Coruscant.

Un timbre sonó en las profundidades del gran apartamento que albergaba a la senadora de Naboo, y unos momentos después una de las doncellas del cortejo de Padmé entró corriendo en la sala principal, terminando de vestirse, para encontrar a su señora parada ante la ventana.

— ¿Mi señora ha llamado?

—Pon agua a calentar para el té y prepara mi ropa, ¿quieres? Algo que pueda llevar fuera, pero que me haga parecer maravillosa —dijo la senadora Padmé Amidala, y se rió en voz alta.

La segunda doncella se sorprendió y sonrió.

—Estará maravillosa, mi señora. ¿Puedo preguntar a qué se debe la ocasión?

— ¡Mira!

A un kilómetro de distancia, una nave se posaba en las plataformas de aterrizaje del Templo Jedi. Unas figuritas bajaron por la rampa, otras figuritas corrieron a recibirlas. Padmé se volvió. La sonrisa de su rostro era radiante.

—Están en casa —dijo.